Progreso • Teoría y crítica

L. Moskvichov

Teoría de la «desideologización»: ilusiones y realidad

(Ensayos críticos sobre una concepción burguesa en boga)

Editorial Progreso

Moscú

Traducido del ruso por O. RAZINKOV

Л. Н. Москвичев
ТЕОРИЯ «ДЕИДЕОЛОГИЗАЦИИ»: ИЛЛЮЗИИ
И ДЕЙСТВИТЕЛЬНОСТЬ.
(Критические очерки об одной модной буржуазной концепции)
На испанском языке

© Traducción al español
Editorial Progreso 1974

Prefacio

La etapa contemporánea del desarrollo social se caracteriza por una gran exacerbación de la lucha ideológica entre el capitalismo y el socialismo. Esta lucha ha cobrado enorme volumen. Posiblemente no haya en la Tierra rincón en que no se enfrenten en encarnizada batalla las dos ideologías mundiales: la comunista y la burguesa. La presente es la época de transición del capitalismo al socialismo. El sistema capitalista, al ceder lugar al socialismo en una parte considerable del globo terráqueo, ha entrado en la fase de la agravación sucesiva de su crisis general. Se hace cada vez más evidente que el capitalismo es incapaz de resolver los problemas fundamentales que preocupan a la humanidad. Los problemas vitales se resuelven sólo por las vías de construcción del socialismo y del comunismo.

El socialismo ha alcanzado en plazos breves éxitos sustanciales en todas las esferas de la vida social: la economía, la política, la ideología y la cultura. Para impedir el avance histórico del nuevo régimen social, el capital monopolista de Estado moviliza actualmente todas sus fuerzas. Emplea en la lucha contra el comunismo, a escala cada vez más amplia, todos sus recursos ideológicos, comenzando por los respetables profesores de la filosofía, la sociología, la ciencia económica, la historia, la sicología, etc. y terminando por los distintos servicios propagandísticos oficiales y semioficiales. "Vivimos —decía L. Brézhnev en el Informe presentado al XXIV Congreso del PCUS— en condiciones de una

constante guerra ideológica que la propaganda imperialista hace contra nuestro país y contra el mundo del socialismo, utilizando los procedimientos más refinados y potentes medios técnicos"[1].

Un papel importante en esta lucha se destina al frente teórico. Los cambios sociales, operados en los últimos decenios —formación del sistema socialista mundial, profundización de la crisis general del capitalismo, bancarrota del colonialismo y acrecentamiento del proceso revolucionario mundial—, obligan a los ideólogos de la burguesía a buscar nuevos métodos y formas de defensa teórica del capitalismo. Y no es casual, por eso, que haya aparecido últimamente todo un "ramo" de doctrinas políticas, económicas y sociológicas que se plantean el objetivo de desacreditar el comunismo científico y pintar de color de rosa la sociedad capitalista moderna. Tales son, por ejemplo, las teorías de la sociedad "industrial" ("posindustrial"), de las "fases de crecimiento", de la "convergencia" y algunas otras. Desempeña un papel especial entre ellas la llamada teoría de la "declinación del siglo ideológico", del "fin de la ideología", de la "desideologización". Esta teoría se ha convertido, en un tiempo relativamente breve, en una de las doctrinas más en boga en Occidente. Muchos órganos de prensa han abierto una verdadera "vía libre" a sus partidarios.

La teoría de la "desideologización" es una peculiar bandera de los líderes de derecha de la socialdemocracia y de los revisionistas modernos. Ha servido, en cierto grado, de base ideológica para toda clase de razonamientos sobre el socialismo "liberal", el "socialismo con una fisonomía humana" y los distintos "modelos" de sociedad socialista.

No cabe duda de que es de enorme importancia refutar la teoría de la "desideologización" y poner de manifiesto, desde las posiciones del marxismo-leninismo, su carácter anticientífico. Numerosos filósofos, sociólogos y escritores soviéticos han dedicado sus trabajos al análisis crítico de esta teoría. Figuran entre ellos A. Rumiántsev, D. Chesnokov, T. Oizermán, G. Glezermán, Y. Zamoshkin, A. Chakovski,

[1] *Informe del comité Central del PCUS al XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética,* ed. en español, Moscú, 1971, pág. 163.

V. Semiónov, N. Yúlina y otros[2]. Los marxistas extranjeros también han prestado una gran atención a la crítica de la teoría de la "desideologización". Varios artículos dedicados al desenmascaramiento de las ilusiones socialistas de derecha y revisionistas sobre el "fin de la ideología" han sido publicados en la *Revista Internacional*[3]. El sociólogo polaco J. Wiatr ha hecho un análisis crítico de numerosos elementos de esta teoría en su libro *¿Declinación de la era de la ideología?* (1966). Los marxistas soviéticos y extranjeros han dado una réplica merecida a los teóricos de la "desideologización," en los últimos congresos sociológicos y filosóficos mundiales. No cabe duda de que todas estas acciones han contribuido a esfumar el mito sobre el "fin de la ideología", ya que han señalado las orientaciones más importantes de su crítica y descubierto acertadamente, en plano general, su destino social. Pero la crítica sucesiva de las ilusiones sobre el "fin de la ideología" sigue constituyendo una apremiante tarea de los marxistas.

La sociología occidental interpreta de distinto modo el tema de la "desideologización". A pesar de eso, se pueden

---

[2] Véase Y. Zamoshkin. *La crisis de la ideología burguesa y el individuo.* — *Voprosy filosófii* ("Problemas de filosofía"), 1965, N° 4; T. Oizermán. *La ideología socialista y la experiencia histórica de los pueblos.* — *Voprosy filosófii*, 1965, N° 4; D. Chesnokov, A. Grigorián. *La filosofía política del imperialismo.* — *Politícheskoe samoobrazovánie* ("Autoeducación política"), 1965, N° 6; Y. Zamoshkin. *La crisis del individualismo burgués y el individuo. Análisis sociológico de algunas tendencias de la sicología social de los EE.UU.*, ed. en ruso, M.,1966; A. Chakovski. *¿Son bienaventurados los pobres de espíritu? (Sobre la teoría de la "desideologización" en la filosofía y la sociología burguesas modernas y su influencia sobre la obra literaria).* — *Kommunist* ("Communista") 1966, N° 4; *La ideología burguesa moderna en los EE. UU. (Algunos problemas socioideológicos)*, ed. en ruso, M., 1967; N. Yúlina. *La crisis de la idea de la desideologización de la filosofía.* — *Voprosy filosófii*, 1967, N°3; A. Rumiántsev. *Carlos Marx y los problemas de la ideología moderna.* — Recopilación *Inmortalidad de las grandes ideas*, ed. en ruso, M., 1968; D. Chesnokov. *Acerca de la "desideologización" de la ciencia.* — Recopilación *Sociología e ideología*, ed. en ruso, M., 1969; G. Glezermán. *El leninismo y algunos problemas de la lucha ideológica contemporánea.* — *Voprosy filosófii*, 1970, N° 4.

[3] Véase Vladímir Ruml. *Ideología y ciencia. (Contra la contraposición revisionista de la ciencia y el partidismo)* — *Revista Internacional*, 1960, N° 7; Walter Hollitscher. *La lucha ideológica: ideología y utopía.* — *Revista Internacional*, 1966, N°7.

destacar, en nuestra opinión, tres variantes principales de su teorización: la burguesa, la socialista de derecha y la revisionista. A nuestro parecer, esta delimitación es legítima, ya que un enfoque diferenciado de la crítica de las concepciones no marxistas ayuda a luchar con mayor eficacia contra las teorías anticientíficas.

Cabe decir que los sociólogos burgueses manifiestan con mayor relieve la esencia social de clase de la tesis sobre el "fin de la ideología" y su papel anticomunista y antidemocrático en la lucha ideológica contemporánea. Por eso, en el presente trabajo, la principal atención se concentra en el análisis filosófico y sociológico crítico de la variante que se teoriza y se propaga con energía por los sociólogos burgueses y, en primer término, por los de los EE.UU.[4].

Trataremos de mostrar que la teoría del "fin de la ideología", valiéndose de ciertos fenómenos y procesos que existen en efecto, los deforma y que esta teoría constituye un nuevo intento de desacreditar la doctrina marxista-leninista a los ojos de las grandes masas trabajadoras y contiene, por último, un programa bastante amplio de argumentación teórica y defensa del capitalismo monopolista de Estado.

La esencia y la orientación ideológica de esta teoría refutan la fraseología sobre la "declinación de la era ideológica" y confirman una vez más la conclusión marxista de que la acentuación de la lucha ideológica es una regularidad de nuestra época.

[4] Para designar su concepción, los ideólogos socialistas de derecha recurren más a menudo al término "desideologización", mientras que los teóricos burgueses usan con mayor frecuencia los términos "fin de la ideología" y "declinación de la ideología". En la literatura crítica marxista, los dos términos se utilizan, en la mayoría de los casos, para designar dicha corriente ideológica en conjunto. El autor del presente trabajo también emplea estos términos como sinónimos. Cuando se trata de las particularidades de la interpretación socialista de derecha o revisionista, se hace una salvedad especial.

EN BUSCA DE UNA ALTERNATIVA IDEOLOGICA AL MARXISMO

Las décadas del 50 y 60 del siglo XX están marcadas con una elevada actividad ideológica de las clases dominantes de los países capitalistas. Esta actividad se manifiesta en la aparición de numerosas teorías sociológicas y políticas generales.

Algunas de las doctrinas surgidas en los últimos decenios no contenían, en esencia, nada que no fuese cierta dosis de demagogia social, hipocresía y elementos propagandísticos, cuyo fin era surtir efecto sicológico. Tales teorías envejecían con la misma rapidez con que se ponían de moda, y, apenas surgidas, "perdían su crédito". En la teoría de la "declinación de la ideología", también ocupan lugar notable los elementos de demagogia y propaganda barata.

Esta teoría ha sido, al mismo tiempo, un intento de argumentar, en las condiciones específicas del desarrollo posbélico, la necesidad de intensificar la lucha ideológica contra el marxismo-leninismo, los países socialistas y el movimiento comunista internacional. Estas condiciones se determinan por el surgimiento y el desarrollo impetuoso del sistema socialista mundial, el desmoronamiento del sistema colonial de los países capitalistas europeos, los esenciales cambios estructurales en los países capitalistas adelantados y la influencia sustancial que ejerce en todas las esferas de la vida social la revolución científico-técnica.

Los teóricos de la "desideologización" se pronuncian, ante todo, contra la ideología comunista y tratan de desacreditar el movimiento comunista y los países socialistas. Esto está

claro. Pero supeditan, al mismo tiempo, a la consecución de este objetivo otra negación: la negación de ciertos dogmas tradicionales e históricamente caducos de la ideología burguesa. Desde su punto de vista, sólo una conciencia transformada y modernizada de la clase dominante de los países capitalistas puede presentarse en la actualidad como alternativa a la doctrina marxista-leninista. Se trata, ante todo, de una restructuración (dentro de ciertos límites) de la ideología burguesa y su movilización para la lucha contra el comunismo.

A nuestro parecer, la teoría de la "declinación de la ideología" figura precisamente entre las concepciones cuyas principales tareas ideológicas estriban, en intentar programar, por una parte, la actividad política de la clase dominante en aras de su autopreservación, y, por otra, la actividad de las grandes masas trabajadoras a fin de supeditarlas más aún a la "élite gobernante" monopolista.

He ahí por qué sería una simplificación calificar esta teoría sólo de "obra de propaganda de un día", común. Es necesario analizar más a fondo su argumentación, mostrar su carácter no científico y su orientación antidemocrática. Esta evaluación general también determina la elección de métodos y medios concretos para desenmascarar dicha teoría.

Surgimiento de la teoría de la "desideologización"

A mediados de septiembre de 1955, en el Museo Nacional de la técnica y la ciencia de Milán sesionaba la conferencia ordinaria de la asociación de intelectuales "El Congreso por la libertad de la cultura", muy conocida en Occidente. Alrededor de 150 escritores, políticos, personalidades públicas, periodistas y profesores universitarios se reunieron para discutir el tema "El futuro de la libertad". Todo disponía a los delegados a una discusión calma y moderada: un dorado otoño del norte italiano, una perfecta organización de la conferencia y una sala vistosa. Los dirigentes del "Congreso" se proponían como objetivo de la conferencia "contribuir al proceso de emancipación de los pensamientos liberal y socialista respecto de estratificaciones innecesarias, re-

velar sus bases comunes y plantear la tarea de formular ideas más realistas y más enjundiosas sobre las condiciones de existencia de una sociedad libre"[1]. Este planteamiento del problema fue apoyado en conjunto por representantes de distintos partidos y corrientes políticos: laboristas, liberales y conservadores. En la conferencia no hubo ninguna discusión política enconada. A la atmósfera establecida del "acuerdo ideológico" hicieron su aporte los sociólogos y filósofos estadounidenses Arthur Schlesinger, Daniel Bell, Seimour Martin Lipset y Sidney Hock, así como Hugh Gaitskell, que fue a la sazón líder de los laboristas ingleses, y otros muchos. En el medio del "Congreso por la libertad de la cultura" ya se expusieron anteriormente las ideas de que era hora de terminar la polémica y las controversias entre los representantes de las fuerzas de "izquierda" y de derecha, ya que tanto los unos como los otros tenían puntos de partida comunes, y dedicar mayor atención al peligro de la difusión de las ideas comunistas.

En la conferencia de Milán, este tema fue planteado, por decirlo así, en toda su talla. El sociólogo francés Raymond Aron afirmaba en su intervención que las "izquierdas" y las derechas en Occidente tenían más identidad que diferencias y que esto se probaba, en particular, con el hecho de que los laboristas de Inglaterra supieran "juntar" los principios burgueses y socialistas. Actualmente "las fuentes de gran conflicto ideológico de la primera parte de este siglo han desaparecido en medida considerable". No hay lugar ya a un "socialismo sin compromiso y a un neoliberalismo sin compromiso". Según Aron, se acabó la época de la "controversia ideológica". En el artículo *¿El fin de la ideología?,* publicado en la revista *Encounter,* E. Shils, uno de los dirigentes del "Congreso por la libertad de la cultura", describió del siguiente modo el carácter de esta conferencia: "Casi en todos los discursos se criticaban de una u otra manera el doctrinarismo, el fanatismo o la posesión ideológica. Casi todos los discursos expresaban la idea de que la humanidad, si es que quiere cultivar y mejorar su jardín, debe liberarse de las visiones y

[1] E. Shils. *The End of Ideology? — Encounter,* November, 1955, vol. V, N° 5, p. 52.

fantasías obsesionales, del hostigamiento por parte de ideólogos y fanáticos"[2].

Los intelectuales burgueses agrupados en torno al "Congreso por la libertad de la cultura" se convirtieron en principales propagandistas del "fin de la era ideológica". El mismo año (1955), R. Aron publicó el libro *El opio de los intelectuales* en el que, so pretexto de la lucha contra la conciencia mitológica, expuso un programa francamente anticomunista. En su opinión, el "fin de la ideología" debe significar el fin de la influencia que ejerce el marxismo sobre amplios sectores de la población y, en primer lugar, sobre la intelectualidad[3]. Aron desarrolló este tema en sus obras posteriores. En 1965, en el artículo *Sociedad industrial, ideología, filosofía,* Aron escribe: "Hace unos diez años quise subrayar ciertos fenómenos históricos... a saber, el apaciguamiento de las pasiones revolucionarias, una especie de acuerdo en los países desarrollados (lo que llamé conformismo democrático liberal). Designé este fenómeno con la frase "fin de la era ideológica"[4].

La nueva idea, calculada para una amplia divulgación, debía recibir una argumentación y un desciframiento teóricos más "sólidos" desde el punto de vista gnoseológico, sociológico y político. Y esto no se hizo esperar. En 1960 fueron publicados los libros *El fin de la ideología. Sobre el agotamiento de las ideas políticas en los años cincuenta,* de D. Bell[5], y *Hombre político. Bases sociales de la política,* de S. Lipset[6], en los que fue expuesta con la mayor plenitud la tesis sobre la "declinación de la ideología".

Los sociólogos burgueses, en particular los estadounidenses, han aplicado muchos esfuerzos para hacer propaganda de la teoría del "fin de la ideología". Ella constituía, en uno u otro grado, el tema de informes especiales de los científicos burgueses en los congresos sociológicos mundiales: *Enfoque de la sociología del conocimiento* (informe presentado por T.

---

[2] Ibid., p. 53.

[3] R. Aron. *L'opium des intellectuels,* Paris, 1955.

[4] *Preuves,* Mars, 1965, N° 169, p. 32.

[5] D. Bell. *The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties,* Glencoe, Illinois, 1960.

[6] S. M. Lipset. *Political Man. The Social Bases of Politics,* Garden City, New York, 1960.

Parsons en el congreso celebrado en Milán en 1959) y *Los EE. UU., la primera nación nueva* (informe presentado por S. M. Lipset en el congreso celebrado en Washington en 1962). Se discutía también en el congreso sociológico celebrado en Evian en 1966. En el último congreso sociológico, celebrado en septiembre de 1970, en la ciudad búlgara de Varna, la teoría de la "desideologización" constituyó también el objeto de enconadas discusiones. Bell, por ejemplo, presentó el informe *La sociedad posindustrial: tecnocracia y política* en que volvió a confirmar la tesis sobre el "fin de la ideología". Según Bell, la "desideologización" es un elemento necesario de la "sociedad posindustrial". La teoría de la "declinación de la ideología" se discutió asimismo en otros muchos simposios.

La consigna de "¡Abajo la ideología!" fue recogida en Occidente por muchos economistas, filósofos, historiadores y sociólogos y por ciertos políticos, personalidades públicas y periodistas. Fue creciendo rápidamente la cantidad de publicaciones acerca de este problema. A mediados de la década del 60 ya era imposible encontrar en Occidente un libro importante sobre los problemas sociológicos generales, en que no se tocara la cuestión del "fin de la ideología". J. Gould, por ejemplo, dedica a la exposición de esta concepción una tercera parte de su artículo *Ideología,* publicado en el *Diccionario de ciencias sociales*[7]. En 1968, en Nueva York se publicó la recopilación *Polémica en torno al fin de la ideología,* en la que fueron reunidas ciertas opiniones tanto de los adeptos de la teoría de la "desideologización" como de sus adversarios[8]. Muchos libros y artículos en que se desarrollaba el tema de la "declinación de la ideología" se reditaban varias veces. Por ejemplo, el artículo de A. Schlesinger *The One against the Many,* publicado inicialmente en la *Saturday Review*, aparece luego como epílogo de la recopilación *Vías del pensamiento americano*[9] y se inserta, por último (cierto es que bajo otro título y con algunas abreviaciones, lo que le comunica un aspecto más "académico"), en la revista *América* que se edita en ruso. El libro de Aron *El opio de los in-*

[7] *A Dictionary of the Social Sciences,* Glencoe, 1964, p.p. 315-317.
[8] C. I. Waxman (ed.) *The End of Ideology Debate,* New York, 1968.
[9] A. Schlesinger and M. White (eds.). *Paths of American Thought,* Boston, 1963.

telectuales ha sido traducido por distintas editoriales de Occidente al inglés, alemán, italiano, español, ruso, checo y otros idiomas. Los libros *El fin de la ideología*, de Bell, y *Hombre político*, de Lipset, también han sido reditados varias veces.

Los ejemplos mencionados no agotan del todo lo que ha sido escrito sobre la "desideologización" por los autores burgueses, pero dan una idea de la fuerza con la que se difunde esta concepción.

Los teóricos burgueses aplican con frecuencia la tesis sobre la "desideologización y la "declinación de la ideología" a esferas de la actividad humana y el conocimiento que distan mucho unas de otras. Tratan de estudiar, a través del prisma de la "desideologización", la historia pasada, la esfera de la política y de los movimientos políticos y la del conocimiento social, los procesos que se operan en los países capitalistas y los que son típicos de los Estados socialistas, y de confeccionar pronósticos sobre las tendencias del desarrollo futuro. Además, distintos autores interpretan de manera hasta cierto grado diferente las tesis concretas de la teoría.

Es típica de los autores burgueses la consideración de las futuras relaciones internacionales, ante todo, en el plano del conflicto entre los Estados "industriales", en cuya categoría incluyen tanto a los países socialistas como a los países capitalistas, y los Estados subdesarrollados de Asia, Africa y América Latina. El conocido periodista J. Reston, por ejemplo, escribía en *The New York Times,* a comienzos de 1967: "Los mediados del siglo han quedado atrás, pero su problema está todavía con nosotros. El problema del nuevo año y de los subsiguientes, consiste en resolver las cuestiones anteriores y abordar las nuevas. Y esto no es el conflicto entre Este y Oeste, sino entre el Norte rico y el Sur pobre. . ., no son los problemas ideológicos de la mitad del siglo, sino los problemas prácticos de su último tercio. . ."[10] En opinión de Reston, en el futuro no habrá lugar para los problemas ideológicos.

El sociólogo estadounidense T. Parsons trata de analizar, a través del prisma de la "desideologización", la esfera del conocimiento social (de eso se tratará aparte) y, en particular, la historia de las doctrinas sociopolíticas y morales. En un ar-

[10] Citado de *Za rubezhom* ("En el extranjero"), 1967, N° 3, págs. 6, 7.

tículo dedicado a la investigación de los planteamientos básicos de la metodología de M. Weber, afirma: "Recurriendo a la frase puesta en uso recientemente en los Estados Unidos por Daniel Bell, Weber anunció "el fin de la ideología" en un sentido en que este concepto se había hecho tan prominente en la primera mitad del presente siglo". Aclarando esta idea, Parsons escribe que para el "sistema occidental" son características tres "principales ideologías modernas": en primer lugar, "el modo de pensar idealista-historicista" que se observa, ante todo, en Alemania; en segundo lugar, "el utilitarismo y las ideologías del individualismo económico" que prevalecen en Inglaterra y los EE.UU. y, por último, "el marxismo soviético". La geografía del mundo occidental se ve de este modo más "socialista" en la dirección de Oeste a Este y más "capitalista" en la dirección inversa. El mérito de M. Weber —continúa Parsons— consistió en ocupar la "posición central" respecto a estas ideologías. Tiene "especial significado" el hecho de que "superara a las tres ideologías... utilizando en forma relativa las contribuciones de cada una de ellas"[11].

Por consiguiente, según Parsons, los fenómenos de la "desideologización" se observaban ya a comienzos del siglo XX. Esto en primer lugar. En segundo lugar, el "fin de la ideología" significa, a su entender, que un científico social ocupa una posición que está por encima de las clases y de los partidos.

Al mismo tiempo, es el principal entre los defensores de esta teoría un grupo cuyas concepciones se destacan por una relativa unidad. Este grupo está representado, ante todo, por los sociólogos, economistas y filósofos estadounidenses D. Bell, S. M. Lipset, E. Shils, A. Schlesinger (hijo), J. Galbrith. Es afín a este grupo T. Parsons. Entre los autores franceses es muy activo R. Aron. La mayoría de ellos están relacionados de uno u otro modo con la actividad del mencionado "Congreso por la libertad de la cultura". Es precisamente este grupo el que desenvuelve la mayor actividad en cuanto a la argumentación teórica del "fin del siglo ideológico" y a la difusión de sus concepciones.

---

[11] T. Parsons. *Sociological Theory and Modern Society*, New York — London, 1967, p. p. 100-101.

La teoría de la "desideologización" entre las novísimas doctrinas sociológicas burguesas

La teoría de la "desideologización" apareció —y no por casualidad— casi simultáneamente con otras concepciones sociológicas burguesas novísimas, tales como las teorías de la "sociedad industrial única", de las "fases de crecimiento" y de la "convergencia".

En efecto, los principales trabajos en que R. Aron expuso su teoría de la "sociedad industrial única" —*Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial (1962), La lucha de clases* (1964) y *Ensayos sobre el siglo industrial* (1966)— se publicaron precisamente en aquel período.

La parte más importante de la doctrina de Aron sobre la "sociedad industrial" es la idea de la "convergencia" de los dos sistemas sociales mundiales. Pero, el intento más temprano de elaborar una variante de la "convergencia" sea quizá el emprendido por el economista francés B. Jouvenel, en su informe *Algunas analogías fundamentales entre los sistemas económicos soviético y capitalista,* presentado a la conferencia de Milán (1955) del "Congreso por la libertad de la cultura". Este tema fue apoyado por otros conferenciantes, en particular por J. Galbraith, que trataron de refutar las "viejas concepciones" de que existía "una distinción crucial entre la política económica del socialismo y la del capitalismo"[12]. Hacían una propaganda activa de la teoría de la "convergencia" el estadounidense W. Buckingham, que publicó en 1958 el libro *Sistemas económicos teóricos. Un análisis comparativo*; el economista holandés J. Tinbergen, que publicó a comienzos de la década del 60 numerosos artículos sobre este tema, y J. Galbraith, que leyó por radio inglés en 1966 un ciclo de conferencias *Nueva sociedad industrial* y, un año más tarde, publicó un libro bajo el mismo título. Los trabajos de P. Sorokin que desarrolla esta teoría, también datan de comienzos de la década del 60 (en particular, el libro *Las tendencias básicas de nuestros tiempos* apareció en 1964)[13].

[12] *Encounter,* Nov., 1955, op. cit., p. 54.

[13] Véase sobre el particular E. Bréguel. *La teoría de la convergencia de los dos sistemas económicos. — Mirovaya ekonómika y mezhdunaródnye otnoshénia* ("Economía mundial y relaciones internacionales"), 1968, N° 1, págs. 16-17.

W. Rostow, al publicar en 1960 su libro *Fases de crecimiento económico*, se promovió a primeras filas de los ideólogos burgueses e hizo una gran carrera política. Ya en 1961 fue invitado a Washington para desempeñar las funciones de asistente especial del Presidente Kennedy; posteriormente se hizo presidente del Consejo de planificación de la política, anejo al Departamento de Estado de los EE.UU., y desde la primavera de 1966 hasta fines de 1968 fue asistente especial del Presidente L. Johnson[14].

De lo expuesto se ve que muchos autores de la teoría de la "desideologización" son, al mismo tiempo, creadores de otras concepciones novísimas (Aron, Galbraith y otros). Es más, caracterizar los países capitalistas desarrollados de la actualidad como "sociedad industrial" equivale para algunos autores poco menos que afirmar que en estos países ha llegado el "fin de la ideología". Por ejemplo, Lipset evidencia que "en los años 50, los comentaristas de ambos lados del Atlántico comenzaron a pintar la sociedad occidental en términos como "el fin de la ideología", "la sociedad posindustrial" y la "sociedad posburguesa"[15].

Es sintomático que los teóricos de la "desideologización" refieren el "fin de la ideología" en los países capitalistas adelantados, precisamente, al período de que Rostow data el paso de los mismos a la fase del alto nivel de consumo de las masas; Aron y otros, la consolidación de la "sociedad industrial," y los partidarios de la "convergencia", el comienzo de la "aproximación mutua" de los sistemas capitalista y socialista.

J. Galbraith considera que el "fin de la ideología" constituye una consecuencia de que los dos sistemas económicos se hacen cada vez más idénticos, "convergen". En el libro *Nueva sociedad industrial* vuelve reiteradas veces a esta idea. En los países desarrollados —escribe Galbraith— "tenemos un sistema económico que es, en su parte esencial, una economía planificada, cualquiera que sea su rótulo ideológico. La iniciativa en la determinación de qué es lo que se debe produ-

[14] Véase V. Kapyrin. *El proceso de desarrollo social y la "teoría de las fases" de Walt Rostow*, ed. en ruso, Moscú, 1967, págs. 5-6.

[15] S. M. Lipset. *The Changing Class Structure and Contemporary European Politics — Daedalus*, 1964, vol. 93, N°1, p. 271.

cir no parte del consumidor soberano que supedita, a través del mercado, a su voluntad definitiva el mecanismo productivo. Parte más bien de la gran organización productiva que llega a controlar los mercados... Una de las conclusiones que emana de este análisis es que existe una amplia convergencia entre sistemas industriales. Son los imperativos de la tecnología y organización, y no los símbolos de la ideología, los que determinan la formación de la sociedad económica". En este sistema, "la ideología no es una fuerza pertinente"[16].

Así pues, entre las teorías de la "desideologización", la "sociedad industrial única," la "convergencia" y las "fases de crecimiento", existe un profundo parentesco interno, que se manifiesta en la comunidad de principio de las fundamentales orientaciones ideológicas, teóricas y metodológicas. Todas estas teorías pretenden constituir la última palabra de la ciencia social moderna, quieren constituir en cierto sentido la "filosofía social" de nuestros tiempos, considerando distintas esferas de la realidad social, en esencia, desde un mismo punto de vista[17]. El capitalismo monopolista de Estado presenta estas doctrinas como cúspide del desarrollo humano, como fase suprema alcanzada por la humanidad no sólo en el sentido tecnológico y económico, sino también en el político.

Se puede decir, en general, que la esencia social de estas teorías consiste en tratar de pintar la realidad tal como lo necesita el capital monopolista de Estado.

Por eso no se puede considerar la disputa entre el marxismo y estas teorías como una discusión académica en torno al

[16] J. K. Galbraith. *The New Industrial State*, London, 1967, p.p. 67, 390.

[17] No nos proponemos analizar cada una de estas teorías, tanto más por cuanto existe una literatura copiosa en la que se critican los tinglados teóricos de R. Aron, W. Rostow, J. Galbraith y otros. Véase, por ejemplo, *El capitalismo moderno y la sociología burguesa*, ed. en ruso, M., 1965; V. Mshvenieradze. *El anticomunismo, arma de los condenados*, ed. en ruso, M., 1964; *Las sociologías marxista y burguesa de hoy*, ed. en ruso, M., 1964; Y. Semiónov. *El progreso social y la filosofía social de la burguesía moderna*, ed. en ruso, M., 1965; V. Kapyrin. *El proceso de desarrollo social y la "teoría de las fases" de Walt Rostow*, ed. en ruso; G. Davidiuk. *Crítica de la teoría de la "sociedad industrial única"*, ed. en ruso, Minsk, 1968; V. Mijéiev. *¿Capitalismo o "sociedad industrial"?*, ed. en ruso, M., 1968.

carácter adecuado o inadecuado de unas u otras ideas. Es una lucha ideológica cuya importancia social consiste en ganarse a las masas. Los teóricos burgueses quieren levantar una barrera en el camino de la difusión del marxismo-leninismo, quieren denigrarlo y desacreditarlo ante los trabajadores. Rostow, por ejemplo, lo manifiesta con toda franqueza. En el libro *Las fases de crecimiento económico,* subtitulado *Un manifiesto no comunista,* declara que su teoría "constituye una alternativa a la teoría de Carlos Marx de la historia moderna..." y está llamada a desafiar al marxismo y suplantarlo como método de análisis de la historia moderna"[18].

Sería una simplificación, al mismo tiempo, calificar dichas teorías de fantasía pura no relacionada en nada con los procesos que se operan en la realidad y con los problemas que se plantean ante la humanidad. De ser así, no podrían encontrar amplia resonancia ni terreno para su difusión. Estas teorías son más bien un "espejo cóncavo" que ofrece una imagen deformada del mundo real. Los sociólogos y economistas burgueses han presentado ciertas tendencias sustanciales del desarrollo social moderno no en la adecuada forma científica, no como existen y actúan objetivamente, sino como las quiere ver la élite dominante monopolista de Estado.

Citaremos algunos ejemplos de deformación de los fenómenos objetivos del mundo moderno en las teorías burguesas.

A)*Tendencias objetivas.* Formación, crecimiento y desarrollo ulterior del sistema socialista mundial. Agravación de las contradicciones económicas y políticas del sistema capitalista. Profundización de la crisis general del capitalismo.

Interpretación burguesa. Se reconocen no sólo el propio hecho de la existencia de la comunidad socialista mundial, sino también sus gigantescas realizaciones en la esfera de la producción, la ciencia y la cultura. Se subraya, al mismo tiempo, que el socialismo es sólo una de las vías posibles hacia la "sociedad industrial". La vía "occidental" se declara la más eficiente, indolora y aceptable. El futuro de la humanidad se presenta con frecuencia como un proceso de aproximación gradual de los dos sistemas sobre la base de la renuncia de los países socialistas a sus usos comunistas. Los antagonismos del sistema capitalista ora se silencian ora se declaran poco importantes.

B) *Tendencias objetivas.* Proceso de socialización sucesiva de la

[18] W. Rostow. *The Stages of Economic Growth. A Non-Communist Manifesto,* Cambridge, 1960, p. 2, 186.

producción que cobra cada vez más fuerza y como consecuencia del cual el capital monopolista de Estado ha ocupado una posición dominante en los países adelantados de Europa y América. Fusión del aparato estatal con el de los grandes monopolios y formación de un poderoso "conjunto estatal corporativo". Intervención creciente del Estado burgués en la economía. Elementos de planificación del desarrollo económico.

Interpretación burguesa. Sin revolución política, el capitalismo se niega a sí mismo y se transforma en "sociedad industrial." Algunos autores continúan llamando a los países occidentales sociedad capitalista, pero subrayan que el capitalismo de la década del 60 se diferencia radicalmente del capitalismo del siglo pasado y hasta del de la primera mitad del siglo XX. Se asevera en todo caso que el viejo capitalismo, como lo entendía Marx, ya no existe. En los últimos decenios —escribe A. Schlesinger— ha surgido "una sociedad mixta en que es posible dar al Estado poderes suficientes para hacer realidad el bienestar social y el crecimiento económico, sin que sean suficientes para abolir las libertades políticas y cívicas". Así pues, se ha renunciado al capitalismo clásico del siglo XIX[19]. P. Sorokin declara lo siguiente: "En el presente, el debilitamiento del capitalismo ha progresado tanto que en todos los países de Europa y América, comprendidos los EE.UU., el genuino sistema de economía capitalista "de pura casta", o una "libre empresa" efectiva, se ha convertido sólo en un sector —que no siempre es el principal— de la economía total de estos países. En los últimos decenios, especialmente después de 1914, al lado del sistema capitalista "de pura casta", basado en la propiedad privada "de pura casta", han emergido y crecido una "economía corporativa" y una "economía administrada por el gobierno", que se diferencian esencialmente del sistema capitalista"[20].

C) *Tendencias objetivas.* Revolución científico-técnica y su gigantesca influencia sobre la producción, la tecnología y el sistema de administración de la economía modernos.

Interpretación burguesa. Los índices productivos y tecnológicos, logrados en uno u otro país, así como la organización de la administración del proceso de producción, se declaran no sólo las principales fuerzas motrices, sino los únicos índices del progreso social en general. En las novísimas teorías burguesas domina a menudo el "determinismo tecnológico". Está difundida también la idea ilusoria de que un buen sistema de administración de la producción y la sociedad en conjunto resuelve y es capaz de resolver todos los problemas sociales básicos.

D) *Tendencias objetivas.* Crecimiento de la actividad revolucionaria y de la organización de la clase obrera en los países capitalistas; conquista por ella, merced a una tenaz lucha de clase, de ciertas concesiones por parte de la burguesía que permiten mejorar, en uno u otro grado, el nivel de vida de los trabajadores, las condiciones de trabajo, etc.

---

[19] *Paths of American Thought,* op. cit., p. 536.

[20] P. Sorokin. *Mutual Convergence of the United States and the U.S.S.R. to the Mixed Sociocultural Type,* Mexico, 1961, p. 5.

Interpretación burguesa. El proletariado se ha "incorporado" a la sociedad capitalista y logrado los derechos económicos, políticos y sociales. La clase obrera y la burguesía son ahora "socios iguales" en todos los asuntos públicos. Los principales valores por los que lucha el proletariado se determinan hoy día por su afán de seguir elevando su nivel de vida. En esta lucha tiene más éxitos que otra clase cualquiera. "... Los obreros cuyos rencores eran siempre la fuerza motriz del cambio social —escribe Bell—, están ahora más satisfechos con la sociedad que los intelectuales. Los obreros no han alcanzado la realización de una utopía, pero sus esperanzas eran menores que las de los intelectuales, y la ganancia ha sido, correspondientemente, mayor"[21]. Merced a todo ello, se ha modificado supuestamente el carácter de las relaciones entre las clases y grupos sociales: los conflictos de clase se han reducido al mínimo, estableciéndose un peculiar "acuerdo de clases" en cuanto a los valores fundamentales de la sociedad occidental y las tareas que tiene planteadas.

Estos no son más que unos cuantos ejemplos de cómo se deforman en ciertas teorías burguesas de la sociología general los procesos reales que se operan en el mundo moderno. Esto se determina, ante todo, por varias razones objetivas y por el propio *status* social de la sociología burguesa que se manifiesta en que ella, no obstante todas las diferencias existentes entre sus escuelas y corrientes, no rebasa el enfoque burgués de la realidad, ni puede rebasarlo, igual que no lo puede hacer tampoco, en su actividad práctica, la clase dominante. El punto de vista de la sociología burguesa limita, ante todo, la investigación crítica de la base objetiva de la sociedad humana que constituyen las relaciones de producción. Estas últimas están excluidas, en esencia, como criterio del sistema social, del campo de estudio. El conjunto de las relaciones de producción, que determina precisamente la esencia y el carácter de uno u otro organismo social, constituye para la sociología burguesa moderna una peculiar "zona prohibida". A los sociólogos se les deja pasar a esta zona sólo si se necesita una "reparación urgente", por decirlo así, del mecanismo gastado.

Esta situación tiene numerosas consecuencias, influyendo en el carácter y el destino de la propia sociología y en el modo de formular las concepciones sociológicas. En particular, la sociología no tiene posibilidad de estudiar la sociedad como un sistema dinámico íntegro, en una interacción dialéctica

[21] D. Bell. *The End of Ideology,* op. cit. p. 374.

de sus componentes, y se ve obligada a recurrir constantemente a la ayuda de la "teoría de factores" anticuada hace ya mucho, modernizándola cada vez en correspondencia con una situación dada. No es casual, por eso, que en nuestro siglo de impetuoso progreso técnico, la sociología burguesa se deslice cada vez más a posiciones de un "determinismo tecnológico" estrecho y, con frecuencia, primitivo. Unas u otras modificaciones de la tecnología de la producción se presentan como algo que resuelve por sí mismo los principales problemas sociales. Según la sociología burguesa, la revolución técnica desplaza de la vida de la sociedad la revolución social. Semejante planteamiento del problema en las mismas teorías alterna con la acentuación del papel decisivo del sistema de valores espirituales que "se instituye" en la sociedad concreta. Las ideas abstractas sobre el individuo, la libertad, el sentido de la vida, etc., se representan no sólo como ciertas esencias independientes de las condiciones históricas concretas, sino, en el mayor número de los casos, como las que determinan el carácter de las instituciones sociales, de la ideología, la ciencia y el arte, y la orientación de la actividad política práctica de los hombres.

Un rasgo típico de las novísimas teorías sociológicas es su ligazón indisoluble con la política burguesa. A nuestro parecer, esta particularidad se subraya insuficientemente en la literatura. En las publicaciones soviéticas se considera, por lo común, que una posición típica del sociólogo burgués consiste en su afán ilusorio de estar "al margen de la política" y preservar a sí mismo y a su ciencia "objetiva" de las influencias ajenas y las deformaciones. En efecto, la neutralidad aparente de un sociólogo respecto de los problemas políticos, resulta, con frecuencia, una forma oculta del partidismo burgués en la ciencia. El que esta posición sea muy frecuente y hasta dominante entre muchos científicos de Occidente, se determina por los factores económicos, políticos e ideológicos y otras circunstancias concretas. El partidismo bajo el pabellón de la neutralidad y la "no participación" en la política, siguen constituyendo hasta la fecha un fenómeno muy propagado. Sin embargo, no se puede menos de ver que en los últimos decenios se han marcado cambios que introducen correcciones en la idea que tenemos de la ligazón de la sociología

burguesa con la política que aplica la administración gubernamental. Se trata de que el capital monopolista de Estado hace todo lo posible para supeditar a sus demandas el pensamiento social de Occidente. Una enorme presión política, financiera y administrativa que gravita sobre los científicos universitarios les obliga a cumplir los pedidos corporativos y estatales.

Es más, entre el profesorado mismo se observa una estratificación cada vez mayor que emana de una comprensión diferente de las obligaciones y la responsabilidad que tiene en la sociedad moderna el intelectual, "el hombre que posee conocimientos" y de las posiciones sociales y credos políticos distintos. En este sentido se puede destacar tres grupos fundamentales de científicos. El primer grupo trata de defender las tradicionales libertades universitarias y estima que la causa de un científico consiste en servir a la "ciencia pura", al "conocimiento puro". Este grupo califica toda política como algo ajeno y perjudicial para la investigación científica y la enseñanza. En pocas palabras: este grupo permanece bajo el poder de las viejas ilusiones de que la ciencia mantiene una "neutralidad" política e ideológica, no es partidista y está "por encima de las clases". En el segundo grupo figuran hombres de ciencia con espíritu democrático y pensamiento sereno, que exigen aplicar la ciencia para hacer una investigación crítica de la sociedad burguesa, sus instituciones, valores e ideales. Ellos se pronuncian por las transformaciones progresistas de la sociedad y critican la sociología empírica por dedicarse al estudio de temas insignificantes, apartarse del análisis de importantes problemas sociales y ser dócil ante las demandas del *business,* y la sociología teórica, por su carácter abstracto y el aislamiento de la vida. El mérito de representantes de este grupo consiste en que actúan en la esfera de la teoría como críticos sociales del capitalismo.

Por último, el tercer grupo lo componen los partidarios de la combinación de la sociología con la política burguesa. Su punto de partida es un peculiar "optimismo oficial", que se reduce a que el progreso social pueda ser logrado en las vías de un perfeccionamiento graduál y parcial de las asociaciones monopolistas de Estado burocratizadas, mientras que los problemas sociales pueden ser resueltos mediante una hábil

administración. Es en este grupo en que resuenan precisamente las exhortaciones de "combinar", "coordinar" y "unificar" la sociología burguesa, por una parte y la política práctica de los monopolios y el Estado, por otra. La sociología, dicen los representantes de este grupo, debe ver su "vocación auténtica" en ayudar a la "formación de una política necesaria" y considerar los "acontecimientos de la vida política desde el punto de vista de cada uno que debe emprender acciones responsables en ellos". Afirman que es necesario poner fin a todas las formas de aislamiento entre los políticos y los sociólogos. "El político y el ciudadano —escribe E. Shils— deben sentir confianza en la buena voluntad del sociólogo que se les enfrenta, mientras que el sociólogo debe sentir lo mismo en cuanto a la buena voluntad del político y del ciudadano"[22]. La demanda de volver la sociología de cara a la política burguesa significa supeditar la indagación sociológica al "pedido social" directo.

Un ejemplo patente de tales teorías, que corresponden por su esencia a distintas demandas ideológicas del capital monopolista de Estado, son las teorías de la "sociedad industrial", las "fases de crecimiento", la "convergencia" y la "desideologización". Reflejan en la esfera de las ideas el proceso social objetivo, en virtud del cual el pensamiento sociológico en los EE. UU. y otros países del capitalismo desarrollado, al perder la anterior autonomía relativa, se convierte en una peculiar forma modernizada del funcionamiento burocrático.

La teoría de la "desideologización" ha nacido de una fuente común con otras doctrinas sociológicas novísimas. Le son inherentes los mismos defectos metodológicos y teóricos. Pero su peculiaridad consiste en que actúa, ante todo, como una "filosofía política" que concentra su atención en los problemas de la ideología y la política y considera los fenómenos ideológicos y políticos desde el ángulo de las ideas sobre la "sociedad industrial", las "fases de crecimiento" y la "convergencia". Teniendo en cuenta estas observaciones, pasamos

---

[22] E. Shils. *The Calling of Sociology.* — T. Parsons, E. Shils, K. Naegele, J. Pitts (eds.). *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory,* vol. II, New York, 1961, p.p. 1440-1441.

al análisis de las tesis que presentan los teóricos de la "declinación de la era ideológica".

La actualidad en un "espejo cóncavo"

Los teóricos de la "desideologización" han reflejado con toda evidencia, quiéranlo o no, el que la clase dominante de la sociedad capitalista moderna se vea obligada a buscar las vías necesarias para refutar la inevitabilidad histórica y la necesidad objetiva de la transformación de la sociedad sobre los principios socialistas. La idea de los creadores y propagandistas de la teoría de la "desideologización" consiste en que ésta debe servir, a la par de otras doctrinas burguesas novísimas, de alternativa a la doctrina marxista-leninista en la etapa actual. Tratan de supeditar a este objetivo cada una de las tesis de su teoría. En realidad, esta pretensión no tiene ningún fundamento. La teoría de la "declinación de la ideología" no es una doctrina desarrollada sistemática y consecuentemente y acabada en el aspecto lógico (a diferencia, digamos, de la teoría de las "fases de crecimiento," de W. Rostow, que constituye, al menos en un plano lógico formal, cierto sistema íntegro). Es, más bien, un conjunto de nociones y enunciados, que son con frecuencia fragmentarios y se distinguen, en la mayoría de los casos, por una imprecisión de formulaciones. Los autores de esta teoría usan ampliamente el equipaje ideológico de sus predecesores y contemporáneos. Los teóricos de la "desideologización" acumulan las ideas de la modernización del capitalismo, el Estado de "prosperidad general," la revolución de los gerentes, el aburguesamiento de la clase obrera, la dominación de la tecnocracia, la paz entre las clases y la amenaza comunista. Incluso muchos autores de Occidente señalan que esta teoría carece de carácter lógico e íntegro. Por ejemplo el sociólogo estadounidense M. Seeman, de la Universidad de California, escribe en su reseña del libro de Bell *El fin de la ideología* que este libro "no examina de modo sistemático" el tema de la "declinación de la ideología"[23]. Esta característica puede ser referida con toda razón a otros trabajos de los teóricos de la doctrina del "fin de la ideología".

[23] *American Sociological Review,* 1960, vol. 25, N° 5, p. 754.

Esta teoría, igual que otros tinglados teóricos burgueses de que hemos hablado más arriba, refleja la actual realidad en un "espejo cóncavo". No ha reflejado tanto algunos procesos y tendencias sociales, típicos de las condiciones específicas reales de finales de la década del 50 y de los años 60, como los ha mistificado. Sus autores, al captar algunos cambios inherentes a los procesos de formación y funcionamiento de las ideologías y relacionados con la existencia de los dos sistemas sociopolíticos, con la transformación del capitalismo en capitalismo monopolista de Estado y el desarrollo de la revolución científico-técnica, los han presentado de modo tergiversado.

Claro que estos cambios son un hecho objetivo. Pero ellos no testimonian en favor de la "declinación de la ideología". Por lo contrario, la realidad da a cada paso pruebas de que la importancia de las ideologías en el mundo actual va en aumento y las ideas sociales se convierten más que nunca en un arma afilada de las clases.

El que la teoría de la "desideologización" esté de moda se explica porque responde a intereses determinados del capital monopolista de Estado. Por eso, cierta parte de la "élite gobernante" apoya las ideas de la "declinación de la ideología". Un papel esencial en la propagación de esta teoría han desempeñado, al mismo tiempo, sus rasgos inherentes: la demagogia social y los efectos sicológicos y propagandísticos que utilizan sus autores. Esta teoría especula en los países de Occidente, con las ideas habituales de millones de hombres que han sido ya testigos y víctimas impotentes de formas extremas de la ideología burguesa como fueron el fascismo germano-italiano y el macartismo estadounidense. La teoría de la "desideologización" trata de adaptarse al hecho de que entre las masas populares se hayan arraigado bastante ampliamente los sentimientos de escepticismo y falta de fe en las consignas y promesas ideológicas burguesas y en la política e ideología burguesas en su conjunto. Estos sentimientos constituyen, objetivamente, una forma de resistencia o, en todo caso, de no aceptación de los ideales y valores de la "civilización occidental". Pero se utilizan demagógicamente para sembrar desconfianza, ante todo, hacia la ideología comunista.

¿En qué consisten, pues, las tesis fundamentales de la teoría que se analiza?

Los teóricos de la "declinación de la ideología", en conjunto, distinguen dos tipos de sociedades. El primero es, en esencia, todo lo que precede al "industrialismo" moderno. Estas sociedades "preindustriales" se caracterizan, a su juicio, por una profunda "inestabilidad" de los órdenes económico y político. No han resuelto aún los problemas sociales básicos, debido a que constantemente se producen en ellas conflictos de clase, conmociones sociales, revoluciones, golpes de Estado, etc. Lipset, Bell, Schlesinger y otros adeptos de esta concepción reconocen casi unánimemente que este tipo de sociedad era precisamente el capitalismo "clásico" del siglo pasado y de los primeros decenios del XX. En aquel entonces, entre las distintas clases y grupos sociales no cesaba la lucha "a muerte". Esta lucha era el único medio de solución de los conflictos y contradicciones sociales. El Estado, separado en esencia de la dirección de la vida económica, era impotente para poner orden y, más aún, resultaba a menudo un juguete en manos de uno u otro sector social.

En opinión de los sociólogos burgueses, era ésta precisamente la sociedad que dio origen a las ideologías: sistemas de concepciones y teorías que sirven de argumentación de los intereses —con frecuencia netamente egoístas— de los grupos y clases sociales. Las ideologías son sinónimo del subjetivismo, del interés estrecho de clase o de grupo, del carácter no científico y del dogmatismo. Bell afirma que las ideologías constituyen una conciencia falsa, una "religión laica".

No se puede ni hablar de algún contenido objetivo de tales ideologías. Aparecen en las condiciones de la sociedad "preindustrial", de la falta o el desarrollo ínfimo de la ciencia social, dado el bajo nivel de la producción en masa y del consumo de masas, que se observa, en primer lugar, en los grupos sociales privados de derechos políticos y otros derechos cívicos.

Según los teóricos de la "desideologización", el cuadro cambia radicalmente en la "sociedad industrial"[24] desarro-

[24] Además del término "sociedad industrial desarrollada" se usan otros términos: sociedad "posburguesa", "posindustrial", "industrial nueva", etc.

llada que constituye, desde su punto de vista, el segundo tipo de sociedad. Lipset, Schlesinger, Shils y Bell no escatiman colores para pintar el más atractivo cuadro. Resulta que en la "sociedad industrial", por la cual se entiende el capitalismo monopolista de Estado, ya están resueltos los problemas sociales básicos. Está asegurada la desaparición de las profundas diferencias entre los grupos sociales en el aspecto económico. Desaparece, allí donde aún existe, la importancia política de la desigualdad económica. Está garantizada la ciudadanía política y jurídica de la clase obrera. Se ha operado la "integración del proletariado en la sociedad industrial". Entre las clases y los grupos sociales se ha logrado un acuerdo sobre los problemas fundamentales de la época actual. Los problemas sociales giran en torno a la dirección administrativa y técnica y la reforma parcial del organismo social. "Los cambios en la vida política de Occidente —afirma Lipset— reflejan el hecho de que los problemas políticos fundamentales de la revolución industrial hayan sido resueltos: los obreros han obtenido la ciudadanía industrial y política; los conservadores han aceptado el Estado de prosperidad general, y la izquierda democrática ha reconocido que el crecimiento excesivo del poder estatal implica más peligros para la libertad que las soluciones de los problemas económicos." Según Lipset, estos cambios significan un "gran triunfo de la revolución social democrática en Oeste"[25], merced a la cual el régimen capitalista contemporáneo se ha convertido en una "buena sociedad".

En la etapa actual de desarrollo —dicen los teóricos de la "desideologización"—, las llamadas ideologías universales, es decir, las ideologías que muestran el mundo en todos los aspectos y estimulan a la gente a la acción política de masas, han entrado en contradicción con los requisitos de la organización y la dirección racionales de la sociedad y de los distintos componentes de ésta, por una parte, y la demanda de la forma universal del saber, de la ciencia, y particularmente, de la ciencia social, por otra. La ideología no puede servir ya tanto de punto de referencia o de estímulo de la conducta de los individuos, de los grupos sociales y de toda la sociedad

[25] S. M. Lipset. *Political Man*, p. 406.

como de fuente de valores intelectuales, en particular, de fuente de la verdad. Estas esferas —tanto la ciencia como la sociedad en conjunto— se liberan de las "estratificaciones" ideológicas innecesarias. Los hombres no tienen fe ya en los motivos, consignas y llamamientos ideológicos y, menos aún, en que la ideología pueda explicar correctamente los acontecimientos que se operan en el mundo, ser un conocimiento adecuado.

Los autores burgueses se empeñan especialmente en tratar de identificar toda ideología con una conciencia falsa y valerse de eso para criticar al marxismo-leninismo. Según ellos, se ha perdido la fe en la posibilidad de transformar el mundo con arreglo a los principios de una ideología determinada (léase: la ideología marxista-leninista). Tienen un contenido concreto únicamente los programas económicos y sociales que aplican los gobiernos. Una "sociedad industrial" regulada —afirman los sociólogos burgueses— exige que se utilicen para su administración sólo una información precisa y un conocimiento fidedigno que obtienen los especialistas en problemas sociales. La aplicación de computadoras y aparatos automáticos, libres de toda ideología, desempeña en esta sociedad el papel principal. Debido a que los adversarios políticos aceptan actualmente "la autoridad de peritos en asuntos económicos y militares, en interpretaciones de la conducta de naciones extranjeras, etc. —escribe Lipset— se hace cada vez más difícil discutir los puntos de vista de los oponentes en los términos moralistas de "uno que otro". Allí donde existe un acuerdo entre los peritos científicos en problemas específicos, estos últimos pueden ser suprimidos como fuentes posibles de controversia acalorada. Debido a que el "ciencitismo" ("scientism") ha sido aceptado, las ideologías de extrema izquierda y derecha han perdido en mucho su efecto"[26].

La época de las ideologías ha finalizado. La ideología se ha anticuado, cediendo su lugar a la tecnología social o la ingeniería social. "El mundo ha dejado atrás las ideologías anticuadas —escribe A. Schlesinger— para pasar a una estrate-

[26] S. M. Lipset. *The Changing Class Structure and Contemporary European Politics.* — *Daedalus,* 1964, vol. 93, N° I, p. 273.

gia social mucho más sutil y flexible"[27]. Bell afirma: "Hoy día, estas ideologías están agotadas... Las viejas ideologías han perdido su "verdad" y su capacidad de persuadir"[28]. Según E. Shils, este proceso puede ser caracterizado como "fin del entusiasmo ideológico"[29].

Aquí los teóricos burgueses hacen salvedades muy esenciales. Ante todo, el tema de la "declinación de la ideología" no es aplicable a la política en general, sino a la política interior y las relaciones políticas dentro de un país concreto o grupo de países. En segundo lugar, no se trata de todos los países, sino de los países de Europa y América del Norte desarrollados en el aspecto industrial. Los Estados del sistema socialista se caracterizan, según estos teóricos, por la adhesión a la ideología marxista-leninista, observándose, no obstante, también en ellos la tendencia hacia la "desideologización". En cuanto a la esfera de la política mundial y las relaciones sociales entre las clases en los países en desarrollo de Asia, Africa y América Latina, sigue prevaleciendo el "enfoque ideológico". "Creo que en el seno de la comunidad mundial —escribe Lipset— se necesitan todavía realmente un análisis político, una ideología y una controversia... En varios países subdesarrollados... se necesitan también una intensa controversia política y una ideología"[30]. Con el correr del tiempo, estos países resolverán sus problemas económicos y políticos candentes y advendrá en ellos también el "fin de la ideología".

En tercer lugar, la "declinación de la ideología" en los países de Occidente con industria desarrollada no significa, ni mucho menos, que en ellos se extinga toda ideología o no existan diferencias políticas o ideológicas. La frase "fin de la ideología", como la conciben los creadores y partidarios de esta teoría, sólo supone que 1) las llamadas ideologías universales no constituyen ya una guía para las acciones políticas de masas, lo que se refiere, ante todo, al marxismo-leni-

---

[27] A. Schlesinger and M. White (eds.). *Paths of American Thought,* p. 536.

[28] D. Bell. *The End of Ideology,* p. 373.

[29] E. Shils. *The End of Ideology? — Encounter,* vol. V., November, 1955, p. 53.

[30] S. M. Lipset. *Political Man,* p.p. 415-416.

nismo y 2) en los países capitalistas adelantados están reducidos al mínimo los agudos conflictos ideológicos y políticos. "La lucha democrática de clases continuará —escribe Lipset—, pero será una lucha sin ideologías, sin banderas rojas ni manifestaciones del Primero de Mayo"[31]. Por consiguiente la tesis sobre el "fin de la ideología" simboliza, a ojos de sus creadores, ante todo, la imposibilidad de obtener las transformaciones sociales por vía de la revolución social. Proclamándose de palabra adversarios de la ideología en general, los teóricos de la "desideologización" ven en realidad a un solo adversario: la doctrina revolucionaria del marxismo-leninismo.

Este es el credo de los teóricos de la "desideologización", expuesto en sus rasgos más grandes. Una paradoja curiosa de todos estos tinglados consiste en que sus creadores tratan de presentar su sistema de opiniones como un sistema estrictamente científico, objetivo y carente de cualesquiera "deformaciones ideológicas". Se empeñan en persuadir de que su interpretación del desarrollo histórico y de los procesos sociales es una nueva doctrina "no ideológica" sobre la sociedad, se limita a la esfera y las tareas de constatación de lo que hay y no encierra elementos de valor e ideológicos.

Los autores de la teoría del "fin de la ideología" la desarrollan en varias direcciones interrelacionadas, pero diferentes por su problemática y, en cierto grado, por su matiz político.

La tendencia *metodológica,* o *gnoseológica,* partiendo de los principios y tesis básicos del neopositivismo y de la sociología burguesa del conocimiento, trata de probar la incompatibilidad absoluta de la verdad objetiva con la ideología. Ante todo, se plantea la tarea de "desideologizar" la ciencia social. La tendencia *sociológica general* trata de considerar los problemas de la "declinación de la ideología" en relación con el desarrollo de la sociedad y distintas instituciones sociales. La tendencia *francamente propagandística* y *anticomunista* relaciona el problema de la "desideologización" directamente y sin rodeos con la lucha contra la doctrina marxista, contra los países socialistas.

---

[31] Ibid., p. 408.

Más abajo examinaremos en el plano crítico las tesis y los argumentos principales de todas estas tendencias. Ahora tenemos que señalar una particularidad más que caracteriza en conjunto la teoría de la "desideologización".

Debido a su determinación social de clase, esta teoría es una fórmula de "conciencia falsa", más exactamente, un mito político e ideológico moderno, inventado por la burguesía. La burguesía monopolista dominante siente más cada vez la necesidad de dedicarse a crear mitos, lo que se manifiesta evidentemente en la teorización sociológica, económica y política general. Testimonio de ello es, por ejemplo, la aparición de las concepciones de la "sociedad industrial", de las "fases de crecimiento" y de la "convergencia". No nos planteamos la tarea de analizar la conciencia mitológica como tal. Es el tema de una investigación aparte. Pero cabe subrayar que muchos rasgos de la teoría de la "desideologización" —la estructura lógica específica, más exactamente la falta de una precisa estructura lógica científica; un determinado carácter axiológico y un matiz emocional específico, calculados para los gustos y las orientaciones ideológicas de un consumidor determinado—, acreditan que tenemos ante nosotros una concepción mitológica.

"El imperialismo —decía L. Brézhnev en su discurso pronunciado en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros (1969)— no puede confiar en el éxito si proclama paladinamente sus verdaderos objetivos. Se ve obligado a crear todo un sistema de mitos ideológicos que velan el sentido real de sus intenciones y adormecen la vigilancia de los pueblos"[32].

Los principales medios de conocimiento y de transformación de la realidad social, al pasar a través del prisma de la "desideologización", aparecen en forma tergiversada y resultan orientados contra todo pensamiento crítico y actividad revolucionaria. So pretexto de la lucha contra las "estratificaciones ideológicas", la elaboración de la metodología objetiva científica del análisis social se convierte en una postulación del "ciencitismo" seudorracionalista, incapaz de ver más allá

[32] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Moscú. 1969*, ed. en español, Praga, 1969, pág. 173.

de lo que se opera en la superficie misma del ser, mientras que la sociología toda se reduce al nivel de "ingeniería social", llamada únicamente a remendar los agujeros más evidentes del mundo caduco. Todas las formas del movimiento de las masas trabajadoras en defensa de sus intereses se declaran anticuadas. La administración estatal burguesa se pinta como la única fuerza de la sociedad, capaz de preocuparse por la prosperidad general. El desarrollo de las formas del capitalismo monopolista de Estado, que significa en realidad la putrefacción sucesiva del sistema capitalista, se presenta como progreso de la sociedad humana. Se estimula abiertamente la actividad enfilada contra el comunismo tanto en la teoría como en la práctica. En resumen, los intereses privados de la cúspide imperialista gobernante se declaran intereses universales.

A despecho de numerosas declaraciones de los teóricos de la "desideologización" de que ellos, al someter a crítica el "subjetivismo ideológico", desbrozan el camino al racionalismo moderno y a una verdadera ciencia social, su teoría tiende precisamente a fortalecer la ideología burguesa, esta falsa conciencia fetichista, engendrada por las condiciones materiales objetivas de existencia de la sociedad capitalista.

Pese a todos los esfuerzos de los teóricos de la "desideologización" de pintar color de rosa las perspectivas que tiene la sociedad capitalista, su teoría es una confesión, aunque indirecta, de que el capitalismo está condenado por la historia.

Los "desideologizadores" nuevos y viejos

¿Se puede afirmar que la teoría de la "desideologización" constituye por su esencia una nueva palabra en la sociología burguesa? Claro que muchos elementos de esta teoría se deben a las condiciones específicas de la década del 60 de nuestro siglo, de lo que se ha hablado ya y se hablará luego con más detalle. Pero las ideas sobre la "desideologización", en conjunto, maduraron en la sociología burguesa durante un período prolongado. Varias generaciones de filósofos y sociólogos burgueses manifestaban una tendencia hacia la "desideologización" que constituye una parte inalienable de toda la corriente positivista. Revelándose de manera diferente en

las obras de distintos autores, esta tendencia se reducía en general a los siguientes intentos: en primer lugar, ponerse "por encima" de la lucha de los partidos en la filosofía y la sociología, colocarse "al margen" de la lucha ideológica de su tiempo y superar la "estrechez" imaginaria del materialismo, en general, y del marxismo, en particular; en segundo lugar, describir de manera objetivista los hechos y fenómenos de la realidad, renunciando a revelar las regularidades del desarrollo social, así como el sentido y la importancia de los acontecimientos históricos; en tercer lugar, calificar de factores extracientíficos, que deforman la verdad del objeto, cualesquiera intereses de clase, motivos y apreciaciones ideológicos y, en cuarto lugar, eludir una teorización consciente e inmediata de la determinación social de clase del proceso de conocimiento, sus bases filosóficas e importancia ideológica. Estos intentos son típicos de todo el pensamiento positivista, comenzando por Comte y terminando por Popper, y de todas las formas de positivismo, comenzando por el pragmatismo y terminando por la filosofía lingüística. El positivismo tradicional partía de la ilusión de que se pudiese separar a sí mismo de cualquiera política, ideología y partidismo. Encerrándose en sus despachos, como caracoles en sus conchas, los adeptos del positivismo proclamaban su adhesión únicamente a la ciencia "pura", afirmaban que servían sólo a la verdad "pura", aunque en realidad esta actitud hacía el juego precisamente a la ideología y la política burguesas.

Recordemos, a título de ejemplo, los conceptos de A. Comte (1798-1857), progenitor del positivismo desarrollado y sistematizado. Como se sabe, Comte consideraba que el avance de la razón humana originaba la sustitución sucesiva de tres tipos de concepción del mundo: "...el estado teológico, o ficticio; el estado metafísico, o abstracto y el estado científico, o positivo"[33].

¿Qué es lo que significa, según Comte, el estado positivo, el estado maduro del intelecto humano?

El conocimiento positivo —dice Comte— es un conocimiento "real, en oposición al quimérico," "útil, en oposición a

---

[33] A. Comte. *Cours de philosophie positive,* vol. 1, 5e ed., Paris, 1892, p. 3.

la curiosidad estéril", es un conocimiento fidedigno y exacto. Pero Comte lo limita a las manifestaciones más externas del mundo real. "...Consideramos como absolutamente inaccesible y carente de sentido —escribe este filósofo— la búsqueda de las llamadas causas, tanto primarias como finales"[34]. No conocemos más que la "superficie" de la realidad, los "fenómenos" o los hechos del experimento, y no los objetos "de por sí", ni su esencia y origen. La ciencia no está llamada a "explicar", sino a "describir" los datos del experimento.

Está claro que la simple acumulación y descripción de hechos sueltos —lo que Comte hacía pasar por el objetivo fundamental de la ciencia social y oponía a la "metafísica" y al "dogmatismo"— implican una filosofía determinada y tienen importancia ideológica. No se puede pronunciarse simultáneamente contra todas las ideologías, contra cualquier filosofía. Esta posición supone su propia filosofía, su propio dogmatismo. Es más, la consigna de "la ciencia se interesa sólo por los hechos" significaba en el fondo, en su forma positivista, como señaló con justa razón J. Bernal, "la renuncia a enfrentar los hechos, ya que a los intelectuales burgueses se les hacía cada vez más difícil enfrentar los hechos, especialmente los hechos sociales. El positivismo ofreció indudablemente una coartada admirable a quienes querían estar por encima de la lucha, incluso del bando justo. Como dicen los irlandeses: "Yo sé que usted fue imparcial en esta lucha, pero ¿a qué bando fue usted imparcial?" "[35] No obstante, era esta consigna positivista del "sin partidismo", era esta demanda la que iba convirtiéndose precisamente en prevaleciente en toda la filosofía y sociología burguesas.

La proclamación de su "sin partidismo" era un rasgo muy característico también del machismo, variedad de positivismo. Los machistas se jactaban de que se habían colocado al margen de los partidos filosóficos y superado la "estrechez" del materialismo y del idealismo. En realidad resultó que tenían un solo antípoda: el materialismo. Desenmascarando estos torpes intentos, Lenin escribía: "A través de *todos* los escritos de *todos* los machistas aparece como hilo de engarce la necia

[34] Ibid., p. 12.
[35] J. D. Bernal. *Science in History*, Lnd., 1954, p.p. 755-756.

pretensión de "elevarse sobre" el materialismo y el idealismo, de superar esta "anticuada" contraposición; pero, *en realidad,* toda esta camarilla cae *a cada instante* en el idealismo, sosteniendo contra el materialismo una guerra sin tregua ni cuartel. Los refinados subterfugios gnoseológicos de un Avenarius siguen siendo invenciones profesorales, intentos de fundar "su" pequeña secta filosófica; pero, *de hecho,* en las condiciones generales de lucha de las ideas y de las tendencias en el seno de la sociedad contemporánea, el papel *objetivo* de estas sutilezas gnoseológicas se reduce única y exclusivamente a una cosa: a desbrozar el camino al idealismo y al fideísmo y a servirles fielmente"[36].

Los representantes de la llamada escuela de Baden —Windelband, Rickert y otros— promovieron a primer plano de sus tinglados teóricos y metodológicos los problemas de la neutralidad política e ideológica de las ciencias históricas, subrayando, al mismo tiempo, la primacía de la descripción empírica respecto de la síntesis, del descubrimiento de las regularidades sociales. Son típicas en este sentido las concepciones de H. Rickert (1863-1936). Su teoría acerca de la naturaleza del conocimiento histórico y los problemas relacionados con ésta se consideraba durante largo tiempo la última palabra de la lógica en esto terreno. Esta teoría ejerció una gran influencia metodológica no sólo sobre los historiadores, sino también sobre los representantes de todas las esferas de la sociología burguesa. La tarea de la doctrina de Rickert sobre el método estriba, en particular, en tratar de argumentar la idea de que el conocimiento natural científico, que usa el método de generalización, no es un verdadero conocimiento de la realidad[37] y que éste se consigue sólo valiéndose del método individualizador, ya que este último es precisamente el que corresponde más que otros al carácter del objeto a conocer. En esto estriba la ventaja de las ciencias históricas sobre las naturales: se presenta lo individual e inconfundible, lo que descarta toda generalización.

La argumentación de Rickert tiende a probar que el conocimiento de las leyes y el descubrimiento de las regularidades

[36] V. I. Lenin. *Obras,* 5ª ed. en ruso, t. 18, pág. 362.

[37] Véase sobre el particular V. Asmus. *Marx y el historicismo burgués,* ed. en ruso. M.-L., 1933, págs. 187-192.

son imposibles y no constituyen tarea de la investigación científica. De todos los razonamientos de Rickert emana lógicamente la siguiente alternativa: o bien el conocimiento de lo general, de la ley y la regularidad y, por consiguiente, el alejamiento a la abstracción, al dogma, que no tiene nada de común con la realidad, o bien el conocimiento de lo individual y único (y sólo este conocimiento constituye, en opinión de Rickert, la tarea y el objetivo de una ciencia verdadera). La ciencia histórica y la regularidad histórica son para Rickert conceptos absolutamente incompatibles. La negación de la ciencia histórica, que descubre las leyes del desarrollo social, tiene en la doctrina de Rickert un sentido evidente a todas luces: negación de las propias leyes objetivas. En la existencia misma, en el ser de la sociedad humana todo es individual y casual, no puede repetirse ni preverse. El desarrollo de esta concepción culmina con que Rickert delimita la esfera de las "ciencias sobre la cultura" respecto de la "doctrina de los valores".

La esencia del método de las "ciencias sobre la cultura" se determina como referencia al valor. Lo que posee un valor político, moral, estético o de otra índole merece un estudio por parte de la ciencia histórica. Pero esto no significa en absoluto, según Rickert, que la ciencia histórica sea una ciencia que valora. Rickert afirma que en la historia, como ciencia, es imposible cualquier generalización y, por otra parte, no debe haber lugar para ninguna valoración. La esfera de la historia se reduce a revelar el hecho individual y único y a describirlo, teniendo en cuenta su correlación con ciertos valores generales. "La referencia a los valores queda en la esfera de la constatación de los hechos, mientras que la valoración emana de esta esfera". La historia "hace constar lo que existe"[38].

De este modo, Rickert convierte la ciencia histórica en una simple descripción de lo que había en la historia humana. En su opinión, la ciencia histórica no tiene el derecho de descubrir las leyes del desarrollo social, juzgar del sentido de la vida humana y del destino del hombre ni valorar los aconteci-

[38] H. Rickert. *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft. Zweite Auflage,* Tübingen, 1910, S. 90.

mientos históricos pasados o actuales. Todos estos problemas "metafísicos" se excluyen de la esfera de la ciencia. La historia científica hace constar el ser existente, percibido empíricamente, en su unicidad individual.

Afirmando que desea crear una metodología de la ciencia histórica que carezca de cualesquiera consideraciones extracientíficas, Rickert confecciona, en efecto, una teoría que expresa los intereses de ciertos grupos sociales. No reconociendo de palabra el partidismo de las ciencias sociales y deseando subjetivamente estar lejos de toda parcialidad, desarrolla en el aspecto teórico el punto de vista de quienes están interesados, en el aspecto social, en hacer creer que la historia de la humanidad carece de sentido e importancia.

Los ejemplos citados persuaden de que las pretensiones positivistas de argumentar la "ciencia pura", "sin partido", "imparcial", carente de valores, apreciaciones y razonamientos de valor, esta "ciencia por la ciencia", no son otra cosa que intentos y variantes de la "desideologización" de la ciencia. Estos intentos constituyen una tradición vieja y estable de la filosofía y la sociología burguesas. Su desarrollo ulterior se debe a la aparición de nuevas formas y variedades de positivismo: el positivismo lógico y la filosofía lingüística, la sociología burguesa del conocimiento y la sociología empírica. Con la particularidad de que se revela la tendencia del reforzamiento de la "crítica" inmediata y del "desenmascaramiento" de toda ideología. Si, por ejemplo, M. Weber, E. Durckheim y otros criticaban la conciencia ideológica sin usar el término "ideología", después de la aparición del trabajo de K. Mannheim *Ideología y utopía* comenzó a prevalecer en la sociología burguesa el afán de identificar directamente la ideología con una conciencia falsa, deformada. Cualesquiera que sean las intenciones subjetivas de los autores burgueses, esta crítica estaba orientada objetivamente, ante todo, a la lucha contra la doctrina marxista-leninista y se utilizaba en esta lucha por los propagandistas y políticos reaccionarios. Se puede afirmar que la teoría de la "desideologización" (y no sólo como teoría, sino también como metodología del conocimiento social, como práctica de la investigación e ideología de algunos sectores de la sociedad burguesa) había aparecido antes de proclamarse públicamente su creación.

Bell, Lipset, Aron y otros intentan sintetizar la tradicional crítica positivista de "cualquier" ideología con ideas del reformismo y pragmatismo burgueses. Usan en gran medida la argumentación que les han dejado sus predecesores, y la adaptan a la lucha teórica contra el marxismo-leninismo. Fuera de la relación con este material teórico, acumulado por el pensamiento filosófico y sociológico burgués, la teoría de la "desideologización" queda incomprensible en muchos aspectos. Por eso, al analizar más adelante los problemas concretos, volveremos reiteradas veces a las concepciones que anticiparon el mito sobre el "fin de la ideología".

LA IDEOLOGIA COMO FENOMENO SOCIAL

En la filosofía y la sociología burguesas modernas se presta gran atención a los problemas de la conciencia social, la sicología, la ideología y la dirección de la conciencia y la conducta de las masas. Basta decir que esta problemática no desaparece de los libros y publicaciones periódicas y del orden del día de los congresos filosóficos y sociológicos internacionales. Esto se explica por varias causas. Tiene principal importancia, sin duda, el afán del capital monopolista de dominar ilimitadamente las mentes y hacer más eficiente la presión ideológica y sicológica sobre las grandes masas trabajadoras, que van perdiendo cada vez más la fe en los principios y orientaciones ideológicos burgueses. En segundo lugar, esto se debe a la agravación de la lucha en la esfera de la ideología entre los sistemas sociales opuestos: el mundo del socialismo y el mundo del capitalismo. Por eso, el Estado burgués y los monopolios han lanzado un numeroso ejército de sociólogos, sicólogos y otros especialistas en ciencias sociales a la investigación de los métodos de guerra ideológica y sicológica y de subversiones ideológicas y su eficacia. En tercer lugar, desempeñan cierto papel los ánimos de alarma y preocupación difundidos entre la población de los países occidentales que no ha olvidado la esencia inhumana de las ideologías fascistas y las consecuencias bárbaras de su afianzamiento, en un pasado no lejano, en Alemania, Italia y otros Estados. Las amplias masas observan con alarma la animación

de las ideologías neonazistas, extremistas de derecha y racistas en algunos países capitalistas en la etapa actual, y esperan una respuesta a la pregunta de cómo se puede conjurar estas tendencias peligrosas. Es lógico que estos estados de ánimo se manifiesten de una que otra manera en las obras de cierta parte de autores burgueses. Por último, los países en desarrollo de Asia, Africa y América Latina presentan sus concepciones y doctrinas ideológicas, tratando de argumentar su afán de la liberación política, cultural y económica y del desarrollo nacional. Las ideologías de los movimientos de liberación nacional también se convierten en objeto de un estudio atento y valoración por parte de los filósofos y sociólogos burgueses de los países capitalistas adelantados.

Todas estas circunstancias constituyen, en una u otra medida, las causas de que se observe una gran atención a los problemas de la ideología y su papel en la vida de la sociedad moderna. Las opiniones, interpretaciones y enfoques que se exponen sobre estos problemas en la literatura sociológica occidental son muy abigarrados. La mayoría de los investigadores burgueses presentan la ideología siempre y en todas las circunstancias como una fuerza irracional espontánea. Ellos afirman que los hombres contagiados con la ideología, son siempre fanáticos y obstinados al extremo. Los movimientos de masas y los Estados que se dirigen con ayuda de una u otra ideología, constituyen una amenaza al orden y la calma implantados y consagrados por la ley, la Iglesia y las tradiciones. La ideología se presenta por los teóricos burgueses, en la mayoría de los casos, como un sistema rutinario de dogmas que sirve a la justificación de los intereses particulares de un grupo social o clase. La ideología no es para ellos una forma de conocimiento de la realidad social, sino sólo un medio para argumentar ideales políticos, económicos, morales y de otra índole, un procedimiento que es incompatible con la ciencia social.

La doctrina de K. Mannheim sobre la ideología

Karl Mannheim (1893-1947) fue uno de los representantes liberales más típicos de la sociología burguesa de la primera mitad de nuestro siglo. Su interpretación de la concien-

cia ideológica se considera hasta la fecha, en Occidente, poco menos que clásica[1]. Mannheim hace la exposición más completa de los problemas de la correlación entre la ideología y la sociedad y entre la ideología y la ciencia desde el punto de vista liberal burgués. En su opinión, la ciencia es objetiva merced a su "sin partidismo" e imparcialidad, mientras que la ideología, como un fenómeno partidista y clasista, es siempre subjetiva y deforma el conocimiento verdadero sobre la realidad. A pesar de que algunas tesis y conclusiones de Mannheim se sometieran a una crítica, a veces acerba, su interpretación de la ideología, en conjunto, está aceptada por muchos sociólogos burgueses. Esta interpretación incluso ha servido de base de otras teorías burguesas en boga. En todo caso, la filosofía y la sociología burguesas modernas utilizan ampliamente argumentos de Mannheim para exponer sus novísimas concepciones. El sociólogo estadounidense J. La Palombara señala con toda razón que, al examinar casi cada argumento de D. Bell, S. Lipset y otros autores de la teoría de la "desideologización", se tiene que entablar una discusión con Mannheim, ya que resulta que dichos argumentos figuran en la concepción de este último[2].

La sociología del conocimiento fue concebida por Mannheim como teoría modernísima del conocimiento, como teoría del conocimiento social y de las doctrinas sociales. No cabe duda de que Mannheim quería oponerla, en cierto grado, a la sociología empírica, que empezó a desarrollarse impetuosamente en el período entre las dos guerras mundiales. De ahí su afán de ocuparse de los problemas teóricos cardinales. No cabe duda tampoco de que en su interpretación humillante de la ideología desempeñó cierto papel la ideología nazista que se formaba a la sazón en Alemania. (En la década del 30, Mannheim tuvo que emigrar de Alemania a Inglaterra.) Pero, objetivamente, su sociología del conocimiento permanecía en el marco de la reacción burguesa a la comprensión marxista del papel de la ideología en la vida de la sociedad. Preten-

[1] El problema de la ideología fue expuesto por Mannheim principalmente en los trabajos *Sociología del conocimiento* (1927) e *Ideología y utopía* (1929).

[2] J. La Palombara. *Decline of Ideology. — The American Political Science Review*, 1966, vol. LX, N° 1, p. 13.

día superar la "estrechez" de la teoría marxista del conocimiento de los fenómenos sociales. Con la particularidad de que Mannheim no renunciaba a copiar algunas ideas del marxismo. "Un aspecto característico de la actividad de Mannheim —escribe el sociólogo estadounidense I. Horowitz— consistía en revelar la posición histórica específica de intelectuales en las sociedades pasadas y presentes y mostrar, por añadidura, que los principios del socialismo científico eran de por sí un producto de las corrientes intelectuales con severas limitaciones ideológicas"[3].

Según Mannheim, la sociología del conocimiento "explora la dependencia funcional de cada punto de vista intelectual respecto de diferentes grupos sociales que se encuentran en realidad detrás de este punto de vista"[4]. Como reconoce el propio Mannheim, la idea de la determinación social del conocimiento fue tomada de Marx[5]. Pero Mannheim interpreta esta tesis en el espíritu del relativismo absoluto y llega, en última instancia, a conclusiones absolutamente no científicas.

El esquema conceptual de Mannheim es el siguiente. En sus concepciones, igual que en las de sus predecesores, Rickert y Weber, se hace una delimitación entre el conocimiento natural científico y el social científico. El tipo de conocimiento expresado por la ciencia natural —afirma Mannheim— se diferencia fundamentalmente del conocimiento histórico. El objetivo de las ciencias naturales consiste en conocer lo común y universal, lo necesario y lógico. Por eso, el método de estas ciencias es sintetizar y asentar los conceptos y teorías generales sobre los fenómenos y procesos concretos. En cambio, el objetivo de las ciencias sociales e históricas es conocer lo único, particular e individual. Por consiguiente, su método es el de la individualización, de la descripción del ser histórico concreto que se conceptúa de antemano único e inconfundible, no supeditado a ninguna necesidad y regularidad generales.

La filosofía y la sociología burguesas no pueden resolver

---

[3] I. L. Horowitz. *Philosophy, Science and the Sociology of Knowledge*, Springfield (III), 1961, p. 127.

[4] K. Mannheim. *Essays on the Sociology of Knowledge*, London, 1952, p. 190.

[5] Ibid., p. 182.

el problema del monismo de las capacidades cognoscitivas del hombre, ya que en este caso se tendría que optar entre la negación de las leyes de la naturaleza (físicas, químicas y otras), lo que conduce a una autooposición evidente a las ciencias naturales modernas, y el reconocimiento de las regularidades sociales y de la posibilidad de conocerlos y dirigirlos, lo que está lejos de corresponder a los principios generales de la concepción burguesa del mundo. Queda el tercer camino, el del dualismo gnoseológico, la división del conocimiento sobre la sociedad y el conocimiento sobre la naturaleza tanto por su carácter como por sus métodos.

Empero, en esta delimitación, Mannheim recurre a una argumentación algo distinta de la de Weber, Windelband y Rickert. Según Mannheim, el conocimiento que proporciona la ciencia natural no se condiciona por el punto de vista social, por el ser social, lo que significa que este conocimiento carece de toda subjetividad y "su medida es el ideal de la verdad absoluta". El conocimiento histórico es inconcebible, por lo contrario al margen de una posición o "perspectiva" sociales. La pretensión de poseer valores "absolutos" en esta esfera no es otra cosa que una ilusión. Estas posiciones sociales — dice Mannheim— no implican nada de lo absoluto", sino que reflejan simplemente cierto "punto de vista" condicionado por el ser social de su portador.

El conocimiento histórico "depende de una perspectiva definida en que el carácter histórico de los fenómenos culturales, que tratamos de analizar, aparecerán a una luz completamente diferente, en otro plano de investigación y desde un punto de vista distinto"[6]. Por eso, las teorías sociales no pueden pretender poseer "verdades absolutas" aceptables para todos los grupos sociales. Las teorías sociales son expresión de los puntos de vista específicos de las clases sociales y pueden proporcionar, como tales, sólo un conocimiento relativo, esto es, un conocimiento que se encuentra en una dependencia funcional respecto de la posición social de las clases y de sus intereses económicos y políticos. Mannheim dice que este conocimiento no es adecuado. Todo lo contrario. Se manifiesta como un conocimiento "transformado", tergiversado debido

[6] Ibid., p. 130.

a su origen social, a su determinación de clase. Mannheim supone que la tarea del desenmascaramiento de las teorías sociales y la prueba de su carácter inadecuado consisten precisamente en mostrar que dichas teorías han aparecido y existen como expresión espiritual de la situación social de un grupo o clase. Así pues, según Mannheim, la historia del conocimiento social aparece en cierto grado como una cadena de errores y extravíos. "El marxismo no constituye en este caso una excepción"[7].

Mannheim reconoce dos tipos del pensamiento deformado en el sentido social: la ideología y la utopía. La ideología se divide, según él, en un concepto "particular" de la ideología y un concepto "total" de la misma. Se trata del primer concepto cuando un grupo social concreto examina ciertas "ideas" y "representaciones" del adversario como puntos de vista que deforman evidentemente la realidad. En este caso se puede observar un amplio diapasón de deformaciones, desde una mentira premeditada hasta una tergiversación semiconsciente, desde el engaño de otros hasta un autoengaño. El concepto "total" de la ideología se emplea para caracterizar como deformada "toda la estructura mental total" de un grupo social o incluso de toda una época. Las raíces de la ideología "particular" son subjetivas y sicológicas. La ideología "total" se determina objetivamente por toda la vida social y espiritual de la época. Según Mannheim, las ideologías corresponden a los intereses de los grupos sociales dominantes, están orientadas al mantenimiento del *statu quo* y tienen debido a ello un carácter conservador. Desde el punto de vista de la determinación social de la conciencia, las ideologías son "trascendentales o irreales en el sentido de la situación", o sea, no corresponden al orden de cosas "actual y existente concretamente"[8]. Las ideologías se determinan por factores que no existen ya en el momento de aparición de las mismas.

Mannheim califica de utopías las teorías sociales de los grupos opositores, oprimidos de la sociedad. Las utopías son revolucionarias por su significado, ya que tienden a destruir el *statu quo*. Pero son también "trascendentales respecto a la

---

[7] K. Mannheim. *Ideology and Utopia,* London, 1936, p. 69.
[8] Ibid., p. 175.

situación social, ya que orientan asimismo la conducta con respecto a elementos que no contiene una situación concreta como se la entiende en un tiempo dado"[9]. La tragedia del pensamiento social —afirma Mannheim— consiste en que éste se determina bien por una realidad social que ya no existe (en este caso se trata del pensamiento ideológico), bien por una realidad social que aún no existe (en este caso surge un pensamiento utópico). "En cualquier caso, la realidad se oculta y se deforma"[10].

No se puede menos de reconocer que algunas tesis del sociólogo alemán son justas, como, por ejemplo, la afirmación de que las teorías sociales tienen un carácter de clase. Pero su esquema en conjunto es inaceptable debido a su nihilismo extremo en cuanto a las posibilidades cognoscitivas del hombre.

Este nihilismo encierra, en un plano gnoseológico, por lo menos, dos extravíos fundamentales.

El primero consiste en que Mannheim quiere mostrar la misión social de la ideología y la utopía sin analizar la función social de los grupos sociales y clases que son portadores de estos tipos de pensamiento. Quiere mostrar el dinamismo de las ideas en su desarrollo histórico sin estudiar el dinamismo del propio desarrollo histórico y sin investigar la estructura de la sociedad y el poder, ni las tendencias de desarrollo de esta sociedad y de las clases que son portadoras del progreso o del regreso. Afirmando que todos los "puntos de vista" y todas las "perspectivas" defiguran de igual manera la realidad, Mannheim torpedea, en definitiva, su principal tesis de partida sobre la determinación social del conocimiento. Este último se deforma en todos los casos. Al advertir con acierto que los intereses de algunos grupos y clases sociales constituyen en efecto un factor que altera el verdadero conocimiento de la realidad, Mannheim saca la infundada conclusión de que nuestro conocimiento lo deforman los intereses de todas las clases en todos los tiempos.

El segundo extravío atañe al problema de la verdad. Para Mannheim no existe una verdad objetiva relativa. En todos

---

[9] Ibid., p. 176.
[10] Ibid., p. 175.

sus razonamientos parte de que únicamente la verdad absoluta puede ser objetiva. Debido a que ninguna clase o grupo social la poseen, la verdad objetiva no existe en general. Esta tesis caracteriza la actitud de Mannheim ante los fenómenos de la vida espiritual de la humanidad: no trata de investigar el contenido objetivo (aunque incluso sea relativamente verídico) de distintos "puntos de vista" y "perspectivas", sino que hace constar simplemente que desde otros "puntos de vista" y otras "perspectivas" este contenido se ve deformado. Surge una "infinidad mala", por decirlo así, del conocimiento deformado, y la concepción de Mannheim adquiere el carácter de relativismo extremo.

Tratando de salir de este apuro, Mannheim convierte, en particular, la verdad en atributo del objeto. Afirma que "el substrato primario, que se desenvuelve en el tiempo, tiene su verdad en su progreso. El que este substrato es accesible sólo desde varias perspectivas constituye de por sí un aspecto de esta verdad"[11]. Para Mannheim, la verdad consiste más bien en el proceso real de la vida, en su substrato histórico, que en los tinglados y razonamientos teóricos. Pero esta argumentación conduce a Mannheim a dificultades y contradicciones, que derrumban todas sus posiciones de partida. Lleva, ante todo, a la concepción pluralista de la verdad. Para Mannheim, el proceso histórico real es absoluto, verídico y único. ¿Cómo se puede hacer coincidir en este caso la integridad, la unidad de este proceso con la pluralidad de verdades sobre él? ¿Cómo se puede hacer coincidir el monismo del desarrollo histórico con el pluralismo gnoseológico? De otro lado, este planteamiento del problema no suprime en modo alguno el relativismo. Por último, el desarrollo consecuente de la tesis de que "la verdad es el propio proceso histórico" puede conducir a la apología de todo lo que se está operando o se operaba en la historia.

Este es, en sus rasgos más grandes, el esquema de la investigación de la ideología, hecha por Mannheim. Su sentido consiste objetivamente en que toda ideología aparece como una representación deformada de la realidad, como algo opuesto al conocimiento objetivo.

[11] K. Mannheim. *Essays on the Sociology of Knowledge*, p. 130.

En opinión de Mannheim, no se puede estudiar la conciencia social desde posiciones de clase unilaterales, ya que en este caso se construirá una ideología más, con todos los defectos y debilidades propios de este tipo de conciencia. Por eso, Mannheim presentó la tesis sobre la sustitución de la "doctrina de la ideología" por la llamada sociología del conocimiento. Actualmente, escribe Mannheim, "de una simple doctrina sobre las ideologías surge la sociología del conocimiento", cuya tarea principal consiste en superar los estrechos puntos de vista de clase. Esta historia no ideológica, sino sociológica "de la cultura espiritual deberá investigar por doquier... precisamente aquellos factores del pensamiento que lo vinculan en cada caso concreto con la situación social. La historia sociológicamente orientada de la cultura espiritual estará llamada a revisar bajo un nuevo ángulo de vista, para las necesidades del hombre contemporáneo, todo el proceso histórico"[12]. Mannheim supone que la sociología del conocimiento posee, por lo menos, dos ventajas sobre las "doctrinas de las ideologías" (comprendida la doctrina marxista), a saber: resuelve el problema del relativismo del conocimiento social y suprime el enfoque partidista "unilateral", ya que su metodología se basa sobre una síntesis de distintas "perspectivas", distintos puntos de vista de clase. Veamos, brevemente, si en efecto es así.

Mannheim califica la sociología del conocimiento no de relativista, sino de relacionista, pues ella parte de la suposición de que "existen esferas del pensamiento en que es imposible obtener una verdad que exista independientemente de los valores y de la posición del sujeto y no se refiera al contexto social. El relacionismo... se convierte en relativismo únicamente cuando lo combinan con el viejo ideal estático de verdades eternas no relacionadas con la perspectiva del observador e independientes de su experiencia subjetiva y cuando sirve de rasero el ideal de verdades absolutas"[13], a semejanza de la expresión matemática más simple de $2 \times 2 = 4$. Mannheim quiere suprimir en la sociología la verdad absoluta, pero, debido a que esta última es igual para él a la ver-

[12] K. Mannheim. *Ideology and Utopia*, p. 69.
[13] Ibid., p. 70.

dad objetiva, suprime las dos. El relacionismo sigue siendo el mismo relativismo. En efecto, según Mannheim, el conocimiento relacionista "puede formularse con una referencia a la situación del observador"[14], es decir, si nosotros exponemos una opinión, no lo debemos hacer en conceptos abstractos y absolutos, sino que tenemos que incluir siempre en esta fórmula las condiciones concretas a que se refiere esta última[15]. Esto podría haber sacado a Mannheim del relativismo, si hubiera sido capaz de admitir que en la historia existía cierta repetición lógica de los procesos y fenómenos. Sin embargo, considera el movimiento de la sociedad como algo absoluto en todos los aspectos. Según él, la historia no puede repetirse. En cada momento concreto, el mundo representa algo absolutamente nuevo y que no se puede repetir. Pero esto significa que las mismas verdades no pueden ser reales más que una vez. Así pues, Mannheim, no obstante todo su deseo, no puede separarse del relativismo. La delimitación que hace entre el relativismo y el relacionismo no es más que un simple juego de palabras.

Por último, veamos brevemente una cuestión más que plantea Mannheim en la problemática general de su sociología del conocimiento. Es la cuestión del papel especial que desempeña la intelectualidad en la obtención del conocimiento verídico de la realidad social. Este sociólogo alemán supone que un conocimiento adecuado sólo es posible si se crea por la llamada intelectualidad de vuelo libre, que no esté relacionada con ningún interés práctico (económico, político, etc.) y que se encuentre al margen de las clases y de la lucha entre ellas. A su entender, la intelectualidad es un grupo especial, privilegiado, ya que la determinación social de su pensamiento es excepcionalmente débil. Por consiguiente, a diferencia de otros grupos y clases sociales, interesados profundamente en el mantenimiento del *statu quo* o en su liquidación, la intelectualidad puede lograr una "perspectiva total" en que se superan las contradicciones y el carácter unilateral de cada punto de vista de clase o de grupo. Sólo la intelectualidad,

[14] Ibid., p. 72.

[15] No cabe duda de que Mannheim experimentó en sí, en medida considerable, la ifluencia de la teoría de la relatividad, de A. Einstein, lo que se manifiesta en toda su concepción.

afirma Mannheim, es capaz de hacer una "síntesis" de los criterios partidistas y obtener de este modo la verdad objetiva.

En la sociedad moderna —dice Mannheim— los intelectuales se reclutan prácticamente de todos los sectores sociales. Las universidades absorben y forman como intelectuales a personas procedentes de la burguesía y del proletariado, habitantes de la ciudad y del campo, católicos y protestantes. En este caso, ellos tienen una propiedad común: la instrucción. "Aunque los intelectuales sean por su origen demasiado diferenciados para poder considerarlos como una clase unida, existe un nexo sociológico unificador de todos los grupos de intelectuales, a saber, la instrucción que les une de modo asombroso en un todo. La propia participación en el proceso común de enseñanza tiende cada vez más a suprimir las diferencias existenes desde el nacimiento y en cuanto al estado social, profesión o riqueza, y unificar a los hombres sobre la base de la instrucción que han obtenido"[16]. Pero esta unidad no conduce a una uniformidad estancada, sino a una unidad compleja en que se mantienen hasta cierto grado las diferencias de origen. "Con el crecimiento de la cantidad y la variedad de clases y grupos de los que se reclutan los intelectuales, se forman una gran variedad y contraste de tendencias que actúan a un nivel intelectual y vinculan entre sí a los intelectuales. El individuo participa, en mayor o menor grado, en la masa de las tendencias en conflicto mutuo"[17].

Todo esto forma, según Mannheim, las premisas necesarias para un pensamiento libre, "no adicto". La instrucción suprime (por lo menos, en grado decisivo, si no por completo) el carácter unilateral de la concepción del mundo, propio de los individuos como resultado de su origen social, sistema de educación, etc. En otros términos, la instrucción debilita el interés de clase y el enfoque clasista, partidista, de los problemas de la realidad social y desarrolla una concepción de la realidad que se caracteriza por su universalidad. Como resultado —declara Mannheim— la intelectualidad representa un "sector relativamente extraclasista", capaz de hacer "la síntesis más completa de diferentes tendencias de la época"[18] y

[16] K. Mannheim. *Ideology and Utopia,* p. 138.
[17] Ibid., p. 140.
[18] Ibid., p. 137.

destinado para ello. Por consiguiente, según Mannheim, la ciencia social sólo es posible como un conocimiento "puro", no relacionado con ningún interés social de clase que no sea el propio proceso del conocimiento, y sólo una "intelectualidad de vuelo libre", que se encuentra al margen de las clases y de la lucha entre las mismas, puede ofrecer una verdad en las ciencias sociales.

Esta conclusión de Mannheim es una ilusión del intelectual liberal burgués. No ha habido ni puede haber jamás en la historia de la sociedad una ciencia "pura", desinteresada. ¿Cómo se puede estructurar una teoría social que no afecte en una u otra medida los intereses de las clases existentes? Si las clases y la sociedad en conjunto no manifiestan interés por las teorías, ¿pueden surgir éstas, en general? ¿No somos testigos, acaso, de que, si incluso algunos intelectuales liberales burgueses tratan de proclamar en ocasiones ideas y teorías que tienen ciertos visos del "sin partidismo" y carácter extraclasista, estas últimas se utilizan inevitablemente por las clases (reaccionarias, en la enorme mayoría de los casos) en la lucha contra otras clases y grupos sociales? Si se admite que el propio Mannheim ha elaborado su sociología del conocimiento, siguiendo la vía más neutral, es completamente evidente que su crítica de la conciencia ideológica se use actualmente por los teóricos de la "desideologización" para luchar contra la ideología comunista, contra las teorías y concepciones progresistas.

Como intelectual, Mannheim absolutiza la importancia que tiene la instrucción en el proceso del conocimiento de los fenómenos sociales. Claro que la instrucción universitaria amplía los horizontes del hombre y le hace competente en alguna esfera del conocimiento y actividad. Esto acerca mutuamente, hasta cierto grado, a personas que tienen instrucción superior. Pero Mannheim no quiere ver la naturaleza de clase y la orientación de clase de la instrucción y abandona de este modo el terreno de la realidad, haciendo pasar por real algo deseable para él.

En el siglo pasado, los marxistas subrayaban ya el carácter de clase de la instrucción en la sociedad clasista. Actualmente, este hecho se reconoce incluso por los científicos burgueses. Es más, actualmente ha cobrado gran volumen la de-

pendencia directa de las universidades y colegios respecto del gran *business,* de la administración gubernamental y, en numerosos casos, de la casta militar en los países de Europa Occidental y América. Ello ha servido de fuente de protestas tanto por parte del profesorado como por parte de los estudiantes. Las viejas ideas sobre las "libertades universitarias" caen en olvido. Las afirmaciones de que en el proceso de instrucción se suprimen las diferencias y contradicciones de clase constituyen un craso error.

Al hombre culto se le presentan dos oportunidades en el sentido de su pertenencia de clase: bien defender las posiciones de la clase de que procede y utilizar los conocimientos obtenidos para formular con mayor claridad y precisión la mundividencia de esta clase, bien pasar a las posiciones de otra clase y colocarse al servicio de sus intereses. Cabe decir también que muchos representantes de la intelectualidad liberal burguesa trataban de formular ciertos principios y normas "extraclasistas" y "extrapartidistas" en la esfera del conocimiento y de la acción social (en la filosofía, la ética, el arte, etc.). Pero estos intentos significaban en realidad una defensa de las posiciones de la clase burguesa. La intelectualidad no es un grupo social íntegro. El carácter de clase de la sociedad significa, al mismo tiempo, el carácter de clase de la intelectualidad. Esta última nunca ha sido un "grupo social para sí".

La doctrina de Mannheim sobre la ideología y la sociología del conocimiento ha sido, en conjunto, una reacción liberal burguesa a la apreciación marxista-leninista del papel de la ideología (y de la conciencia en general) en el desarrollo social. No obstante todas las observaciones críticas respecto a la ideología abiertamente reaccionaria del capital monopolista, la principal línea de toda la concepción de Mannheim, que determina sus premisas y sus conclusiones, es la línea de lucha contra el marxismo. Argumentando de este modo, Mannheim se ve obligado a ocupar posiciones que le conducen a la inconsistencia y esterilidad científicas. Mannheim toma por base de su doctrina la tesis sobre la incompatibilidad de la teoría social con la práctica social. Como resultado, no puede comprender y valorar acertadamente tanto el aspecto gnoseológico de las ideologías como su mi-

sión social. La conciencia resulta incapaz de transformar y perfeccionar cardinalmente la realidad social. La superación de los importantes antagonismos del desarrollo social se convierte en una empresa ilusoria o irrealizable. La sociología del conocimiento, como la desarrolla Mannheim, se caracteriza por el escepticismo respecto a la eficacia práctica de la conciencia en el proceso histórico. La conciencia se presenta como un juguete de fuerzas ciegas y fatales de la sociedad.

Interpretación de la ideología en la literatura sociológica burguesa de la actualidad

La interpretación por K. Mannheim de los problemas de las relaciones entre la ideología y la sociedad y entre la ideología y la ciencia social ha ejercido una enorme influencia sobre las teorías burguesas posteriores. Los filósofos y sociólogos modernos de Occidente, al investigar los problemas de la ideología, se apoyan en medida considerable en las tesis presentadas por Mannheim. Salta a la vista su afán de "corregir" y "precisar" la concepción del sociólogo alemán, liberándose de su relativismo extremo. Pero la idea principal sigue siendo invariable: toda ideología es una u otra forma de "conciencia falsa". Si esta problemática se estudia desde el punto de vista gnoseológico, se puede afirmar que una de las bases teóricas de la doctrina de la "desideologización" ha sido precisamente esta identificación abstracta formal de la ideología con la "conciencia falsa" que no toma en consideración ni el carácter de una u otra ideología concreta, ni su estructura teórica cognoscitiva, ni el carácter de su portador material: clase o grupo social. Claro que no se puede dejar de ver tampoco la incógnita política e ideológica de semejante planteamiento del problema. Y esta incógnita estriba en los intentos de desacreditar las teorías progresistas de nuestros tiempos y, ante todo, la doctrina marxista-leninista.

Examinemos con mayor detalle algunas descripciones de la ideología que son típicas, a nuestro parecer, de la literatura sociológica burguesa del presente. El sociólogo norteamericano J. Roucek, continuando la tradición de Mannheim, hace hincapié en la interpretación de toda ideología como conciencia deformada. Para él, la ideología es un sistema de ideas que

no reflejan la realidad, sino que prescriben una concepción determinada del mundo a la luz de lo que debe ser. Es una teoría de la vida social que "enfoca los hechos desde el punto de vista del ideal". Para probar la justedad de este ideal, la ideología adapta la realidad a los esquemas preconcebidos. Al ideólogo no le interesa el conocimiento científico de la verdad, sino únicamente su ideal político o filosófico. "Las ideologías son una síntesis de hechos y suposiciones ordenados de modo que soporten un ideal que no siempre corresponde a los hechos sociales"[19]. Roucek afirma que "existe una diferencia fundamental... entre el ideólogo y el científico social... Las ideologías están llenas de valores. Las acciones e ideas, igual que los ideales, se consideran como "correctos" o "erróneos"... La ciencia describe y explica lo que "es" y no dice nada de lo que "debe ser". Reconoce sólo los hechos brutos e "indiferentes". La evaluación subjetiva, los "razonamientos de valor son campo de ideólogos"[20]. Por consiguiente, según Roucek, toda ideología es falsa, ya que la conciencia ideológica significa siempre una arbitrariedad subjetivista.

El sociólogo canadiense L. Garstin equipara las ideologías con el enfoque fatalista de la historia de la humanidad[21]. "El individuo que acepta una ideología, acepta igualmente una filosofía de la sociedad, según la cual el pasado fluye inevitablemente en el presente, y este último fluye con la misma inevitabilidad en el futuro". Las ideologías ofrecen un esquema conceptual, según el cual el individuo puede dirigir sus acciones. Las ideologías establecen los límites hasta donde el individuo puede comprender el sentido del proceso social que se opera y ver el papel que debe desempeñar en el "drama de la vida". Garstin destaca cuatro elementos principales de toda ideología: "Las ideologías en el verdadero sentido de este término incluyen en sus esquemas la filosofía de la historia, el análisis del estado presente del desarrollo del hombre a la luz de esta filosofía, la proyección de este análisis al futuro y un análisis de las acciones de los hombres, necesarias para acele-

[19] J. Roucek. *A History of the Concept of Ideology.* — *Journal of the History of Ideas*, October, 1944, vol. V, N° 4, p. 480.

[20] Ibid., p.p. 480-481.

[21] L. Garstin. *Each Age is a Dream. A Study in Ideologies*, Toronto, 1953.

rar el advenimiento del resultado inevitable, predicho en la proyección de los futuros eventos"[22].

Posteriormente, Garstin señala algunos otros rasgos típicos de todas las ideologías. Promueve a primer plano la "intolerancia ideológica". El escribe que esta última se manifiesta, por lo común, en una estrechez de la doctrina que prohíbe cualesquiera desviaciones de los principios y orientaciones aceptados y en una fe fanática en su justeza absoluta. Resultado de ello son los constantes ataques encarnizados contra las ideologías opuestas, la "lucha ideológica".

Como vemos, Garstin enfoca la investigación de las ideologías de modo idealista, formal. Pasa por alto los problemas del origen, la esencia social de clase de las ideologías y el contenido de estas últimas. Las ideologías resultan aisladas de la estructura social y, ante todo, de las clases y se presentan como ciertas formaciones espirituales independientes, que determinan la conducta de grupos concretos de hombres. Toda la concepción del autor la preside la idea de que las ideologías son una especie de fenómeno "extraordinario", por decirlo así, y de que sólo una parte de los hombres están contagiados con el "ideologismo", mientras que los demás (hacia quienes siente una simpatía no expuesta directamente y entre los que se incluye a sí mismo) no tienen ninguna ideología.

Garstin dice, por cierto, que las ideologías "satisfacen algunas demandas típicas de los hombres que viven en la sociedad". Según él, estas demandas son tres: el bienestar económico, la comprensión del sentido de la historia y de la vida humana individual y el deseo de alcanzar un prestigio y *status* determinado en la sociedad. Sin embargo también en este caso es propio del autor un enfoque abstracto formal, que le priva de la posibilidad de dar una característica enjundiosa de estas demandas. He aquí un ejemplo de cómo razona sobre la correlación entre las ideologías y el sentido de la historia. A los individuos —escribe Garstin— les es inherente el deseo de dar con el quid de los significados que atribuye la gente a unos u otros acontecimientos o acciones. Pero este deseo se convierte en una necesidad apremiante cuando el individuo es incapaz de comprender y dirigir las fuerzas económi-

[22] Ibid., p. 3.

cas, políticas y sociales, que lo empujan por causas incomprensibles en una u otra dirección. "Cuando estas fuerzas, que actúan en la sociedad, se hacen tan complicadas e interrelacionadas que para un individuo medio es difícil en extremo analizar sus consecuencias causales, los hombres buscan una teoría que imprima un significado a los acontecimientos que se operan"[23]. La ideología cumple, según Garstin, precisamente esta misión, descubriendo el sentido y el significado tanto de la existencia individual como de los acontecimientos sociales en conjunto.

Por último, el autor destaca un rasgo característico más de las ideologías, afirmando que éstas "sirven de fuerza integracionista en la sociedad en que dominan"[24]. Las ideologías unen y cohesionan a los hombres en aras de la consecución de los objetivos económicos, políticos, militares y sociales. Diríase que cimientan la sociedad. Por eso —escribe Garstin— "una sociedad ideológica es una sociedad totalizada". Allí donde a las ideologías se les concede menos importancia, la sociedad es democrática, pluralista, que admite distintas posiciones y opiniones.

Esta es la concepción de uno de los representantes típicos del pensamiento sociológico burgués. En conjunto, Garstin se detiene en el aspecto exterior, superficial, en este caso sicológico-social, de las ideologías. No intenta siquiera revelar las raíces sociales de clase de las ideologías. Es más, hace el análisis de las ideologías en un divorcio completo del análisis del ser social, de la realidad social. Por eso, como se ha dicho ya, son típicos de él los planteamientos idealista y formal de los problemas. Los conceptos, de que se vale para describir las ideologías, son abstractos, desplazados y permiten interpretaciones diferentes, mientras que la imagen general del objeto está deformada. Por ejemplo, ¿cuál es el significado de la afirmación de que "las ideologías son fuerza integracionista en la sociedad"? Esta tesis es cierta sólo en un sentido muy limitado. Pues, en este caso, la ideología es, ante todo, una expresión de otras "fuerzas integracionistas" más profundas (principalmente económicas). Unifica a los hombres merced a que existen intereses económicos, políticos y de otra índole

[23] Ibid., p.p. 5-6.
[24] Ibid., p. 5.

comunes, que constituyen precisamente la verdadera "fuerza integracionista". En segundo lugar, esta formulación de Garstin pasa por alto el contenido del problema: en aras de qué objetivos y con qué medios unifica la ideología a la gente. Como resultado, se identifican todas las ideologías —comunista, burguesa, nacional-liberadora, etc.—, lo que facilita manipulaciones arbitrarias.

Ultimamente, entre los sociólogos burgueses se está propagando ampliamente la tesis que presenta la ideología como freno de un rápido desarrollo social. Por ejemplo, el sociólogo estadounidense J. Spengler, al señalar que la ideología se encuentra en una misma fila con otras fuerzas irracionales de la sociedad (pasiones, valores), afirma que "la ideología... retarda tanto el desarrollo económico como el desarrollo político" de uno u otro país[25]. Ve la causa de ello en que la ideología, debido a su falta de objetividad, prescribe el avance en una dirección y rechaza otras variantes posibles. No cuesta un gran trabajo revelar tras esta tesis su evidente orientación política contra los países socialistas y contra los jóvenes Estados en desarrollo de Africa, Asia y América Latina.

Es necesario llamar la atención a un elemento más, típico de la sociología burguesa moderna. Como se ha dicho ya, algunos autores tratan de presentar la cosa de modo que el surgimiento, el desarrollo y la existencia de las ideologías se vinculan con especiales movimientos de masas o especiales acontecimientos de la vida social (nazismo, neonazismo, nacionalismo, extremismo de derecha o de izquierda, "guerra fría", etc.), mientras que la evolución corriente, normal por decirlo así, de la sociedad burguesa se liga en un grado ínfimo con cualquier ideología. Sin embargo, salta a los ojos en el presente que este cuadro no corresponde a la situación real, formada en los principales países capitalistas. Un gigantesco mecanismo ideológico y propagandístico, que trata de manipular con la conciencia social; la coacción ideológica de las amplias masas de hombres que constituye una de las funciones más

[25] J. Spengler. *Theory, Ideology, Non-Economic Values and Politico-Economic Development.* —R. Braibanti and J. Spengler (eds.). *Tradition, Values and Socio-Economic Development,* Durham — London, 1961, p. 31.

importantes de la unión de las corporaciones con el Estado; la guerra ideológica contra los países socialistas y el movimiento comunista internacional, y las discusiones y divergencias ideológicas entre varios grupos de la burguesía: todo esto no deja lugar a dudas, hasta en el "individuo medio", de que son irreales e ilusorios los esquemas sociológicos en que se trata de probar que la ideología domina únicamente en el "mundo comunista".

Los sociólogos burgueses buscan la salida de la situación creada, inventando concepciones llamadas a embellecer la ideología burguesa y a desacreditar la ideología comunista. Uno de estos intentos fue emprendido por el conocido sociólogo inglés M. Ginsberg. Valiéndose de las fórmulas de K. Popper sobre sociedades "abiertas" y "cerradas", Ginsberg afirma que cabe distinguir ideologías "abiertas" y "cerradas". Por "cerradas" entiende "los sistemas reservados que exigen un reconocimiento según el principio de todo o nada" como, por ejemplo, "el comunismo bolchevique". "El liberalismo, el conservadurismo y el socialismo en sus variedades no marxistas" son ideologías de otro orden. Son ideologías "abiertas". "La fuerza de las ideologías abiertas consiste en que se critican con frecuencia desde dentro, así como aprenden unas de otras... Reconocen su carácter unilateral y dan vasto campo para un acuerdo"[26]. Según Ginsberg, la principal diferencia consiste en que las llamadas ideologías abiertas, en oposición a las "cerradas", se apropian mutuamente varios principios e ideas, se enriquecen recíprocamente y coexisten pacíficamente. No es difícil percibir todo lo erróneo que es semejante planteamiento del problema. La cosa es que las ideologías "abiertas" —"el liberalismo, el conservadurismo y el socialismo en sus variedades no marxistas"— no son más que formas de una sola ideología burguesa y descansan sobre iguales principios y tesis. No es de extrañar, por eso, que "aprenden unas de otras". Pero, ninguna de ellas se ha apropiado ni puede apropiarse los principios e ideas básicos de la ideología comunista que se les opone por su origen de clase, contenido y esencia social.

---

[26] M. Ginsberg. *Facts and Values. — The Advancement of Science*, January, 1963, London, vol. XIX, N° 81, p. 418.

A pesar de una inconsistencia evidente de la división de las ideologías en "abiertas" y "cerradas", propuesta por Ginsberg, esta concepción ha sido recogida por muchos propagandistas e ideólogos burgueses. Ha penetrado en la prensa socialdemócrata, revisionista y oportunista y sirve para tratar de argumentar distintos razonamientos sobre la "coexistencia pacífica" de las ideologías comunista y burguesa.

Pero, si se emplean los términos "abierta" y "cerrada", la ideología comunista es precisamente una ideología abierta. Ha surgido como resultado del desarrollo anterior del pensamiento social y absorbido todas las realizaciones progresistas en la esfera de la filosofía, la economía política y el socialismo. La ideología comunista está abierta para todos los novísimos adelantos científicos. Está abierta para todos los hombres que han comprendido la inevitabilidad histórica del hundimiento del régimen capitalista y están dispuestos a dedicar sus fuerzas a la lucha por un mundo nuevo.

En la sociología y la filosofía burguesas modernas, en conjunto, se observa un gran abigarramiento en cuanto a la comprensión y la definición de la esencia de la ideología como fenómeno social. El sociólogo noruego A. Naess ha confeccionado una tipología de conceptos de la ideología en que figuran más de 30 definiciones[27]. El sociólogo polaco J. Wiatr también ofrece una tipología de definiciones de la ideología que se usan en la literatura sociológica moderna de Occidente[28]. Creemos que para conocer más a fondo distintas teorías sociológicas burguesas y abordar de modo diferenciado su crítica, no carecería de interés ofrecer una clasificación de varias definiciones de la ideología con arreglo al esquema de J. Wiatr. Ante todo, se puede subdividir estas definiciones en tres grandes grupos, en correspondencia con la acentuación que hacen los autores al caracterizar las ideologías, es decir, clasificar convencionalmente estas definiciones desde el punto de vista de su origen, estructura y funciones que desempeñan.

---

[27] A. Naess. *Democracy, Ideology and Objectivity. Studies in the Semantics and Cognitive Analysis of Ideological Controversy*, Oslo-Oxford, 1956.

[28] J. Wiatr. *Czy zmierzch ery ideologii? Problemy polityki i ideologii w świecie wspolczesnym*, Warszawa, 1966.

Definiciones genéticas

1. La ideología se identifica con la *estructura espiritual de la época.* Tal es, en particular, uno de los aspectos del concepto de la "ideología total" que ofrece Mannheim y que, a diferencia del concepto "ideología particular", comprende un conjunto de teorías, doctrinas y concepciones típicas de todo un período histórico.

2. La ideología se identifica con la *estructura espiritual de un grupo social concreto.* El segundo aspecto del concepto de la "ideología total" que ofrece Mannheim consiste, por ejemplo, en un conjunto de ideas típicas de una clase o grupo social, un pueblo, etc. Esta definición se ha propagado muy ampliamente en la sociología burguesa moderna y está copiada, en principio, del marxismo. En nuestros tiempos no se puede ya menos de reconocer que la conciencia de una clase o grupo social depende de su situación socioeconómica en la sociedad. "Hoy día —escribe D. MacRae—, cuando la gente oye la palabra "ideología", la asocia casi automáticamente con algún aspecto de la conciencia de clase o del sentimiento de clase que dan color al pensamiento o deseo"[29].

Definiciones estructurales

1. La ideología se identifica con sistemas de opiniones que contienen *juicios de valor, apreciativos.* Esta identificación de la ideología con la apreciación está muy difundida en la filosofía burguesa. El sociólogo estadounidense W. Metzger formula la siguiente definición: "Yo entiendo por "ideología" un sistema de opiniones que presentan los juicios de valor como verdades empíricas para justificar —consciente o inconscientemente— las demandas socioeconómicas particulares de grupo en cuanto a la gratificación material y de prestigio"[30]. Aron supone también que la ideología se caracteriza por la existencia de juicios de valor.

---

[29] D. MacRae. *Ideology and Society. Papers in Sociology and Politics,* Lnd.-Melbourne-Toronto, 1961, p. 63.

[30] W. P. Metzger. *Ideology and the Intellectual: A Study of Thorstein Veblen.* — *Philosophy of Science,* April, 1949, vol. 16, N° 2, p. 125.

2. La ideología se identifica con los sistemas de opiniones que implican *directrices para la acción.* Muchos sociólogos promueven a primer plano este aspecto de las ideologías. Por ejemplo, en el *Diccionario de ciencias sociales,* el sociólogo estadounidense I. Gould, define la ideología del siguiente modo: "La ideología es un conjunto de opiniones y conceptos (tanto reales como normativos) que tiene por objetivo explicar complejos fenómenos sociales para dirigir y simplificar las opciones sociopolíticas que se presentan a los individuos y grupos"[31].

Difiniciones funcionales

1. Un rasgo distintivo de la ideología se considera su función social respecto de la situación socioeconómica de *cualquier grupo* cuyos intereses expresa. En este caso, la ideología se define como un sistema de ideas, valores y símbolos que tiende a mantener las condiciones de vida de un grupo concreto, modificarlas parcialmente o sustituirlas por completo con otras condiciones.

2. La ideología se identifica con el sistema espiritual que está en una dependencia funcional sólo respecto de los *grupos sociales conservadores.* Así, K. Mannheim, al hablar de la diferencia entre las ideologías y las utopías, conservó el concepto de la ideología como conjunto de ideas relacionadas con los intereses y deseos de los grupos sociales conservadores interesados en el mantenimiento del *statu quo.*

Claro que esta clasificación no es exhaustiva. Muchas definiciones de la ideología, formuladas por autores burgueses, no pueden ajustarse del todo a un "rubro" cualquiera. No obstante, esta clasificación es útil también en el sentido de la información, ya que muestra cuán copiosa es la literatura burguesa sobre el presente problema. Debido a que sigue dominando en esta literatura la tendencia a identificar la ideología con la conciencia falsa, esta copiosidad de distintos "puntos de vista" y "enfoques" no tanto ayuda, en definitiva, a la solución científica de los problemas de la ideología como enreda estos problemas complicados de por sí.

---

[31] *A Dictionary of the Social Science,* p. 315.

Cualquier problema particular de la ciencia social puede ser resuelto correctamente sólo en el marco de una teoría social verdaderamente científica. Por eso, a pesar de que muchos sociólogos burgueses hayan advertido ciertos rasgos característicos de la ideología como fenómeno social, no pueden resolver acertadamente este problema en conjunto, ya que sus orientaciones de principio respecto de la sociedad y las regularidades de las fuerzas motrices del desarrollo de ésta no son científicas.

Cómo interpretan los teóricos de la "desideologización" el concepto de la ideología

Veamos con qué contenido, significado y volumen se utiliza en la teoría de la "desideologización" el concepto "ideología".

Cabe decir que no es tan fácil dar una respuesta clara y precisa a esta interrogante. Se trata de que los creadores de esta teoría no formulan con suficiente precisión el concepto de la ideología. Su definición es vaga y contradictoria y contiene muchos puntos oscuros. Al mismo tiempo, se puede afirmar que el formalismo abstracto, típico en conjunto de la interpretación positivista y neopositivista de la ideología, se manifiesta con particular nitidez y relieve en la teoría de la "desideologización". En opinión de sus autores, todas las ideologías poseen una cantidad de índices que son, en esencia, formales. Algunos de estos índices no son esenciales, mientras que otros faltan simplemente en muchos sistemas ideológicos. Se forma la impresión de que el "modelo" de ideología se crea *a priori*, de modo especulativo, sin tomar en consideración e investigar las ideologías que existen en la realidad. Parece que los autores se proponen dotar el concepto de la ideología de propiedades negativas de todo género y presentar en forma concentrada todo lo que han escrito sobre este fenómeno social otros críticos burgueses de la conciencia ideológica. Claro que, manteniendo tales posiciones, no es difícil llegar a la conclusión de que la ideología se ha anticuado y no es necesaria.

La mayoría de los creadores de la teoría de la "desideologización" se atienen a la delimitación que hace Mannheim entre la ideología y la utopía. Por ejemplo, D. Bell estima que la ideología es un sistema de criterios y convicciones que sirve al mantenimiento y fortalecimiento del sistema social existente. La utopía está orientada al cambio de la situación existente. Empero, Bell no se atiene consecuentemente a esta terminología de Mannheim. Escribe, por ejemplo, sobre la "declinación de la ideología" en el medio de la intelectualidad radical de Occidente, es decir, en el medio que, según su propia definición, debería de ser más bien portador de la utopía que de la ideología. Como resultado, Bell se inclina a la interpretación "total" de la ideología como una estructura espiritual universal, que orienta la conducta de individuos sueltos y grupos enteros a la consecusión de ciertos objetivos. Esta ideología "universal", según su expresión, es una forma de la "religión laica".

Aquí tropezamos con una paradoja curiosa, existente en la concepción de los teóricos de la "desideologización": a pesar de todos sus intentos de interpretar la ideología en el sentido más amplio, "universal", "total", reducen, en realidad, premeditadamente su contenido.

Cabe tener en cuenta que los términos "universal" y "total" se usan en el sentido de que la ideología pinta un cuadro general de la realidad social, interpreta toda la marcha de la historia y deduce conclusiones necesarias sobre el desarrollo futuro del género humano.

A. Schlesinger es, quizá, el que define con mayor precisión el concepto de la ideología. No le atribuye más que un significado humillante. "Por ideología —escribe él— entiendo un conjunto de dogmas sistematizados y rígidos con cuya ayuda la gente intenta comprender el mundo y preservarlo o transformarlo"[32]. Para él, la ideología no es un reflejo de la realidad, sino "su modelo esquemático", con la particularidad de que se reproducen en este último sólo los aspectos y rasgos de la realidad que parecen los más esenciales, desde el punto de vista del creador del esquema, del ideólogo. El que tiene fe en que las ideologías son un remedio salvador,

[32] A. Schlesinger. *Paths of American Thought,* op. cit., p. 532.

llega inevitablemente, según Schlesinger, a un resultado deplorable: a la concepción fatalista de la historia.

Schlesinger explica el "fatalismo ideológico" en el ejemplo de cómo enfoca la historia un "ideólogo" (por lo visto, cualquiera). El ideólogo —escribe él— estima que la teoría esquemática y absoluta del desarrollo de la sociedad, o sea, el credo social, revela todos los secretos de la historia y permite explicar el pasado y predecir el futuro. El mundo se les presenta a los ideólogos como una unidad cerrada; la historia del mundo está predeterminada, los principios son invariables, y los objetivos y valores se deducen de las principales premisas teóricas. En la vieja controversia filosófica sobre la unidad y la pluralidad del mundo, sobre el monismo y pluralismo —continúa Schlesinger—, el ideólogo defiende un mundo único y estima que éste puede ser abarcado desde un solo punto de vista, y en la vida bullente y tumultuosa puede reducirlo todo a un esquema universal de categorías abstractas. Como resultado, la fe de la gente en la ideología y en los principios ideológicos le impide evaluar acertadamente unas u otras medidas concretas, posibles y necesarias en un momento concreto.

Así pues, según Schlesinger, la ideología es un conjunto de abstracciones dogmáticas, separadas de la realidad viva. Esta definición, por más que la descifrase Schlesinger, sigue siendo netamente formal e imprecisa y desfigura, por eso, el fenómeno social real. Tomemos a título de ejemplo un índice como el carácter dogmático. Siendo un elemento esencial del sistema religioso y de algunos otros sistemas ideológicos, este índice no es inherente, no obstante, a todas las ideologías y en todos los tiempos. ¿Acaso era dogmática la ideología burguesa que se formaba en los siglos XVII y XVIII y que sostenía una lucha encarnizada contra el dogmatismo de la Iglesia, contra la teología? Claro que no. Además, pueden convertirse en dogmáticas también las distintas categorías de las ciencias sociales concretas y hasta de las ciencias naturales. Pero de ahí no emana en absoluto que la existencia de semejantes elementos convierta estas ciencias en ideologías. Así pues, el índice formal del carácter dogmático no revela por sí solo la esencia de la ideología. Más bien, vela, por lo contrario, el carácter de clase de

las opiniones ideológicas. Está claro que la interpretación de la ideología por Schlesinger es subjetivista.

D. Bell caracteriza las ideologías "totales" con mayor detalle, pero su descripción también es unilateral y, con frecuencia, contradictoria. Relaciona el surgimiento de las ideologías con un período determinado de la historia de la sociedad europea: el período del desarrollo acelerado del capitalismo industrial y de la lucha ideológica de los siglos XVIII y XIX. Escribe que las ideologías que "deben su origen a los filósofos franceses", "fueron formuladas con la mayor precisión por los hegelianos de izquierda, por Feuerbach y Marx"[33]. El que Bell date de aquel período la aparición de las ideologías no es casual. Es un reflejo de la esencia de las opiniones del sociólogo sobre la ideología. Además, Bell quiere subrayar varios elementos. Ante todo, presenta toda ideología como un fenómeno negativo e indeseable (aunque, por lo visto, inevitable en algunos casos) en la vida de la sociedad. La ideología aparece, en su opinión, en el período en que los países comienzan a pasar a la "sociedad industrial" desarrollada y "se modernizan". Este paso va acompañado de una lucha encarnizada entre distintos grupos sociales y clases por las formas y métodos de "industrialización", y de distintas conmociones sociales y revoluciones. En la esfera de la ideología, esta lucha, es con frecuencia, "a vida o muerte". A medida que la sociedad va convirtiéndose en una sociedad "industrial", se observa el declive de las ideologías del comunismo, liberalismo y conservadurismo. Por consiguiente, según Bell, la ideología es un fenómeno efímero de la historia social.

Es lógico que este planteamiento del problema origine numerosas interrogantes, en particular, sobre la historia precedente. Tratando de contestar a ellas, Bell afirma que las ideologías han sustituido en muchos sentidos los sistemas religiosos que dominaban anteriormente. A su juicio, la fuerza de las ideologías estriba en su carácter apasionado. "Se puede decir —escribe Bell— que la función latente más importante de la ideología consiste en excitar la emoción"[34]. A es-

[33] D. Bell. *The End of Ideology,* op. cit., p. 370.
[34] Ibid., p. 371.

te respecto, son muy afines a la religión. Pero, si la religión encauzaba la energía emocional de las masas a la esfera de distintos misterios y ceremonias religiosos, etc., las ideologías "fusionan estas energías, orientándolas a la política"[35].

Bell afirma que es así precisamente cómo todas las ideologías incitan a las masas a una acción política. Y para hacerlo es necesario a) simplificar las ideas sociales, políticas, económicas, morales y otras a fin de hacerlas accesibles para las grandes masas; b) establecer firmemente cuáles son las ideas y acciones que se debe considerar verdaderas y justas o, por lo contrario, falsas e injustas y c) exigir de sus adeptos ideológicos que actúen en una dirección estrictamente definida. Aunque las ideologías se presentasen como competidoras de la religión —dice Bell—, seguían constituyendo, por su esencia, carácter, funciones y mecanismo de influencia sobre las masas, variedades de religión. Las ideologías no son otra cosa que una peculiar forma de la "religión laica".

Sintiendo, por lo visto, que esta descripción dista mucho de la realidad y que calificar de "religión laica" las doctrinas de los filósofos franceses, de Feuerbach y de Marx, constituye una deformación evidente de la verdad histórica, Bell hace ciertas salvedades. Escribe, en particular, que estas ideologías humanistas "fueron vinculadas con los valores positivos de la ciencia". Una de las ideas centrales y atractivas para las grandes masas era a la sazón la idea de la "igualdad social y la libertad en la acepción más amplia"[36]. Empero, estas y otras salvedades semejantes no cambian la esencia de la cosa. Bell presenta las ideologías como un fenómeno negativo y, actualmente, del todo anticuado. No es casual que saque la conclusión de que las ideologías deforman las ideas y la conciencia de los hombres.

Este subjetivismo ideológico, según Bell, se subraya también con la siguiente circunstancia. La ascensión de las ideologías en los siglos XVIII y XIX correspondía a la ascensión de la "clase de los intelectuales" que trataba de consolidar su lugar en la sociedad. Además, Bell hace una delimi-

[35] Ibid., p. 371.
[36] Ibid., p. 372.

tación pronunciada entre los llamados intelectuales y los científicos.

Se trata de que toda ideología se forma, según Bell, sólo por los "intelectuales" y no por los científicos. El científico tiene una esfera limitada del conocimiento y trata de encontrar su lugar en la ciencia, incorporándose al conocimiento acumulado y aprobado ya. Su finalidad es una ciencia objetiva, carente de elementos subjetivos. Los intelectuales, en cambio, promueven a primer plano "*su* experiencia, *su* percepción individual del mundo y *sus* privilegios y privaciones y juzgan del mundo por estas sensibilidades"[37]. A pesar de lo impreciso que es semejante división, se denota con bastante evidencia la idea de que el subjetivismo de las ideologías radica, en particular, en el subjetivismo de la concepción de la realidad por los "intelectuales" que no son científicos objetivos.

No hay necesidad de examinar con detalle las opiniones de otros autores de la teoría de la "desideologización" sobre el propio concepto "ideología". Sin embargo, se puede decir que muchos sociólogos caracterizan comúnmente este concepto por los siguientes rasgos: a) dogmatismo; b) carácter utópico (en el sentido de lo ilusorio que son sus ideales y prescripciones); c) emocionalidad, pasión y subjetividad elevadas, incompatibles con la racionalidad de la ciencia, d) carácter retórico, "pomposidad" de la lengua y de las formulaciones y e) la ideología se presenta como un medio, instrumento de control espiritual sobre las masas (que creen en ella) en beneficio de la élite gobernante o de los creadores de la ideología. En conjunto, semejante interpretación de la ideología lleva la impronta del subjetivismo.

Es completamente evidente que estos rasgos, que los sociólogos burgueses atribuyen a las ideologías, no son obligatorios para todas las ideologías realmente existentes, aunque se manifiesten como esenciales en algunos casos (por ejemplo, en la ideología fascista). Las ideologías pueden poseer estos rasgos, igual que otros absolutamente opuestos. Puede haber ideologías no científicas y científicas, dogmáticas y no dogmáticas, egoístas de clase y nacio-

[37] Ibid., p. 372.

nales, etc. El carácter de las ideologías depende del de sus portadores, de los grupos sociales y clases, es decir, de si son estas clases revolucionarias, progresistas, o reaccionarias, conservadoras. A los sociólogos burgueses le es inherente un enfoque preconcebido y unilateral en la investigación de los problemas de la ideología y de los procesos sociales en conjunto, por lo cual su teoría no constituye un reflejo adecuado de la realidad.

El error metodológico, cometido por los teóricos de la "desideologización", consiste en que la ideología se considera más por su lado exterior, superficial. Según ellos, la ideología es cierto estado de ánimo sicológico de un individuo o de muchos individuos: grupos sociales. En otros términos, no se descubren las fuentes sociales y de clase de su aparición y funcionamiento; como resultado, la ideología aparece sólo como una creación de "intelectuales" sueltos. En la definición del concepto de la ideología, como lo dan los teóricos de la "desideologización", se omite precisamente el signo de clase que es el principal en la caracterización de cualquier ideología. Bell y otros autores de esta teoría identifican sin fundamento alguno la ideología política (doctrinas políticas) con la ideología en conjunto, lo que conduce a elementales errores lógicos: en las premisas, la palabra "ideología" se emplea en un sentido, mientras que en las conclusiones, en otro, lo que permite manipular arbitrariamente con el concepto. Los teóricos de la "desideologización" se valen precisamente de este procedimiento para hacer muchas de sus deducciones"[38].

Por consiguiente, la teoría de la "desideologización" es errónea en sus premisas principales, ya que, sin tomar en consideración los hechos del desarrollo histórico, deforma la esencia misma de la ideología como fenómeno social.

---

[38] No carece de interés recordar que algunos sociólogos de Occidente, críticos de la teoría de la "declinación de la ideología", también señalan que la premisa de esta teoría es preconcebida. Así, el profesor J. La Palombara subraya la inconsistencia del intento de reducir el concepto "ideología" a un "significado humillante" (J. La Palombara. *Decline of Ideology: a Dissent and Interpretation.* — *The American Political Science Review,* vol. LX, March, 1966, N° 1, p. 6).

Concepción marxista-leninista de la ideología

El marxismo, que descubrió el método objetivo de estudio de la sociedad en conjunto —la concepción materialista de la historia—, permite comprender y explicar la ideología, su papel en la vida de la sociedad y del individuo y su correlación con la ciencia y la verdad.

El concepto de la ideología puede ser descifrado debidamente sólo teniendo en cuenta la situación histórica concreta que influía en su formación y contenido. Como se sabe, el término "ideología" fue usado por primera vez a finales del siglo XVIII por el economista y filósofo vulgar francés Destutt de Tracy (a quien Marx dedicó un párrafo crítico en *El Capital).* Según Destutt de Tracy, la ideología es una doctrina sobre las ideas y su surgimiento y sobre las leyes del pensamiento humano. Pasado algún tiempo después del ascenso de Napoleón al poder, Destutt de Tracy y varios otros economistas y filósofos de renombre (Volney, Cabanis), desengañados con el emperador, formaron una oposición a él. Como desquite, Napoleón les llamaba desdeñosamente "ideólogos", es decir personas que formulaban ideas inútiles e irrealizables y eran incapaces de llevar a cabo una actividad práctica útil[39].

El término "ideología", como categoría sociológica, fue puesto en uso científico por Marx y Engels. Los fundadores del marxismo lo utilizan principalmente en dos sentidos. En primer término, en el sentido del reflejo falso, deformado, de la realidad objetiva. Los términos "ideólogo" e "ideológico" significan, en boca de Marx y Engels, una inconsistencia científica de distintos tinglados teóricos. Marx y Engels designan con los términos "ideología" e "ideologismo" la concepción idealista de la historia de la sociedad, concepción en que la sociedad, la estructura social y las relaciones sociales se explicaban tomando como base las ideas y no al revés,

---

[39] Véase con mayor detalle sobre el particular G. Gak. *Doctrina sobre la conciencia social a la luz de la teoría del conocimiento,* ed. en ruso, Moscú, 1960; Y. Yádov. *Ideología como forma de actividad espiritual de la sociedad,* ed. en ruso, Leningrado, 1961.

es decir, no deduciendo las ideas de las condiciones materiales de existencia de la sociedad. En *La ideología alemana,* Marx y Engels escribían: "...Al igual que todos los filósofos e ideólogos, Bruno ve en los pensamientos, en las ideas, en la expresión ideológica sustantivada del mundo existente el fundamento de este mundo"[40]. Algunos autores burgueses afirman que Marx y Engels utilizaban el término "ideología" en este sentido sólo en sus trabajos tempranos. Es un error. Lo usaban de modo análogo también en sus obras posteriores. En el trabajo preparatorio para *Anti-Düring,* Engels señalaba: "El único contenido del pensamiento son el mundo y las leyes del pensamiento.

Los resultados generales de la investigación del mundo se obtienen al final de ésta y no son, por consiguiente, *principios,* puntos de partida, sino *resultados,* efectos. Construir estos resultados en la mente, partir de ellos como base para reconstruir luego el mundo: esto es precisamente la *ideología,* aquella ideología de que padecían hasta el presente también todas las variedades de materialismo. Aunque para él, como es lógico, estaba clara, hasta cierto grado, la actitud del pensamiento ante el ser en la *naturaleza,* no estaba clara esta actitud en la historia, él no comprendía la dependencia del pensamiento, en todo caso, de las condiciones materiales históricas. —Puesto que Dühring parte de los "principios" y no de los hechos, es un ideólogo..."[41]

Mencionaremos, por último, el trabajo de Engels, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana,* en que se dice: "...Pero toda ideología, una vez que surge, se desarrolla en conexión con el material de ideas dado, desarrollándolo y transformándolo a su vez; de otro modo no sería una ideología, es decir, una labor sobre ideas concebidas como entidades con propia sustantividad, con su desarrollo independiente y sometidas tan sólo a sus leyes propias. Estos hombres ignoran forzosamente que las condiciones materiales de la vida del hombre, en cuya cabeza se desarrolla este proceso ideológico, son las que determinan, en última instancia, la

---

[40] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed. en ruso, t. 3, pág. 84.
[41] Ibid., t. 20, pág. 630.

marcha de tal proceso, pues si no ignorasen, se habría acabado toda la ideología"[42].

Así pues, en muchas de sus obras, Marx y Engels usan el concepto de la ideología para designar un reflejo falso, deformado, de la realidad, en el sentido de su concepción idealista. Pero, al calificar de ideología la concepción idealista de la historia, los fundadores del marxismo luchaban contra la ideología burguesa y no contra las posiciones de clase en la ciencia social como tales. En aquella situación histórica, que abría perspectivas de la victoria simultánea del proletariado en varios países capitalistas principales, la crítica de la ideología por Marx y Engels era una crítica al carácter no científico, inconsistente y no objetivo de la ideología burguesa, que constituía una "conciencia falsa". Los fundadores del marxismo caracterizaban esta ideología como "una forma tergiversada en que la ideología hipócrita y falsa del burgués hace pasar sus intereses especiales por universales. . ."[43] Cabe decir que el análisis de la esencia de la ideología falsa y de sus condiciones de surgimiento y extinción hecho por los fundadores del marxismo, sigue conservando su importancia para el desenmascaramiento de diversas teorías burguesas anticientíficas de la actualidad.

Marx y Engels usaban el término "ideología" también en otra acepción, más amplia. Cuando los fundadores del marxismo querían subrayar la dependencia general de la vida espiritual de la sociedad respecto de las relaciones económicas, referían a la ideología toda la filosofía y los criterios políticos, jurídicos, artísticos y otros de la sociedad o de una clase.

Marx y Engels consideraban las ideas sociales desde el punto de vista de su determinación por la base material y ponían la importancia de las mismas en dependencia de su papel en la lucha de clases. En el *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política,* Marx escribía:" "Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir

[42] C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en dos tomos, ed. en español, Moscú, 1971, t. 2, pág. 396.

[43] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed, en ruso, t. 3, pág. 167.

siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo"[44].

Engels, en su obra *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana,* en sus cartas sobre el materialismo histórico y otros trabajos, también refería a la ideología los conceptos políticos y jurídicos, la filosofía y la religión, sin querer en absoluto imprimirle a este término un significado negativo. Para él, igual que para Marx, la ideología era un eslabón necesario en el desarrollo histórico de la conciencia y el conocimiento sociales. La ideología se condiciona históricamente por el peldaño alcanzado por la sociedad en la producción, la ciencia y la cultura. Marx y Engels subrayaban la esencia de clase de la ideología en una sociedad dividida en clases antagónicas. La Edad Media —escribía Engels— "... no conocía más formas ideológicas que la de religión y la teología. Pero en el siglo XVIII, cuando la burguesía fue ya lo bastante fuerte para tener también una ideología propia, acomodada a su posición de clase, hizo su grande y definitiva revolución, la revolución francesa, bajo la bandera exclusiva de ideas jurídicas y políticas, sin preocuparse de la religión más que en la medida en que le estorbaba"[45].

Por eso, sería erróneo considerar que Marx y Engels identificaban la ideología en conjunto con la conciencia falsa (cosa que les atribuye la sociología burguesa moderna, lo cual salta a la vista al hojear casi cualquier manual de sociología, publicado en Occidente). Es más, los fundadores del marxismo veían, incluso en las viejas concepciones "ideológicas" de la sociedad, elementos de verdad objetiva y reconocían que muchas teorías eran justas y correspondientes a la realidad objetiva. Aunque Marx y Engels no determinasen la mundividencia materialista dialéctica como ideo-

[44] Ibid. t. 13, pág. 7.

[45] C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en dos tomos, ed. en español, Moscú, 1971, t. 2, pág. 378.

logía, fueron precisamente ellos, quienes elaboraron científicamente los criterios filosóficos, económicos, políticos, jurídicos y éticos que expresaban los intereses básicos del proletariado.

Lenin define con el término "ideología" las ideas y opiniones de clases y grupos sociales concretos. Califica directamente de ideología proletaria la doctrina del socialismo científico. "La socialdemocracia —escribía Lenin— ... no debe perder de vista ni por un instante nuestro objetivo definitivo, debe hacer propaganda, defender frente a deformaciones y desarrollar siempre la ideología proletaria: la doctrina del socialismo científico, es decir, el marxismo. Debemos luchar incansablemente contra toda ideología burguesa, por muy elegantes y lúcidos que sean los uniformes que vista"[46]. Lenin introdujo en el lenguaje científico el concepto "ideología científica".

En la literatura filosófica soviética, el término "ideología" se emplea en varios sentidos[47]. Cuando se habla de ideología en la amplia acepción del término, se trata de que la conciencia social se subdivide en sicología social e ideología. Esta última es en este caso un conjunto de formas de conciencia social. Sin embargo, este término se usa también en otra acepción, a saber, para designar un conjunto de teorías y criterios que reflejan la naturaleza de las relaciones sociales concretas y argumentan la necesidad de estas últimas o su sustitución por otras. "*Semejante sistema de criterios, que interpreta el proceso histórico y argumenta la necesidad de un régimen social y estatal concreto y que expresa con el mayor relieve los intereses de una clase determinada y las particularidades cardinales de todas las formas de su conciencia social, constituye precisamente la ideología en acepción estrecha del término*"[48]. La ideología es la conciencia de la sociedad, clase o grupo social que se determina por las condiciones materiales de su existencia y prescribe las direccio-

---

[46] V. I. Lenin. *Obras,* 5ª ed. en ruso, t. 6, pág. 269.

[47] Este problema se expone con detalle en el libro de A. Ulédov *Estructura de la conciencia social. Investigación sociológica teórica,* ed. en ruso, Moscú, 1968.

[48] D. Chesnokov. *Materialismo histórico,* ed. en ruso. Moscú. 1965, pág. 323.

nes, principios y objetivos fundamentales de su actividad práctica. Creemos que este enfoque de la ideología en acepción estrecha del término ayudará a aclarar los rasgos específicos de este fenómeno social, sin separarlo de otras formas teóricas de conciencia social y sin identificarlo tampoco con ellas.

El rasgo distintivo más importante de cada ideología es su pertenencia de clase (o de grupo). "En la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases"[49]. La ideología es un conjunto sistematizado de criterios, ideas y teorías que expresan, ante todo, los intereses y aspiraciones de un grupo social o clase concreto. Las opiniones políticas, jurídicas y artísticas, la moral y la religión expresan la ideología, en grado diferente y con distinta plenitud, y hacen propaganda de ella, valiéndose de sus medios específicos. Las teorías filosóficas y otras teorías sociales científicas de los representantes de una u otra clase, teorías que no siempre constituyen directamente la ideología de esta clase, están sometidas en todos los casos a influencia de esta ideología y le facilitan una argumentación filosófica, sociológica y antropológica. Por último, las teorías científicas naturales no forman parte de la ideología, aunque las conclusiones filosóficas generales, que se hacen por los científicos en base a unos u otros descubrimientos en la esfera de las ciencias naturales, se empleen con frecuencia para argumentar las consignas y demandas ideológicas, para confeccionar las concepciones ideológicas.

A nuestro juicio, la ideología puede considerarse en dos más importantes aspectos, relativamente independientes e interrelacionados en el sentido dialéctico.

El primer aspecto es *gnoseológico*. Desde este punto de vista, la ideología es un sistema (conjunto) —condicionado específicamente— de ideas y teorías de una u otra sociedad, clase o grupo social.

Para comprender mejor los procesos que se operan en la conciencia ideológica, es necesario, a nuestro juicio, precisar

---

[49] V. I. Lenin. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, Moscú, t. I, pág. 150.

en cierta medida el concepto de la ideología, teniendo en cuenta distintos elementos de su estructura. Creemos que se puede destacar tres elementos.

En primer lugar cada ideología contiene una interpretación sintetizada del carácter y de la marcha del desarrollo histórico de la sociedad, sus bases y fuerzas motrices. Como señala con toda razón G. Gak, un rasgo característico de la ideología es generalización que llega a ciertos principios cardinales y amplios que pueden ser verdaderos, lo mismo que falsos[50].

En segundo lugar, la ideología en conjunto señala los objetivos, medios y formas de actividad práctica, ante todo política, de las clases, grupos sociales e individuos por separado. En correspondencia con ello, la ideología argumenta distintos ideales: sociales, políticos, morales, estéticos, etc.

Por último, en tercer lugar, la ideología implica siempre una crítica oculta o abierta a otras ideologías. No hay ideologías que sean "indiferentes" ante la lucha de clases, ya que cada ideología considera la sociedad a través del prisma de los intereses de la clase concreta.

Estudiando la ideología desde el punto de vista de su estructura, cabe tener presente que las tesis básicas de cualquier ideología no deben ser expuestas obligatoriamente en un solo libro o programa. Es más, puede ser que ciertas concepciones o demandas ideológicas, a que se atiene una clase en su actividad práctica, no se expongan en general, sino que se den como normas "tradicionales" de conducta, moral, política, etc. Los tres elementos mencionados de la estructura de la ideología —ideas sintetizadas sobre la sociedad, argumentación de los ideales y objetivos y crítica a otras ideologías— no tienen igual proporción, ni mucho menos, en todas las ideologías. En dependencia del estado social de las clases en la sociedad y otras condiciones, se pueden promover a primer plano, en distintos períodos, unos u otros elementos de la estructura.

Como sistema teórico, la ideología puede y debe considerarse en el plano de la adecuación o inadecuación del re-

---

50 Véase G. Gak. *Doctrina sobre la conciencia social a la luz de la teoría del conocimiento,* pág. 48.

flejo de la realidad social por ella, en el plano de sus posibilidades cognoscitivas. Por eso es plenamente aplicable a la ideología el criterio de la verdad o de la falsedad. El carácter del reflejo ideológico —científico o no científico, objetivo o subjetivo—, depende, ante todo, del sujeto, del portador de la ideología —clase o grupo social— y que desempeña del papel en el proceso del desarrollo social.

La ligazón de la ideología con los intereses y aspiraciones de la clase o, más exactamente, su dependencia respecto de ellos, no significa, ni mucho menos, a despecho de la aseveración de Mannheim, que la realidad social en la ideología se refleje obligatoriamente de modo incorrecto, deformado. No se trata de la existencia del propio interés sino de su carácter y particularidades. No todo interés de clase contribuye al avance de la sociedad y a la solución de los problemas y contradicciones sociales, igual que no todas las clases están interesadas siempre en un progreso sano de las fuerzas productivas, la ciencia y la cultura, si este progreso amenaza su existencia. El carácter de las condiciones materiales de la existencia de las clases y el de sus intereses determinan también la especificidad de su ideología en el sentido del grado de adecuación y objetividad con que refleja el mundo social.

En el período en que los intereses de la joven burguesía correspondían a los intereses del desarrollo de la sociedad, y la burguesía era una clase revolucionaria avanzada, portadora del progreso, su ideología proporcionaba la verdad objetiva que podía proporcionar como ideología burguesa con ayuda de la ciencia de aquel entonces. Posteriormente, con el desarrollo de la sociedad burguesa, el ahondamiento de sus contradicciones y la aparición de la clase obrera en la palestra histórica mundial, la ideología burguesa se iba haciendo cada vez más egoísta, apologética y reaccionaria.

Todas las ideologías precedentes vivieron épocas de ascensos y descensos. Esto reflejaba, en la esfera ideológica, los ascensos y descensos de ciertas clases y grupos sociales. Cuando estas clases expresaban, en el proceso de su consolidación, las demandas objetivas del desarrollo de la sociedad, su ideología era avanzada, trataba de penetrar en la esencia de los fenómenos sociales y comprenderlos y hacía cierto aporte a la revelación de la verdad objetiva. Pero,

cuando estas clases sufrían un descenso, convirtiéndose en freno del desarrollo social, la ideología no trataba ya de buscar verdades, sino que se reducía a una apologética. Empero, hasta en los tiempos mejores, la ideología de todas las clases precedentes al proletariado no era jamás por completo científica.

El segundo aspecto de la consideración de la ideología es *funcional*. Cada ideología —sea científica o no científica y hasta evidentemente falsa— cumple determinadas misiones sociales respecto, ante todo, de "su" clase, sociedad o grupo social. Se puede destacar dos misiones fundamentales.

La ideología suministra ciertos conocimientos, teorías, ideales y objetivos que corresponden con la mayor plenitud a las condiciones materiales de existencia de una clase y expresan sus intereses y aspiraciones. Esta misión de la ideología es teórico-cognoscitiva. Pero, los conocimientos, nociones, teorías y conceptos, que contiene la ideología y que suministra a una clase o grupo social, son ideas que se deben aplicar en la práctica y defender en la lucha de clases; estas ideas constituyen el principio rector en la actividad práctica. En otros términos, a la par de la misión teórico-cognoscitiva, cada ideología tiene también una función política práctica. La ideología, al reflejar la realidad social desde el punto de vista de los intereses y aspiraciones de una u otra clase, da una orientación práctica a la actividad de esta clase en conjunto y determina los objetivos y tareas de la actividad de los individuos. La ideología no es sólo un conjunto de ideas, sino también una guía de acción. Esto significa que debe ser comprendida tanto por la clase como por el individuo en concepto de sus propios motivos de actividad.

En distintas formaciones socioeconómicas, estas misiones se realizaban por ideologías de tipo diferente. En la sociedad antigua dominaban la religión mitológica y la política. La dominación de la religión se explicaba por su base económica negativa. El reflejo religioso, fantástico, de la realidad es tanto más probable cuanto más depende el hombre de las fuerzas espontáneas de la naturaleza y la sociedad. En la sociedad griega, la mitología ejercía una influencia enorme no sólo en el arte, sino también en toda la atmósfera

espiritual. Al mismo tiempo, las ciudades Estado de Grecia y Roma Antiguas vivían una intensa vida política, lo cual condicionó la importancia especial de las teorías y concepciones políticas[51].

La Edad Media, según la definición de Engels, conocía sólo una forma de ideología —la forma teológica—, siendo los representantes del clero los únicos ideólogos del feudalismo. "En las manos del clero, la política y la jurisprudencia, igual que las demás ciencias, seguían constituyendo simplemente ramas de la teología, aplicándose a ellas los mismos principios que dominaban en esta última. Los dogmas de la Iglesia se convirtieron, al mismo tiempo, en axiomas políticos, mientras que los textos bíblicos adquirieron fuerza de ley en cualquier tribunal... Esta dominación suprema de la teología en todas las esferas de la actividad intelectual, se debía también a la situación de la Iglesia como la síntesis más general y la sanción más general del régimen feudal existente"[52].

En el período de desmoronamiento de las relaciones sociales feudales, la crítica a la religión era, según Marx, una premisa de toda crítica de otra índole. Sin embargo, para la sociedad burguesa en conjunto era característica la dominación de la ideología revestida en forma política y jurídica. "Por cuanto el intercambio de mercancías, a escala de la sociedad y en su forma más desarrollada, da origen, sobre todo merced al sistema de anticipación y crédito, a unas relaciones contractuales complejas, presentando de este modo una demanda de normas generalmente reconocidas, que puede dar únicamente la sociedad en conjunto —es decir, de normas jurídicas, establecidas por el Estado—, por tanto se produjo la impresión de que estas normas jurídicas no deben su surgimiento a los hechos económicos, sino a las instituciones formales, introducidas por el Estado. Y puesto que la competencia —esta forma principal de la relación entre los libres productores de mercancías— es una grandísima niveladora, la igualdad ante la ley se convirtió en principal lema de combate para la burguesía. El hecho de

[51] Véase V. Yádov. *Ideología como forma de la actividad espiritual de la sociedad,* págs. 115-116.

[52] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed, en ruso, t. 7, págs. 360-361.

que la lucha de esta nueva clase ascendente contra los feudales y la monarquía absoluta, que los defendía entonces, debía desembocar, igual que toda lucha de clase, en una lucha política, una lucha por la posesión del poder estatal y por las *demandas jurídicas,* este hecho coadyuvó a la consolidación de la concepción jurídica"[53].

El que la ideología burguesa se basa, ante todo, en los principios políticos y jurídicos, no significa que ella esté separada por una muralla china respecto de otras formas de conciencia social. En distinto grado y de modo diferente, ejercen cierta influencia en ella la filosofía, la religión, las ciencias sociales e incluso las naturales y las concepciones, éticas y estéticas. La ideología trata de adaptarlas a sus demandas y necesidades, es decir, a las demandas y necesidades de la clase capitalista, y ejercer, a la vez, una presión máxima sobre ellas.

La dominación de la ideología político-jurídica en la sociedad capitalista crea las posibilidades, en particular, para absolutizar la legislación, y da origen a la ilusión de que se pueda resolver cualquier problema social y liquidar los antagonismos y contradicciones socioeconómicos del capitalismo, valiéndose sólo de las medidas puramente legislativas y administrativas. Esta ilusión ideológica se apoya y se propaga con frecuencia por el arte y la literatura y adquiere "argumentación" en las indagaciones sociológicas y filosóficas.

La ideología burguesa moderna no es producto del pensamiento social científico, producto de la ciencia sobre la sociedad, sino que se forma sobre la base de la sicología social de la clase burguesa y su conciencia consuetudinaria, crece precisamente de esta fuente. Está repleta de prejuicios e ilusiones, de ideas y criterios no científicos.

En oposición a las demás ideologías, la ideología comunista descansa sobre la firme base del pensamiento científico, de la doctrina marxista-leninista de la sociedad y su desarrollo, sobre la base de la ciencia social. Los ideólogos del comunismo son revolucionarios del pensamiento y de la acción, hombres de ciencia y dirigentes del movimiento revolucionario de la clase obrera. Lenín subrayaba reiteradas veces

[53] Ibid. t. 21, pág. 496.

que el proletariado es capaz de elaborar con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, "la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc."[54]. El movimiento obrero, que se guía por tal conciencia, sigue permaneciendo en el marco de un movimiento espontáneo y "marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa... el tradeunionismo implica precisamente la esclavización de los obreros por la burguesía"[55].

La conciencia socialista y la ideología comunista pueden surgir sólo sobre la base de un profundo conocimiento científico. La doctrina del comunismo ha crecido de las teorías filosóficas, históricas y económicas que eran en su tiempo cumbres del pensamiento científico. "El socialismo moderno —escribía Engels— es, en primer término, por su contenido, fruto del reflejo en la inteligencia, por un lado, de los antagonismos de clase que imperan en la moderna sociedad entre poseedores y desposeídos, capitalistas y obreros asalariados, y, por otro lado, de la anarquía que reina en la producción. Pero, por su forma teórica, el socialismo empieza presentándose como una continuación, más desarrollada y más consecuente, de los principios proclamados por los grandes ilustradores franceses del siglo XVIII. Como toda nueva teoría, el socialismo, aunque tuviese sus raíces en los hechos materiales económicos, hubo de empalmar, al nacer, con las ideas existentes"[56].

La ideología comunista expresa los intereses cardinales del proletariado y ofrece un conocimiento científico de las leyes objetivas del desarrollo social, conocimiento que la clase obrera y todos los trabajadores necesitan para resolver la tarea histórica universal de liquidar el capitalismo y edificar la sociedad comunista. Proclamando abiertamente su ligazón indisoluble con la lucha de la clase obrera y todos los trabajadores por la liberación de la sociedad respecto de la

[54] V. I. Lenin. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, Moscú, 1970, t. 1, pág. 142.

[55] Ibid., pág. 150.

[56] C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en dos tomos, ed. en español, Moscú, 1971, t. 2, pág. 113.

propiedad privada, la explotación y la opresión social, nacional y espiritual, esta ideología se ha puesto conscientemente al servicio de la causa de la transformación revolucionaria del mundo.

Incluso un breve resumen de las formas ideológicas históricamente condicionadas muestra que la ideología desempeña un papel muy importante en la vida de la sociedad, en su avance progresivo. La ideología evoluciona, a su vez, junto con el desarrollo de la sociedad y los cambios que se operan en las condiciones materiales de existencia de las clases, cuyos intereses y aspiraciones expresa. La ideología utiliza para sus necesidades y demandas las realizaciones de la ciencia, la literatura y el arte y ejerce siempre una influencia sobre ellas. La ideología expresa en la esfera de las ideas el proceso objetivo que tuvo por consecuencia la división de la sociedad en clases opuestas.

LA OBJETIVIDAD Y EL SUBJETIVISMO EN LA INVESTIGACION SOCIAL

(Crítica de los intentos de "desideologizar" la ciencia social)

Como se ha dicho ya, la argumentación de los teóricos de la "desideologización" se basa sobre la tesis de la oposición absoluta y de principio entre la ciencia social y toda ideología. Hemos visto también que esta tesis se comparte por casi la mayoría de los sociólogos, filósofos y economistas burgueses en el curso de un período prolongado. El problema de la correlación entre la ciencia y la ideología adquiere, en las teorías de los científicos burgueses, diversas formas y se expresa en términos y formulaciones diferentes. Los científicos burgueses afirman que la ciencia y la concepción del mundo, el conocimiento objetivo y los intereses sociales de clase, y la universalidad de la ciencia y su partidismo son conceptos opuestos y que la teoría científica es incompatible con cualesquiera orientaciones de valor, y la descripción de la realidad, con su apreciación. En el marco de la metodología de la indagación social, este problema se examina con frecuencia en el plano de que la ciencia estudia únicamente lo que es y no puede tocar lo que debe ser. Este planteamiento del problema se traslada consciente o inconscientemente de la esfera de la gnoseología a la de la realidad objetiva social. En este caso se hace una delimitación de principio entre lo que es y lo que debe ser en la propia realidad y se niegan la interrelación y la transición de lo primero en lo segundo y viceversa.

El rasgo más típico de estos tinglados teóricos positivistas consiste en la absolutización de los procedimientos y

medios formales de investigación y un enfoque abstracto formal de los objetos de estudio. Claro que la formalización del conocimiento tiene, de por sí, cierto significado positivo, si es que se aplica racionalmente, de un modo sensato, y no suprime el lado enjundioso. Sin embargo, en el positivismo, el enfoque abstracto formal adquiere una expresión hipertrofiada en extremo, lo que se manifiesta, en particular, también en el examen del problema de la correlación entre la ciencia y la ideología. Este problema se plantea de modo muy abstracto y formal. Cabe decir que en los últimos decenios casi todos los que escribían o escriben de que la ideología es contraria a la ciencia social, respaldan sus conclusiones con la autoridad de... Marx y Engels, con sus enunciados sobre el carácter no científico del pensamiento ideológico. Se forma una situación totalmente paradójica: los que son más furibundos adversarios de las tesis y conclusiones fundamentales del marxismo, tratan de hacerse pasar poco menos que por continuadores de la tradición marxista clásica en los problemas de la correlación entre la ciencia y la ideología. En esta esfera se observan ejemplos patentes de cómo la filosofía y la sociología burguesas, al apropiarse de algunas ideas expuestas por vez primera por los clásicos del marxismo, las deforman y las utilizan contra la doctrina del comunismo científico, tratando de este modo de desacreditarla.

Marx y Engels tenían un enfoque enjundioso, es decir concreto de clase, del problema de la correlación entre el conocimiento científico y la ideología y señalaban, por eso, que la ciencia social se convertía en lo que era, en la acepción estricta del término, cuando se liberaba de la influencia funesta de los postulados ideológicos burgueses. Por lo que se refiere al propio marxismo, es, al mismo tiempo, una ciencia y una ideología. El mérito de Marx y Engels consiste precisamente en que crearon una doctrina social que, siendo estrictamente científica y objetiva, cumple, al mismo tiempo y en plena medida, las funciones ideológicas.

Pero los teóricos positivistas de la "desideologización" tratan de presentar la cosa como que toda ideología es incompatible con el conocimiento objetivo de la realidad social. Con la particularidad de que enfocan la ideología

únicamente como forma de conocimiento, indiferente al contenido e independiente del mismo. Abstrayéndonos por un momento de otras causas que determinan este enfoque, podemos señalar que es el formalismo abstracto el que constituye precisamente el principal defecto metodológico de la crítica de la ideología desde las posiciones del positivismo. Presentando toda ideología como algo ajeno al conocimiento objetivo, el positivismo trata de elaborar una metodología de la investigación social que excluya en el máximo grado posible de la ciencia social todos los componentes ideológicos. El positivismo trata de "desideologizar" la esfera del conocimiento social, considerando semejante "desideologización" como condición social de la objetividad científica.

Los teóricos modernos del "fin del siglo ideológico" parten por entero precisamente de esta contraposición absoluta de la ciencia y la ideología. Parsons, por ejemplo, habla de la necesidad de delimitar con precisión los "componentes ideológico y científico" de la teoría social[1]. Según Aron, "en el conocimiento científico no puede haber, por principio, una apreciación de valor". Premisas análogas figuran también en los escritos de Bell, Schlesinger y otros muchos sociólogos burgueses. Creemos, por eso, que el problema de la correlación entre la ciencia y la ideología es el problema central en el desenmascaramiento del mito del "fin de la ideología", de toda clase de variantes de la "desideologización". De suyo se entiende que dicho problema sea muy amplio e importante. En el presente trabajo veremos algunos aspectos de este tema y trataremos de mostrar lo ilusorio que son los intentos de los autores burgueses de construir un modelo de una ciencia social "desideologizada".

Planteamiento del problema por M. Weber

Examinemos sucintamente, ante todo, el planteamiento de este problema por uno de los sociólogos burgueses de mayor prestigio de la primera mitad del siglo XX, M. Weber (1864-1920). Es necesario hacerlo no en aras de un sim-

[1] T. Parsons. *The Point of View of the Author.* — Max Black (ed.). *The Social Theories of Talcott Parsons,* New York, 1962, p. 361.

ple interés histórico. Se trata de que las ideas de Weber sirvieron a muchas corrientes de la sociología burguesa moderna de punto de partida para confeccionar su metodología de investigación social. Estas ideas, algo modernizadas y modificadas, se utilizan tanto en la sociología empírica como en la sociología del conocimiento y la teoría de la "acción social". En ellas se apoyan en gran medida todos los que exigen "desideologizar" la ciencia social.

Weber trataba de considerar la esencia del conocimiento social, su carácter y funciones en un amplio plano sociohistórico y espiritual. Para él, este conocimiento se determina por muchas circunstancias sociales —políticas, religiosas, económicas, éticas y de otra índole—, cuyo conjunto concreto constituye la peculiaridad de una u otra civilización. Según Weber, el rasgo distintivo de Europa Occidental a este respecto consiste en un carácter racionalista, empírico y aplicado del conocimiento. Por eso, Weber consideraba que la ciencia también debía desarrollarse, ante todo, en estas direcciones. Weber trataba de delimitar la ciencia respecto de los distintos elementos irracionales, desde su punto de vista: los sistemas de valores, la política y la concepción del mundo. Se sumió en la discusión del problema de la correlación entre el conocimiento científico y los valores. Veía la tarea principal del conocimiento social en tratar de crear una metodología que descartase el influjo de los elementos de valor en el proceso de investigación.

El ideal de la ciencia social, como lo concebía Weber, es una ciencia que esté por encima de las clases y los partidos y "al margen de la política". Su tesis básica consiste en que una investigación social objetiva debe estar libre de todo sistema de valores; el hecho de que un científico sea adicto a ciertos valores no debe influir en su análisis de los fenómenos sociales. Los valores sociales como tales —afirmaba Weber— pueden constituir un objeto de estudio y explicación racional. Sin embargo, la ciencia no puede señalar una opción racionalmente argumentada entre los sistemas de valores. A su juicio, las preferencias respecto de los valores se hacen sobre la base de la fe y las pasiones y no de los hechos ni la razón. Estudiando este tema en el plano de la correlación entre la ciencia y la política, Weber trata de

delimitar con precisión sus "territorios" y "despolitizar" la propia ciencia. En este sentido, deja el problema de los valores y los objetivos sociales, que les corresponden, al arbitrio de los políticos. El científico social no tiene nada que decir sobre este tema. Puede únicamente juzgar de la conveniencia o inconveniencia de unos u otros medios para la consecusión de los objetivos planteados. Siendo consejero del político, el científico puede valorar las posibilidades necesarias para conseguir algunos objetivos con ayuda de medios determinados y señalar las consecuencias sociales de acciones de determinado tipo. Pero el propio científico se encuentra al margen de la política y de la lucha política.

En este caso, Weber formula un principio que encarna tanto el carácter contradictorio de su posición teórica como el de la situación del científico liberal burgués y del profesor universitario en las condiciones del sistema capitalista en conjunto. Es el principio de la "libertad respecto de los valores". El científico social como *científico,* como investigador objetivo, debe ser neutral respecto a cualesquiera sistemas de valores, ya que, según Weber, los valores sociales se basan en los sentimientos y los ánimos del individuo, mientras que los razonamientos de valor expresan estos sentimientos y ánimos y no implican un conocimiento real, empírico. Los problemas de los valores y apreciaciones no son problemas de la metodología de las ciencias empíricas, sino de la política y de los políticos. "La argumentación del imperativo práctico como norma y el verdadero significado de las tesis de la ciencia empírica son absolutamente diferentes por su carácter. Todo intento de considerar estos tipos, lógicamente distintos, de enunciados como idénticos sólo limita el significado de cada uno de ellos"[2].

Así pues, Weber separa los valores y apreciaciones respecto de la esfera del conocimiento científico. Asocia los valores con los deseos subjetivos de alcanzar algunos fines e identifica la apreciación con la formulación de estos deseos. Los valores y apreciaciones no pueden estar argumentados con los medios objetivos de la ciencia social. La preferencia

[2] M. Weber. *On the Methodology of the Social Sciences,* Glencoe, 1949, pág. 12.

subjetiva del político es el único procedimiento de argumentación.

La posición de Weber, en conjunto, es inadmisible, aunque contenga algunos elementos racionales, referentes a la advertencia de que no se puede confundir la situación real de las cosas con los deseos subjetivos en relación con ellas. Weber reduce el elemento de la apreciación a un acto puramente sicológico, emocional. Priva el valor y la apreciación de un significado cognoscitivo. Desarrollando semejante punto de vista, Weber tropieza con contradicciones imposibles de resolver en el marco de su sistema.

Weber suponía que el estudio de la vida social con ayuda de los "tipos ideales" formulados por él, constituía precisamente el mejor medio de "defensa" contra la irrupción de los valores en la marcha de la investigación científica. Según Weber, el "tipo ideal" es un modelo mental, creado libremente, mediante el cual se hace el intento de "ordenar" la realidad empírica. Weber afirma que el proceso de formación del "tipo ideal" revela la esencia del proceso de teorización, de sintetización. Desde su punto de vista, los conceptos son medios intelectuales de transformación espiritual de los datos empíricos. Todas nuestras generalizaciones —conceptos, leyes y "modelos mentales"— no son copia del mundo objetivo, reflejo de sus aspectos sustanciales determinados, sino nada más que "utopía", que "no se puede encontrar en ninguna parte de la realidad empírica"[3].

El "tipo ideal" no abarca por completo la realidad empírica. Al afirmarlo, Weber tiene en cuenta no tanto el que toda realidad empírica es más rica que el concepto abstracto como la circunstancia de que los "tipos ideales" tienen un significado cognoscitivo limitado. El modelo del "tipo ideal" cumple dos funciones principales: a) ofrece al investigador ciertos medios e instrumentos, con cuya ayuda se facilita la clasificación y la confrontación, es decir, el ordenamiento del material empírico y b) constituye un punto de partida para crear unos tipos más amplios todavía de síntesis que sirven al objetivo final de la investigación: el esclarecimiento de la causalidad individual de los fenómenos históricos individuales, únicos.

[3] Ibid., pág. 90.

En relación con esto, Weber estima que cualquier fenómeno concreto (por ejemplo, el capitalismo) se lo puede describir con ayuda de una multitud de "tipos ideales" que serán adecuados en igual medida. "Por ejemplo, un mismo fenómeno histórico puede ser "feudal" en un aspecto, "patrimonial" en otro, "burocrático" en el tercero y "carismático" en el cuarto... Raras veces ocurre que un fenómeno real corresponda exactamente a uno de estos tipos puros, idealmente construidos"[4].

No cuesta trabajo advertir que este planteamiento del problema, si es que no se hacen salvedades muy esenciales, conduce al subjetivismo y relativismo de la concepción teórica cognoscitiva. Según Weber, los "tipos ideales", generalizaciones, modelos y leyes son relativos, pasajeros y aproximados. Todos ellos dependen no tanto del carácter de la realidad objetiva y sus aspectos y relaciones esenciales, como del punto de vista individual y subjetivo del investigador. Cada teórico, creador de su propia "tipología ideal", tiene razón en cierto sentido. De ahí que el concepto de la verdad se prive de firmes criterios objetivos. No es casual que Weber hable a veces directamente de que el concepto del significado verdadero, o justo, no puede asociarse con los objetos de observación, sino que puede referirse sólo a un individuo o un conjunto concreto de individuos[5].

Omitiendo otros problemas relacionados con tal posición, señalemos que ésta tiene un manifiesto motivo ideológico, a saber, la argumentación de la idea de que ninguna teoría social puede ser la única teoría verdadera, la única teoría justa. Weber se consideraba adversario irreconciliable del marxismo. Creando su metodología sociológica, la enfilaba, ante todo, contra las tesis marxistas. Weber suponía que su metodología superaba "el carácter limitado, unilateral y estrecho" de la concepción marxista. Esto quiere decir que los "tipos ideales" tienen que cumplir una misión ideológica. Su aspecto de valor e ideológico es completamente evidente. El sentido de la metodología weberiana de las ciencias sociales estriba en mostrar que, al estudiar fenómenos histó-

[4] M. Weber. *The Theory of Social and Economic Organization*, New York, 1947, p. 110.

[5] Ibid., pág. 89.

ricos como es, por ejemplo, la sucesión lógica de las formaciones socioeconómicas, es imposible revelar las verdades "firmemente fijadas", según su expresión, es decir, las verdades objetivas.

Weber intentaba oponer su interpretación de la vida social a la doctrina marxista del desarrollo social. Examinando con frecuencia los problemas analizados y resueltos ya por Marx, Weber trataba de revisarlos y darles una nueva interpretación. Por ejemplo, estudiando los problemas del proceso de consolidación y de la esencia del sistema capitalista, Weber se empeñaba en probar que este sistema es el único en las condiciones de Europa Occidental y América y que no se puede repetir en otras circunstancias. Delimitaba con nitidez las civilizaciones de Este y de Oeste. El blanco principal de la crítica desarrollada por Weber fueron las conclusiones revolucionarias emanantes de la teoría marxista del desarrollo social. Weber se esforzaba como podía por poner en tela de juicio la conclusión de que la transformación de la sociedad sobre los principios socialistas era inevitable.

Rechazando la influencia de los valores en el proceso de la investigación científica y en la formulación de las conclusiones, Weber consideraba, al mismo tiempo, que la parcialidad de cada científico determinaba el círculo de problemas sujetos al estudio, la orientación del interés investigador y la amplitud con que se abarca al material empírico. "En una indagación empírica —escribe él— son ilegítimas todas las "apreciaciones que tienen una importancia práctica". Pero, como muestra la experiencia histórica, los intereses culturales (es decir, de valor) dan orientación a una labor científica puramente empírica"[6]. Haciendo esta declaración, Weber destruye la ilusión por él creada sobre la "ciencia pura", libre de los intereses sociales. Resulta, en definitiva, que la ciencia social no puede existir al margen de los valores, al margen de la mundividencia. Pero esto no significa en absoluto que Weber se aproxime en este punto al planteamiento marxista del problema. En la concepción de Weber, el valor no se determina por el carácter del

[6] M. Weber. *On the Metodology of the Social Sciences*, p. 22.

ser social, sino que constituye una peculiar esencia primaria, independiente; este valor sirve de motor principal del progreso (o regreso) científico. Los objetivos y tareas cognoscitivos se deducen por Weber no del objeto de investigación, no de modo objetivo, sino de la orientación subjetiva, del punto de vista del investigador, es decir, de modo subjetivo.

Así pues, Weber no resuelve unívocamente el conflicto entre el conocimiento científico, por una parte, y los valores, la mundividencia, la política y la ideología, por otra. Divide las esferas de su aplicación y les permite dominar, a cada uno, en su esfera. Ve su hostilidad mutua y trata de crear un equilibrio. Como señala el sociólogo estadounidense A. Gouldner, "la esencia de la opinión de Weber se basa en el dualismo entre la razón y la racionalidad, encarnadas especialmente en la burocracia y la ciencia, de un lado, y unas fuerzas emocionales más elementales, encerradas en parte en su noción del carisma, de otro. Considera a cada una de estas fuerzas como hostil a otra... Estima que cada uno de los dos lados es peligroso y necesario"[7]. En la concepción de Weber son precisamente la política y los intereses de valor los que señalan la dirección a la ciencia y le dictan los objetivos. La ciencia sólo puede ofrecer los medios y no puede juzgar de si son deseables o no los objetivos y los resultados de la aplicación de estos medios.

El planteamiento por Weber del problema de la correlación entre la objetividad científica y la parcialidad de la ciencia y la ideología es contradictorio en muchos aspectos. En el conflicto entre los postulados primarios y los resultados definitivos de la doctrina de Weber, vemos un reflejo de ciertas contradicciones del ser social. El antagonismo insoluble entre la ciencia y la política y entre la ciencia y la concepción del mundo en la sociedad burguesa no pudo dejar de repercutir en los principios metodológicos de su teoría. Su concepción es contradictoria también en el sentido de que expresa la dualidad de la situación del científico que comparte las orientaciones ideológicas burguesas y pos-

[7] *The New Sociology. Essays in Social Sciences and Social Theory in Honor of C. W. Mills.* Ed. by Irving Louis Horowitz, N. C., 1965, p. 212

tula, al mismo tiempo, el conocimiento objetivo de la realidad.

Weber no creó —ni podía hacerlo— una metodología del conocimiento social que excluyese la influencia de los valores ideológicos en la marcha de la investigación científica.

Algunos aspectos de la metodología ciencitista

El principio de la "libertad respecto de los valores", formulado por Weber, ha hallado su continuación directa y desarrollo en el neopositivismo moderno, en particular, en la actual metodología ciencitista, que constituye, en muchos aspectos, una variedad de teoría de la "desideologización" de la ciencia. Es cierto que este principio lo utilizó Weber en un sentido limitado, significando de hecho la ligazón de la sociología con unos valores y una ideología determinados. Era un principio de la investigación sociológica burguesa, aunque de matices racionalistas y liberales. La metodología neopositivista ha renunciado a todas las limitaciones. La "libertad respecto de los valores" ha comenzado a significar no sólo una "libertad respecto de la política", sino también una "libertad respecto de los problemas morales", una "libertad respecto de la filosofía". La marcha de los acontecimientos —escribe el sociólogo I. Horowitz— "ha identificado la ciencia social no sólo con la neutralidad de valor, sino también con la indiferencia erudita a los problemas morales. Si en los años treinta tenía lugar una aceptación moderada y limitada de la disyunción entre los hechos y los valores, ahora encontramos que esta última se ha convertido en una verdadera ley de la sociología"[8].

En la actualidad está difundida ampliamente la ilusión de que la generación posbélica de sociólogos de los países capitalistas adelantados, en que se realiza la revolución científico-técnica, no esté vinculada con ninguna ideología. El sociólogo estadounidense R. Ries afirma que "la ciencia social se desarrolla hoy día al margen de la ideología"[9].

[8] Ibid., pág. 9.

[9] R. Ries. *Social Science and Ideology. — Social Research. An International Quarterly of Political and Social Science*, 1964, vol. 31, № 2, pág. 239.

Esta imaginaria posición no ideológica de la sociología burguesa moderna constituye, en opinión de los autores y partidarios del ciencitismo, la mejor garantía de un verdadero conocimiento social objetivo.

Desde el punto de vista metodológico, el ciencitismo moderno, basado en el principio de la "libertad respecto de los valores", es una de las manifestaciones del neopositivismo sociológico. El ciencitismo descansa, en particular, sobre las siguientes tesis fundamentales.

En primer lugar, se toma como modelo de conocimiento social el conocimiento científico natural. Se estima que los métodos exactos de las ciencias naturales y su independencia respecto de los valores dominantes en la sociedad deben extenderse a la sociología, que sólo en este caso puede convertirse en una verdadera disciplina científica.

La orientación positivista y neopositivista hacia las ciencias naturales, como modelo de investigación sociológica, ha sido una peculiar reacción a la contraposición neokantiana (Windelband, Rickert) de las ciencias sobre la naturaleza y las ciencias sobre la cultura. La negación de las leyes del desarrollo histórico y de la regularidad objetiva en el progreso social se ha convertido en un rasgo característico del positivismo del siglo XX. Como consecuencia, la sociología positivista ha virado de las búsquedas e investigación de las leyes sociales (aunque comprendidas de modo muy simplificado y metafísico) a una descripción empírica del ser social concreto. "La orientación "científica natural" de la sociología neopositivista es interiormente contradictoria. En ella se manifiesta, por una parte, la tendencia a aplicar los métodos objetivos de investigación y asimilar todo lo valioso que aportan las ciencias naturales modernas... Por otra parte, la sociología neopositivista se distingue por su mecanicismo. Sin comprender la peculiaridad cualitativa de la forma social de movimiento, los neopositivistas escamotean las diferencias existentes entre la sociedad y la naturaleza"[10].

En segundo lugar, los adeptos del ciencitismo afirman que el conocimiento social debe estar privado de toda orien-

[10] I. Kon. *El positivismo en la sociología. Ensayo histórico,* ed. en ruso, ed. de la Universidad de Leningrado, 1964, pág. 154.

tación de valor; el sociólogo no expone los razonamientos apreciativos; la sociología debe ser "una sociología libre de valores" ("value-free sociology"). La metodología ciencitista parte, en este caso, de una delimitación acusada y hasta de una contraposición de los dos tipos de razonamientos: científicos y de valor. Los razonamientos científicos son juicios sobre los hechos que pueden ser verificados empíricamente. Estos juicios son objetivos, ya que tienen igual fuerza científica para todo investigador. Los juicios de valor, aunque pueden basarse en los hechos, hacen hincapié en la actitud subjetiva (moral, política, estética, religiosa, etc.) ante estos hechos. Son juicios sobre lo debido y lo indebido, sobre lo deseable y lo indeseable, lo correcto y lo incorrecto. Si los primeros juicios son "descriptivos" o "reales", los segundos son "prescriptivos" o "normativos"[11]. El sistema de los primeros constituye la base de la ciencia, porque los juicios sobre los hechos proporcionan una información objetiva, exactamente establecida. Los juicios de valor, debido a que son subjetivos, expresan intereses determinados y no se someten a verificación empírica, constituyen la base de la ideología.

Según la concepción ciencitista de la "desideologización", la objetividad de la investigación sociológica puede ser lograda únicamente a consecuencia de la "liberación" de la sociología respecto de los juicios de valor, los valores y los conceptos de valor. Por ejemplo, existen los conceptos "progreso" y "cambio". El primer concepto reviste un carácter de valor, expresa la actitud subjetiva de quien lo expone ante un proceso y, como tal, no puede ser probado ni refutado, no es verídico ni falso y carece, por eso, de sentido científico. El segundo concepto no tiene tal matiz. El concepto de "cambio" "es indiferente" para cualquier investigador, no determina el carácter del proceso, no señala

---

[11] En la sociología burguesa moderna se considera que la delimitación de principio de estos juicios fue hecha por M. Weber y E. Durkheim. Este último señalaba, por ejemplo, que los juicios sobre la realidad "se limitan a indicar los hechos... designan lo que es". A diferencia de los juicios de valor, los juicios sobre los hechos pueden ser verificados empíricamente. "Lo que tiene valor es bueno en cierto sentido: lo que es bueno es deseable; todo lo deseable es un estado interior" (E. Durkheim. *Sociologie et philosophie,* Paris, 1924, p.p. 117, 119).

hacia qué lado se opera el movimiento, al lado progresivo o regresivo, deseable o indeseable. Registra el propio hecho del cambio. Este concepto es precisamente un verdadero concepto científico.

La metodología basada en la contraposición de los juicios sobre los hechos y los de valor, afirma que la sociología no es capaz de optar entre las alternativas de valor: la ciencia sólo puede decirnos cómo se puede alcanzar los objetivos, pero no puede decir jamás cuáles son los objetivos a los cuales se debe aspirar.

En tercer lugar, el principio de la "libertad respecto de los valores" considera la sociología como una disciplina neutral que no saca conclusiones políticas, ideológicas o morales y está al margen de la política y de la ideología. Según este principio, la sociología debe servir a los hombres, sean cual fuesen sus opiniones políticas, morales, religiosas y de otra índole, igual como lo hacen las ciencias naturales y técnicas. Los sociólogos presentan sus recomendaciones a los clientes, dirigentes de las organizaciones y órganos administrativos, corporativos, militares y otros, y no se inmiscuyen en la esfera de aplicación de estas recomendaciones. Al sociólogo no le importa en manos de quién hayan caído sus consejos ni cómo se utilicen, si es que se utilizan en general. Son los "dirigentes" los que se preocupan de eso. El sociólogo, como "perito", asume la responsabilidad por el efecto que surten las medidas propuestas. Como científico, no expone juicios de valor y está al margen de la política; "hace su trabajo", igual que un agrónomo, médico o ingeniero.

Una observancia rigurosa de estas orientaciones básicas significa supuestamente que la sociología se deslinda del modo más resuelto de los intereses de clase o de grupo, de la ideología y la política y se convierte en una verdadera asignatura científica y objetiva. Hablando en propiedad, se trata de las premisas sociales de la objetividad científica.

Surge la pregunta de si corresponde al estado objetivo de cosas la pretensión de ocupar una posición que prescinde de valores, no es ideológica, clasista ni partidista. Numerosos hechos permiten sacar la conclusión de que esto no es más que una ilusión.

En efecto, una aplicación consecuente del principio de

la "libertad respecto de los valores" en la sociología puede desembocar sólo en una descripción de los fenómenos o acontecimientos sociales concretos y en una revelación de los nexos exteriores y superficiales entre ellos. Los teóricos de la sociología "libre de valores" estiman que esta descripción sociológica se encuentra ya al margen de la ideología. Empero, es fácil mostrar que los juicios de valor presiden cualquier investigación sociológica empírica. Y esto se opera en tres direcciones.

No se puede describir simplemente los hechos sin perseguir un objetivo planteado de antemano. Ante la investigación, y antes de comenzarla, es preciso plantear la tarea de qué es lo que se debe investigar, es decir, se elige, al comienzo, el problema de la investigación. En correspondencia con el problema se seleccionan los hechos a investigar. Tanto en el primer caso como en el segundo, se trata de una selección de valor, ya que es imposible hacer lo uno y lo otro sin tener cierto mínimo de juicios teóricos generales, filosóficos, políticos y morales.

La formulación de conceptos, la argumentación de hipótesis, los procedimientos de verificación de distintas tesis, etc., también revisten un carácter de valor. El afán de evitar unos juicios de valor conduce, en esta fase de investigación, a que su lugar lo ocupen otros juicios de valor. Volvamos al ejemplo con los conceptos "progreso" y "cambio". Si lo primero se sustituye por lo segundo, esto no significa aún que se renuncie por completo a los juicios de valor, pues el el concepto "cambio" es también de valor, ya que supone cierta opinión de valor de que en el mundo social no existe el progreso.

Por último, los resultados de la investigación tienen siempre una función social, por eso, no pueden estar al margen del valor. Hasta en el caso en que el propio investigador se empeña en formular sus conclusiones y recomendaciones de modo neutral, las mismas se convierten en fenómenos de valor en manos de sus destinatarios. Cuando los científicos se limitan simplemente a describir con detalle el objeto de investigación, el problema de su explicación se deja al arbitrio de los que encargan la investigación o deben "utilizar" sus resultados.

Por consiguiente, ninguna sociología, comprendida la empírica, no se forma por juicios netamente descriptivos. En ella está presente siempre, en una forma evidente o no evidente, el elemento apreciativo, de valor. Esto significa que la sociología no puede ser libre de la ideología, ya que expresa ciertas tesis ideológicas, y sus conceptos forman parte inevitablemente de las ideologías.

Es indiscutible que entre los juicios sobre los hechos y los de valor existe cierta diferencia, ya que se supone que en los primeros se acentúa la constatación de los hechos reales, mientras que en los segundos, la valoración de estos hechos o la actitud que adopta ante ellos el sujeto en proceso de conocimiento. Esta delimitación de los dos tipos de juicios contribuye a comprender mejor la marcha de la investigación sociológica y puede impedir la suplantación de un estudio concreto de la realidad por las valoraciones subjetivas, la suplantación de lo real por lo deseable, etc. Pero es indiscutible también que no se puede separar estos juicios uno de otros por una barrera insuperable, y conceptuarlos como contrarios incompatibles. Sin pormenorizar este problema (es el tema de un análisis especialmente detallado), señalemos que sólo en un sentido limitado es cómo se puede hablar, en la esfera de la sociología sobre la existencia de los juicios "puros", por decirlo así, acerca de los hechos, juicios en que no se perciba una u otra actitud de valor (política, ideológica, moral, etc.) del sujeto en proceso de conocimiento.

La esfera del conocimiento social en que la constatación del hecho no afecta directa o indirectamente los intereses de las clases y hasta de individuos aislados es muy estrecha. Se puede aceptar, por lo visto, que la afirmación de que "Napoleón falleció el 5 de mayo de 1821" constituye precisamente tal juicio sobre un hecho. Pero no se puede afirmar categóricamente lo mismo sobre el siguiente juicio análogo: "El Presidente Kennedy fue asesinado el 22 de noviembre de 1963". Ya que en este último caso se suponen, en forma oculta, ciertas condiciones políticas que rebasan esta constatación y cierta actitud (apreciación) que adopta el que habla ante estas condiciones. Las formulaciones generalizadoras (de las leyes del desarrollo social, sus tendencias y los problemas que se plantean ante la humanidad en conjunto) son imposibles

en general sin que el sujeto exponga su actitud de valor ante ellas. Por ejemplo, el juicio de que "el imperialismo es la fase superior del capitalismo" constituye, al mismo tiempo, un juicio real y de valor.

Si se examina, en vez de unos juicios sueltos, su sistema, se revela un entrelazamiento más evidente aún de los elementos reales y los de valor. Así, un juicio amplio sobre las circunstancias del asesinato de J. Kennedy, será inevitablemente un juicio de valor tanto en el caso en que se intenta cargar con la culpa sólo a Lee Oswald como en el caso en que se sospecha la existencia de un complot contra el Presidente. En el trabajo de Lenin sobre el imperialismo encontramos un análisis objetivo, estrictamente científico, de la situación real y su evaluación desde el punto de vista de los intereses del proletariado internacional.

Algunos científicos burgueses afirman que de la descripción de una situación concreta no se puede deducir cualesquiera juicios que prescriban uno u otro modo de acción, de conducta. Sin embargo, el quid del problema estriba en que no se puede hacerlo en efecto, valiéndose únicamente de las reglas de lógica formal. Pero, los hombres reales, cuando necesitan elegir un procedimiento determinado de acción, partiendo de las condiciones existentes en la realidad, no se guían, ni mucho menos, por las reglas de lógica formal, sino por sus propios intereses (sociales, de grupo, de clase, o individuales). No se puede considerar este problema únicamente como un problema lógico formal. La formación de las orientaciones de valor de los hombres es un problema complejo en que existe, sin duda, el paso de unos juicios a otros.

Así pues, no hay ni puede haber una sociología que esté al margen del valor. Una descripción puramente empírica de los hechos, acontecimientos y fenómenos conduce inevitablemente al reconocimiento de la justedad, inconmovilidad y necesidad de estos acontecimientos y fenómenos. Pero esto significa que unos juicios de valor y unos valores se sustituyen por otros.

La metodología del conocimiento social, estructurada sobre el principio de la "libertad respecto de los valores", no es ajena en efecto a un enfoque de valor de la realidad. Ve las condiciones sociales del conocimiento objetivo no en el

contenido del proceso histórico, sino en una actitud de valor "no evidente", "velada" y, a veces, inconsciente ante la realidad, actitud que es una manifestación de la conciencia consuetudinaria.

Pero, ¿sobre qué base pueden las representaciones de valor de la conciencia consuetudinaria garantizar la objetividad del conocimiento social? La concepción de la sociología "libre de valores" no lo explica. En este caso vemos el mismo defecto metodológico que es propio de K. Mannheim: el afán de estructurar la teoría del conocimiento de los fenómenos sociales en divorcio de la investigación de la estructura del proceso histórico y de la dialéctica de las fuerzas motrices sociales.

La metodología ciencitista de la ciencia social, metodología basada en el principio de la "libertad respecto de los valores", cumple las siguientes funciones ideológicas:

oculta o, al menos, vela el hecho de que la sociología burguesa moderna es una forma del conocimiento social en que está interesada la clase explotadora dominante;

al basar la metodología del conocimiento sociológico sobre las capacidades cognoscitivas absolutas e invariables del hombre, mantiene las posiciones idealistas e impide la creación de una metodología científicamente argumentada del conocimiento social;

al levantar una barrera infranqueable entre los enfoques científico y de valor de la realidad y al calificar de objetivo de la ciencia social la descripción empírica y la información empírica sobre la realidad, pone un veto teórico sobre la búsqueda de los problemas sociales básicos, ya que ningún problema de éstos puede ser formulado valiéndose únicamente de los juicios empíricos acerca de los hechos;

la "liberación" de la sociología respecto de los valores significa el afán de dejar una impronta en toda la estructura del pensamiento, desviarse hacia el pensamiento técnico pragmático en el que las ideas son adecuadas si es que aportan un provecho directo.

No cabe la menor duda de que este programa es ideológico.

No sólo los marxistas, sino también muchos sociólogos no marxistas reconocen últimamente que la sociología "libre de

valores" es apologista y que su empirismo extremo carece de perspectivas. La metodología neopositivista se critica desde distintos lados. Por ejemplo, el conocido economista, sociólogo y personalidad pública sueco G. Myrdal, afirma en su libro *Valor en la teoría social* que no puede haber una sociología que esté al margen de los valores y que los términos científicos adquieren un aspecto de valor, porque la sociedad está integrada por seres humanos que persiguen ciertos objetivos. Este aspecto "representa nuestro interés por un problema, da dirección a nuestros pensamientos y significado a nuestras conclusiones"[12]. Más adelante Myrdal señala que "no hay una vía de estudio de la realidad social que no sea su estudio desde el punto de vista de los ideales humanos. No ha existido jamás ni puede existir, por razones lógicas, una "ciencia social desinteresada""[13]. Partiendo de esto, llega a la siguiente conclusión: "...Aplicamos y necesitamos las premisas de valor para las observaciones científicas de los hechos y un análisis de su interrelación causal... Una "ciencia social desinteresada" constituye, desde este punto de vista, un absurdo puro. No ha existido ni existirá jamás. Podemos aspirar a hacer racional nuestro pensamiento sólo teniendo en cuenta las valoraciones y no eludiéndolas"[14].

El empirismo y la concepción de la sociología "libre de valores" se someten a una crítica acerba en el libro de los sociólogos progresistas estadounidenses *La nueva sociología.* Uno de los artículos interesantes sobre este tema, escrito por A. Gouldner, se titula *Antiminotauro: el mito sobre la sociología libre de valores.* El autor del artículo defiende la tesis de que un hombre que se dedica a la sociología no puede menos de poseer ciertos valores, una ideología; de otro modo dejará de ser hombre, convirtiéndose en una especie de minotauro, monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro.

Gouldner dice que el principio de la libertad respecto de los valores, si se lo considera desde el punto de vista de ampliación de la independencia de la razón humana "frente a las demandas compulsivas de la moralidad meramente tra-

[12] G. Myrdal. *Value in Social Theory,* New York, 1958, p. 1.
[13] Ibídem.
[14] Ibid., p. 54.

dicional", podría "contribuir al crecimiento intelectual y la emancipación de nuestra actividad". "Hasta este punto, la disciplina libre de valores ofrecía una base para el desarrollo de un conocimiento más firme sobre los hombres, así como establecía cierta esfera dentro de la cual la reacción moral fuese menos mecánica, y la moralidad pudiera dirigirse"[15]. Pero los sociólogos (se trata de los sociólogos estadounidenses) no han podido utilizar debidamente el principio y ponerlo al servicio de su propia ciencia. Muchos sociólogos lo han empleado para "justificar sus impulsos privados de olvido de sus responsabilidades públicas"[16].

No puede caber duda —escribe Gouldner más adelante— de que este principio se ha propagado tanto, en su forma tergiversada, no simplemente porque parezca verdadero o armónico en el sentido lógico, sino porque "es útil en algo para los que creen en él"[17]. ". . . La doctrina de la libertad respecto de los valores es útil tanto para los que quieren escaparse del mundo como para los que quieren refugiarse en él. Es útil para la gente joven y no tan joven, que vive más bien de la sociología que para ella y que piensa en la sociología como en una vía necesaria para avanzar en el mundo". La sociología "libre de valores" pone a su disposición los medios, hábitos y procedimientos técnicos neutrales que "pueden ser vendidos en el mercado abierto a cualquier comprador". "La fe en que los juicios de valor son impropios de un sociólogo significa para algunos que el mercado en que pueden vender su habilidad es ilimitado". Uno puede dedicarse, sin remordimientos, tanto al estudio de la demanda a fin de aumentar la venta de cigarros como al de la propagación de enfermedades cancerosas. ". . .La doctrina de la libertad de las ciencias sociales respecto de los valores — resume Gouldner— se usaba algunas veces para justificar la venta de talentos al que paga el mayor precio por ellos, y es una versión contemporánea de la sofística más antigua"[18]. La sociología, basada en esta doctrina, es incapaz de criticar en lo más mínimo a la sociedad moderna. Por eso, la consigna de

[15] I. L. Horowitz. (ed.). *The New Sociology*, p. 203.
[16] Ibid., pp. 203-204.
[17] Ibid., p. 197.
[18] Ibid., p. 204.

la "libertad respecto de los valores" no es más que una "parte de la ideología" de la sociedad burguesa moderna[19]. El editor de dicha recopilación, I. Horowitz, llega a la misma conclusión: "El empirismo no es simplemente una metodología sociológica, sino también una ideología social"[20].

El conocimiento sociológico y la ideología

Al examinar el problema de la correlación entre la sociología y la ideología, es necesario enfocarlos en todos los aspectos y de modo histórico concreto. Cabe tener en cuenta, ante todo, que los distintos sistemas ideológicos se correlacionan desigualmente con la sociología como ciencia. Por ejemplo, la doctrina marxista-leninista es, al mismo tiempo, una ciencia social y una ideología científica de la clase obrera. Los sistemas ideológicos modernos de derecha y de extrema derecha, aunque puedan usar algunos datos empíricos, obtenidos por la ciencia, constituyen en conjunto un antípoda de ésta en el plano gnoseológico.

Por otra parte, la sociología está ligada siempre, de modo estrecho, con la ideología. Una sociología que esté al margen de las formas de la conciencia ideológica y se separe por un abismo de la ideología, es un absurdo. Tal ideología no ha existido jamás en la historia ni puede existir. A nuestro juicio, la ligazón entre la sociología y la ideología puede revestir tanto carácter estructural como funcional. En el plano estructural, la sociología comprende, en una forma evidente o no evidente, ciertas orientaciones ideológicas, posiciones de partida, sistemas de valores, etc., mientras que, en el plano funcional, cumple siempre, por lo menos, algunas funciones ideológicas.

Veamos este problema en el ejemplo de la sociología burguesa moderna.

La estructura de la sociología de nuestros días es la siguiente: a) teoría general, b) tinglados teóricos particulares y c) material empírico de las indagaciones sociológicas concretas[21].

[19] Ibid., p. 6.
[20] Ibid., p. 6.
[21] Véase V. Kelle. *Las funciones cognoscitivas e ideológicas de la sociología. — Sotsiologuia i ideologuia* (Sociología e ideología), p. 25.

Si analizamos esta estructura, comparándola con la del conocimiento sociológico, que existía hace cien e incluso cincuenta años, podemos notar fácilmente varios cambios esenciales. Sin tocar todos los problemas relacionados con estos cambios, fijémonos en el problema de la correlación entre la teoría sociológica y el material empírico experimental. No se puede menos de ver que esta correlación no quedaba inmutable. Por ejemplo, los sistemas sociológicos de los progenitores del positivismo desarrollado A. Comte y H. Spencer, igual que los de otros muchos sociólogos del siglo XIX e incluso XX, no se basaban, en medida algo considerable, sobre un material empírico experimental. Sus sistemas sociofilosóficos fueron fruto principalmente de un análisis teórico abstracto. Las reglas se formulaban (si es que se formulaban en general) sin recurrir a la argumentación empírica. El conocimiento empírico, experimental, si es que figuraba, constituía en la estructura del conocimiento sociológico una parte insignificante[22].

En el presente, el papel que corresponde a las teorías generales en la estructura del conocimiento sociológico, lejos de disminuir en lo más mínimo, va en aumento. Esto se debe a varias razones, ante todo, en muchos casos, a la lógica del conocimiento científico y a las demandas interiores de la ciencia social en cuanto al ordenamiento del rico material acumulado por ella. Esto se debe, al mismo tiempo, a las demandas sociales, de clase y de la lucha ideológica. A pesar

[22] La sociología marxista se desarrollaba de otro modo. Desde el momento de su aparición se apoyaba en un riquísimo material empírico. Uno de los primeros trabajos marxistas —la obra de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra*— representaba una investigación sociológica concreta sobre cuya base su autor extraía profundas conclusiones teóricas. En *La ideología alemana*, los creadores del marxismo argumentaron ya la necesidad de fundar la teoría social sobre una firme base empírica. Subrayaban en especial que el socialismo científico comenzaba por premisas que no eran arbitrarias: "Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado como las engendradas por su propia acción. Estas premisas pueden comprobarse, consiguientemente, por vía puramente empírica" (C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 3, pág. 18). Cualquier obra de los clásicos del marxismo-leninismo manifiesta la unidad del análisis teórico con la argumentación empírica de las tesis presentadas.

de algunas intervenciones críticas de autores burgueses (K. Popper y otros) contra la teoría general, a pesar de ciertas afirmaciones sobre su inutilidad y carácter abstracto y especulativo, sigue constituyendo un hecho la aparición de nuevas concepciones generales en la sociología de Occidente. Hay que valorar sensatamente este hecho.

Al propio tiempo, el rasgo más típico del estado actual de la sociología consiste en un colosal crecimiento del material empírico experimental, de los conocimientos empíricos sobre unos u otros aspectos de la vida social. Huelga hablar con detalle sobre los medios técnicos cada vez más numerosos y perfectos, necesarios para obtener la información empírica, y sobre los métodos y medios de investigación sociológica concreta: interrogatorios, encuestas, indagaciones, métodos estadísticos, matemáticos, etc. A la par de la ampliación de este material empírico concreto presenciamos el crecimiento de la importancia de los modelos concretos teóricos particulares. Así pues, son evidentes las modificaciones esenciales de la propia estructura del conocimiento sociológico. Actualmente, en comparación, digamos, con el siglo pasado, ha crecido sustancialmente la proporción del material empírico experimental y de los modelos teóricos particulares en el conjunto del conocimiento sociológico. Creemos que estas modificaciones estructurales han dado origen, en particular, a ciertas representaciones erróneas y a una confusión en el problema de la correlación entre la sociología y la ideología en la presente etapa.

Muchos sociólogos de Occidente, al identificar por tradición la ideología con las formulaciones teóricas más generales o con los juicios evidentes de valor y apreciaciones, han comenzado a afirmar que con el crecimiento y la propagación de la sociología empírica concreta ha llegado (o llega) el "fin de la ideología" en la esfera del conocimiento social, que la renuncia al planteamiento de los amplios problemas sociales significa la "liberación" respecto de las "deformaciones" ideológicas y que el mayor fraccionamiento de la problemática y el carácter muy limitado de las indagaciones sociales constituyen un procedimiento que permite liberarse de la influencia de la ideología. Los teóricos del positivismo sociológico, aludiendo a los métodos de formalización y matematiza-

ción, tratan de hacer pasar la sociología empírica por una ciencia libre de la ideología. Algunos autores afirman directamente que la ampliación de la esfera del conocimiento empírico significa la reducción de la esfera de la ideología.

Sin embargo, el pensamiento sociológico no puede ser comprendido correctamente al margen de la vida social en conjunto. La sociología, igual que otras esferas de la conciencia social, debe conceptuarse como un aspecto de la práctica social. Este enfoque permite revelar fácilmente que la sociología empírica, al cumplir las funciones de carácter aplicado, constituye una de las formas de la conciencia de clase. Muchos investigadores señalan que el rasgo distintivo de la sociología burguesa del siglo XX consiste en que ha aumentado su importancia práctica en la vida de la sociedad y en que esta ciencia se ha convertido en un medio con cuya ayuda la clase dominante perfecciona las formas de su dominación. La sociología burguesa se ha hecho un instrumento de ordenamiento parcial de las relaciones entre distintos grupos sociales, un medio de perfeccionamiento de la técnica de administración de la máquina estatal, corporaciones y otras instituciones sociales. El sociólogo se ha convertido de una persona de profesión liberal en un empleado a sueldo del Estado o corporación.

"Hoy día —escribe E. Shils—, el gobierno, los partidos políticos, el business privado, los militares y las organizaciones civiles y económicas compiten con las universidades e institutos de investigación en cuanto a dar empleo a los científicos sociales". Es lógico —continúa Shils— que ese proceso ha ido más lejos en los Estados Unidos, pero Gran Bretaña, Francia, Alemania Occidental, Italia, en una palabra, los países en que la sociología se ha consolidado más o menos, siguen el mismo camino. Debido a que los gobiernos se inclinan a intervenir cada vez más en la economía y a organizar una planificación económica, se hace más deseable un conocimiento más detallado de los seres humanos a los que mandan las autoridades. "El crecimiento de la industria de comunicaciones masivas y de reclamo de artículos de consumo ha originado una gran demanda de sociólogos en las empresas privadas. Hoy día, casi cada organiza-

ción que pretende una respetabilidad cree necesario tener a un sociólogo que le ayude a resolver los problemas planteados"[23].

Son muy característicos los datos sobre el financiamiento de las ciencias sociales en los EE.UU. Estos datos muestran que la mayoría de las investigaciones se realizan por encargo de los monopolios y el Estado. El grueso de las inversiones en las ciencias sociales corresponde en los EE.UU. a los grandes consorcios (el 63,7%) y el gobierno federal (un 25,6%)[24]. El sociólogo moderno, a diferencia del sociólogo del siglo pasado, cumple el trabajo y da recomendaciones en correspondencia con el "pedido social" inmediato del empresario. Al sociólogo se le comunican el problema y las condiciones necesarias para resolverlo como se los imagina el empresario, guiándose principalmente por los intereses del business. Este último no necesita las teorías generales, aunque sean verdaderas, sino las recomendaciones concretas acerca del mejoramiento de la administración de la empresa, superación de conflictos en gestación, etc., recomendaciones calculadas con frecuencia para su aplicación local y válida una sola vez. Estas recomendaciones deben corresponder a un criterio: la eficacia.

Si las recomendaciones se aplican, siendo útiles y sirviendo directamente a la "solución" práctica de los problemas, esto significa, por consiguiente, que se desplazan a segundo plano (o se dan de lado, en general) los problemas más amplios del desarrollo social. La propagación de las investigaciones empíricas y ciertos éxitos que tiene la sociología empírica en la solución de algunos problemas han engendrado, en una parte de los científicos burgueses, la ilusión de que, de un lado, esta sociología tenga posibilidades ilimitadas y, de otro, de que las profundas teorías sociales no se necesiten o sean, en todo caso, de segunda categoría. Las condiciones sociales de trabajo de los sociólogos empíricos burgueses les obligan a aceptar la actitud despreciativa de los empresarios

---

[23] E. Shils. *The Calling of Sociology.* — T. Parsons, E. Shils, K. Naegele, J. Pitts (eds.) *Theories of Society*, vol. II. p. 1435.

[24] Véase N. Nóvikov. *Crítica a la "ciencia" burguesa moderna "sobre la conducta social"*, ed. en ruso, Moscú, 1966, pág. 6.

ante los problemas cardinales del desarrollo social y hacerla pasar por base metodológica del "empirismo". La ilusión se transforma en una metodología minuciosamente elaborada de la investigación empírica. Como suponen ellos, precisamente la ausencia de los problemas ideológicos, de mundividencia, es lo que convierte esta metodología en una disciplina estrictamente científica y probatoria. Es precisamente este *status* social de la sociología empírica burguesa, particularmente de la norteamericana, el que encierra las fuentes de su esencia estrechamente utilitaria y pragmática.

No cabe duda de que una amplia propagación de la sociología empírica, un crecimiento considerable de los conocimientos empíricos sobre la sociedad y una "explosión de información" en la esfera de la sociología traen aparejados nuevos elementos de nuestras representaciones sobre la correlación entre la ideología y la sociología. La correlación entre la ideología y las teorías sociológicas generales no es idéntica a la existente entre la ideología y el conocimiento empírico social. No se puede negar, claro es, que la sociología empírica como un conocimiento aplicado, que resuelve algunos problemas prácticos concretos, cumple asimismo funciones que no revisten un evidente carácter ideológico. Tales son, por ejemplo, las funciones de perfeccionamiento de la organización y administración de la producción, de descubrimiento de los parámetros óptimos de distintas decisiones administrativas, así como la solución de varios problemas del desarrollo de la ciudad y el campo, del transporte, etc. Sin embargo, el conocimiento empírico, es decir, la sociología empírica en conjunto, si bien se diferencia en cierto grado, por su estructura gnoseológica, de la ideología, cumple también las funciones ideológicas.

La sociología empírica puede ser dividida por su composición en los siguientes elementos: 1) las premisas teóricas generales (filosóficas, políticas, morales, etc.); 2) los datos concretos; 3) el conjunto de procedimientos, medios y métodos, es decir, de la "técnica" de la investigación; 4) las generalizaciones particulares, los modelos teóricos particulares, y 5) las recomendaciones prácticas para el "cliente". Es a todas luces evidente que los distintos componentes tienen un carácter ideológico diferente. Por ejemplo, las premi-

sas teóricas (evidentes o no evidentes) implican obligatoriamente una "carga" ideológica, mientras que otros componentes —los datos concretos y la "técnica" de la investigación— están libres de por sí, relativamente, de la ideología, de los intereses de clase.

Pero la sociología empírica (el conocimiento empírico), tomada en todos sus componentes, cumple funciones ideológicas. Ante todo, la sociología empírica al servicio del Estado y las corporaciones da un tipo de conocimiento, o sea, un tipo de información y de su interpretación de valor, que está determinado social e ideológicamente, condicionado por muchas circunstancias económicas y políticas y el *status* social de la propia sociología empírica. Esta última da recomendaciones en que están interesados extraordinariamente ciertos sectores y grupos de la sociedad (y no siempre, ni mucho menos, toda ella). En segundo lugar, las tareas prácticas de la sociología empírica, como un conocimiento aplicado, las tareas de la "ingeniería social", por decirlo así, de la aplicación inmediata de sus recomendaciones en la actividad práctica del Estado, las corporaciones, las organizaciones militares, etc. no pueden menos de considerarse como una función ideológica moderna. Es una manifestación concreta de la función de cualquier ideología que puede ser calificada, en forma general, de orientación de la actividad política práctica de los hombres en aras de unos u otros objetivos sociales. No se puede dejar de mencionar tampoco que la sociología empírica constituye muy a menudo un instrumento importantísimo de manipulación con la conciencia social e individual, un medio de desinformación y engaño de las grandes masas trabajadoras.

Hemos tocado nada más que unos cuantos problemas de la correlación entre el conocimiento social y la ideología. Pero incluso este breve examen del tema muestra la actualidad y complejidad del mismo. Se puede hacer constar que con el crecimiento y la ampliación de la esfera del conocimiento social se modifican las viejas y surgen las nuevas funciones ideológicas de este conocimiento.

La "determinación social" del pensamiento y la ideología

Ultimamente, en la sociología burguesa, y ante todo, en sus corrientes relacionadas con la sociología del conocimiento, viene difundiéndose cada vez más la opinión de que la ciencia social, si bien comprende ciertos juicios de valor y apreciaciones, está al margen de la ideología. Esta variedad novísima de concepción de la "desideologización" de la ciencia enfoca el problema, en primer lugar, desde el punto de vista de la determinación social del conocimiento y refleja en medida considerable el carácter contradictorio de la sociología burguesa moderna, ya que, de un lado, proclama que no tiene nada que ver con ninguna ideología, y, de otro, trata de justificar su adhesión a un sistema concreto de valores (que es, en definitiva, un sistema ideológico). Esta concepción la promueven W. Stark, líder de la escuela inglesa de la sociología del conocimiento, los estadounidenses T. Parsons, E. Shils y algunos otros autores[25].

Stark y Parsons conceptúan la sociología del conocimiento no sólo como una rama específica de la sociología, al igual, por ejemplo, que la sociología de la familia, la sociología de la religión, etc., sino, ante todo, como una metodología general de la investigación social, como una teoría general del conocimiento social que debe tomar en consideración la actual lucha ideológica en la esfera de la metodología. El desarrollo de la teoría de la "desideologización" de la ciencia social por Stark, Parsons y otros constituye un intento de superar, por decirlo así, de tomar en consideración, la crítica de la "sociología carente de valores" e incluir los elementos positivos de esta crítica en un esquema más amplio utilizando las tesis básicas de la sociología del conocimiento de K. Mannheim.

---

[25] W. Stark. *The Sociology of Knowledge. An Essay in Aid of a Deeper Understanding of the History of Ideas,* London, 1958; T. Parsons. *An Approach to the Sociology of Knowledge. — Transactions of the Fourth World Congress of Sociology,* Milan-Stresa, 1959; T. Parsons. *Introduction* (to Part Four *Culture and the Social System*). — T. Parsons, E. Shils, K. Naegele, J. Pitts (eds.) *Theories of Society*, vol. II; E. Shils. *The Calling of Sociology,* op. cit.

Estos autores promueven como punto de partida de estructuración del modelo de la ciencia social "desideologizada", la tesis de que existen dos procedimientos de determinación del pensamiento: la determinación social y la determinación ideológica. Stark señala tres diferencias principales, existentes entre ellas. En primer lugar, la determinación social del pensamiento significa que la idea se condiciona por los valores de una sociedad concreta en un tiempo concreto, los valores que existen realmente y pueden considerarse como hechos. La ideología se determina por los afanes, deseos, voluntad, etc., que se refieren más bien a las reacciones a la realidad concreta que a la propia realidad. Semejantes reacciones vienen acompañadas inevitablemente de intentos de construir modelos teóricos que rebasen los hechos de la realidad concreta. "El pensamiento ideológico —escribe Stark— se determina por el afán de lo que debe ser, pero que no es, mientras que el pensamiento determinado socialmente se condiciona por el reconocimiento de lo que es... y corresponde a la realidad". Tanto el pensamiento ideológico como el pensamiento determinado socialmente se basan en los sistemas concretos de valores, pero los valores en que descansan las ideologías no "son aún valores realizados, sino que flotan en el aire", mientras los que constituyen la base del pensamiento determinado socialmente son ya "valores realizados, que han tomado tierra, en una palabra,... valores-hechos"[26]. Stark estima también que el pensamiento ideológico se determina por los fenómenos de orden sicológico: emociones, deseos, etc. Todas las fuerzas, que impulsan un tanto las ideologías, actúan a un "nivel sicológico", mientras que la determinación social del pensamiento "tiene lugar en un plano neológico más profundo"[27].

Por último, la tercera diferencia entre el pensamiento ideológico y el pensamiento socialmente determinado consiste, según Stark, en que el primero no puede existir independientemente al margen del segundo. Pero el pensamiento socialmente determinado puede y debe liberarse de toda ideología, si es que quiere ser verdadero. De ahí Stark extrae la conclusión de que "toda la verdad no comprende nin-

[26] W. Stark. *The Sociology of Knowledge*, p. 72.
[27] Ibid., p. 96.

guna ideología, sino que representa todo el conocimiento socialmente determinado. Las ideologías... son alternativas a la verdad; el conocimiento socialmente determinado es una parte y célula de la misma"[28].

La posición de Parsons, como reconoce él mismo, es "relativamente afín" a la de Stark. Para el primero, "el criterio esencial de una ideología es sus desviaciones respecto de la objetividad científica"[29]. Parsons trata de precisar más aún el concepto de la determinación social del pensamiento. Estima que el problema fundamental consiste en que el conocimiento social se determina por los valores o las orientaciones de valor, que dominan en una sociedad concreta. En otros términos, la ciencia social, buscando los problemas a resolver, se guía por los valores "instituidos" en la sociedad. Aquí Parsons hace la salvedad de que esta interpretación no es una renuncia a la objetividad científica, sino que prueba que la ciencia social selecciona los problemas según su significado de valor.

El modelo de la ciencia social, construido de semejante modo, es, según Parsons, su "tipo ideal", en el sentido que le comunica Weber, y puede ser calificado de "conjunto íntegro de valores científicos" (*value-science integrate*). Esto último es un "tipo ideal del conocimiento científico objetivo sobre la sociedad" que se supedita simultáneamente a "todos los criterios fundamentales de la ciencia" y corresponde por su contenido a los valores de una sociedad concreta en un tiempo concreto[30]. Parsons señala que este tipo ideal de la ciencia social es afín al concepto de la ideología "general" de Mannheim. En la teoría de Mannheim, este concepto de la ideología significa que "el pensamiento de todos los grupos sociales (comprendido nuestro propio pensamiento) se reconoce como socialmente determinado"[31].

Empero, según Parsons, todo esto prueba únicamente que el "conjunto íntegro de valores científicos", condicionado en su movimiento científico por los valores de la sociedad exis-

[28] Ibid., pág. 80.
[29] T. Parsons. *An Approach to the Sociology of Knowledge. — Transactions of the Fourth World Congress of Sociology*, p. 38.
[30] Ibid., p. 38.
[31] K. Mannheim. *Ideology and Utopia*, p. 68.

tente, no constituye en modo alguno una ideología. "Para evitar una confusión con otros problemas —declara Parsons— ... consideramos que la palabra "ideología" no debe usarse en esta conexión, sino que la debe sustituir el término "conjunto íntegro de valores científicos" de la cultura"[32].

¿Qué es lo que Parsons propone que se considere ideología? "El problema de la ideología —escribe— es... el problema funcional de los sistemas sociales". En otras palabras, el problema de la ideología no tiene nada que ver con el "conjunto íntegro de valores científicos". El término "ideología", que corresponde al concepto de "ideología particular" (de Mannheim), debe ser conservado para el "concepto evaluativo de sistema social"[33]. Recordemos que en la teoría de Mannheim, este concepto significa "todos los enunciados cuya falsedad (que confunde premeditada o involuntariamente, consciente, semiconsciente o inconscientemente al propio individuo o a otros) tiene lugar a un nivel sicológico y es parecida por su estructura a la mentira"[34]. Según Parsons, la ideología es un proceso sociosicológico de reacción a una situación concreta, proceso cuyo carácter subjetivo no suscita dudas.

Para descifrar todos estos tinglados de Parsons es necesario aclarar, ante todo, el sentido que imprime a los términos que utiliza. Uno de los conceptos centrales del sistema de Parsons es el del valor de la orientación de valor. Entiende por este concepto "un elemento de cierto sistema simbólico (a que se atiene el hombre) que sirve de criterio o norma para elegir una orientación entre las alternativas que son posibles intrínsecamente en una situación"[35]. Parsons estima que un valor no es una relación objetiva del mundo real, una cosa objetiva o su conjunto. Como "elemento de cierto sistema simbólico", el valor es un acto, un elemento de conciencia. Un "algo" no se considera valioso por su esencia objetiva, por sus datos objetivos, sino porque la con-

[32] T. Parsons, E. Shils, K. Naegele, I. Pitts (eds.). *Theories of Society*, vol. II, p. 992.
[33] Ibídem.
[34] K. Mannheim. *Ideology and Utopia*, p. 238.
[35] T. Parsons. *The Social System*, Glencoe, 1952, p. 12.

ciencia humana refiere este "algo" al valor. El criterio del valor no se halla en los artículos objetivos, sino en la esfera de la conciencia.

El subjetivismo de semejante planteamiento del problema es evidente. Pero Parsons "objetiviza" los valores. Introduce los conceptos de "institución" y "socialización", es decir, valores que designan principalmente el proceso de asimilación por el individuo de elementos y rasgos de la conciencia de grupo. Los valores "instituidos" no son ya sólo valores individuales, sino que son inherentes a todo un grupo social, a una clase o sociedad y, manifestándose en esta cualidad suya, tienen, según Parsons, méritos de los valores objetivos[36]. Pero difícilmente se puede compartir este punto de vista, ya que los valores siguen constituyendo sólo un atributo de la conciencia.

Un rasgo típico de semejantes procesos consiste, según Parsons, en que se operan a nivel sociosicológico de la conciencia, a nivel de la conciencia consuetudinaria de los miembros de uno u otro grupo social. Resulta, por consiguiente, que el "conjunto íntegro de valores científicos" tiene valores de la conciencia consuetudinaria como "parte" de sí mismo y se determina, se condiciona por estos valores en su movimiento, en la elección e interpretación de problemas. Esta es la esencia de la determinación social del pensamiento científico como la entiende Parsons. La posición de Stark es afín.

Está claro que la esfera de la sicología social es en cierta medida la fuente y la determinante de las formas teóricas de conciencia. Pero, ¿se puede acaso reducir la determinación social del pensamiento únicamente a su determinación por las formas sociosicológicas de conciencia, por las opiniones, nociones y ánimos arraigados en la vida cotidiana? Toda la concepción de Stark y Parsons tropieza en este caso con dificultades insuperables.

Reduciendo la determinación social de la ciencia social a la determinación sociosicológica, Stark y Parsons no pueden evitar una interpretación subjetivista del conocimiento

[36] Véase con mayor detalle sobre el particular N. Nóvikov. *Crítica a la "ciencia" burguesa moderna "sobre la conducta social"*, capítulos II y III.

humano. No es la problemática que requiere objetivamente su solución, sino la que parece ser importante para su solución a la luz de ciertos valores, la que se convierte en objeto del "tipo ideal de la ciencia social". En otros términos, la definición de la problemática se basa, en esencia, en el criterio subjetivo. Parsons y Stark explican con la orientación de la conciencia consuetudinaria la razón por la cual son precisamente estos y no aquellos problemas los que se colocan en el centro de la ciencia social. Pero la conciencia consuetudinaria puede equivocarse y tomar la apariencia por la esencia del asunto, porque no tiene un enfoque científico de la concepción del mundo real.

Es más, Stark y Parsons hacen pasar el "conjunto íntegro de valores científicos" y el "pensamiento socialmente determinado" por modelo de la ciencia social "desideologizada". Pero su argumentación de esta tesis prueba más bien lo contrario. En efecto, según Stark y Parsons, la ciencia social se determina en su desarrollo por los valores de la sociedad o grupo social. Como dice Stark, este proceso de determinación no es "sicológicamente subconsciente", sino "socialmente subconsciente"[37]. En otros términos, Stark quiere subrayar que la determinación social es un proceso objetivo, mientras que la determinación ideológica es subjetiva. Dejando de lado por el momento otros problemas relacionados con tal delimitación, señalemos que merced precisamente a la determinación de clase o de grupo el "pensamiento socialmente determinado" ("conjunto íntegro de valores científicos") es un pensamiento que cumple funciones ideológicas concretas. Este pensamiento no puede ser otro, ya que representa una mundividencia a través del prisma de ciertos valores sociales y de clase, basados en los intereses correspondientes.

No es casual que Parsons y Stark hagan una delimitación entre los valores instituidos "por completo" y los instituidos "en parte" en la sociedad, entre los "valores hechos" y los "valores afanes". Todo esto tiende a "conjugar" la ciencia social con unos valores y oponerla a otros. Dicho con otras palabras, se intenta probar que una investigación social es objetiva si corresponde a unos valores y se desvía de la

[37] W. Stark. *The Sociology of Knowledge*, p. 71.

objetividad si corresponde a otros valores. Empero, cualesquiera que sean los subterfugios terminológicos que acompañen tal enfoque, este último significa una única cosa: la ciencia social es compatible con unas orientaciones ideológicas e incompatible con otras. Pero, ¿se puede hablar, en este caso, sobre una ciencia social "desideologizada", sobre una ciencia social que se encuentre al margen de la ideología?

Es más, la propia idea de la delimitación de los pensamientos social e ideológicamente determinados es inconsistente, ya que toda ideología y todo pensamiento ideológico son socialmente determinados, pues pueden existir sólo en una sociedad. Semejante delimitación no puede considerarse como punto de partida de una concepción, pero se utiliza por la sociología burguesa para tratar de proclamar que su ciencia no es ideológica. Reconocer el carácter ideológico de una u otra teoría social significa siempre reconocer su carácter de clase. Por eso, la sociología burguesa moderna está dispuesta a reconocer su "determinación social", ya que tal formulación camufla el carácter de clase de esta determinación.

Hemos visto que Stark y Parsons, al tomar de Mannheim el concepto "ideología particular", tratan de presentar toda ideología como una deformación evidente de la realidad. Opinan que este planteamiento del problema debe significar, al mismo tiempo, que el "pensamiento socialmente determinado" de Stark y el "conjunto íntegro de valores científicos" de Parsons no son una deformación de la realidad, sino que se determinan socialmente, se condicionan por los factores objetivos que están al margen de la teoría social, es decir, no pueden ser otros por su contenido y orientación cognoscitiva. La ideología significa siempre, en cambio, una orientación arbitraria, subjetiva, del interés cognoscitivo.

Sin embargo, Stark y Parsons caen, en comparación con la posición de Mannheim, en un extremo opuesto. Según Mannheim, el pensamiento socialmente determinado significa una subjetividad y, por consiguiente, la falsedad de este pensamiento, mientras que en la teoría de Stark y Parsons todo pensamiento socialmente determinado es objetivo. Estos últimos deducen de ello que la sociología burguesa, siendo socialmente determinada, es una ciencia objetiva, que da un

conocimiento adecuado de la realidad. La esencia de sus deliberaciones teóricas consiste precisamente en los intentos de probar esta tesis. Pero no se puede aceptarla de ninguna manera.

En efecto, Parsons plantea el problema de la determinación social del saber desde un punto de vista que excluye realmente el progreso del conocimiento científico sobre la sociedad. Según Parsons, la teoría social no puede rebasar el marco de las nociones, orientaciones y normas de valor que dominan en una sociedad concreta. El pensamiento científico debe coordinarse siempre con los valores que dominan en la sociedad capitalista. Pero, ¿puede funcionar y desarrollarse libremente en este caso una ciencia social objetiva? ¿Puede una ciencia colocada en tales condiciones cumplir la función de crítico social de la sociedad? ¿Puede plantear los problemas básicos del desarrollo social? Toda la historia del pensamiento social mundial muestra palmariamente que los éxitos en esta esfera se lograban precisamente en los períodos en que la teoría social rompía los estrechos límites de los valores dominantes. Un "espíritu teórico indomable"[38] era típico de todos los grandes artífices de las teorías sociales del pasado. La limitación de la ciencia a la actitud de valor ante la realidad y la sociedad conduce únicamente a la apología de esta realidad. La ciencia se convierte de instrumento de una investigación objetiva y crítica de la realidad social en medio de justificación del orden social existente. Por eso, la concepción "determinación social del pensamiento frente a la determinación ideológica" no puede ser calificada de otro modo que de manifestación de la ideología del conservadurismo moderno.

El problema del partidismo y de la objetividad del conocimiento social

Todos los intentos de "desideologizar" la ciencia social se basan en una premisa evidente o no evidente de que cualquier ideología es una conciencia falsa que deforma y hasta

[38] C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en dos tomos, ed. en español, Moscú, 1971, t. 2, pág. 400.

mistifica el mundo real, pues está vinculada con los intereses de grupo, de clase, nacionales y otros. Es fácil notar que en este caso se confunden dos cuestiones: la del origen de una u otra ideología y de su determinación social y de clase y la de la justedad, de la adecuación con que refleja las correspondientes condiciones sociales. Esta confusión, cualesquiera que sean sus motivos, sirve de punto de partida para distintas especulaciones de la sociología burguesa, comenzando por la ilusión de la "autoliberación" respecto de la ideología y terminando por los ataques francamente calumniadores contra el marxismo como ideología de la clase obrera. Actualmente, muchos de los que "echan por tierra" la doctrina marxista especulan con un dilema que no existe: si el marxismo es justo —declaran ellos—, él no constituye una ideología, o, por lo contrario, si constituye una ideología, es injusto. Pero está claro a todas luces que estos flamantes críticos del marxismo suplantan los conceptos. En efecto, cuando hablamos de las ideologías proletaria o burguesa, colonialista o nacional-liberadora, se trata, ante todo, de la existencia de los conceptos sistematizados a que se atienen los grupos o clases sociales. Estos conceptos constituyen una interpretación del proceso histórico en conjunto y de su etapa actual, particularmente desde el punto de vista de estos grupos y clases, y determinan los objetivos sociales de su actividad. Esta concepción de la ideología permite aclarar el carácter de las distintas formas de los movimientos sociales y corrientes espirituales de nuestros tiempos, ver en su diversidad las tendencias principales, decisivas, que reflejan los intereses de las clases opuestas, y hacer constar, partiendo de ello, el creciente papel de la ideología.

El problema de la determinación social y de clase es el más importante para concebir debidamente la esencia del proceso del conocimiento y, particularmente, del conocimiento social. Son socialmente determinadas todas las teorías, comprendidas las de ciencias naturales, y todos los niveles de conocimiento: sensitivo y racional, empírico y teórico. El rasgo específico de las teorías sociales, que afectan los intereses vitales de las clases, consiste en que su surgimiento, contenido y funciones se determinan por estos intereses. Es completamente evidente que en calidad de las teorías condi-

cionadas por los intereses de clase, actúan, ante todo, las teorías sociales relacionadas con los problemas del desarrollo histórico de la sociedad, las relaciones sociales, sobre todo las de producción, el Estado, el Derecho y la moral, es decir, las teorías que forman la opinión pública, la ideología, etc.

El partidismo es la expresión más concentrada de la determinación de clase de las teorías. Todo investigador en la esfera de las ciencas sociales mantiene consciente o inconscientemente una posición partidista. El marxismo no ha inventado el principio de la determinación de clase de las teorías sociales, principio que se manifiesta con la mayor nitidez en el partidismo. El marxismo ha explicado científicamente este fenómeno y planteado el principio de partidismo como uno de los puntos centrales de su metodología. Se puede decir en cierto sentido que la sociología burguesa del conocimiento trata de interpretar precisamente esta propiedad de las teorías sociales, lo que hemos visto en las deliberaciones de K. Mannheim, W. Stark y T. Parsons. Pero debido a su subjetivismo, esta sociología no puede hacerlo de modo algo satisfactorio.

El marxismo da una amplia interpretación científicamente argumentada del principio de partidismo. Distingue en este principio dos aspectos: objetivo y subjetivo. El aspecto objetivo consiste en la determinación de clase de la posición que sustente cualquier representante de la ciencia social, posición que se manifiesta en una actitud determinada en la esfera de la teoría. El aspecto subjetivo se manifiesta en que un teórico, debido a su instrucción, educación, medio ambiente, etc., elige entre los partidos que luchan en la teoría. En este sentido, cualquier partidismo en la ciencia social constituye una unidad de los elementos objetivo y subjetivo. El partidismo proletario se destaca porque representa una posición subjetiva que expresa conscientemente la necesidad histórica objetiva.

Cuando algunos autores burgueses afirman que para los marxistas son partidistas todas las ciencias, van evidentemente en contra de la verdad. Si hace un tiempo hubo en la URSS filósofos que calificaban de "idealistas" la teoría de la relatividad, la cibernética y la genética, esto significa

sólo que se deformaba a veces el propio principio de partidismo. Los filósofos y sociólogos burgueses tratan de presentar precisamente estas deformaciones como posición verdaderamente marxista. En realidad, los clásicos del marxismo no afirmaban jamás que "todas las ciencias" son partidistas. Esto se refiere únicamente a las ciencias sociales que tienen por objeto de investigación las esferas de la vida social, las leyes y las regularidades que afectan los intereses vitales de las clases. En otros términos, son partidistas las teorías sociales cuyo surgimiento y desarrollo se determinan por los intereses vitales de las clases. Es un absurdo hablar del partidismo de las matemáticas, la física, la astronomía, la biología, la lingüística, la etnografía, etc., aunque sus conclusiones generales en la materia de concepción del mundo adquieran un carácter ideológico, partidista. Hay que saber distinguir simplemente en cada caso concreto el contenido objetivo de estas ciencias y las conclusiones filosóficas que se sacan de las mismas.

V. I. Lenin muestra un ejemplo clásico del enfoque dialéctico de la evaluación de las teorías concretas y su interpretación filosófica. En el trabajo *Materialismo y empiriocriticismo* delimita con precisión las teorías físicas no condicionadas por las posiciones de clase de sus autores y las concepciones idealistas que no emanan objetivamente de la revolución en la física, pero que fueron aportadas a esta última por la filosofía reaccionaria y hacen el juego a los intereses de las clases dominantes en la sociedad. Lenin probó con brillantez que era precisamente el materialismo dialéctico, como mundividencia filosófica de la clase obrera, el que respondía por completo a los nuevos descubrimientos en la física y permitía comprenderlos, mientras que la filosofía idealista, que lindaba inmediatamente con el fideísmo, conducía a las ciencias naturales a un atolladero, ya que daba una interpretación falsa, deformada e incompatible con la ciencia y la práctica social, de los procesos físicos, biológicos y otros.

En los últimos años, en la URSS los filósofos y representantes de las ciencias naturales y sociales han realizado un gran trabajo para liquidar las deformaciones del principio de partidismo en la filosofía y en el conocimiento so-

cial y para restablecer su contenido leninista. El principio de partidismo se ha convertido en un medio metodológico más eficaz aún de conocimiento de los fenómenos sociales. Ha crecido sustancialmente su papel en toda la ideología de la sociedad comunista.

Como se ha dicho ya, el problema del origen y la determinación de clase de las ideologías no resuelve por sí solo el dilema gnoseológico de "verdad—no verdad". Un problema aparte es el grado de objetividad, de adecuación del reflejo de las condiciones sociales por una u otra ideología. No se puede confundir estos dos problemas, como lo hace con frecuencia la sociología burguesa. Pero tampoco se puede delimitarlos nítidamente, ya que se hallan en una unidad dialéctica. Existe siempre una dependencia entre la veracidad objetiva de los juicios y la determinación social de su exposición. La revelación de la verdad supone cierto grado de desarrollo material y espiritual, cierto grado de división social del trabajo, etc.

Es más, la determinación de clase de la posición de un teórico y la situación histórica concreta de su clase son las condiciones más importantes para que el teórico alcance (o no alcance) ver los rasgos y propiedades de la realidad social tales como son en efecto. No toda posición de clase, ni mucho menos, permite reproducir objetivamente la realidad en la ideología. Por ejemplo, como se ha mostrado anteriormente, la orientación de Stark y Parsons a las representaciones de valor de la conciencia consuetudinaria burguesa es subjetivista y, por consiguiente, anticientífica. Toda la complejidad del conocimiento social estriba en el paso de la subjetividad del sujeto en proceso de conocimiento que depende siempre del hombre y la humanidad a la objetividad de la verdad en que hay un contenido que no depende del hombre ni de la humanidad. Estudiando el problema desde el punto de vista gnoseológico, se puede afirmar que es precisamente la incomprensión (o la falta de deseo de comprender) de esta dialéctica de lo subjetivo y lo objetivo en el conocimiento la que da origen a las distintas formas de "desideologización" de la ciencia que se reducen, en definitiva, al intento de construir artificialmente un "sujeto absoluto", por decirlo así. Este último debe investigar el orga-

nismo social como algo neutralmente opuesto, que no encierra nada de lo "subjetivo" ni es resultado de la actividad humana subjetiva, sino que se ofrece al investigador como un objeto ajeno e indiferente. Sin embargo, no se puede considerar la sociedad humana desde estas posiciones, porque ella no es así.

El marxismo supera la relatividad absoluta del elemento de clase en el conocimiento, enfocándolo no como un punto de partida, sino como una magnitud derivada de una correlación más general entre lo subjetivo y lo objetivo en la práctica. "El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica —escribía Marx—, es un problema puramente escolástico"[39]. El contenido objetivo, o sea, el elemento de verdad, que se contiene en el conocimiento social, se verifica y se profundiza en el mismo proceso de la práctica en que surge.

El punto de vista de la práctica y de la actividad transformadora revolucionaria en la época del desmoronamiento del capitalismo, es el punto de vista de la clase obrera cuyos intereses cardinales coinciden en principio con los de toda la humanidad. Liberando a sí mismo, el proletariado libera a toda la humanidad. En esto estriba precisamente la posibilidad de crear una mundividencia cuyo origen de clase no contradiga a su objetividad. Sólo el partidismo proletario y comunista combina el análisis del proceso histórico en su integridad y contradicción interior y excluye el carácter unilateral de la evaluación de los hechos y la suplantación de lo real por lo deseable. Claro es que nadie puede dar garantías contra las deformaciones del principio de partidismo. Pero es el carácter de la mundividencia marxista el que encierra precisamente las posibilidades objetivas de superación de tales deformaciones, ya que el propio partidismo se considera como principio científico que requiere siempre argumentación y desarrollo.

La objetividad del conocimiento social no puede ser lograda construyendo el punto de vista que se encuentre por encima de todos los puntos de vista de clase. Esta posición

---

[39] C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en dos tomos, ed. en español, Moscú, 1971, t. 2, pág. 401.

tiene por resultado el que se acepta —consciente o inconscientemente— el punto de vista de clase dominante. La objetividad del conocimiento social se logra únicamente si se acepta conscientemente el punto de vista de la clase más progresista, que está interesada en la completa supresión de todas las formas de explotación del hombre por el hombre. Un conocimiento social objetivo no puede ser obtenido al margen de la ideología, sino sólo en el marco de la ideología de la clase revolucionaria avanzada.

¿LA "DECLINACION DE LA ERA IDEOLOGICA" O LA AGRAVACION DE LA LUCHA IDEOLOGICA?

En nuestros tiempos, los teóricos de la "desideologización" conceden una gran importancia a la argumentación sociológica de la tesis sobre el "fin de la ideología" en un amplio plano sociopolítico. Se ven obligados a considerar los problemas ideológicos en una ligazón estrecha con los factores económicos y políticos. Su concepción en conjunto es un intento de interpretar todo el período histórico y construir algo parecido a la "filosofía de la historia". Afirman que los "ideólogos universales" de la sociedad "preindustrial", al pretender establecer la verdad "universal", presentaban las demandas de solución "universal" de todos los problemas sociales. Este enfoque imprimía su sello a todas las relaciones sociales (las relaciones entre las clases y entre los grupos sociales, la actitud ante la producción y la naturaleza), a la moral, el Derecho y la religión. La política basada en la conciencia ideológica conducía inevitablemente a que los distintos grupos sociales veían unos en otros los "enemigos jurados".

Los sociólogos burgueses opinan que en la "sociedad industrial" desarrollada, se crean las premisas necesarias para liberar de los motivos ideológicos cualquier actividad práctica. La ideología deja de motivar la conducta social de los individuos, las clases y toda la sociedad. Los sociólogos burgueses afirman que los hombres se guían, en el presente, en su actividad política práctica no por los motivos ideológicos, sino por el conocimiento empírico y verificado de la situa-

ción creada, conocimiento que obtienen los peritos, los especialistas en relaciones y problemas sociales.

Los teóricos de la "desideologización" estiman que las manifestaciones concretas de este "viraje" son: 1) la difusión en los países desarrollados de Occidente de la llamada ingeniería social, de los programas sociales que aplican los organismos oficiales o semioficiales con ayuda de peritos científicos; estos programas no revisten, según ellos, un carácter ideológico y constituyen un procedimiento moderno eficaz de solución de los problemas sociales; 2) la "extinción" de la polémica ideológica entre las fuerzas tradicionales "de izquierda" y "de derecha" de la sociedad capitalista, es decir, un "acuerdo político e ideológico", ante todo, entre los partidos políticos tradicionalmente burgueses y la socialdemocracia en conjunto; 3) el "decaimiento" del marxismo-leninismo como ideología tanto en los países socialistas como en los países desarrollados de Occidente.

Sin embargo, al describir algunos fenómenos que tienen lugar en la realidad social, tales como, por ejemplo, ciertos aspectos de la revolución científico-técnica en desarrollo y los cambios que se observan en la vida política de los países capitalistas, Bell, Lipset, Aron, Schlesinger y otros, los interpretan de modo erróneo, no científico. Ante todo, salta a los ojos el defecto de su método de argumentación. Partiendo de una idea unilateral de la esencia y las funciones de la ideología, los sociólogos burgueses tratan de interpretar los fenómenos históricos, es decir, los enfocan con un rasero predeterminado, desde un punto de vista prestablecido, y los describen bajo el ángulo del "fin de la ideología". La selección del material y su interpretación se realizan de modo arbitrario y tendencioso. Luego se saca la conclusión de que el desarrollo histórico confirma la tesis de partida. De este modo precisamente se crea una apariencia de argumentación "empírica" de la teoría de la "desideologización". Siguiendo este método, se puede "probar" cualquier idea. Pero esta "prueba" no tiene ningún valor científico.

Lenin estimaba que la condición más importante del análisis social era el estudio de todo el conjunto de hechos y la creación sobre esta base de un firme fundamento científi-

co. "Para que sea una base verdadera —escribía Lenin—, hace falta tomar no hechos aislados, sino *todo el conjunto* de hechos que atañen al problema que se examina, *sin una sola* excepción, pues, de otro modo, surgirá inevitablemente la sospecha, muy legítima, de que los hechos han sido escogidos o seleccionados de forma arbitraria; de que, en lugar de una ligazón y una interdependencia objetivas de los fenómenos históricos en su conjunto, se nos sirve un guisote "subjetivo" para justificar, posiblemente, un asunto sucio"[1].

Veamos con mayor detalle la argumentación sociológica de la tesis sobre el "declive de la ideología" en la época actual.

El enfoque "técnico" y la ideología de clase

La revolución científico-técnica actual introduce modificaciones esenciales en el carácter de los procesos sociales. Es lógico que revolucione, ante todo, los procesos tecnológicos de producción y la fabricación de bienes materiales en conjunto. La ciencia, al convertirse en una inmediata fuerza productiva, da vida a nuevas ramas de la producción, nuevas orientaciones y esferas de aplicación de la propia actividad científica. La revolución científico-técnica destruye completamente las proporciones tradicionales entre las distintas ramas de la producción industrial, entre la industria y la agricultura, entre la esfera de la producción inmediata y la esfera de servicios. Su influencia se extiende también a las relaciones sociales, a la esfera de la política, la cultura y la conciencia. Es grande su influencia sobre todo el sistema moderno de administración, comprendida la de los procesos de producción, los medios técnicos, la tecnología y los procesos sociales, políticos y espirituales.

Son numerosos los factores que condicionan la complicación del carácter y de las tareas del sistema de administración. Entre ellos figuran la ampliación y la complicación de la propia producción y el desarrollo de sus vínculos interiores. La producción en masa requiere una gran organización, armonía y continuidad. Crece en enorme medida la

1 V. I. Lenin. *Obras*, 5 ªed. en ruso, t. 30, pág. 351.

cantidad de la información, se reducen los plazos de su tratamiento y empleo y se eleva la importancia de la argumentación científica durante la aprobación de las decisiones económicas, técnicas, administrativas y de otra índole. Todo el sistema de administración se convierte en objeto de introducción de las realizaciones modernas del progreso científico-técnico.

La revolución científico-técnica en conjunto puede convertirse tanto en un grandísimo bien para la humanidad como en un mal irremediable. Ofrece colosales posibilidades para aliviar el trabajo del hombre, desarrollar sus inagotables dotes creadoras y elevar el bienestar material y el nivel cultural de la gente. Pero, las realizaciones científico-técnicas pueden ser utilizadas también en detrimento de los trabajadores, eso es, para aumentar la explotación y embriagar la conciencia con valores falsos o deformados.

La revolución científico-técnica no se realiza por sí sola, sino por distintas clases en las condiciones de los diferentes sistemas socioeconómicos: por la burguesía monopolista en los países burgueses y por todos los trabajadores en los países socialistas. Claro que en ciertos límites esta revolución tiene sus propias regularidades y su propia lógica de desarrollo que se manifiestan en todas partes en que comienza a desenvolverse. Pero las condiciones sociales en que se opera la revolución científico-técnica no constituyen su aspecto exterior, sino que determinan su carácter, orientaciones principales y resultados sociales. Es por eso precisamente por lo que ella sola no puede cambiar automáticamente el modo socioeconómico de vida y la naturaleza de las relaciones de producción bajo el capitalismo. Esto tiene lugar únicamente en las condiciones de una revolución social que transforma la estructura económica de la sociedad. La revolución científico-técnica, al agravar los antagonismos anteriores del capitalismo y al formar nuevos antagonismos, hace necesaria una revolución social.

La revolución científico-técnica en la sociedad capitalista plantea no pocos problemas que deben ser estudiados y explicados de manera objetiva por los investigadores. Son, en particular, los problemas de la conciencia de clase, la sicología social, la ciencia y la ideología, la ciencia y la po-

lítica, la manipulación con la conciencia del individuo y de grupos sociales enteros, el carácter de la lucha ideológica, etc. Sin embargo, los teóricos de la "desideologización", fieles a su orientación ideológica, tratan de hacer caso omiso de toda esta problemática y presentar la cosa de modo como que el progreso científico-técnico ha conducido de por sí, sin revolución social, al surgimiento de la nueva "sociedad industrial", diferente de raíz del capitalismo del siglo pasado. En esta sociedad —dicen ellos— se elabora un nuevo enfoque de los problemas sociales, de su comprensión y solución, un enfoque "técnico", opuesto al anterior enfoque "ideológico". Actualmente, entre los estadistas, científicos sociales, líderes de los partidos políticos y dirigentes de las corporaciones de los EE.UU., en primer lugar, así como de los países europeoccidentales, se abre paso precisamente esta tendencia, es decir, la de considerar los problemas que surgen en la sociedad no como ideológicos, sino como técnicos, de gestión. Los teóricos de la "desideologización" afirman que el enfoque "técnico", por ser el que más corresponde al nivel actual de desarrollo de la sociedad y la ciencia, va a sustituir al enfoque "ideológico".

Veamos la argumentación del sociólogo estadounidense R. Lane, propagandista de la teoría de la "desideologización".

Lane escribe que la "sociedad industrial" es, al propio tiempo, una "sociedad pertrechada con la ciencia y con los conocimientos", es decir, una sociedad en que se acumula una cantidad jamás vista de información, datos y conocimientos. El conocimiento exacto se convierte en premisa necesaria de todas las decisiones responsables en la esfera de la economía, la política y la cultura. Al hacerlo constar, saca la conclusión de que semejante situación pone una sustancial impronta en la elaboración de la política y la ideología: "...se amplía inconmensurablemente la esfera de aplicación de los criterios científicos... a expensas de los criterios políticos y del pensamiento ideológico"[2].

R. Lane, igual que otros muchos sociólogos burgueses

[2] R. E. Lane. *The Decline of Politics and Ideology in a Knowledgeable Sociaty.* — *American Sociological Review*, 1966, vol. 31, N° 5, p. 649.

modernos, opone la ciencia y el conocimiento científico a la ideología en el plano gnoseológico, pero los considera "equivalentes funcionales" en la orientación del individuo y de grupos sociales enteros respecto de los problemas que se plantean ante ellos y respecto del modo práctico de conducta que deben elegir. Partiendo de esta premisa, afirma que actualmente el motivo de la actividad de los hombres no es ya la ideología, sino una "pura" ciencia empírica, un conocimiento práctico. Esto conduce a una "reducción de la esfera del pensamiento ideológico".

Una manifestación concreta de este cambio consiste, según Lane, en una amplia "irrupción de los criterios científicos y del conocimiento científico" en la esfera de la política práctica de la administración del Estado y de las corporaciones. Actualmente, tanto la administración estatal como la administración superior de las corporaciones contratan cada vez más a distintos peritos científicos, consejeros, economistas, sociólogos y sicólogos. Y esto —afirma Lane— conduce precisamente a que los problemas no se enfoquen desde posiciones ideológicas, sino desde posiciones puramente técnicas y prácticas. En particular, el método de solución de los problemas sociales aplicando las medidas de "ingeniería social" (es decir, los intentos de superar los defectos concretos con ayuda de la administración gubernamental y los peritos científicos) desplaza el método "ideológico" que exige una cardinal restructuración social, considerando que las masas trabajadoras son el principal personaje.

Lane trata de argumentar la idea sobre la incompetencia de las grandes masas en el estudio y la solución de los problemas sociales. Escribe, por ejemplo, que los hombres sencillos no comprenden con frecuencia que "se encuentran en el centro" de algún problema social: pobreza, enfermedades, infortunios o ignorancia. "A menudo se dedican años enteros para persuadir a la gente de que vive en el centro de un problema". Según Lane, actualmente el Estado se ve obligado a hacer lo que antes constituía una tarea del agitador. Por ejemplo, el "Nuevo rumbo" del Presidente Roosevelt ayudó a la organización de los obreros. Las "Nuevas fronteras", del Presidente Kennedy, y la "Gran sociedad", del Presidente Johnson, "ayudaron a organizar a los pobres para

la defensa de sus propios intereses". Valiéndose del hecho de que los peritos que se hallan al servicio del Estado o las corporaciones, por una parte, y las masas trabajadoras, por otra, comprenden los problemas sociales de distinta manera, Lane trata de desacreditar los movimientos populares. Afirma que los trabajadores conciben los problemas con demasiada estrechez, mientras que los peritos poseen una perspectiva "bastante amplia". "Para un desempleado, su problema es encontrar trabajo; para un economista el problema consiste en analizar las causas del desempleo y proponer de vez en cuando acciones reparadoras"[3].

Las medidas de la "ingeniería social" —subraya Lane—, además de mostrar las ventajas del enfoque "técnico" sobre el "ideológico", atestiguan que la propia ideología pierde las esferas de su influencia y aplicación social. "Bajo la presión de los conocimientos económicos y sociales, del crecimiento de la cantidad de investigaciones y la experiencia sistematizada de la sociedad, el argumento ideológico tiende a dar paso al argumento técnico... Los debates siguen siendo evaluativos y partidistas, pero la esfera de la ideología se reduce por la dominación del conocimiento"[4] —esta es la conclusión de Lane.

Los otros autores de la teoría de la "desideologización" hacen propaganda también de opiniones semejantes. Schlesinger escribe que quienes tienen fe en que las ideologías son un medio de salvación, llegan a resultados deplorables: "a los errores en cuanto a las opciones concretas en la política pública"[5]. Rechazando el enfoque "ideológico" como inadecuado en la "sociedad industrial", Bell se pronuncia también por el enfoque "técnico", afirmando que "la tendencia de convertir las cuestiones concretas en problemas ideológicos... conduce inevitablemente a conflictos que sólo pueden causar daño a la sociedad"[6]. En opinión de los teóricos de la "desideologización", la sociedad industrial se caracteriza por el enfoque "técnico" de la naturaleza y la actividad. Aseveran que la primera demanda que se presenta a

[3] Ibid., p. 659.
[4] Ibid., p. 661.
[5] *Paths of American Thought, op. cit., p. 535.*
[6] D. Bell. *The End of Ideology,* p. 110.

este enfoque consiste en su eficacia y calificación, basadas en un conocimiento exacto del carácter de la situación que se forma. Y esto es posible únicamente cuando se dan de lado a cualesquiera teorías y principios ideológicos generales, y el asunto no se enfoca de modo preconcebido, sino considerando cada situación surgida como tal. A juicio de Bell, el enfoque "técnico" tiene en cierto grado un carácter universal. Es aplicable no sólo a la administración de la producción. La actividad gubernamental, la lucha electoral y parlamentaria (es decir, lo que los teóricos de la "desideologización" califican de actividad política) y las relaciones entre los grupos sociales en conjunto no deben considerarse por necesidad desde las posiciones "ideológicas", sino desde el punto de vista de los medios más útiles para lograr el resultado apetecido o el objetivo planteado.

La tesis de que "el enfoque técnico va a sustituir el enfoque ideológico" descansa sobre la base errónea en principio de que la actividad práctica socialmente importante puede ser liberada de la ideología y de los motivos ideológicos.

Detengámonos con mayor detalle en la esencia errónea de esta tesis de partida.

Ante todo, ¿qué significa el que "la ideología no es una guía en la actividad práctica"? Esto puede significar concretamente que los intereses sociales de clase (comprendidos los económicos, políticos y morales) han dejado de desempeñar su papel en la vida de los hombres. Pero, ¿puede surgir acaso una situación en que los hombres carezcan de intereses y, por consiguiente, de demandas? Los intereses, las necesidades y las demandas de los hombres en la acepción más amplia del término constituyen un impulso interior, una fuerza motriz de la actividad práctica. Los intereses de clase expresan los objetivos y las tareas principales de una clase que emanan de su situación real en el sistema de las relaciones sociales concretas. Por eso, el interés de clase no es una definición subjetiva, sino objetiva, ya que existe independientemente de si está comprendido o no. En relación con eso, la ideología es, ante todo, un reflejo y una comprensión de sus intereses por las clases. Este reflejo y esta comprensión pueden ser objetivos y subjetivos, acertados y erróneos.

Por consiguiente, la ideología constituye una forma de manifestación de los intereses de clase en la esfera del pensamiento.

Los intereses, las necesidades y las demandas de una clase se realizan, en esencia, mediante el cumplimiento práctico de sus tareas y la solución práctica de los problemas que tiene planteados. Y esto no puede operarse al margen de la ideología de clase: la realización de los intereses reviste inevitablemente la forma de aplicación de las teorías ideológicas, consignas e ideales. En otros términos, la realización constante de los principios de ideología y su materialización en la actividad práctica de una clase constituyen un modo de existencia de la propia ideología.

Como se ha dicho ya, la función más importante de cualquier ideología consiste en que es ella precisamente la que orienta la actividad práctica de las clases en una u otra dirección. La ideología no sólo proporciona a las clases sociales teorías, representaciones, ideales y conocimientos determinados, sino que orienta la actividad de la gente a la aplicación de estas teorías e ideales. La sociedad es una constante interacción entre los individuos, entre los grupos sociales y las clases y entre los individuos y las clases. Todos estos tipos de interacción en el marco de las relaciones de producción concretas se regulan por la ideología dominante en una sociedad dada, ideología que agrupa a los hombres con intereses comunes y los moviliza a la solución de los problemas prácticos. Sin una orientación ideológica, la actividad política práctica carece de objetivo. La ideología no puede ser concebida, a su vez, al margen de la esfera de la aplicación social.

La muralla levantada por Lane, Bell y otros autores entre los enfoques "ideológico" y "técnico" de los problemas sociales es ilusoria. No hay necesidad de considerar cada cuestión concreta en la esfera de la organización y la administración de la producción moderna como un problema ideológico. Pero esto no significa en modo alguno que en la sociedad no existan más los problemas ideológicos cuya solución se condiciona inevitablemente por los intereses de clase.

El defecto metodológico de la teoría de la "desideologización" consiste en que ella absolutiza ciertas particulari-

dades profesionales de la actividad de los gerentes, tratando de hacerlas pasar por el único patrón de evaluación de cualesquiera situaciones sociales.

Un estudio atento muestra que el llamado enfoque técnico, que, como se afirma, deja de lado todos los principios ideológicos y las normas morales, se compagina precisamente con los principios y normas burgueses y constituye un enfoque de clase burgués. Este enfoque significa una adaptación pragmática a cada situación formada y un arte de sacar de esta última los provechos máximos. La reacción únicamente a las tareas inmediatas, la absolutización del procedimiento empírico de solución de los problemas y el menosprecio de las consecuencias sociales más lejanas de sus acciones han sido siempre los rasgos característicos de la práctica de la clase burguesa, que por su naturaleza misma no es capaz de basar su actividad en la teoría científica del desarrollo social y en la comprensión de las leyes del movimiento social.

Marx señalaba que la lucha competitiva obligaba al capitalista a vérselas con las magnitudes que, manifestándose como primarias para él, no lo eran en realidad. El salario, la ganancia, el precio y semejantes magnitudes "palpables" le convienen plenamente al capitalista en su actividad práctica, aunque sean de hecho sólo una forma metamorfoseada, superficial, de valor y plusvalía. Marx señalaba: "El hecho de que... los economistas anteriores, o bien prescindiesen violentamente de las diferencias entre la plusvalía y la ganancia, la cuota de plusvalía y la cuota de ganancia, para poder retener como base la determinación del valor, o bien renunciasen con esta determinación del valor a toda clase de razonamiento científico, para atenerse a aquellas diferencias manifiestas en la superficie de los fenómenos; esta confusión de los teóricos revela mejor que nada cómo el capitalista práctico prisionero de la lucha de la concurrencia e imposibilitado para ahondar en modo alguno por debajo de la superficie de los fenómenos, tiene que sentirse completamente incapaz para captar a través de la apariencia la verdadera esencia interior y la estructura interna de este proceso"[7].

[7] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed. en ruso, t. 25, parte I, pág. 184.

Las grandes teorías sociales resultan en cierto sentido innecesarias a algunos círculos de la burguesía. Poseedores del poder y la riqueza, estos círculos no necesitan concepciones generalizadoras. Se contentan plenamente con los medios empíricos de solución de los problemas y conflictos del momento inmediato. A. Schlesinger escribe, teniendo en cuenta a los EE.UU. y la burguesía de este país, que la actitud escéptica "ante la ideología ha sido la primera fuente de la inventiva social que ha marcado tanto nuestro desarrollo. Las más vitales ideas sociales americanas han sido empíricas, prácticas, pragmáticas"[8].

Usando en este caso la palabra "ideología", Schlesinger crea una confusión. En realidad ha sido escéptica la actitud ante la teoría del desarrollo social, ante la teoría social en general. Pero la burguesía no puede pasárselas sin una ideología, sin su punto de vista de clase sobre el mundo. La renuncia a las grandes teorías y la preferencia que se da a las "ideas empíricas, prácticas, pragmáticas" constituyen precisamente un componente de la ideología burguesa.

El conocido sociólogo estadounidense Wright Mills ha mostrado que en su lucha ambiciosa por la conquista de las posiciones de mando, la clase dominante de los EE.UU. se inspiraba por reglas simples, tales como "trabaja y vence", "pelea y alcanza éxito". Si los elementos de derecha y centristas de la sociedad estadounidense necesitaban alguna "teoría", se satisfacían por completo con la producción corriente de los medios masivos de comunicación[9]. W. Mills saca la conclusión de que "la combinación de la retórica liberal y modo de pensar conservador ha hecho posible un desarrollo histórico no beneficiado por la idea. La prevalencia de este modo de pensar y estos medios retóricos ha hecho que el pensamiento, en un sentido amplio de este término, era extraño en medida considerable a los hechos politicos bien conocidos. . ."[10].

El enfoque empírico y la reacción a las tareas inmediatas y los modos pragmáticos de solución de los problemas por la burguesía se manifiestan con particular evidencia en

[8] *Paths of American Thought*, op. cit., p. 533.
[9] C. W. Mills. *The Power Elite*, N. Y., 1957, p. 329.
[10] Ibid., p. 337.

la esfera política. "*Acción* carente de una dirección política y basada en la experiencia pragmática, *espontaneidad* en forma de presentimientos, *utilidad* de cualesquiera medios para conseguir los objetivos de clase: ésta es la filosofía en que se basa la elaboración de la política estatal" —señala el marxista estadounidense H. Wells[11]. La adaptación a la situación política es muy típica también de los políticos burgueses más prestigiosos.

Un material interesante, referente a este problema, se contiene en el artículo de los sociólogos estadounidenses S. Rousseas y J. Farganis *La política americana y el fin de la ideología,* insertado en la recopilación *La nueva sociología* (bajo la redacción de I. Horowitz). El punto de vista de los autores (y ellos prueban de modo persuasivo su justeza) consiste en que la teoría del "declive de la ideología" no es otra cosa que la elevación a potencia de doctrina sociológica de algunos rasgos que son característicos para la administración burocrática de la sociedad burguesa. Antes de que se formase esta teoría —escriben ellos—, el "fin de la ideología" existía ya en la actividad práctica de los medios gobernantes de los EE.UU. Aunque los intelectuales de las universidades asentasen el "fin de la ideología" sobre una base racional y han hecho respetable esta tesis —señalan Rousseas y Farganis—, han llegado tarde. "Les precedieron los políticos, que, sin conocer que sus acciones tenían un nombre, ya la practicaban"[12].

Los autores del artículo subrayan que no tener una ideología significa no tener una teoría, un conocimiento exacto sobre el objeto a que se orienta la actividad. Este enfoque empírico y la reacción sólo a las tareas inmediatas eran propios incluso de los políticos más eminentes de los EE.UU., en particular, de F. Roosevelt y J. Kennedy. Los dos partían únicamente de las demandas de la "racionalidad política".

Rousseas y Farganis escriben que la crisis de la década del 30 conmovió hasta los cimientos la sociedad estadounidense. Esto fue la causa del surgimiento de la idea crítica de que "la sociedad debía ser reconstruida" y de que "se

[11] H. Wells. *Pragmatism. Philosophy of Imperialism,* N. Y., 1954, p. 207.

[12] I. L. Horowitz (ed.). *The New Sociology,* p. 280.

debía hacer algo". "Era un enfoque empírico de la democracia... y precisamente en este período el fin de la ideología fue personificado por el Presidente Roosevelt". Este último determinaba las corrientes políticas, exponiendo a los vientos políticos un dedo mojado. "Cuando hallaba que los vientos eran estables y soplaban en una dirección determinada, no le era difícil determinar las condiciones del éxito político y ejercer de este modo una enorme presión sobre el Congreso en apoyo de su programa. El colorido político y las innovaciones sociales del "Nuevo rumbo" fueron en gran medida un resultado de la adaptación política... El motivo del "Nuevo rumbo" fue tocado a oído, y el fin de la ideología, personificado por el Presidente carismático, servía para que su amplio poder respondiese a la voluntad pública"[13].

Los problemas de la década del 60, cuando subió al poder J. Kennedy, se diferenciaban, como es lógico, de los de la década del 30. Pero, como escriben Rousseas y Farganis, el enfoque de su solución por el nuevo Presidente se caracterizaba también por el empirismo, el "sentido común" y la adaptación a la distribución existente de las fuerzas políticas. "El Presidente Kennedy no logró asegurar la dirección necesaria precisamente porque no tenía una idea clara de lo que se debía hacer... Racionalizó la futilidad de la sociedad moderna y declaró que ésta era una sociedad buena y que todos los problemas irresueltos aún eran puramente técnicos"[14].

Haciendo semejantes conclusiones, los autores del artículo aluden a los enunciados del propio Kennedy. Por ejemplo, al hacer uso de la palabra en la conferencia económica, celebrada en Washington en mayo de 1962, Kennedy dijo: "...Quisiera señalar también la diferencia entre el mito y la realidad... Se trata de que la mayoría de los problemas con que tropezamos actualmente o, por lo menos, muchos de ellos son problemas técnicos, problemas administrativos". No son, ni mucho menos, los problemas que originaban con tanta frecuencia en el pasado los "movimientos inspirados por pasiones". En junio del mismo año, en el mensaje de saludo

[13] Ibid., p. 282.
[14] Ibid., pp. 283-284.

a la Universidad de Yale, Kennedy subrayó: "Hoy día... los problemas domésticos centrales son más sutiles y menos simples. No guardan relación con las contradicciones básicas de la filosofía y la ideología, sino con las vías y medios necesarios para conseguir los objetivos comunes. Lo que está en juego hoy en nuestras decisiones económicas, no es una gran guerra de las ideologías rivales..., sino la administración práctica de la economía moderna. No necesitamos rótulos ni frases triviales... Los rótulos políticos y los enfoques ideológicos son ajenos a las soluciones"[15].

La afinidad asombrosa de los puntos de vista de los representantes del capital monopolista y los teóricos de la "desideologización" no es casual. Los unos y los otros estiman que en la "sociedad industrial" de Occidente no existen los problemas "ideológicos", que ellos están resueltos ya, mientras que los que siguen en pie son de orden técnico, administrativo.

El evidente carácter ideológico burgués del enfoque "técnico" se manifiesta con mayor relieve aún cuando se habla de él en forma concreta, es decir, cuando se lo reduce a un conjunto de métodos y procedimientos de "ingeniería social". En la vida sociopolítica de los países desarrollados de América del Norte y de Europa Occidental —declaran los sociólogos burgueses— no son los movimientos de masas que se guían por una ideología, sino los programas sociales concretos que se aplican por los gobiernos y se hacen cada vez más afines en todos los países "industriales", los que son cada vez más importantes y eficaces en el planteamiento y la solución de los problemas sociales. Estos programas deben lograr un aumento general de la producción, resolver los problemas de la ocupación y el desempleo, organizar una ayuda económica a los sectores más pobres de la población, una distribución más igual de bienes sociales como son la instrucción, la asistencia médica, etc. Ya una simple enumeración de semejantes programas —aseveran los propagandistas del enfoque "técnico"— acredita que son extraños a las ideologías y las clases y tienen un carácter humano general.

Los programas sociales, que se aplican en varios países

[15] Ibid., p. 284.

capitalistas, constituyen, sin duda, un elemento nuevo, que deja su impronta en la situación sociopolítica e ideológica, existente en ellos. Pero su análisis objetivo revela también otra cosa. Los programas sociales no pueden sustituir el movimiento de masas trabajadoras ni la "adhesión ideológica" y no testimonian la "declinación de la ideología". Son más bien una consecuencia y área de la lucha de clases (comprendida la lucha en la esfera ideológica) en los países burgueses que un resultado del progreso del conocimiento social. En efecto, tanto el "Nuevo rumbo" como las "Nuevas fronteras", la "Gran sociedad" y otros muchos programas sociales más particulares en los EE.UU. y Europa Occidental surgieron, ante todo, como una reacción de los medios gobernantes a las demandas de las grandes masas de mejorar las condiciones de vida. Estos programas se realizaban como concesiones parciales que el gran capital hacía a los trabajadores a fin de mantener intactas sus posiciones estratégicas en la sociedad. (No hablamos ya de que esto iba acompañado de elementos de publicidad, de propaganda tosca y manipulación con la conciencia de las masas populares.)

Las medidas en el marco de la "ingeniería social" se aplican en correspondencia con los intereses básicos de las clases dominantes, aunque las masas trabajadoras, es decir, los que se hallan "en el centro del problema", exijan realizarlas para su propio bien. Los teóricos de la "desideologización", que argumentan "científicamente" la incompetencia de las masas en la solución de los problemas sociales y se pronuncian por el monopolio de las "autoridades estatales y científicas" en esta esfera, muestran con toda evidencia su credo ideológico: la "ingeniería social" debe servir a los intereses de la élite gobernante. Pero, tanto por su esencia como por sus posibilidades técnicas, la "ingeniería social" no puede "curar" las graves enfermedades de la sociedad burguesa ni superar las contradicciones cardinales de la misma. Es más, no han sido resueltos siquiera los problemas concretos que constituían el objetivo de aplicación de unos u otros programas sociales.

El programa de la "guerra contra la pobreza" del ex Presidente de los EE.UU. L. Johnson, fue concebido, por ejemplo, como parte de un plan más amplio de construcción de

la "gran sociedad". De suyo se entiende que este programa fuese un paso forzado del gobierno en vistas del crecimiento del abismo entre la riqueza y la miseria, en vistas de las reivindicaciones cada vez más numerosas de las grandes masas trabajadoras de tomar medidas para mejorar la suerte de los pobres en el país más rico del mundo capitalista. Este programa iba acompañado de una publicidad tan pomposa como no conocían siquiera los programas prometedores de los presidentes Roosevelt y Kennedy. Para su realización fueron organizadas direcciones especiales (tanto federales como las de los Estados) e instituidos cargos de ejecutores, consejeros, oficinistas, contables, etc. La administración de Johnson quería mostrar su decisión de acabar para siempre con el problema de la pobreza en los EE. UU. ¿Qué es lo que resultó en la realidad?

No hubo ninguna "guerra contra la pobreza"; el programa fracasó en su conjunto. Eran muchos los que pusieron en tela de juicio la propia idea de semejantes programas sociales, aunque las ilusiones a este respecto hubieran tenido una historia bastante larga. Es significativo, ante todo, el aspecto financiero del asunto. Las sumas destinadas a la "guerra contra la pobreza" eran tan míseras que no se podía ni hablar de la solución del problema. Según reconocen todos, comprendidos los economistas y sociólogos burgueses, 800 millones de dólares en el primer año (1965) de la "guerra" y alrededor de 1.800 millones en los posteriores eran asignaciones demasiado pequeñas para poder hablar de una seria ofensiva contra la pobreza. Nueva York, por ejemplo, tiene un presupuesto de 800 millones de dólares, destinado para las diversas medidas de urbanización. Disponiendo de esta suma, no puede resolver los problemas de la pobreza, los tugurios, la instrucción, la sanidad, la construcción de viviendas, etc. Es lógico que la suma de 25 millones de dólares, que se le destinó en el primer año de aplicación del programa de la "guerra contra la pobreza", haya sido una gota de agua en el mar[16].

El programa de Johnson no afectó la esencia ni las causas de la pobreza en el país y no dio trabajo a los que lo ne-

[16] *Political Affairs*, October, 1965, p. 2.

cesitaban, limitándose únicamente a medidas tímidas, que no fueron realizadas por completo. Por ejemplo, se preveía dar trabajo en el primer año nada más que a 40.000 personas y en cada año posterior, a 100.000 personas, aunque en el país había millones de desempleados. No es de extrañar que hasta junio de 1965 fuesen registradas ya 250.000 solicitudes de trabajo, habiendo sólo 20.000 lugares de trabajo disponibles. El propósito de construir anualmente 35.000 apartamentos con alquiler disminuido podía satisfacer sólo una décima parte de las demandas de 38 millones de personas que vivían en los tugurios[17].

Era más asombroso aún el que las pequeñas sumas destinadas para la lucha contra la pobreza "se comiesen", en medida considerable, por el aparato burocrático en el centro y las localidades que debía aplicar al programa.

Para confirmarlo, la revista *United States News and World Report* aduce varios datos acerca de los gastos para el mantenimiento de semejante aparato en la ciudad de San Luis (Estado de Missuri): "El gerente general del programa de lucha contra la pobreza en San Luis cobra 25.000 dólares anuales, igual que el gobernador de Missuri, y 10.000 dólares más que el procurador general del Estado. Tiene un sustituto que cobra 20.000 dólares, dos asistentes (16.000 dólares cada uno), un gerente de negocios (15.000 dólares), un asistente ejecutor (12.000 dólares) y un jefe de contabilidad (9.600 dólares)"[18]. ¡Y esto sólo en una ciudad! Mientras tanto, como señala la revista, tal situación es típica también de otras ciudades del país. Los consorcios tampoco tardaron en valerse de la generosidad de tal pago. Ellos olfatearon que se podía obtener no pocas ganancias, cumpliendo los pedidos del programa gubernamental. Compañías como "*General Electric*", "*International Business Machines*", "*American Telephone and Telegraph*" y otras (en total 32, ofrecieron en el acto sus servicios en la organización de los centros de enseñanza de distintas profesiones)[19].

Un rasgo característico del programa fue también el que

[17] Ibid., p. 3.
[18] *United States News and World Report,* June 14, 1965, vol. LVIII, N° 24, p. 38.
[19] *Political Affairs, October,* 1965, p. 5.

en la enorme mayoría de los casos las autoridades locales de los Estados y distritos del país ofrecieran una resistencia decidida a la participación de representantes de los pobres en su aplicación práctica. Se desplegó una lucha encarnizada en torno al problema de la composición de los "Comités de lucha contra la pobreza". Esta lucha tenía una significación más amplia y radical, ya que se trataba de toda la orientación del programa. Bajo la presión de la amplia opinión pública, las autoridades se vieron obligadas a ceder y admitieron a representantes de los pobres en los comités. Pero su número no superó jamás a un tercio del total de los miembros. El siguiente enunciado de una de las personalidades oficiales de la ciudad de Syracuse (Estado de Nueva York) permite juzgar del ardor de la lucha en torno a este problema: "Vivimos actualmente una lucha de clases al estilo tradicional de Carlos Marx, y esto no me gusta". En la conferencia anual de los alcaldes de las ciudades estadounidenses, los alcaldes de los Angeles, S. Yorty, y de San Francisco, J. Shelley, propusieron una resolución que culpaba al Buró de Perspectivas Económicas de haber estimulado la lucha de clases (porque cedió a las demandas de los pobres sobre su participación en la labor de los comités)[20].

La agresión de los EE.UU. en Vietnam, exigiendo gigantescos gastos financieros y materiales, constituyó un gran obstáculo en el camino del despliegue de una lucha real contra la pobreza. Basta decir que en los cinco años de aplicación del programa de la "guerra contra la pobreza", para el mejoramiento de la suerte de los pobres fueron gastados 7.500 millones de dólares, mientras que para los objetivos militares, alrededor de 350 mil millones de dólares.

El programa de la "lucha contra la pobreza" no surtió ni podía surtir un efecto perceptible. La pobreza continuaba creciendo, revelándose una miseria de masas; la alimentación insuficiente y el hambre se convirtieron en un fenómeno corriente en muchas zonas del país. El economista francés W. Surrey escribía lo siguiente: "Puede parecer paradójico el propio tema de la pobreza en un país cuya renta nacional bruta en 1968 pasaba de 846 mil millones de dólares (coste

[20] Ibid., p. 6.

de las mercancías producidas y servicios prestados)... Pero, en esta inmensa América del Norte, donde circulan por las carreteras más de 61 millones de automóviles de turismo, funcionan más de 10 millones de televisores de color y pasan por la bolsa anualmente títulos de valor por una suma de 500 mil millones de dólares, viven más de 30 millones de ciudadanos que constituyen una especie de nación de desheredados... Esta cifra de 30 millones, que señala el Buró de Perspectivas Económicas, de Washington, representa un 15% de la población del país y —lo que puede parecer más sorprendente aún— los dos tercios de estos "pobres americanos" son blancos"[21].

Todos los años se revelan hechos cada vez más escandalosos de miseria. No se afirma ya que la pobreza en los EE.UU. es equivalente a la riqueza en Asia, Africa y América Latina, ya que en todos los Estados del país, en primer lugar, en los del Sur y Suroeste, en los grupos migratorios, los ghettos urbanos y las reservaciones indias no simplemente hay pobres, sino que masas de gentes pasan hambre y mueren por inanición. Las marchas de los pobres a Washington y otras ciudades, los mítines y manifestaciones en los que se exigía a menudo una verdadera lucha contra la pobreza, se convirtieron en un atributo necesario de la vida social estadounidense de la segunda mitad de la década del 60. En 1968, al Congreso de los EE.UU. se le presentó un voluminoso informe titulado elocuentemente *Hambre. EE.UU.* Apoyándose en numerosas investigaciones, sus autores afirmaban que diez millones de habitantes del país pasaban hambre constantemente[22].

El programa de la "lucha contra la pobreza", presentado por Johnson, no suavizó los conflictos sociales. Toda esta campaña mostró palmariamente el hecho de que la cúspide monopolista de la sociedad estaba interesada en conservar el abismo entre la riqueza y la miseria, por lo cual ningún programa social podía cambiar nada, en principio, en esta esfera. A semejantes conclusiones comenzaron a llegar in-

---

[21] W. R. Surrey. *Il y a de pauvres américains.* — *Revue de défense nationale*, Mars, 1969, p.p. 478-479.

[22] *Political Affairs*, August, 1968, p. 33.

cluso los órganos de prensa burgueses. El semanario *Saturday Review* escribía: "Un importante cambio político de los últimos cuatro años consiste en que el "Nuevo rumbo" ha llegado a su fin. El liberalismo bien intencionado de Johnson se ha vuelto casi tan anacrónico como el goldwaterismo neanderthalensis, rechazado en 1964. Parecía que la historia y la tradición indicaban que mediante unas acciones sociales relativamente no costosas podríamos remediar los graves problemas domésticos y resolver las crisis mundiales... Nuestros resultados nada brillantes en la guerra contra la pobreza y nuestros records funestos en Vietnam han indicado simultáneamente que la historia y la tradición pueden mentir a veces sin escrúpulos... La idea de que sea posible resolver los grandes problemas mediante los programas especiales ha tropezado por primera vez con un serio reto... En cuatro años de la Gran sociedad comenzamos a descubrir que los privilegios de quienes tienen poder y recursos están ligados indisolublemente con las desventajas de quienes no los poseen"[23].

Así pues, el hecho de que se hayan difundido en cierto grado la "ingeniería social", el reformismo burgués y la programación social no atestiguan en lo más mínimo a favor de los razonamientos de los partidarios de la "desideologización" sobre la reducción de la esfera del enfoque de clase e ideologico de la solución de los problemas sociales modernos. "Las peculiaridades del capitalismo contemporáneo —decía L. Brézhnev en el informe al XXIV Congreso del PCUS— se explican en considerable medida por la circunstancia de que se adapta a la nueva situación existente en el mundo. En las condiciones de confrontación con el socialismo, los círculos dominantes de los países del capital temen más que nunca la transformación de la lucha de clases en un movimiento revolucionario masivo. De aquí la tendencia de la burguesía a recurrir a formas más solapadas de explotación y opresión de los trabajadores y su disposición, en una serie de casos, a realizar reformas parciales para, dentro de lo posible, man-

---

[23] P. Schrag. *The Four-Year Generation.* — *Saturday Review, July* 8, 1968, p. 23.

tener a las masas bajo su control ideológico y político"[24]. Una coacción ideológica y política se convierte actualmente en importantísima tarea social tanto de los consorcios como del Estado burgués. En nuestros días, la clase obrera, el campesinado y la intelectualidad de los países capitalistas se someten a una potente presión ideológica por parte de la burguesía monopolista que trata de mantener su influencia con ayuda de novísimas doctrinas sociológicas, económicas y políticas y métodos sicológicos de inculcación de sus opiniones, representaciones, ideales y valores en la conciencia de los trabajadores.

Los métodos de moldeo sicológico de las masas populares se practican con particular amplitud en los EE.UU. Las realizaciones de la ciencia sicológica se utilizan en este país en la industria, la publicidad y hasta la política. Empero, no siempre, ni mucho menos, los conocimientos científicos se emplean con objetivos científicos.

En su libro *Los persuasores ocultos,* el sociólogo estadounidense V. Packard aduce ejemplos elocuentes de utilización del "enfoque sicológico" en distintas esferas de la vida de los EE.UU. Una amplia aplicación del sicoanálisis en la publicidad se ha convertido en parte inalienable de la fabricación misma de mercancías. "Los persuasores profesionales se han agarrado al sicoanálisis en búsqueda de vías más eficaces de venta de sus mercancías, sean éstas productos, ideas, actitudes, candidatos, objetivos o estados de ánimo"[25].

La aplicación de la sicología en la publicidad está tan difundida que se ha necesitado crear una rama especial, llamada "investigación de la motivación". El jefe de una firma de investigación de Chicago, Louis Cheskin, caracteriza su labor del siguiente modo: "La investigación de la motivación es un tipo de investigación que trata de estudiar cuáles son los motivos que mueven a la gente cuando ésta hace una opción. Emplea los medios técnicos para penetrar en el pensamiento inconsciente o subconsciente, ya que las preferencias se determinan en general por factores de los que un

[24] L. Brézhnev. *Informe del Comité Central del PCUS al XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética,* ed. en español, Moscú, 1971, pág. 24.

[25] V. Packard. *The Hidden Persuaders,* N. Y., 1957, p. 3.

individuo no toma conciencia... En efecto, durante la compra, el consumidor actúa generalmente de modo emocional e inconsciente, reaccionando ante las imágenes y representaciones, que se asocian subconscientemente con el producto"[26]. De igual manera, creando la ilusión de la demanda, se puede lograr que los compradores se comporten como si necesitasen efectivamente esta mercancía, es decir, que la compren.

"Los analizadores de las motivaciones, junto con los manipuladores con los símbolos —escribe V. Packard—, tienen un enfoque profundamente sicológico de la venta de ideas y productos. Han aprendido... a ofrecernos mucho más que artículos industriales... Los fabricantes de la cosmética venden no simplemente lanolina, sino una esperanza. Nosotros no compramos naranjas, sino la vitalidad, ni un auto, sino un prestigio"[27].

De modo análogo, el estadounidense se enfoca como ciudadano y consumidor de la política y la ideología. En este caso, la creación de las ilusiones es más necesaria aún que durante la venta de las mercancías de uso. Pero el método sigue siendo el mismo. Por ejemplo, no importa en absoluto cuál es el programa político que ofrece el candidato a los electores. Lo que importa es cómo influye en su sicología. No es muy importante qué dice el candidato, sino cómo lo dice, cómo se viste, cómo luce, etc.

Packard cita el siguiente fragmento de la revista *Nation's Business* acerca de las elecciones presidenciales de 1956: "Los dos partidos comercian con sus candidatos y problemas con ayuda de los mismos métodos que ha desarrollado el *business* para vender sus mercancías... Los candidatos necesitan, en adición a una rica voz y buena dicción, la capacidad de parecer "sinceros" ante la cámara de la TV"[28]. Los principios políticos se reliegan con frecuencia a segundo plano. La política y la ideología se convierten en una mercancía que se debe vender al público. En dependencia de la situación del mercado, de la coyuntura, hoy se puede vender unos problemas y mañana, otros.

[26] Ibid., p. 7-8.
[27] Ibid., p. 8.
[28] Ibid., p. 187.

En las elecciones presidenciales de 1956 (Eisenhower-Stevenson), la venta de los candidatos se desenvolvió como nunca antes. En las revistas especiales se discutía qué aspecto debe tener Ike, qué anteojos se tiene que poner, cómo debe sonreír. Toda la campaña fue dirigida por los especialistas en publicidad. A Stevenson le "cupo en suerte" ser objeto de propaganda de una agencia que vende sostenes. Stevenson decía más tarde, confuso, que le parecía que tomaba parte en un concurso de belleza y no en una campaña política. Dirigiéndose a los peritos sicológicos, añadió: "La idea de que ustedes pueden comerciar con candidatos a altos cargos a semejanza de cómo se venden desayunos de palomitas de maíz... es, ante todo, una ofensa al proceso democrático"[29].

El afán de ejercer la influencia sicológica es típico de toda la ideología imperialista, y propaganda, destinada para las grandes masas trabajadoras. El objetivo de esta propaganda consiste en retener a las masas en la esfera de influencia de la ideología burguesa, dirigir toda su actividad diaria por el cauce de los intereses de la clase dominante y hacerlos indiferentes a los argumentos científicos. El capitalismo no sería capitalismo, si no hubiera esclavizado espiritualmente a las grandes masas, si no hubiera ocultado siempre el hecho de que los intereses de los trabajadores sean opuestos a los de la clase capitalista.

La teoría de la "desideologización" corresponde a esta orientación general de la política y la ideología imperialistas. Afirmando que "los problemas políticos fundamentales están resueltos" y que la ideología como guía de acción no se necesita más, los adeptos de esta teoría quieren lograr que los trabajadores no planteen todos estos problemas y que sean pasivos en el sentido político e ideológico. La prédica de la indiferencia a la política, la ideología y el planteamiento de los problemas sociales cardinales es la prédica de un modo concreto de vida y de actividad que conviene a la clase dominante. Tiene por objetivo perpetuar el régimen social existente y conceder a la clase dominante el monopolio de la actividad política e ideológica.

[29] Ibid., p. 200.

El "acuerdo ideológico" y los conflictos ideológicos

Los teóricos de la "desideologización" tratan de probar que, después de la segunda guerra mundial, en los países capitalistas desarrollados comenzó el período del "acuerdo de clases e ideológico" entre los distintos grupos sociales y partidos políticos. Este "acuerdo" es, en su opinión, también el "fin de la ideología". Para argumentar semejantes aseveraciones recurren al método especulativo de razonamiento. La esencia de este método estriba en que al comienzo se dan, como datos empíricos, premisas (existencia del "acuerdo de clases") y, posteriormente, se saca la conclusión que no emana en manera alguna de estas premisas. En efecto, de la tesis de que en una u otra sociedad reina un acuerdo entre las clases sobre los principales problemas sociales no se desprende, ni mucho menos, que allí "desaparece la ideología". Por ejemplo, la sociedad socialista se caracteriza por un acuerdo, una colaboración de camaradas y una amistad entre las clases y los grupos sociales trabajadores. Pero en esta sociedad no ha llegado "el fin de la ideología", esta última no ha perdido su importancia. El quid de la teoría de la "desideologización" está en que la propia premisa es incorrecta y falsa por su contenido. En la sociedad antagónica burguesa no se puede ni hablar de algún "acuerdo de clases". Este método de razonamiento está calculado, a todas luces, para determinado efecto sicológico y propagandístico.

Analicemos cómo "prueban" los teóricos de la "desideologización" su tesis de que el "acuerdo de clases" engendra la "declinación de la ideología". Para esto hay que recordar sus criterios acerca de las condiciones de la aparición y funcionamiento de la ideología. Estos criterios se argumentan en conjunto valiéndose de dos procedimientos.

La base del primer procedimiento es la afirmación de que la ideología y su funcionamiento dependen directamente de determinados factores técnicos y económicos. Las ideologías y la lucha irreconciliable entre ellas —declaran los sociólogos burgueses— tienen lugar sólo en las sociedades en que es bajo el nivel de la producción en masa y el consumo de ma-

sas. Pero en cuanto las sociedades salen de este estado, el desarrollo económico y el crecimiento del bienestar público conducen, según estos sociólogos, al descenso de la influencia de los sistemas ideológicos "totales" y a la atenuación de los conflictos ideológicos. "Una mayor productividad económica —escribe Lipset— se asocia con una distribución más equitativa de las mercancías de consumo y la educación; estos factores contribuyen a la reducción de la tensión interior en la sociedad. Debido a que crece la riqueza de la nación... se reduce el abismo que divide a los ricos y los pobres. Puesto que se reducen las diferencias entre los estilos de vida, lo mismo se opera con las tensiones en la estratificación. Y la ampliación de la educación aumenta la propensión de diferentes grupos a "tolerar" unos a otros, a aceptar la idea de que la verdad y el error no se encuentran necesariamente de lado de un grupo"[30]. Este razonamiento es un ejemplo clásico de confusión y de conclusiones falsas que se sacan, por añadidura, de las premisas falsas.

En efecto, es bien notorio (y no hay necesidad de probarlo con detalle) que "una distribución más equitativa de las mercancías de consumo" no emana sólo de "una mayor productividad económica". "El abismo que divide a los ricos y los pobres" no se reduce en absoluto, aunque crezca la renta nacional del Estado burgués. No puede haber en general una "tolerancia" entre las clases antagónicas, mientras que el crecimiento de la "educación" sólo vierte luz de la ciencia sobre el carácter efectivamente irreconciliable del antagonismo. No está argumentada tampoco la afirmación de que una mayor magnitud de la renta nacional de uno u otro país conduce a la "extinción" de los conflictos de clase en este país, a la "declinación de la ideología". Lo primitivo de semejante "determinismo económico" es evidente, ya que es un error en el sentido metodológico deducir las regularidades de los procesos ideológicos directamente del nivel de la riqueza nacional[31].

---

[30] S. Lipset. *The Changing Class Structure and Contemporary European Politics. —Daedalus,* 1964, vol. 93, N° 1, p. 272.

[31] Este aspecto de la teoría de la "desideologización" se somete a una crítica convincente en el folleto de A. Jarlámov *En el atolladero del tecnicismo burgués*, ed. en ruso, Moscú, 1967.

Tiene una base falsa la afirmación de los sociólogos burgueses de que precisamente en los años 50 y 60 se operó una "extinción" de los conflictos entre las clases en los países capitalistas desarrollados. La situación real certifica lo contrario. Todos los años posbélicos, comprendidos los 50 y los 60, se caracterizan por un auge indeclinable de la lucha de clase entre el proletariado y la burguesía. Por ejemplo, en los EE.UU., país que los teóricos de la "desideologización" califican de "ejemplar" y al cual aluden constantemente, en los veinte años prebélicos (1920-1939) se registraron 35.500 huelgas, en las que tomaron parte 15.400.000 personas, mientras que en los veinte años posbélicos (1947-1966) estas cifras son respectivamente 78.700 y 39.250.000. Así pues, el movimiento huelguístico en los EE.UU. en los años posbélicos creció en el sentido cuantitativo en más del 100%. En este período se observaba el nivel más alto de la lucha huelguística, cuando cada año estallaban, por término medio, casi 4.000 huelgas en que participaban alrededor de 2.000.000 de personas. En los años posteriores, este movimiento, lejos de disminuir, iba ampliándose y ahondándose. De enero de 1965 a abril de 1968 (40 meses) se registraban mensualmente, por término medio, 574 huelgas con 325.000 participantes.

La conclusión de los teóricos de la "desideologización" sobre la "extinción" de los conflictos de clase en los países capitalistas desarrollados es una conclusión falsa. Actualmente, el proletariado posee un poderío que le permite contener en muchos casos la arbitrariedad de los monopolios y lograr, a veces, importantes concesiones por parte de la burguesía. El proletariado perfecciona constantemente las formas de ofensiva contra el capital monopolista. Al mismo tiempo, los monopolios, que arrostran numerosas dificultades socioeconómicas (por ejemplo, la crisis financiera internacional del sistema capitalista), tratan de pasar al contraataque contra la clase obrera para salir a sus expensas de estas dificultades. Todo esto significa una agravación y profundización de las contradicciones entre las clases principales de la sociedad burguesa y anuncia una ampliación general de la lucha de clases, cuyos síntomas se observan en muchos países de Europa Occidental y en los EE. UU. El aspecto ideológico de esta lucha (argumentación de los objetivos y

tareas y de la estrategia y táctica de la lucha, partiendo de los intereses cardinales de clase, etc.), lejos de extinguirse, adquiere y seguirá adquiriendo importancia de primer orden.

Esta es la situación real. Pero, los sociólogos burgueses se esfuerzan por probar lo otro. Algunos de ellos intentan respaldar la explicación técnico-económica del "fin de la ideología" con argumentos sociopolíticos. Con la particularidad de que hacen hincapié en el problema de la actitud de los distintos grupos sociales hacia los órganos electivos de poder. Desde su punto de vista, las ideologías surgen cuando las clases sociales recién nacidas carecen de derechos sociales y políticos y luchan por ellos. En semejantes condiciones, la mayoría de los miembros de estas clases aprueban las consignas y las ideologías revolucionarias. Grupos sociales y clases más viejos, tratando de conservar su monopolio del poder y la situación dominante en la sociedad, estimulan, a su vez, las doctrinas ideológicas conservadoras. A medida que las nuevas clases van alcanzando una representación en los órganos electivos de poder y adquiriendo "derechos de ciudadanía", va desapareciendo la necesidad de la "guerra de ideologías", instaurándose el "acuerdo de clases y político".

"La historia de cambios en las ideologías políticas —afirma Lipset— ... puede describirse en términos de la emergencia de nuevas *stratums* y su integración definitiva en la sociedad y el Estado. La lucha por tal integración tomó la forma de definición del lugar que corresponde en el Estado a las viejas clases superiores preindustriales, la Iglesia, las *stratums* de negocios y la clase obrera"[32]. Lipset trata de interpretar esta tesis como poco menos que una ley sociológica universal: "Una intensa ideologización y un grave conflicto son característicos para los Estados en que las nuevas clases o *stratums* emergentes luchan por los derechos políticos, sociales y económicos que se les niegan; pero este conflicto se reduce a la nada cuando estas clases logran una ciudadanía completa"[33].

---

[32] S. M. Lipset. *The Changing Class Structure and Contemporary European Politics.* — *Daedalus*, 1964, vol. 93, N°1, p. 272.

[33] S. M. Lipset. *Some Further Comments on "The End of Ideology"* —*The American Political Science Review*, 1966, vol. LX, N°1, p. 17.

Semejantes ideas no son nuevas para la sociología burguesa. Reconociéndolo, Lipset alude al sociólogo y economista inglés Th. Marshall. Pero muchos elementos esenciales de las concepciones de este último son propios también de la doctrina de M. Weber sobre el carisma y su rutina. Los adeptos del "fin del siglo ideológico" tratan de adaptar los argumentos de Weber a sus necesidades y utilizarlos en la lucha ideológica moderna.

El esquema de Lipset sobre la "instauración del acuerdo de clases y político" es inconsistente desde el punto de vista científico. Tratando de argumentarlo con ayuda del análisis empírico, comete errores lógicos: suplanta los conceptos. Lipset identifica la propia ideología con distintas formas de su manifestación, la esencia estable y constante de la ideología con las consignas concretas, demandas actuales, etc. Lipset y otros teóricos de la "desideologización" se esfuerzan por probar que la ideología es un atributo de los movimientos políticos de las clases y grupos sociales que no "se han instituido" aún en la sociedad, no han logrado "derechos de ciudadanía". La ideología de las clases dominantes no surge, según él, de los intereses y demandas de las mismas, sino que constituye una reacción a las consignas ideológicas de las clases emergentes. En cuanto estas últimas alcanzan la satisfacción de sus demandas, los movimientos políticos se acaban, "extinguiéndose" junto con ellos el conflicto ideológico. Así pues, resulta que la fuente (y el culpable) de una "aguda contraversión ideológica" son el "fanatismo" y la intransigencia de las masas oprimidas y explotadas.

Los sociólogos burgueses afirman también que la clase obrera y todas las masas trabajadoras han obtenido los "plenos derechos de ciudadanía". La única "prueba" consiste en que los líderes de derecha de la socialdemocracia se han renegado de las reivindicaciones socialistas y adoptado las posiciones del oportunismo político y el socialreformismo burgués. Para Lipset, semejante integración política de los líderes de la socialdemocracia en la sociedad burguesa es idéntica a la "integración de la clase obrera en la sociedad industrial"[34]. Esto es precisamente lo que sirve a los teóricos

[34] S. M. Lipset. *The Changing Class Structure And Contemporary European Politics.* — *Daedalus,* 1964, vol. 93, N°1, p. 281.

de la "desideologización" de base para todas las especulaciones posibles sobre el tema de que la clase obrera ha conquistado los derechos políticos, económicos y de otra índole en la sociedad burguesa moderna. El carácter ilusorio y apologista reaccionario de estos razonamientos es evidente. No se trata de descubrir la verdad científica, sino de buscar medios necesarios para encauzar el movimiento obrero por una vía determinada, en correspondencia con ciertas demandas y orientaciones ideológicas.

Pero la realidad refuta las orientaciones y los deseos de los sociólogos burgueses. El *status* social de la socialdemocracia moderna en la sociedad burguesa es profundamente contradictorio. Por una parte, sus líderes de derecha, al renunciar a la doctrina marxista-leninista y al abandonar los objetivos de la transformación socialista de la sociedad, vienen aplicando la política de colaboración de clase con la burguesía y de reformismo, es decir, no se pronuncian por el derrocamiento del capitalismo, sino por su "mejora", por su "perfeccionamiento". Esta política es profundamente hostil a los intereses cardinales de la clase obrera y de todas las masas trabajadoras y descansa en los principios fundamentales de la ideología de clase burguesa. Por otra parte, la socialdemocracia experimenta una constante y creciente presión del proletariado y otras capas trabajadoras de la población a las que trata de representar en la palestra política. La socialdemocracia se ve obligada a adaptarse a las reivindicaciones y necesidades de los miembros de fila y de las masas y satisfacerlas, a veces, parcialmente. Esta dualidad de la situación de la socialdemocracia le plantea constantemente la siguiente alternativa: continuar aplicando la política de traición a los intereses fundamentales de los trabajadores y seguir sumisamente la estela del capital monopolista de Estado u ocupar posiciones revolucionarias respecto del régimen capitalista existente.

Como resultado de la aplicación de una política reformista, basada en el afán de conseguir una "armonía de clases", los partidos socialdemócratas pierden su influencia sobre la clase obrera. Actualmente está clara para todos la incapacidad de los líderes laboristas ingleses de realizar algunos cambios sociales reales en el país para resolver los

problemas económicos, sociales y políticos. Como señala John Gollan, la causa de ello reside en que ellos "niegan, en la teoría y la práctica, la necesidad de. . . una completa transformación socialista del país"[35]. No es casual que los laboristas perdiesen un número considerable de votos en las elecciones parlamentarias de 1967 y en las elecciones municipales de 1968 y sufrieran un fracaso inesperado para ellos mismos en las elecciones parlamentarias de 1970.

Los teóricos de la "desideologización" presentan con frecuencia a los países escandinavos como un ejemplo de la política "no ideológica", explicándolo con que los gobiernos socialdemócratas de estos países han sabido lograr una "feliz armonía social" entre los trabajadores y los empresarios para el gran bien de los unos y los otros. Empero, los últimos años han sido "años de luto" para los socialdemócratas noruegos y daneses. El Partido Obrero Noruego estaba en el poder de 1935 a 1965, excepto los años de ocupación. En 1945 disponía de la mayoría absoluta en el Storthing. En 1961, el número de votos recogidos por este partido se redujo a un 46,84%, y en 1965, a un 43,3%, después de lo cual dicho partido tuvo que ceder el poder al bloque de los partidos burgueses. En Dinamarca, los socialdemócratas dominaban en los gobiernos desde 1953. A partir de 1964, el Partido Socialdemócrata fue perdiendo sus posiciones y después de las elecciones de enero de 1968 sólo dispone de una minoría en el Parlamento.

¿Cuáles son las causas de la derrota de estos partidos? Su afán de colaborar con la burguesía ha conducido a que las grandes masas trabajadoras se han convertido en víctimas de esta transacción. Los dos países padecen de enfermedades más o menos iguales: el crecimiento de precios, los altos impuestos, la congelación del salario, la aplicación de programas de ahorro a expensas de los trabajadores, la infiltración de monopolios extranjeros, sobre todo germanooccidentales, en la economía nacional y la participación en el bloque agresivo de la OTAN. La política de la "colaboración de clases" no puede ser una política duradera. Se vuel-

[35] John Gollan. *The Case for Socialism in the Sixties*, London, 1966, p. 44.

ve tarde o temprano contra quienes la aplican. Con tanta mayor razón no puede servir de argumento de la "declinación de la ideología", del "fin del siglo ideológico".

La dualidad de la situación de la socialdemocracia se manifiesta también en que ésta no constituye un todo íntegro, como la trata de presentar, por ejemplo, Lipset. Por lo común, los dirigentes de derecha de los partidos socialdemócratas y socialistas no expresan, ni mucho menos, los estados de ánimo y deseos del grueso de los miembros de fila de estos partidos que son obreros o trabajan en las organizaciones de base, próximas a la clase obrera. De ahí que en casi todos los países europeooccidentales se observen constantemente conflictos y desavenencias entre el núcleo dirigente de los partidos socialdemócratas y el grueso de sus miembros.

En la mayoría absoluta de estos partidos no hay unidad ni acuerdo incluso entre sus dirigentes. Los líderes de derecha tratan de supeditar a toda costa todo el partido y sus organismos dirigentes a las demandas del capital monopolista y aplicar una política de "amistad y colaboración" con los empresarios y de enemistad manifiesta hacia los comunistas y los países socialistas. El ala revolucionaria de los partidos socialdemócratas quiere defender los intereses de la clase obrera y todos los trabajadores en vista de la ofensiva del capital monopolista contra el nivel de vida del pueblo y sus derechos políticos y económicos. Un ejemplo muy patente de semejante conflicto es la situación formada en el Partido Socialista Italiano, que ha sobrevivido nueve escisiones en el curso de los últimos cincuenta años. Los dirigentes de derecha del PSI no han logrado mantener bajo su égida a los socialistas que no desean socavar la unidad de la clase obrera y servir al capital[36].

¿Confirma tal situación las conclusiones de los teóricos de la "desideologización" sobre la existencia de un "acuerdo de clases y político" y la "extinción" de los conflictos ideológicos en los países capitalistas de Occidente? Confirma únicamente lo que señalan hace mucho ya los comunistas

---

[36] Véase K. Jolodkovski. *Evolución de la estructura partidista de la sociedad italiana. — Mirovaya ekonómika i mezhdunaródnye otnoshenia,* 1969, N° 6, pág. 45.

fieles a los principios de marxismo-leninismo, a saber, que los líderes de derecha de la socialdemocracia, al traicionar los intereses de la clase obrera y todos los trabajadores, se han colocado bajo las banderas de la ideología y la política burguesas. Los ideólogos y políticos burgueses y los socialdemócratas de derecha han sellado un acuerdo sobre los problemas fundamentales de la contemporaneidad. Para una gran satisfacción de unos y otros, entre ellos no existe un grave conflicto ideológico. Este hecho se erige precisamente por los sociólogos burgueses en principio general, haciéndose con esa base una conclusión falsa sobre el "acuerdo de clases" y la "declinación de la ideología". En realidad, en el mundo capitalista no se observan un "apaciguamiento de las pasiones revolucionarias" ni una "conciliación de clases", sino que, al contrario, se agravan verticalmente las contradicciones irreconciliables y los conflictos sociales y de clase.

La clase obrera y la burguesía monopolista siguen siendo polos opuestos de la moderna sociedad burguesa. En vista de las dificultades económicas, políticas e ideológicas, los medios gobernantes de las potencias imperialistas tratan de encontrar salida a costa del proletariado y de todas las capas trabajadoras de la población. Con la particularidad de que se esfuerzan por ganarse a ciertos sectores de la burguesía media e incluso pequeña y hacer entrar el movimiento obrero en un cauce admisible para ellos. La gran burguesía quiere monopolizar los resortes y mecanismos de todas las esferas de la sociedad y dominar ilimitadamente en la economía, la política y la cultura. Reúne bajo sus pabellones a aliados tanto dentro de su país como más allá de sus fronteras, presintiendo la inevitabilidad de futuros combates con las fuerzas antiimperialistas que crecen y se dejan sentir por doquier.

Las batallas de clase de los últimos años y, ante todo, la firmeza, decisión y disciplina que manifestó el proletariado en los combates contra la burguesía monopolista de Francia, Italia, Inglaterra y otros países en 1968-1969, han vuelto a mostrar a todo el mundo que la clase obrera sigue constituyendo la fuerza decisiva en la lucha contra el sistema capitalista, por su sustitución por la sociedad socialista. En los últimos años ha crecido notablemente la actividad de otras fuerzas antimonopolistas de la actual sociedad burguesa: el

campesinado pequeño y medio, la intelectualidad, las capas medias de la ciudad, la juventud, en particular el estudiantado. Como hizo constar la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en junio de 1969 en Moscú, "la convergencia de los intereses de la clase obrera, el campesinado, las capas medias urbanas y los intelectuales, así como los progresos de su colaboración reducen la base social del poder de los monopolios, agravan sus contradicciones internas y propician la movilización de las amplias masas en la lucha antimonopolista y antiimperialista"[37].

Los teóricos de la "desideologización", al exponer la tesis sobre la "extinción de los conflictos ideológicos en la sociedad occidental", la argumentan con determinados cambios que se han operado o se están operando en el sistema de los partidos de la sociedad burguesa. (No se trata de los comunistas. Más abajo se examinará la actitud de esta teoría ante el movimiento comunista, el marxismo-leninismo y los países socialistas.)

¿Cuáles son estos cambios?

Los investigadores burgueses afirman que la estructura partidista y política de la sociedad europeooccidental se parece cada vez más a la de la sociedad estadounidense. La estructura de esta última muestra un ejemplo que deben seguir y siguen los europeos.

En Europa Occidental de posguerra —escribe Lipset— se observa un cuadro en que los partidos nacionales más importantes no se consideran unos a otros como enemigos jurados, sino como socios. Entre ellos ha cesado una encarnizada "polémica ideológica" y reina un "acuerdo". En los EE.UU. existe hace mucho ya semejante relación entre los demócratas y los republicanos, mientras que para Europa es un fenómeno nuevo, una tendencia nueva que tiene un gran porvenir.

En efecto, con raras excepciones, los partidos demócrata y republicano de los EE.UU. se encuentran en un "acuerdo ideológico". Si entran en un conflicto, esto no se debe a los objetivos, sino a los medios necesarios para alcanzar los mis-

---

[37] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Moscú, 1969*, ed. en español, Praga, 1969, pág. 22.

mos objetivos. Semejante situación es típica de muchos países europeooccidentales. ¿Se puede considerar en serio que son antagónicos, por ejemplo, los partidos de los conservadores y los laboristas en Inglaterra, de los demócratas cristianos y los socialistas de derecha en Italia, el Partido Popular Austríaco y los socialistas de derecha de Austria, etc., si no se trata de casos extremos, sino de las tendencias políticas dominantes en estos partidos? Claro que no. En conjunto, está presente su "unidad ideológica".

¿Qué es lo que acredita semejante situación? Ante todo, el que a la burguesía monopolista le conviene más que nada la existencia de tales gemelos con distintos nombres. Esta circunstancia brinda posibilidades para maniobras políticas: si se debilitan las posiciones de un partido o sufren fracaso unos líderes, siempre están a mano el partido "oposicionista" y sus líderes, ya que la oposición no se pronuncia, ni mucho menos, contra el régimen social existente, sino contra un gobierno concreto o hasta contra sus miembros sueltos. En el aspecto ideológico, los medios gobernantes tienen también muchas ventajas: en la medida en que lo permite el ambiente, una parte bastante numerosa de los miembros del partido y de los electores se encuentra bajo el control de la máquina burocrática del partido. Este sistema partidista frena sustancialmente el desarrollo de la conciencia de clase de cierta parte de las masas trabajadoras y les priva de la posibilidad de elaborar su punto de vista de clase sobre unos u otros problemas cardinales. No es casual que este sistema reciba precisamente un apoyo político y financiero de la burguesía monopolista en muchos países[38].

Hemos dicho ya que en la mayoría de los casos los partidos socialdemócratas no constituyen un todo íntegro. En el marco de una estructura de organización reúnen a representantes de distintos grupos sociales e incluso clases de la sociedad burguesa. Entre los miembros del Partido Laborista Inglés figuran, por ejemplo, lores y obreros de pura cepa. Es la misma, más o menos, la situación que se observa en los

[38] A propósito, esta situación es una de las causas de que las llamadas nuevas izquierdas en los EE.UU. y otros países prefieran quedarse al margen de los partidos existentes allí.

tradicionales partidos burgueses de Europa Occidental y América del Norte. La estructura del partido se hace cada vez más inadecuada a la estructura social de clase, debido a lo cual la delimitación ideológica de las posiciones no coincide con frecuencia con la delimitación organizativa de partido.

Actualmente, las fronteras ideológicas entre las posiciones de los grupos sociales o clases no pasan, en muchas ocasiones, entre los partidos, sino en el marco de un partido. Este último se divide en sectores sueltos, comenzando por los de derecha y terminando por los que son relativamente de izquierda, con la particularidad de que algunos de estos sectores son más afines, por sus posiciones ideológicas, a los sectores análogos de otros partidos que a la dirección o a capas determinadas en el seno de su propio partido. Tomemos a título de ejemplo el análisis de la estructura del Partido Socialista Italiano y el Partido Demócrata Cristiano que se da en la literatura soviética. En la década del 60 se hizo claro que el viejo deslinde político oficial dejó de corresponder ya a la auténtica correlación entre las tendencias políticas. Esto se confirma también con el surgimiento, a menudo, de una analogía "de enclavado" entre las corrientes de distintos partidos. Los "autonomistas" de Nenni (grupo dentro del Partido Socialista. —*L. M.*) resultaban, por su ideología, programa y política, mucho más afines a los socialdemócratas y doroteos (grupo dentro del PDC. —*L. M.*) que a las izquierdas de su propio partido. A su vez, estas izquierdas fueron mucho más afines, por sus posiciones, a los comunistas, por una parte, y a las ultraizquierdas de los demócratas cristianos, por otra, que a los líderes de su propio partido, el Partido Socialista"[39]. Semejante cuadro de deslindamiento político se observa también en los partidos de otros muchos países.

De ahí emana que los "lindes" ideológicos en la actual sociedad burguesa no se los debe buscar siempre entre distintos partidos, sino, con frecuencia, dentro de los mismos, en el mayor número de los casos dentro de varios partidos. (Claro que no se trata de los partidos proletarios que mantie-

[39] Véase K. Jolodkovski, op. cit., pág. 45.

nen las posiciones del marxismo-leninismo.) Se entiende que el principal antagonismo de clase de la sociedad burguesa sea el existente entre la burguesía imperialista y la clase obrera y que se manifiesta en un irreconciliable conflicto entre los partidos burgueses y los comunistas. De eso se hablará aparte. Ahora es preciso subrayar la inconsistencia y el carácter político reaccionario de las afirmaciones de los teóricos de la "desideologización" de que en la sociedad occidental se abre paso, cada vez más, la tendencia al "acuerdo político y de clase" y de que únicamente los comunistas obstaculizan el desarrollo de esta tendencia "progresista". En realidad, en los propios partidos no comunistas se observa una encarnizada lucha ideológica entre distintos grupos que no desempeña, naturalmente, el papel decisivo para los destinos del capitalismo, pero muestra el ahondamiento del carácter contradictorio de toda la sociedad burguesa.

Los siguientes ejemplos muestran lo agudo que es esta lucha. El gobierno laborista inglés, tropezando con graves dificultades de carácter económico y político, decidió promulgar, a comienzos de 1969, una nueva legislación sobre la actividad de los sindicatos. Su proyecto preveía una restricción cruel de los derechos de los obreros a las huelgas, así como los castigos penales por la infracción de esta legislación. Pero, en cuanto este proyecto fue publicado, todos los trabajadores de Inglaterra se levantaron a la lucha en defensa de sus derechos sindicales, de sus derechos a la huelga. Bajo la influencia de las grandes masas trabajadoras y, en primer lugar, de toda la clase obrera, la enorme mayoría de los sindicatos del país dijeron un "no" rotundo a la legislación antiobrera. (Cabe decir que los sindicatos ingleses son miembros colectivos del Partido Laborista.) Muchos laboristas de izquierda —miembros del Parlamento y líderes sindicales— exigieron la dimisión del Primer Ministro H. Wilson y del ministro de Trabajo B. Castle, autora inmediata del proyecto. En la primavera de 1969, Inglaterra sobrevivía jornadas tan agitadas como no se habían observado desde hacía ya mucho en su historia. En la manifestación del Primero de Mayo en Londres y otras ciudades de Inglaterra participaron centenares de miles de personas.

El periódico inglés *Morning Star* inserta algunos enun-

ciados de los laboristas de fila y líderes sindicales acerca de esta proposición gubernamental: "Es efectivamente una ironía de la historia que el partido político, creado por los sindicatos y la clase obrera para asegurar la representación obrera en el Parlamento, va a introducir ahora una legislación antisindical. Esta situación no ha surgido debido a un capricho personal del Primer Ministro, sino a que el Gobierno Laborista trata de resolver la crisis del capitalismo en el marco del propio capitalismo. Desde el comienzo del movimiento laborista existía su ala derecha que trataba de trabajar en el seno del capitalismo y el ala izquierda cuyo objetivo era el socialismo". "No es nuestro Gobierno. No tiene nada de común con los miembros de fila del movimiento sindical y del Partido Laborista"[40]. Es característico que las proposiciones del gobierno fuesen apoyadas por la dirección del Partido Conservador, mientras que contra ellas, junto con las grandes masas laboristas, se pronunciaron los comunistas. Lo expresó con toda franqueza el diario *The Sunday Times:* "Los conservadores son muy sensatos al manifestar su apoyo a este Libro Blanco impulsado en mucho por ellos, ya que en él se sienta el fundamento de su propio edificio"[41].

El Gobierno Wilson fue colocado ante el dilema: o bien la pérdida de confianza de los trabajadores y las graves consecuencias que derivan de ello, o bien la renuncia inmediata a los propósitos de introducir la legislación antisindical. Deseando conservar la influencia de los dirigentes del partido sobre los sindicatos y las masas de la clase obrera, el Gobierno renunció a sus propósitos.

Otro ejemplo. Ya se ha convertido en objeto de mofas el que las orientaciones ideológicas y la línea política de los partidos demócrata y republicano de los EE.UU. no tengan en el fondo ninguna diferencia[42]. Empero, en el curso de un

---

[40] *Morning Star,* March 24, 1969, p. 1.

[41] *The Sunday Times,* 19 January, 1969, p. 12.

[42] Cierto es que a veces hay excepciones. Así, durante la campaña electoral de 1964 surgieron serias divergencias políticas entre los partidos en conjunto. Esto se operó cuando los republicanos resultaron maniatados con su candidato a Presidente, B. Goldwater, político profascista, de extrema derecha.

período bastante prolongado, en uno y otro partido existen dos alas más o menos idénticas: francamente derechista y moderada de derecha. En el plano de la actitud ante los problemas de la política exterior, la prensa burguesa llama con frecuencia "gavilanes" y "palomas" a personalidades influyentes de los dos partidos. Los demócratas francamente derechistas son más afines por sus convicciones a los republicanos francamente derechistas que a los demócratas moderados. Este "enclavado" en los partidos se explica con que los republicanos y demócratas francamente derechistas y moderados representan los intereses de los grupos más o menos diferentes de la gran burguesía estadounidense (y, a veces, de otros sectores de la sociedad). Como resultado, entre ellos existen siempre divergencias bastante esenciales en cuanto al enfoque de problemas del desarrollo actual y a la aplicación de la política interior y exterior, divergencias que se transforman en muchas ocasiones en una enemistad irreconciliable. Tales conflictos tienen a menudo determinada significación no sólo para estos grupos y partidos, sino para todo el país y los destinos de la paz en el mundo entero.

Es sabido, por ejemplo, que el Presidente Kennedy, particularmente en los últimos meses de su gobierno, se inclinaba más al ala moderada de derecha de su partido (y del partido republicano). "Durante los primeros dos años, el Presidente Kennedy se dejaba llevar en medida considerable de la rienda de los partidarios de la "guerra fría", manteniendo nexos particularmente estrechos. . . con el grupo monopolista de Wall Street. . . Sólo al tercer año de su presidencia, Kennedy hace un intento de salir, aunque sea en parte, del círculo vicioso de la política de "guerra fría". Cabe decir que los resultados de estos pasos suyos, aunque insuficientemente resueltos, repercutieron positivamente en la situación internacional y el desarrollo de las relaciones soviético-estadounidenses. . . Al final de su vida, John Kennedy empezó a inclinarse abiertamente a favor de la aplicación de un rumbo más sensato de política exterior"[43].

Su orientación general fue heredada por R. Kennedy.

[43] A. Gromyko. *1.036 días del Presidente Kennedy*, ed. en ruso, Moscú, 1968, págs. 6 y 7.

Durante la campaña electoral de 1968 presentó un programa que se diferenciaba sustancialmente de las tesis de los "gavilanes". Es sabido que R. Kennedy ocupaba una posición diferente de la de las derechas en problemas tan importantes como son el problema racial en los EE.UU., la lucha por los derechos civiles, las relaciones de los EE.UU. con los países latinoamericanos, las relaciones con los países socialistas, particularmente con la URSS, la guerra en Vietnam y otros. El que los hermanos Kennedy fuesen asesinados acredita cuán grave era el conflicto entre distintos grupos de los partidos políticos estadounidenses.

El análisis objetivo de la actual realidad capitalista muestra con evidencia que las deliberaciones de los teóricos de la "desideologización" sobre el "acuerdo de clase e ideológico en la sociedad democrática de Occidente" carecen de todo fundamento, son inconsistentes desde el punto de vista científico y reaccionarias en el sentido político. Su argumentación no confirma en manera alguna la tesis sobre la "declinación de la ideología".

En el último período, en la literatura sociológica y política burguesa se observan intentos de valerse de la tendencia perfilada hacia la distensión internacional y de la activa política de paz de la Unión Soviética y otros países socialistas, para sacar de ello argumentos en favor de la teoría de la "desideologización". Algunos autores tratan de presentar las cosas de modo que la tirantez internacional y el clima de la "guerra fría" no han sido condicionados por la política y la ideología del anticomunismo furibundo de las potencias imperialistas, sino por el hecho de que los países socialistas partiesen, en su política exterior, de los principios de la ideología comunista.

En el ambiente del fracaso de las concepciones y la práctica de la "guerra fría" y de la necesidad objetiva de la colaboración internacional, estos autores llaman a los países capitalistas y socialistas a no guiarse, en las relaciones internacionales, por los "dogmas ideológicos", sino por el "realismo político", por el "pragmatismo político". Claro es que la palabra "dogmas" significa para ellos, ante todo, los principios de marxismo-leninismo, el enfoque científico de clase de los fenómenos de la vida internacional y el internaciona-

lismo socialista. El "pragmatismo en política exterior" se representa como renuncia a estos principios, como el único factor que puede conducir a una distensión efectiva en las relaciones entre los Estados con distinto régimen sociopolítico, a su colaboración, etc.

Por ejemplo, el profesor R. Lowenthal, comentarista diplomático de la revista londinense *Encounter,* en su artículo dotado de un subtítulo significativo, *Sobre el "fin de la ideología" retardado en las relaciones internacionales,* trata de hacer pasar la idea de la "inoportunidad de la ideología en las relaciones internacionales" y de la incompatibilidad de la "política exterior ideológica" con el realismo político, es decir, con la consideración serena de los intereses del Estado[44]. Desde su punto de vista, esta incompatibilidad se refiere tanto a los Estados capitalistas como a los socialistas, tanto a la ideología del anticomunismo militante como a la ideología comunista.

Pero, ¿puede existir una política exterior que se encuentre al margen de la ideología de clase y no descanse sobre los principios ideológicos? Si este problema se enfoca de manera realista, la respuesta es absolutamente evidente: esta política no ha existido jamás ni puede existir. Claro que la ideología y la política no son idénticas. La colaboración política no significa una conciliación ideológica. Pero, la diferencia no es igual a la incompatibilidad. La política de cualquier Estado, tanto la interior como la exterior, se basa siempre en los principios ideológicos de clase. Hasta cierto grado, el llamamiento a la "desideologización" de la política exterior se condiciona por el hecho de que en las condiciones actuales se haga cada vez menos popular y sufra fracasos la política de anticomunismo furibundo, de franca enemistad respecto a los países socialistas y de aumento de la tensión internacional. Por eso, en ciertos círculos burgueses se oyen voces que rechazan semejante fanatismo ideológico y llaman a una consideración serena, desde su punto de vista, de la correlación efectiva de fuerzas en el ámbito internacional. De suyo se entiende que tal viraje no pueda

---

[44] R. Lowenthal. *A World Adrift. On the Belated "End of Ideology" in Word Affairs.* — *Encounter,* February, 1972.

significar en realidad, ni mucho menos, una "desideologización", sino únicamente el paso de un tipo de ideología burguesa a otro.

La política exterior de la Unión Soviética se ha basado siempre y sigue basándose en los principios de marxismo-leninismo, en un enfoque científico de clase de los fenómenos de la vida internacional. El Programa de Paz, propuesto por el XXIV Congreso del PCUS, contribuye a la formación de premisas internacionales favorables para la edificación del comunismo, presta un apoyo eficaz a los movimientos liberadores, se opone a las maniobras agresivas del imperialismo y conduce al fortalecimiento de la paz universal. "La política exterior de la Unión Soviética —dijo L. Brézhnev— ha sido, es y será una política socialista, de clase, internacionalista. Somos partidarios de la distensión internacional. Somos partidarios de una paz firme. Es por eso porque nos pronunciamos precisamente con decisión contra los actos agresivos, contra cualesquiera intentos de aplastar la lucha liberadora de los pueblos, intervenir en sus asuntos e infringir sus derechos"[45].

El anticomunismo bajo el pabellón de la "antiideología"

Al analizar la teoría de la "desideologización" y el modo de su argumentación, no es difícil deducir que está enfilada, ante todo, contra la teoría marxista-leninista del desarrollo social. Los actuales sociólogos burgueses, igual que varias generaciones de sus predecesores, tratan de presentar el marxismo como una "ideología anticuada", cuyas conclusiones y apreciaciones no corresponden ya a la realidad de nuestros días. Sería erróneo enfocar la teoría de la "desideologización" como una teoría que contiene un programa de coexistencia pacífica de las ideologías burguesa y comunista. En esta teoría en conjunto está presente la idea de la coexistencia pacífica de distintas corrientes ideológicas. Pero se trata de las concepciones y posiciones ideológicas

[45] *Discurso de L. Brézhnev en el almuerzo en honor del Presidente Tito.* — *Pravda,* 6 de junio de 1972.

abiertamente burguesas o las que se encuentran en el cauce común de las nociones burguesas, es decir, concepciones y posiciones conservadoras, liberales burguesas, socialistas de derecha, etc. Los teóricos de la "desideologización" proponen un programa de unidad de opiniones y de coexistencia pacífica de estas corrientes ideológicas. Pero, el cuadro cambia de raíz, si se trata de la actitud ante la ideología comunista. En este caso, los teóricos de la "desideologización" no sustentan ya las posiciones de la "coexistencia pacífica" sino las de una franca lucha ideológica.

Cabe señalar que la actitud de Bell, Lipset, Aron, Shils y otros teóricos de la "desideologización" ante el marxismo-leninismo es doble. Por una parte, ellos hablan del carácter anticuado de las ideas del comunismo científico, diríase, de pasada, como de algo que se sobrentiende de por sí. Exteriormente tratan de no poner de manifiesto su actitud irreconciliable ante la doctrina marxista-leninista, procurando dar la impresión de que ésta ha caído en desuso y no hay necesidad de dedicarle una gran atención. Aseveran que con el marxismo "se ha acabado" y que en el orden del día está el problema de la consolidación y la unión de todas las corrientes ideológicas no comunistas, no marxistas. Pero eso sólo en apariencia. En realidad, dichos teóricos comprenden que la ideología comunista es una temible fuerza ideológica que viene ganando una popularidad cada vez mayor entre los trabajadores de los países capitalistas. Es únicamente en el comunismo científico donde las masas populares encuentran la solución de los problemas acuciantes del desarrollo social. No es casual, por eso, que todas las premisas, todas las conclusiones y toda la lógica interna de la teoría de la "desideologización" tiendan a refutar y desacreditar al marxismo-leninismo.

El rasgo típico de los modernos "refutadores" burgueses del comunismo científico estriba en que, ante todo, silencian o pasan por alto el hecho de que el marxismo-leninismo es una ciencia social objetiva. Tratan de presentar esta doctrina revolucionaria sólo como un tinglado ideológico que no se diferencia en nada de otras doctrinas ideológicas que existían en la historia de la humanidad. Su "crítica" al marxismo-leninismo se estructura en la deformación de los

principios fundamentales de la ideología comunista o en el propósito de atribuirle rasgos y características impropios de ella. Semejante "crítica" dista mucho de un análisis sociólogo objetivo. A diferencia de otras doctrinas anticomunistas, la teoría de la "desideologización" no encierra simplemente una falsificación y una crítica tosca de la ideología comunista y del movimiento comunista, sino que se plantea la tarea de argumentar "teóricamente" la necesidad de tal crítica. Esta doctrina es una coartada teórica para la legalización, efectivamente, de cualquier anticomunismo.

¿Cuáles son los rasgos característicos y particularidades del anticomunismo de semejante género? ¿Qué medios y métodos utiliza en la lucha contra la ideología comunista? A este respecto se puede destacar las plataformas "teórica" y "política" de la teoría de la "desideologización". De suyo se entiende que entre éstas no se pueda trazar una línea divisoria absoluta. Pero, es necesario captar cierta diferencia existente entre ellas, ya que la plataforma "teórica" es más estable y constante, mientras que la plataforma "política" puede cambiarse en dependencia de las condiciones concretas.

Como se ha señalado arriba, Bell, Aron, Lipset, Shils y otros sociólogos estiman que la lucha entre las ideologías era un rasgo inalienable del pensamiento social del siglo pasado, mientras que los conflictos actuales en la sociedad tienen un carácter tan superficial que pueden y deben resolverse mediante compromisos y concesiones mutuos de distintos grupos sociales. Sin embargo —aseveran ellos—, los comunistas impiden el desarrollo de esta tendencia nueva, atizan artificialmente las pasiones y agravan las relaciones entre las clases[46]. El "fin de la ideología" debe significar, por eso, el fin de la influencia de los comunistas sobre las grandes masas trabajadoras. Cualquier anticomunismo obtiene de este modo los derechos de ciudadanía. La "declinación de la ideología" se convierte en una campaña ideológica contra el comunismo.

En todos los escritos de los teóricos del "fin de la era

---

[46] S. M. Lipset. *The Changing Class Structure and Contemporary European Politics.* — *Daedalus*, 1964, vol. 93, N°1, p.p. 287-288.

ideológica" resalta la idea de que el marxismo es una nueva forma de utopía o, al menos, rebosa de elementos utópicos, y de que descansa en nociones ilusorias y extravíos y carece de contacto con el mundo real. Quizá no haya ninguna tesis marxista generalizadora más o menos importante que no se "refute" por los autores de la teoría de la "desideologización". En efecto, se ataca todo, desde el principio del partidismo de la filosofía hasta la interpretación marxista del problema de la enajenación y desde la doctrina sobre las leyes del proceso histórico hasta la definición de las clases y del dinamismo de la lucha entre ellas. Por ejemplo, D. Bell anuncia que el marxismo ha sufrido un rotundo fiasco: "La historia... embrolló la profecía de Marx, al menos en el Oeste. La ley de la pauperización creciente fue refutada por los tremendos avances de la tecnología"[47]. Al criticar el marxismo, Bell afirma que Marx identificó "falsamente" la fuente de enajenación con la propiedad privada y dedujo de ello una categoría tan "abstracta" como es la "explotación del obrero por el capitalista". Según Bell, el socialismo representa, tanto en el pasado como en el futuro, "un movimiento escatológico, seguro de su destino, porque la "historia" le conduce a su objetivo"[48].

En opinión de Bell, los principios del marxismo-leninismo en conjunto son producto de fe y no de una indagación objetiva; la doctrina del socialismo científico es una forma de la "religión laica" y no una ciencia social. Es por eso precisamente porque "ha fracasado" la doctrina marxista. "En la última década —afirma él— hemos presenciado un agotamiento de las ideologías del siglo XIX, en particular del marxismo, como sistemas intelectuales que podían pretender a la veracidad de sus nociones del mundo"[49].

Lipset no expone con tanta franqueza sus concepciones antimarxistas como lo hace Bell. Pero su anticomunismo sea quizá más peligroso, ya que se vela con la careta de una investigación empírica "pura" y de un amontonamiento de distintos materiales descriptivos, lo que crea la apariencia

---

[47] D. Bell. *The End of Ideology*, p. 272.
[48] Ibid., p. 277.
[49] Ibid., p. 16.

de la argumentación de sus juicios. Según Lipset, el marxismo no sirve para explicar los fenómenos sociales, ya que no es una ciencia, sino una ideología. Lipset trata de probar la "bancarrota" del marxismo con el siguiente "hecho". La prehistoria de la "sociedad industrial" fue en muchos aspectos una historia de lucha entre los ideólogos proletarios y burgueses, una historia de la conciencia política de clase. Los marxistas —afirma él— consideraban esta lucha como fenómeno innato del sistema capitalista. La ausencia de un fuerte movimiento socialista en los Estados Unidos, el país capitalista más poderoso, se calificaba de atraso social. Por eso, los marxistas estimaban que con el correr del tiempo en los EE.UU. "emergerá el modelo europeo de la política consciente de clase". En realidad —afirma Lipset—, observamos un cuadro inverso. Es precisamente la estructura estadounidense de la sociedad la que se convierte en modelo para todos los países adelantados. "En vez de las relaciones de clase y políticas existentes en Europa, que se presentaban como modelo para el futuro de los EE.UU., la organización social de éstos constituye la imagen del futuro europeo"[50].

Sin someter a un detallado análisis crítico esta interpretación arbitraria del marxismo, señalemos que la idea del americanocentrismo es una de las ideas principales de la concepción de la "desideologización". Se proclama so pretexto de lucha contra la mundividencia comunista, lo que denuncia al instante su sentido político.

El programa anticomunista de la teoría de la "desideologización" cifra sus esperanzas en este caso en el moldeo correspondiente, ante todo, de la intelectualidad. Se trata de que crece cada vez más el número de intelectuales que, al ver los éxitos del sistema socialista mundial y del movimiento de liberación nacional, por una parte, y los crímenes del fascismo y la creciente agresividad del imperialismo, por otra, se apartan de la burguesía para dirigirse a la clase obrera y al socialismo. Los anticomunistas tratan de impedirlo, ya que comprenden el sentido político de semejante fenómeno, el peligro que entraña la ampliación de las demandas democráticas y socialistas.

[50] S. M. Lipset. *Changing Class Structure and Contemporary European Politics.—Daedalus*, 1964, vol. 93, N° 1, p.p. 271-272.

Entre la literatura sobre el "fin de la ideología" es significativo a este respecto el libro de R. Aron *El opio de los intelectuales*[51]. Aron se ve obligado a confesar que muchos intelectuales sienten simpatía hacia el campo socialista y el movimiento comunista y que en Francia el marxismo se ha convertido en una "moda". Por eso centra sus esfuerzos principalmente en instigar a la intelectualidad contra el comunismo. Deformando la esencia de la teoría marxista, Aron intenta probar que la ideología comunista tiene origen mitológico.

Ante todo, señalemos que la interpretación de la conciencia socialista de clase en el marco de una "concepción mitológica" remonta al anarcosindicalista frances G. Sorel, quien escribía que las distintas ideologías "pueden poseer una gran eficacia" únicamente "cuando se las enfoca como mitos hábilmente creados y llamados a dar visos de realidad a las esperanzas que inspiran nuestra conducta en el presente"[52]. A Sorel no le importa que estas ideologías tengan o no tengan algún contenido objetivo. Es más, no le importa si es realizable o no lo que constituye el contenido fundamental del mito. Pues, según él, el mito es un conjunto de imágenes "capaces de provocar, sin ningún análisis previo, a fuerza únicamente de la *intuición,* los sentimientos correspondientes a diversas manifestaciones de la guerra comenzada por el socialismo contra la sociedad moderna"[53].

Apoyándose en semejantes premisas, Sorel presentó la tesis de que "todo el socialismo" se concentraba en la idea de la huelga general. Con la particularidad de que —afirmaba Sorel— no importa en absoluto si es la huelga general algo efectivamente realizable o constituye sólo un fruto de la imaginación popular. Hay que enfocarla como medio de influencia sobre el proletariado para inspirarle a la lucha contra la sociedad existente. La huelga general es, según Sorel, precisamente una concepción mitológica que abarca a todo el socialismo: conjunto de imágenes capaces de originar precisamente los sentimientos que correspondan a las distintas

---

[51] R. Aron. *L'Opium des intellectuals.*
[52] G. Sorel. *Reflexion sur la violence,* Paris, 1912, 3-ème ed, p. 177.
[53] Ibid., p. 173.

manifestaciones de la lucha socialista contra la sociedad moderna. "Las huelgas engendraron en el proletariado los sentimientos más nobles y profundos... que la huelga general ensambla en una composición comunicando, merced a ello, la máxima intensidad a cada uno de ellos, originando en los obreros los recuerdos más agudos de los conflictos particulares y dando un intenso color a todos los detalles de la composición que se presenta a la conciencia. De este modo, obtenemos intuitivamente una imagen tan completa del socialismo que no obtendríamos merced únicamente a los razonamientos"[54].

Percibiendo sólo semejante concepción, precisamente, Aron intenta presentar la ideología comunista como un conjunto de tres mitos: el "mito del izquierdismo", el "mito de la revolución" y el "mito del proletariado"—, que influyen nada más que en los sentimientos y emociones de los hombres, y "refutar" de este modo al marxismo.

Semejante "refutación del marxismo no contiene nada que no sea falsificación y trucos propagandísticos. Al ver con qué rapidez crecen las simpatías de numerosos intelectuales hacia el socialismo y el comunismo, Aron considera que puede impedirlo únicamente el aislamiento de los comunistas, para lo cual es necesario desvalorizar las ideas que vinculan a los comunistas con las demás fuerzas progresistas y democráticas. Aron, igual que otros autores de la teoría de la "desideologización", ataca al marxismo so pretexto de lucha de una ciencia social "pura" contra la ideología, bajo la bandera de "liberar" la conciencia social de las "estratificaciones ideológicas" de las épocas pasadas.

Surge la siguiente pregunta: ¿qué derecho tienen los teóricos de la "desideologización" a presentar el marxismo-leninismo como un conjunto de mitos ideológicos en el sentido que imprime Sorel a este término? No hay ni puede haber tal derecho. Sus intentos de refutar el marxismo y desvalorizar las ideas vivificantes de éste refutan en realidad únicamente su propia fraseología acerca del "declive de la era ideológica". El afán de los sociólogos burgueses de ocultar su ideología tras el biombo de un análisis sociológico supues-

[54] Ibid., p. 182.

tamente imparcial es un procedimiento que propicia la consolidación de imágenes falsas, ilusiones y prejuicios en la conciencia de ciertas capas sociales. Su argumentación "teórica" de la lucha contra la ideología comunista y el movimiento obrero es aplaudida por parte de elementos reaccionarios de extrema derecha.

Pero el programa anticomunista de la teoría de la "desideologización" no se limita sólo a plantear en general el problema, sino que va más lejos aún. Los intentos de una "refutación científica" del comunismo están vinculados en él estrechamente con recomendaciones políticas prácticas. En este programa se hace una delimitación de los distintos torrentes del proceso revolucionario mundial. Se trate de los países socialistas, el movimiento comunista y obrero en los países capitalistas o, por último, de las vías de desarrollo de países recién independizados de la opresión colonial, los teóricos de la "desideologización" se empeñan en buscar "argumentos" más convenientes en cada caso concreto para la falsificación y en confeccionar las correspondientes recomendaciones anticomunistas.

Los sociólogos burgueses concentran sus esfuerzos principalmente en la crítica de los principios de la ideología comunista. Su objetivo consiste en "probar" que esta ideología es ajena a la sociedad socialista.

Los tinglados teóricos de los sociólogos burgueses sobre la "declinación de la ideología" en los países socialistas no reflejan, ni mucho menos, la realidad, sino únicamente los deseos de la burguesía imperialista moderna y sus ideólogos. Estos últimos tratan de oponer todos a una la ideología comunista a las realizaciones económicas y sociales de los países socialistas para hacer embocar la idea de que el sistema socialista es completamente moderno en el sentido técnico-económico, pero "se ha rezagado" en el sentido espiritual. Y si el socialismo arrojase por la borda su ideología ("se desideologizase"), estaría "a nivel" de Occidente.

Las ideas del comunismo, que rebasan las fronteras nacionales, es lo que preocupa a los modernos ideólogos burgueses y contra lo que luchan. Su tarea consiste en desarmar el mundo socialista en el sentido ideológico.

Una vez "refutado" el marxismo y "mostrado" el proceso

de "desideologización" de los países del socialismo, los anticomunistas tratan de inculcar al pancista occidental la idea de que, si bien en la URSS y otros países socialistas "se observa una renuncia a la ideología comunista", no hay, con mayor razón, un fundamento para que el marxismo exista y se desarrolle en los países capitalistas. Esta idea reúne a todos los anticomunistas y hace juego a las fuerzas reaccionarias. Todos los vanos esfuerzos de los teóricos de la "desideologización" de hacerse pasar por ciertos liberales, que, según ellos, se pronuncian en la política contra los "de derecha" y los "de izquierda", contra los reaccionarios y los revolucionarios, sufren un fracaso. Su posición real sirve precisamente a la reacción política. Y puede convencerse otra vez de ello, si se analizan, aunque sea en forma breve, sus opiniones sobre el movimiento comunista internacional.

Como se ha dicho, la teoría de la "desideologización" descansa sobre idea ilusoria de que los movimientos políticos y las acciones políticas en la "sociedad preindustrial" expresaban los intereses de las clases, mientras que ahora ha llegado "el fin de la política ideológica, relacionada con las clases". Partiendo de eso, se extraen conclusiones teóricas y prácticas de largo alcance. Por ejemplo, los sociólogos burgueses afirman que, por cuanto los partidos comunistas reconocen que expresan los intereses de la clase obrera, por tanto estos partidos se han anticuado, no encuadran en la situación moderna y perpetúan las relaciones de la vieja "sociedad preindustrial". Los predicadores de la "declinación de la ideología", al declarar a los partidos comunistas adversarios principales del progreso, ponen de pies a cabeza la verdadera situación existente en el mundo.

Los teóricos de la "desideologización" tratan de culpar a los comunistas del reforzamiento de la actividad de las organizaciones francamente reaccionarias y del aplastamiento de las libertades democráticas burguesas. Ellos declaran que la existencia de los partidos comunistas de masas en los países capitalistas obliga a los gobiernos de éstos a aplicar una política que se apoya en los elementos reaccionarios. Y resumen que cuanto más influyentes son los partidos comunistas en algún país, tanto menos "estables" son allí la democracia y las instituciones democráticas.

En esta relación no carece de interés el razonamiento de Lipset en que se contiene, en forma concentrada, todo este programa: "Está claro que la propia existencia de poderosos movimientos comunistas en países como Francia e Italia es el factor principal que perpetúa las instituciones y valores de la vieja sociedad. En los países en que los comunistas constituyen influyentes partidos de la clase obrera y se aseguran alrededor de una cuarta parte de todos los votos, es difícil elegir a un gobierno progresivo. Si los gobiernos deben asegurarse a una mayoría de tres cuartas partes de la población no influenciadas por los comunistas, tienen que apoyarse, en gran medida, en los elementos conservadores y tradicionalistas. El hecho de que una cuarta parte de electores... resulten al margen del juego político, ofrece inevitablemente ventajas considerables a los conservadores. En efecto, al votar por los comunistas, los obreros franceses e italianos, privan a sí mismos del derecho electoral. Por eso, un partido comunista masivo no sólo sirve para fosilizar entre la clase obrera las orientaciones ideológicas típicas de la sociedad preindustrial, sino que hace también su contribución a la preservación de las orientaciones no modernas a las derechas"[55].

Según la lógica de Lipset, la connivencia con los elementos fascistas no amenaza a la "estabilidad de la democracia", sino que la amenaza a las "instituciones democráticas" parte de los comunistas. Los comunistas, convencidos del triunfo del nuevo régimen, pero que consideran que este triunfo llegará únicamente cuando la mayoría del pueblo se pronuncie conscientemente por el socialismo, resultan más peligrosos que quienes proclaman abiertamente que el terror dentro del país y la guerra mundial son los medios para conseguir su dominación y quienes declaran abiertamente que hay que apoderarse del poder mediante un complot.

Pero los hechos refutan estos infundios. Son los comunistas precisamente los que han sido siempre y seguirán siendo los defensores más consecuentes de la democracia, mientras que la existencia de un partido comunista masivo

[55] S. M. Lipset. *The Changing Class Structure and Contemporary European Politics.* — *Daedalus,* 1964, vol. 93, N° 1, p. 288.

en uno u otro país constituye una real garantía de la democracia. Los comunistas de Francia, Italia y otros países se oponen a la orientación reaccionaria de derecha de los gobiernos de los mismos. Al contrario, en los países en que los comunistas se encuentran en la clandestinidad, levantan cabeza elementos fascistas, revanchistas, clericales y otras fuerzas reaccionarias. Las opiniones que expone Lipset pueden servir para justificar cualesquiera acciones orientadas no sólo contra los partidos comunistas, sino también contra las reivindicaciones democráticas de la clase obrera.

Señalemos, por último, un punto más que tiene no poca importancia en el programa anticomunista de la teoría de la "desideologización" y representa una interpretación deformada del movimiento de liberación nacional de nuestros tiempos en general y un intento de influir de cierta manera sobre la opinión pública de los jóvenes Estados en desarrollo.

Como se sabe, la Gran Revolución Socialista de Octubre incorporó a los pueblos de las colonias al torrente general del movimiento revolucionario mundial. Este proceso se ha acentuado sobremanera después de la segunda guerra mundial, cuando a consecuencia del debilitamiento general del sistema capitalista mundial han conquistado la independencia decenas de países anteriormente oprimidos de Asia y Africa. Ante todos los Estados que han obtenido la independencia nacional, se plantea, en una u otra forma, la cuestión sobre la vía a seguir: la de desarrollo capitalista o la de desarrollo no capitalista.

No es un secreto para nadie que las potencias imperialistas utilizan todos los medios de influencia, económicos, políticos, militares e ideológicos, para forzar a los países liberados de la opresión colonial a emprender la vía capitalista de desarrollo, implantar en ellos valores, órdenes y relaciones sociales del "modo occidental de vida" y sustituir el viejo colonialismo descarado por el nuevo neocolonialismo disfrazado.

La teoría de la "declinación de la ideología" se encuentra en el cauce común de la política del capital monopolista respecto de los jóvenes Estados independientes. Tomando en consideración el ambiente creado en el mundo, los teóricos de la "desideologización" no se pronuncian abiertamente

contra los movimientos de liberación nacional y la concesión de la independencia a los países anteriormente oprimidos. Es más, no se pronuncia tampoco contra ciertas transformaciones sociales en estos países. Están "únicamente" contra el "extremismo" relacionado con todo eso. Y por "elementos extremistas" se entienden cada vez necesariamente los partidos comunistas o los partidos que se plantean el objetivo de luchar por la vía no capitalista de desarrollo. La finalidad principal de esta "estrategia global" consiste en mantener a los países en desarrollo en la órbita del sistema capitalista mundial, de los "valores occidentales" y del "modo occidental de vida". Lipset, por ejemplo, no oculta que el objetivo de su libro *Hombre político* consiste en hacer propaganda de las condiciones de funcionamiento de la "democracia coordinada" de Occidente: "Una comprensión más completa de distintas condiciones de existencia de la democracia puede ayudar a la gente a desarrollarla allí donde no existe"[56]. Lipset comprende que esta "democracia coordinada" no llegará de por sí (como igualmente cualquiera otra estructura estatal), sino que se crea "por voluntades de gentes que se expresan en sus acciones".

Los países económicamente atrasados de Asia, Africa y América Latina son, por decirlo así, el territorio en que los teóricos de la "desideologización" admiten la existencia y la necesidad de las ideologías y de la lucha ideológica. Con la particularidad de que esta última se interpreta en dos sentidos: en primer lugar, como la lucha ideológica entre distintos grupos y clases sociales dentro de esos países y, en segundo lugar, como la lucha ideológica que libran entre sí los países capitalistas y socialistas por los Estados subdesarrollados. "En estos Estados —escribe Lipset— se necesitan todavía una intensa controversia política y una ideología. Los problemas de la industrialización, del lugar de la religión y del carácter de las instituciones políticas no están resueltos aún, mientras que los argumentos referentes a todo eso se entrelazan estrechamente con la lucha internacional. . . La ideología y la pasión no se necesitan más para sostener la lucha de clases en el seno de las democracias estables y ricas, pero son

[56] S. M. Lipset. *Political Man*, p. 417.

necesarias absolutamente en el esfuerzo internacional por desarrollar libres instituciones políticas y económicas en el resto del mundo"[57].

No es difícil ver que este planteamiento del problema no concuerda con la orientación inicial y principal de los sociólogos burgueses sobre el "fin de la ideología" y el "fin de la lucha ideológica" en nuestros tiempos. Lipset se ve obligado a reconocer no sólo la existencia de la lucha ideológica de clases en los gigantescos territorios de Asia, Africa y América Latina en que vive la enorme mayoría de la humanidad, sino también el hecho de que estén incorporados a esta lucha los países capitalistas desarrollados y, por consiguiente, que en Europa y Estados Unidos, los distintos grupos sociales mantienen posiciones ideológicas diferentes y hasta opuestas respecto a los países del "tercer mundo". La teoría de la "desideologización" no puede componérselas. Todo el contenido, la lógica interna y la orientación ideológica y política de esta teoría refutan a ella misma.

[57] Ibid., p.p. 416-417.

LOS ASPECTOS IDEOLOGICOS DE LA TEORIA DE LA "DESIDEOLOGIZACION"

Más arriba hemos estudiado la teoría de la "desideologización" principalmente desde el punto de vista de su contenido, desde el punto de vista de si corresponden o no las tesis de sus autores a la realidad social. Hemos llegado a la conclusión de que en algunos casos esta teoría emplea ciertos hechos reales (determinados aspectos de la revolución científico-técnica, el crecimiento cuantitativo y la importancia práctica directa de las indagaciones sociales empíricas, los cambios en la estructura partidista y política de los países occidentales y, en particular, el paso de los líderes de derecha de la socialdemocracia a las posiciones de una defensa franca del régimen capitalista, etc.). Al mismo tiempo, las generalizaciones y conclusiones que saca dicha teoría de este material empírico, igual que toda su concepción sociológica son inconsistentes en el sentido científico.

Sin embargo, sería, por lo visto, insuficiente limitarse únicamente a eso en el análisis crítico de la teoría de la "desideologización". Esta teoría no figura entre las llamadas concepciones "académicas", profesorales, cuyo destino social está velado por las formulaciones abstractas y vagas. El llamamiento a la "desideologización" es un manifiesto llamamiento ideológico, que se ha promovido, en los últimos años a primer plano de la lucha ideológica entre el mundo del capitalismo, de un lado, y las fuerzas socialistas y progresistas de la contemporaneidad, de otro. Por eso, hay que examinar con mayor detalle algunos rasgos específicos de la teoría de la "desideologización", como doctrina ideológica, y sus fuentes sociales de clase y las funciones ideológicas.

Sobre la crisis de la ideología burguesa

La teoría de la "desideologización" no puede considerarse divorciada de la crisis de la ideología burguesa, de la crisis del pensamiento filosófico y sociopolítico burgués en conjunto. Se sobrentiende que el tema de la crisis de la ideología burguesa es muy amplio y no puede ser aclarado aquí en plena medida. Por eso, lo tocaremos únicamente en el grado en que esto sea necesario en relación con la crítica de la teoría de la "desideologización".

La crisis de la ideología burguesa tiene profundas raíces sociales y de clase y es un hecho de alcance histórico universal. Es una crisis de la ideología de la clase que impide el progreso histórico de la humanidad, la clase que tiene un pasado, pero carece de futuro. El estado de crisis del pensamiento social burgués no puede considerarse como un acto único que ha ocurrido de repente. Es un proceso complicado y largo, que refleja, en última instancia, la evolución de la crisis, putrefacción y extinción del sistema capitalista.

La ideología burguesa como concepción del mundo de una clase gobernante se formó en la época en que el capitalismo era una formación socioeconómica dominante en el planeta y capitaneaba, casi sin impedimento, no sólo en los países europeos y norteamericanos, sino también en los gigantescos territorios coloniales y semicoloniales. Era el capitalismo de la libre competencia y de empresas relativamente pequeñas. Las orientaciones ideológicas sobre el organismo social, su funcionamiento "normal", la libre empresa privada, la democracia, la libertad, etc., en otros términos, todo el conjunto de ideas burguesas sobre la sociedad se formó precisamente en aquel ambiente sociohistórico. Estas ideas servían de guía en la actividad práctica tanto de individuos sueltos como de toda la clase burguesa.

Uno de los pilares de la ideología del período de la libre competencia era, por ejemplo, el principio del "estado natural" de la sociedad. Con su ayuda, los ideólogos burgueses trataban de probar que el desarrollo de las relaciones capitalistas significaba que en la sociedad se restablecía el "orden natural", libre de las estratificaciones ajenas del medioevo. El hombre debe estar libre de todas las trabas que aherro-

jan su iniciativa. Se consideraba que las bases de la actividad productiva, comercial, de transporte y cualesquiera otros negocios eran las firmas relativamente pequeñas que, al "competir libremente" entre sí, obtenían ventajas mutuas. En aquel entonces aun existían ilusiones de que ninguna firma pudiese crecer tanto que sería capaz de imponer, en el mercado, sus propias condiciones a otras firmas. La ideología tradicional subrayaba que "las firmas de negocios son generalmente pequeñas y su poderío... se condiciona rigurosamente por la competencia"[1]. Cada uno, si es que poseía el mínimo necesario del capital, podía abrir su propio "negocio". Se consideraba que el desarrollo económico de la sociedad se orientaba por la competencia cristalizada espontáneamente y que la formación de precios, la ganancia y el emplazamiento geográfico de la producción eran obra de la "mano invisible" de la competencia.

La idea del "estado natural" fue extendida también a las esferas política y jurídica. Los ideólogos burgueses afirmaban que los derechos "naturales" del hombre eran inalienables por su esencia: todos los hombres tenían igual derecho a la vida, la libertad y la propiedad, mientras que los gobiernos existían para defender este derecho. El Estado fue creado inicialmente mediante un acuerdo voluntario, es decir, con ayuda del tratado social, que brindó a la gente la posibilidad de vivir en paz y bienestar. Si el Estado violaba los "derechos naturales" de los hombres, éstos podían sustituir el gobierno. Estas tesis formaron parte, de una u otra manera, de las Constituciones de los jóvenes Estados burgueses de Europa y América.

La ideología burguesa de los siglos XVIII y XIX consideraba la idea del "orden natural" no sólo como el principio universal de la estructuración de la sociedad, sino también como el principio universal de la naturaleza. Esta idea concordaba bien con las representaciones de las ciencias naturales y, particularmente, la mecánica clásica de aquel entonces. Como señala J. Bernal, "era en extremo conveniente descubrir que todo el universo se mueve según las leyes eternas y

[1] F. Sutton, S. Harris, C. Kaysen, J. Tobin. *The American Business Creed,* Cambridge, Massachusetts, 1956, p. 57.

que con una buena Constitución no habrá razones para cualesquiera cambios"[2].

Así pues, el sistema capitalista actuaba como un "sistema natural", basado en las leyes universales de la propia naturaleza humana, que se hallaban en correspondencia con las leyes eternas de todo el Universo. En la lengua moderna se podría llamarlo un sistema autorregulado, que fue puesto en movimiento una vez y que funcionaría de semejante modo mientras no se le aplicase alguna fuerza externa.

Desde su surgimiento mismo, el principio del "orden natural" fue contradictorio internamente. Por una parte, desempeñaba un papel progresivo, ya que era enfilado contra la ideología feudal y clerical y, por otra parte, proclamaba la eternidad y la invariabilidad de las relaciones capitalistas.

Pero el desarrollo real de la sociedad contradecía por completo estos ideales de la ideología burguesa. Las profundas transformaciones socioeconómicas y políticas de finales del siglo XIX y del XX le ocasionaron un daño irreparable. El golpe más fuerte fue asestado por el movimiento comunista y obrero internacional que se guía, en su actividad práctica, por los principios de la ciencia social marxista-leninista.

En la lucha de la ideología proletaria contra la ideología burguesa se puede destacar tres períodos principales. El primer período es la elaboración por Marx, Engels, Lenin y otros marxistas de la teoría del comunismo científico y la unión de ésta con el movimiento obrero, es el desenmascaramiento teórico del carácter no científico de las bases de la ideología burguesa que reflejan sólo la actitud estrechamente clasista de la burguesía ante el ser social. Fue el primer golpe asestado a la ideología burguesa. El segundo período comienza en 1917. La propia práctica de la edificación del nuevo mundo ha mostrado que los principios burgueses del orden social, que sus ideólogos hacían pasar por principios eternos, únicos y naturales, han sido en realidad pasajeros y limitados desde el punto de vista clasista. Han sido sustituidos por nuevos principios.

La formación del sistema socialista mundial y el rápido

[2] J. D. Bernal. *Science in History*, Lnd. 1954, p. 722.

desmoronamiento del sistema colonial del imperialismo han puesto comienzo al tercer período, conduciendo a la restricción sucesiva de la esfera del funcionamiento de la ideología burguesa. La ciencia social marxista-leninista, base de la ideología comunista proletaria, se ha enriquecido con nuevos principios y nuevas tesis. Se ha convertido en una gran fuerza creadora y transformadora de la contemporaneidad y en guía para la actividad política práctica de una parte considerable de las masas trabajadoras del mundo capitalista. Se hace cada vez más patente que la ideología burguesa no puede responder a los problemas que preocupan ahora a la humanidad y oponerse a la doctrina marxista-leninista. Como se señala en el Programa del PCUS, las doctrinas y escuelas burguesas "no han podido ni pueden dar una respuesta científica a los problemas que plantea la vida. La burguesía no está ya en condiciones de formular ideas capaces de arrastrar a las masas populares. En los países capitalistas son cada día más las personas que rompen con las concepciones burguesas"[3].

La lucha entre las ideologías comunista y burguesa ejerce una influencia muy fuerte sobre esta última, sobre la confección de sus doctrinas teóricas, la orientación ideológica de éstas, los medios y métodos de su difusión, propaganda, etc.

La crisis de la ideología burguesa está vinculada también con los cambios estructurales que se operan en el propio sistema capitalista. A medida que el capitalismo de la libre competencia se iba transformando en capitalismo monopolista de Estado, muchas de las orientaciones ideológicas tradicionales empezaban a contradecir la realidad, perdieron su importancia y sentido y se hicieron inadmisibles como principios rectores de la actividad de la burguesía. El capitalismo monopolista de Estado conduce inevitablemente a una ruptura de los principios burgueses tradicionales y una "revaloración de valores" de la ideología burguesa del período de la libre competencia. Las ideas anteriores sobre el individualismo, el liberalismo, la democracia, la libertad, la actividad empresarial privada, etc. pierden su "capacidad de convencer". La literatura sociológica y política burguesa de la

[3] *Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética,* ed. en ruso, Moscú, 1964, pág. 51.

actualidad rebosa de razonamientos sobre el vacío ideológico de la sociedad occidental y sobre la falta de nuevos ideales y valores. El tema del fracaso de las ilusiones, esperanzas e ideales sirve de base para el argumento de muchas obras literarias, piezas teatrales y películas.

Actualmente es evidente para todos el fracaso de la idea del "estado natural" de la sociedad, como se le concebía en los siglos XVIII y XIX. Los gigantescos consorcios monopolistas de Estado dominan ilimitadamente en la vida económica. Continúa el proceso de concentración y centralización del capital, lo que conduce a la formación de los llamados supergigantes, muchos de los cuales son asociaciones internacionales. La era de la dominación de las firmas pequeñas y medias pertenece ya a un pasado lejano. La economía capitalista no puede existir ya sin una intervención "externa" que se realiza en muchísimas formas por el Estado y la administración gubernamental. El crecimiento del papel del Estado en la vida económica constituye uno de los rasgos más característicos del capitalismo moderno.

El Estado representado por diversos servicios gubernamentales, comprendidos los servicios secretos, influye constantemente sobre todas las esferas de vida de la sociedad. La regulación de la economía alcanza el nivel de programación. El sistema capitalista de Estado ha reducido al mínimo la esfera y la importancia de la libre competencia en la acepción tradicional de este término. En varios países burgueses ha crecido esencialmente el sector estatal de la economía. Por ejemplo, en los EE.UU. la proporción correspondiente al sector estatal en el total de la renta nacional de 1967 (650 mil millones de dólares) constituyó 227 mil millones.

Actualmente, un individuo burgués, movido por el afán de lucro, se encuentra en condiciones muy diferentes que las de la libre competencia. Para él está cerrado, en esencia, el camino de una actividad económica independiente en la esfera de la producción o del mercado; no puede ya fundar su propio "negocio". El individuo debe ponerse al servicio del aparato burocrático de administración: estatal o corporativo. La crisis de los principios, ideales y normas individualistas tradicionales constituye, sin duda, una manifestación de la crisis de la ideología burguesa en general. ". . .El

desarrollo de la organización monopolista de Estado del capitalismo estadounidense —escribe el sociólogo soviético, profesor Y. Zamoshkin— agrava en gigantesca medida las principales contradicciones interiores en la esfera de la ideología, la sicología y la moral burguesas, engendra lógicamente una *crisis general en proceso de profundización de la conciencia individualista* y contribuye al máximo al surgimiento masivo de los fenómenos deformados en la conducta de hombres y de las enfermedades sociales del individuo"[4].

Así pues, la contradicción flagrante entre las representaciones tradicionales y la realidad existente constituye una de las manifestaciones de la crisis de la ideología burguesa. Se han anticuado muchas orientaciones ideológicas, formadas en el pasado. Estas tendencias reales se han reflejado (cierto es que en forma tergiversada) en la teoría de la "desideologización". En efecto, si sus autores afirman que "ha finalizado el siglo" de las representaciones burguesas tradicionales, no hay necesidad de discutirlo. Lo principal no es hacer constar este hecho, sino enfocarlo y apreciarlo. No se puede en manera alguna concluir de ello que la crisis de la ideología burguesa y la inaplicabilidad de muchos de sus principios a la realidad social existente significan la "declinación" de la ideología en general. Y constituye un absurdo extremo la tesis de que el "fin de la ideología" es, ante todo, el fin de la ideología marxista-leninista.

No se puede imaginar que la crisis de la ideología burguesa moderna sea una putrefacción incesante y la entrega constante de una posición tras otra. La burguesía imperialista y los portadores ideológicos y teóricos de sus intereses toman conciencia, hasta cierto grado, de esta crisis y tratan de superarla con los medios que tienen a su alcance. Entre ellos figuran un gran reforzamiento de la presión ideológica sobre las amplias masas trabajadoras, un colosal crecimiento de la producción ideológica y propagandística y la aparición de las concepciones teóricas (filosóficas, económicas, sociológicas, morales y de otra índole) llamadas a llenar el vacío ideológico existente. Es precisamente a la crisis de la ideolo-

[4] Y. Zamoshkin. *La crisis del individualismo burgués y el individuo*, pág. 73.

gía burguesa a la que se deben también los intentos cada vez más frecuentes de cometer actos subversivos en la esfera de la ideología contra los países socialistas.

Es preciso tener en cuenta que la ideología burguesa puede pasar a la contraofensiva en algunos frentes, en particular, en el frente teórico. Se plantea, ante todo, la tarea de crear una alternativa ideológica a la doctrina marxista-leninista, argumentar las formas económicas y políticas del capitalismo monopolista de Estado, elaborar los principios —renovados y correspondientes a la realidad moderna— de una filosofía política y moral y adaptarse a las demandas que presenta la actual revolución científico-técnica. Hoy día, el pensamiento social burgués trabaja en medida considerable precisamente en esta dirección, tratando de comprender en el sentido ideológico la nueva situación tanto en el ámbito internacional como en sus países. Pero esto se expresa en diferentes formas. No todas las tendencias y escuelas del pensamiento social burgués persiguen subjetivamente esta finalidad, no todas ellas son tan orientadas en el sentido ideológico, ni tampoco todos los sociólogos, filósofos y economistas, ni mucho menos, comprenden en qué cauce se opera la formación de sus concepciones. Es más, algunos pensadores avanzados, progresistas y democráticos se oponen a este torrente ideológico común y tratan de vencer su influencia. No obstante, la moderna sociedad burocratizada y monopolista de Estado exige que sus representantes espirituales elaboren una argumentación renovada y precisada de la existencia de aquélla. Y esta exigencia se manifiesta inevitablemente, en una u otra forma, en las obras de los sociólogos burgueses. Es en esta situación precisamente en que radican las causas de la aparición de novísimas concepciones burguesas económicas; sociológicas y filosóficas. La actual crisis de la ideología burguesa da origen a los procesos de reorientación ideológica y de "revaloración de valores" y a los intentos de elaborar los principios y orientaciones ideológicas modificados, transformados.

Tomando en consideración la amplia intervención del Estado y sus organismos en la vida económica de los países capitalistas y una vertical disminución de la esfera de la libre competencia en su acepción tradicional, la actual ideolo-

gía burguesa intenta suplantar la doctrina de un capitalismo "natural" por distintas teorías de un capitalismo "regulado", "administrado", un capitalismo "de los gerentes". En su libro *El credo del business americano,* los sociólogos estadounidenses F. Sutton, S. Harris, C. Kaysen y J. Tobin escriben que es preciso distinguir dos modos de comprensión, dos modos de pensamiento en la ideología moderna del business. Los llaman variantes "clásica" y "managerial" ("de gerente") del credo. La variante "clásica" se concentra en torno al modelo de un capitalismo descentralizado, privado y competitivo, en que la demanda y la oferta, al actuar a través del mecanismo de la formación de precios, regulan la economía en sus detalles y en conjunto. En la variante "managerial", el acento se pone en el papel que corresponde en las grandes firmas a los gerentes profesionales que obtienen la posibilidad de orientar en cierto grado las fuerzas económicas y regularlas en cierto sentido. Estas dos variantes, examinadas en abstracto, "son diferentes del todo, por su concepción fundamental, y es difícil, sin duda, que armonicen por entero"[5].

Son muy significativos los razonamientos subsiguientes de dichos autores. Llegan a la conclusión de que el contenido de la variante "clásica constituye la base de la ideología del business". Y aunque la variante "managerial" se diferencie de la "clásica" por la interpretación de muchos problemas, no se la puede considerar en manera alguna como "un credo separado"[6]. La actual ideología del business descansa sobre la ideología "clásica". "...Es difícil que la variante managerial se elabore hasta el grado en que pueda ocupar el lugar de la vieja variante clásica"[7].

Como vemos, dichos sociólogos exponen en forma peculiar la idea de que las modernas doctrinas ideológicas de Occidente son variantes de reorientación de la ideología burguesa y expresan su afán de adaptarse al orden de cosa existente. No es menos importante su confesión de que estos intentos de renovación ideológica, en conjunto, están condenados al fracaso. Lo mismo señalan otros muchos autores.

---

[5] F. Sutton, S. Harris, C. Kaysen, J. Tobin. *The American Business Creed,* p. 34.

[6] Ibid.

[7] Ibid., p. 405.

Los sociólogos estadounidenses J. Bensman y B. Rosenberg subrayan el hecho de la burocratización universal de la actual sociedad burguesa. Dicen que en esta sociedad, la demanda de la competencia y calificación durante la solución de problemas cada vez más estrechos y específicos se convierte en verdadero imperativo ideológico ampliamente difundido. "Si en la sociedad contemporánea ((burguesa. — *L.M.*) hay una ideología universal, que sustituye las ideologías que se han terminado, es la ideología expuesta o no expuesta de la eficiencia"[8]. Bensman y Rosenberg suponen que en los EE.UU. existe una literatura bastante copiosa que trata de elaborar una "nueva ideología burocrática, managerial", partiendo precisamente de este culto a la eficiencia. La base de estas obras es una gran corporación monopolista de Estado, que posee una gigantesca fuerza social, económica y política. Sin embargo —concluyen Bensman y Rosenberg—, no existen pruebas de que semejantes intentos interesarán a un gran número de hombres en la sociedad estadounidense o, por lo menos, a un gran número de gerentes. Los intelectuales "han sido simplemente no persuasivos o insuficientemente persuasivos en sus intentos de formular una nueva ideología burocrática, managerial"[9].

Pero la incapacidad del actual pensamiento social burgués para promover las ideas que arrastren a las grandes masas populares no constituye en realidad un resultado sólo de las cualidades personales de sus representantes, sino que tiene profundas raíces sociales, de clase. La burguesía imperialista es una clase reaccionaria y parasitaria y no puede por eso elaborar una ideología atractiva para las grandes masas trabajadoras.

La teoría de la "desideologización" es una de las manifestaciones más patentes de la crisis de la ideología burguesa y de su incapacidad de contestar a las cuestiones cardinales del desarrollo social contemporáneo. Junto con otras novísimas doctrinas sociológicas y económicas burguesas, esta teoría constituye también un intento sui generis de modernizar la concepción del mundo burguesa y adaptarla a la rea-

[8] J. Bensman and B. Rosenberg. *Mass, Class and Bureaucracy*, New York, 1963, p. 508.

[9] Ibid., p. 509.

lidad social contemporánea. La esencia social de esta teoría estriba en tratar de argumentar la necesidad de cierta modernización de la mundividencia burguesa en las condiciones de la segunda mitad del siglo XX a fin de crear una alternativa ideológica más eficiente a la doctrina marxista-leninista y satisfacer las demandas ideológicas de la burguesía monopolista de Estado.

Algunos mecanismos sociosicológicos del surgimiento de las concepciones sobre el "fin de la ideología"

Surge la pregunta: ¿por qué la defensa teórica del capitalismo monopolista de Estado reviste en la sociología burguesa una forma tan peculiar como es la negación de la ideología? ¿Por qué existe una contradicción tan evidente y, a primera vista, tan absurda, cuando un programa francamente ideológico se escuda en la lucha contra la ideología?

Hemos tratado de contestar ya a estas preguntas en los capítulos precedentes. No cabe duda de que las causas decisivas de esta situación radican en que la ideología burguesa se desacredita cada vez más ante las grandes masas trabajadoras. Este antagonismo cada vez más hondo entre la ideología dominante de la sociedad burguesa y los intereses de los trabajadores obliga a muchos teóricos de Occidente a adaptarse a las modificaciones de la situación y promover distintas concepciones y doctrinas francamente burguesas en forma de negación de su carácter de clase, en forma de concepciones y doctrinas "humanas universales" y "no ideológicas". La mercancía ideológica, igual que otra cualquiera, debe venderse al consumidor. Esto da origen a toda clase de artimañas (hasta la demagogia social) necesarias para lograrlo. Pero las condiciones de venta ejercen un esencial influjo no sólo en los procedimientos y métodos de la propia venta, sino también en los de fabricación de la producción ideológica.

La doctrina del "fin de la ideología" tiene sus fuentes sociosicológicas. Es importante poner al descubierto estas fuentes, ya que la doctrina de la "desideologización" constituye, a nuestro parecer, una específica manifestación ideológica de la organización burocrática del actual capitalismo monopo-

lista de Estado. Esta teoría eleva al grado de doctrina sociológica las imágenes e ilusiones de la conciencia consuetudinaria de algunos grupos sociales de la sociedad burguesa que han condicionado precisamente el principal contenido de aquélla y su carácter contradictorio que salta a la vista.

A nuestro parecer, el específico medio social, que ha engendrado las concepciones sobre el "fin de la ideología", han sido, ante todo, ciertas capas de la burocracia administrativa, formadas en los últimos decenios en los países capitalistas adelantados. Por burocracia, en la amplia acepción del término, se entiende, por lo común, la administración burguesa de las esferas económica, política, militar y otras. El colosal crecimiento de este aparato se debe a muchas causas objetivas, ante todo, a la concentración y la centralización del capital y a las necesidades productivas que se amplían y se complican en el curso de la revolución científico-técnica. En las condiciones de la dominación de las relaciones de producción capitalistas, este aparato ha adquirido el carácter y la estructura de una típica jerarquía burocrática.

Siendo una institución de la sociedad burguesa contemporánea, el sistema administrativo burocrático representa una gigantesca máquina que se utiliza por el gran business como medio efectivo para obtener máximas ganancias en la esfera económica y como instrumento de coacción y aplastamiento políticos e ideológicos de grandes sectores de la población.

La burocratización de todos los aspectos de la vida social es un resultado social necesario de la dominación del capital monopolista de Estado. Desde el punto de vista del tema que nos interesa, se puede destacar tres direcciones fundamentales de esta burocratización. Ante todo, es el crecimiento del número de gerentes profesionales en la esfera económica y el aumento del papel y la importancia de la burocracia corporativa. A diferencia del capitalismo del período de la libre competencia, en que las firmas productivas y comerciales eran relativamente pequeñas, y el dueño de la empresa era con frecuencia su gerente o tenía una plantilla muy limitada de administradores, en la actualidad, los trusts y supertrusts poseen una cantidad considerable de gerentes, agentes, oficinistas, etc. De este modo se construye toda una

escalera burocrática. Cada escalón se ocupa de la solución de problemas estrictamente fijados.

La segunda dirección es la creciente burocratización de la vida política. En los países capitalistas se opera el proceso de profundización del carácter burocrático de los partidos políticos burgueses, crece la máquina administrativa gubernamental, militar y regional, se ensamblan la burocracia estatal y la corporativa y, por último, se burocratiza todo el sistema político, lo que se revela, en particular, en el carácter de las relaciones entre los partidos gobernantes y oposicionistas (no marxistas). En el marco de las "reglas de juego" burocráticas y prescritas se realizan una oposición más bien por su forma que por la esencia y una rigurosa reglamentación de los métodos y medios de lucha entre los partidos.

La tercera dirección es la burocratización de la vida espiritual de la sociedad capitalista, comprendidas la ciencia, la cultura y la ideología. El afán de los monopolios de ejercer un control sobre esta esfera conduce a la formación de una burocracia cultural-ideológica[10]. Los intelectuales, representantes de las llamadas profesiones liberales pierden cada vez más su relativa independencia anterior, convirtiéndose en cumplidores de los pedidos de la burocracia gubernamental y corporativa. Las libertades universitarias, que eran otrora un objeto de orgullo de los profesores liberales, se convierten hoy día en objeto de una amarga ironía. La burocracia incluye también a peritos científicos, comprendidos especialistas en muchos problemas de las ciencias sociales y naturales, y emplea sus conocimientos en su inmediata actividad práctica.

La situación social de la burocracia monopolista de Estado engendra tendencias contradictorias en extremo en su conciencia práctica consuetudinaria. Por una parte, siendo una capa social relativamente joven, esta burocracia exige una argumentación teórica de sus derechos económicos y políticos y, por consiguiente, de su situación en la sociedad burguesa. Necesita definiciones de nuevos valores en el ambiente de

---

[10] Véase sobre el particular A. Galkin. *La élite gobernante del capitalismo moderno.* — *Mirovaya ekonómika y mezhdunaródnye otnoshenia,* 1969, N°3.

una encarnizada lucha ideológica entre los dos sistemas mundiales, del desmoronamiento del sistema colonial y de la revolución científico-técnica, en las condiciones de la dominación de las grandes asociaciones monopolistas en la vida económica de los países capitalistas. En otros términos, la burocracia monopolista de Estado necesita una ideología (como cierta comprensión de los acontecimientos que se operan en el mundo y como una guía de acción). Debido a que toda esta máquina burocrática está al servicio del gran capital, atendiendo, en fin de cuentas, sus intereses, las orientaciones ideológicas, surgidas a nivel de la conciencia consuetudinaria y de la sicología social, corresponden en lo principal y en conjunto a estos intereses. Es cierto que algunos gerentes, representantes de la burocracia política y funcionarios peritos pueden ocupar, a veces, posiciones de una relativa independencia, pues han pasado por una escuela de administración y comprenden mejor que los propios capitalistas la producción moderna y las posibilidades potenciales y consecuencias sociales de los descubrimientos científicos. En este caso, no obstante la unidad de concepciones, los capitostes de los monopolios y la burocracia administrativa pueden apreciar algunos fenómenos de diferente manera.

Por otra parte, la burocracia monopolista de Estado mantiene una actitud nihilista ante las concepciones burguesas tradicionales del período de la "libre competencia", ya que las antiguas consignas de individualismo y actividad empresarial privada, de "derechos naturales", etc., no pueden servirle por completo de puntos de referencia en la actividad práctica. Ante sus ojos, la crisis de estos principios ideológicos aparece como el "fin de la ideología" en general, como un desmoronamiento de todo el conjunto de concepciones y teorías ideológicas que sirven de guía en la actividad práctica y política.

Además, la administración burocrática de las corporaciones significa, en particular, que distintas medidas se preparan y se aplican por una gran cantidad de especialistas limitados, cada uno de los cuales no considera en un amplio plano los objetivos y los resultados de su actividad. En la mayoría de los casos, el trabajo en las organizaciones burocráticas no tiene un profundo sentido social para sus ejecutores. Los ya

mencionados sociólogos estadounidenses Bensman y Rosenberg señalan en este sentido que una "eficiencia mecánica en el cumplimiento de las tareas prescritas, al margen de un objetivo más amplio, constituye el único ideal específico" de la sociedad burocrática[11].

Las condiciones socioeconómicas de existencia de la burocracia monopolista de Estado engendran inevitablemente en ella las ideas de que las amplias teorías generalizadoras son innecesarias e inútiles. El imperativo ideológico del sistema burocratizado pasa a consistir en la demanda de una competencia y calificación durante el cumplimiento de las tareas específicas cada vez más estrechas. La calificación en las distintas soluciones administrativas y en las recomendaciones se identifica con una orientación a las reglas y prescripciones estrictamente fijadas sin tener en cuenta cualesquiera valoraciones morales e ideológicas de la realidad. Un conocimiento exactamente verificado se opone no sólo a las vagas formulaciones de las anteriores orientaciones ideológicas burguesas del período de la "libre competencia", sino también a la ideología en general.

Las representaciones contradictorias de la burocracia administrativa sobre las concepciones ideológicas generalizadoras (por una parte, una actitud despreciativa ante toda "ideología" y, por otra, la demanda de crear una argumentación ideológica del capitalismo monopolista de Estado) se manifiestan con particular relieve en la teoría de la "desideologización" que, al tratar de probar la "declinación del siglo ideológico", constituye, al mismo tiempo, una defensa ideológica de los modernos órdenes burgueses. En el marco de esta contradicción se desenvuelve toda la argumentación de los creadores de dicha teoría.

En la actividad de la administración cabe distinguir siempre dos aspectos: organizativo-técnico y socioeconómico. El primer aspecto "emana del carácter de todo trabajo social como forma universal de interacción entre el hombre y la naturaleza a fin de obtener de ella los medios de vida". El segundo "muestra qué propiedad sirve de base económica para

[11] J. Bensman and B. Rosenberg, *Mass, Class and Bureaucracy*, p. 508.

realizar la administración, qué clase (clases) la realizan, en interés de quién y con qué métodos"[12]. Por eso, sólo teniendo en cuenta los dos aspectos, es cómo se puede comprender con acierto la esencia de las decisiones administrativas y su importancia social.

Los teóricos de la "desideologización" absolutizan sin fundamento precisamente el aspecto organizativo-técnico. Elevan a nivel de doctrina sociológica las ilusiones de la burocracia administrativa burguesa de que un sistema de administración bien organizado pueda resolver cualesquiera problemas sociales. Con la particularidad de que el sistema administrativo de las corporaciones se presenta como modelo de estructuración de la administración de toda la sociedad, comprendidas sus esferas política y espiritual. Desde este punto de vista, todo lo que infringe o impide el ritmo y la dirección —fijados desde arriba con ayuda de los procedimientos burocráticos— de los procesos sociales se considera como algo ajeno a toda la sociedad, como algo ilegítimo. Cada tornillo y cada ruedita en este mecanismo de reloj de una sociedad burocratizada deben supeditarse sólo a los impulsos dados desde arriba y, en definitiva, ponerse en acción por el resorte del capital monopolista de Estado. Por eso, los teóricos de la "desideologización" libran una lucha encarnizada contra cualesquiera acciones de masas de los trabajadores y, sobre todo, contra el movimiento comunista y obrero internacional que amenaza no sólo con poner fuera del funcionamiento "normal" cualquier eslabón, sino con destruir todo el mecanismo.

Las ideas sobre los gerentes profesionales, importantes y necesarias en la esfera de la administración inmediata de la producción moderna, resultan específicamente reducidas, superficiales y reaccionarias, cuando se las extiende a los problemas sociales y políticos generales.

Marx señalaba que "la burocracia sólo es un "*formalis-*

---

[12] V. Afanásiev. *La revolución científico-técnica y los problemas de la administración de la sociedad. — Sotsialnie problemy sovreménnoi naúchno-tejnícheskoi revolútsii.* Informes y comunicaciones, hechos en la sesión científica conjunta de la Academia de Ciencias Sociales, aneja al CC del PCUS, y el Instituto de Ciencias Sociales, anejo al CC del PSUA, el 25 y el 26 de noviembre de 1968. Moscú, 1969, pág. 47.

mo" del contenido que se encuentra fuera de ella"[13]. Debido a que la burocracia convierte en su contenido los objetivos formales, entra en todas partes en conflicto con los objetivos reales. "Se ve obligada, por eso, a hacer pasar lo formal por contenido, y el contenido por algo formal"[14]. Como resultado, los límites del mundo exterior se restringen para ella por la esfera de su actividad. Los problemas que se plantean inmediatamente ante un burócrata le parecen problemas verdaderos, reales. Lo demás tiene una importancia secundaria o, en todo caso, supeditada. La esfera de la actividad de los gerentes, siendo una esfera de administración y de organización de toda clase de vínculos y relaciones funcionales técnicos, le parece a un burócrata la más esencial e importante en el sentido social, y esto es precisamente lo que es digno de atención de la ciencia social. En opinión de este burócrata, es aquí precisamente donde se concentran los problemas irresueltos de toda la sociedad. Este enfoque conduce a que los problemas sociales verdaderamente cardinales se declaran simplemente inexistentes o resueltos, mientras que la moderna sociedad capitalista se califica de una "buena sociedad" que no exige serios cambios sociales.

Sobre las funciones ideológicas de la teoría de la "desideologización"

Anteriormente se ha mostrado que la teoría de la "desideologización" constituye, ante todo, una expresión y síntesis teóricas del enfoque burgués de la solución de unos u otros problemas prácticos que surgen, refractados a través del prisma de los intereses de la burocracia monopolista de Estado. Sin embargo, para caracterizar con mayor plenitud esta teoría es preciso señalar un rasgo típico más de ella. La teoría de la "declinación de la ideología" es una manifiesta doctrina ideológica burguesa. Como tal, está vinculada del modo más directo con los intereses y las necesidades sociopolíticos prácticos de la clase dominante. Esto es lo que determina precisamente la esencia de sus principales funciones ideológicas. En este plano, la teoría de la "desideologización" cons-

[13] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. I, pág. 270.
[14] Ibid., pág. 271.

tituye simultáneamente una concepción de desarme y movilizadora. Su destino social objetivo consiste en desarmar ideológicamente (o, por lo menos, tratar de hacerlo) a las distintas fuerzas progresistas, democráticas y revolucionarias de nuestro tiempo. Esto, en primer lugar.

La teoría de la "desideologización" tiende, ante todo, a desorientar y desunir todos los principales torrentes del proceso revolucionario de nuestra época. Es claro que el afán de imponer la "renuncia a la ideología" significa un intento de torpedear desde dentro la unidad ideológica y política de las clases y los grupos sociales en los países socialistas y volver así el pensamiento social de estos países al "cauce de las tradiciones occidentales". La tarea consiste también en apartar del camino de la lucha revolucionaria contra el capitalismo a la clase obrera internacional, imponiéndole los principios y orientaciones ideológicos de la élite gobernante, e impedir el desarrollo y el fortalecimiento de la conciencia de clase proletaria. Esta teoría desempeña el mismo papel reaccionario respecto al movimiento de liberación nacional. En este caso, su función ideológica consiste en el afán de apartar este movimiento de otros torrentes del proceso revolucionario mundial (los países socialistas y el movimiento obrero internacional) para tratar de encerrarlo en un marco admisible para el capital monopolista de Estado. La consigna "¡Abajo la ideología!" desempeñaba un papel desorientador y desorganizador en los movimientos democráticos en los países capitalistas desarrollados, movimientos enfilados objetivamente contra la dominación de los grandes monopolios y la burocratización de la vida social, lo que se manifestó sobre todo, por ejemplo, en las primeras etapas del movimiento de las "nuevas izquierdas", en particular, del crecimiento del radicalismo estudiantil a comienzos de la década del 60.

Es completamente evidente la función ideológica de la teoría de la "desideologización" que consiste en un desarme ideológico de todos los destacamentos del frente antimonopolista. No es menos evidente su función movilizadora. Siendo, en esencia, un reflejo de la estructura social burocratizada del capitalismo monopolista de Estado en la esfera de las ideas, dicha teoría se combina en muchos aspectos con

los intereses y demandas del gran business. En este sentido, su destino ideológico consiste en consolidar, en la medida de lo posible, en torno a los monopolios y el Estado burgués a todas las fuerzas sociales y políticas, asegurando la base ideológica y teórica de esta consolidación. A nuestro juicio, en este caso se puede destacar las cuatro tendencias principales.

La primera tendencia. Los teóricos de la "desideologización" tratan de señalar las vías, así como los procedimientos y medios de adaptación de la ideología burguesa al mundo social contemporáneo y las formas de reorientación de la ideología burguesa. Con anterioridad hemos tocado ya algunas cuestiones relacionadas con la crisis de la ideología burguesa. La teoría de la "desideologización" no es sólo una manifestación de esta crisis, sino también un intento de señalar los métodos de su "superación". La tesis sobre el "fin de la ideología", en boca de sus autores, no significaba jamás, en aplicación a los países capitalistas adelantados, la liquidación o la desaparición de la ideología burguesa en general. Al contrario, tanto Bell como Lipset y Aron subrayan que esta ideología sigue existiendo. "El acuerdo político de la sociedad occidental —escribe Lipset— conduce ahora, en creciente medida, al punto de vista común sobre los problemas que antes separaban bruscamente las izquierdas de las derechas. Y este acuerdo ideológico, que puede ser descrito del mejor modo como "socialismo conservador", se convierte en la ideología de la mayoría de los partidos de los Estados desarrollados de Europa y America"[15].

Así pues, no se trata de ninguna "declinación" de la ideología burguesa en conjunto. Se extinguen únicamente los principios y orientaciones ideológicos anticuados. Esta tesis es una forma cómoda de reorientación de la ideología burguesa y de crítica y eliminación de las llamadas concepciones caducas, que no corresponden a las nuevas condiciones sociales, o, en otros términos, que son nocivas, desde el punto de vista de los teóricos de la "desideologización" y contrarias a los intereses del business. En este caso, ellos plan-

[15] S. M. Lipset. *The Changing Class Structure and Contemporary European Politics.* — *Daedalus,* 1964, vol. 93, N° 1, p. 296.

tean ante sí y ante sus partidarios ciertas tareas prácticas, que se extienden a las distintas esferas de la actividad intelectual, comenzando por la elaboración de la metodología de la ciencia social "ciencitista" y terminando por las recomendaciones políticas concretas para la burocracia corporativa y estatal. Estas tareas revisten un carácter tanto positivo como negativo. Los sociólogos burgueses promueven a primer plano la necesidad de criticar y derribar las viejas ideologías y coadyuvar al proceso de la "desideologización" allí donde ha empezado o donde lo exige la situación formada. Con la particularidad de que la lucha contra la ideología comunista es la principal (de eso se tratará más adelante), pero no la única.

La adaptación ideológica exige también ocupar una actitud crítica ante los tradicionales principios burgueses. Como dice E. Shils, lo más esencial es, en este caso, el que "en medio de las ruinas de las ideologías" surgen los problemas de carácter positivo. Es necesario formular como nuevas las viejas teorías e ideales, teniendo en cuenta los cambios operados en el mundo contemporáneo. Es preciso dar una interpretación renovada de la sociedad, revisar, desde el punto de vista de la "desideologización", la pasada historia de la humanidad y crear un pronóstico de la sociedad futura. "Debemos reconstruir nuestras convicciones, sin incurrir en la tentación —que no puede morir jamás por completo entre los intelectuales— de construir nuevas ideologías —escribe Shils—... La opinión de que nuestros ideales tradicionales han sido agotados, porque se han cumplido por entero, debe ser rechazada, igual que la convicción de que nuestra virtud consiste sólo en la negación de todo lo existente. Debemos descubrir en nuestros ideales históricos los elementos permanentemente válidos... Al rechazar las ideologías, debemos estudiar qué es lo que se puede salvar en ellas y qué es lo que es preciso mantener"[16].

La argumentación y la justificación del practicismo burgués estrechamente egoísta, en las condiciones actuales, constituye *la segunda tendencia.* Este practicismo, en con-

[16] E. Shils. *The End of Ideology? — Encounter,* November, 1955, vol. V, p. 57.

cepto de filosofía de cierta actividad práctica, recibe un nuevo respaldo teórico en forma de referencias a la supuesta invalidez de las evidentes valoraciones ideológicas, políticas y morales, en el proceso de esta actividad. En cualesquiera situaciones resultan correctas y verdaderas únicamente las acciones que reportan en el acto un provecho a los que poseen el poder y la riqueza.

La reducción de los problemas sociales a problemas puramente "técnicos" (administrativos), igual que su "desideologización" y "despolitización", se convierte en un método cada vez más difundido de la actividad práctica de los medios gobernantes de los países capitalistas. Como se ha dicho más arriba, esta tendencia existía en el pasado, antes del surgimiento de la teoría de la "desideologización". Pero esta teoría da nuevos estímulos al respecto. El tema tocado es muy amplio por su envergadura e importancia y requiere un análisis especial que rebasa el marco del presente trabajo. Por eso, nos limitaremos sólo a mencionar esta tendencia general, aclarándola con varios ejemplos concretos.

La "desideologización" y la "despolitización" conscientes de los problemas de la vida social se convierten, en cierta medida, en métodos de enfoque burgués estrechamente utilitario y pragmático y de "solución" paliativa de estos problemas. Es una forma del subjetivismo burgués en la actividad práctica y la ciencia social (si es que lo aplica) que vela el carácter de clase de la problemática.

Tomemos, a título de ejemplo, la esfera de las relaciones entre los empresarios y los obreros asalariados. En la sociología occidental contemporánea, que expresa en este caso el punto de vista de la clase dominante, se observan muy a menudo los intentos de considerar esta esfera no desde las posiciones francamente políticas e ideológicas, sino como un conjunto de relaciones técnicas, tecnológicas o sicológicas. De resultas, los conflictos de clase se presentan como suma de faltas de coordinación, malentendidos, etc. en la esfera de la técnica y la administración. Por ejemplo, el conocido "sociólogo de la industria", el estadounidense J. Knox, al enumerar los modos de disminuir roces en las relaciones entre la administración y los obreros, escribe que las medidas más eficientes en este sentido son las siguientes: trasladar

o despedir a los funcionarios administrativos que no saben atenerse a una táctica flexible respecto de los obreros; educar esta pericia en el personal administrativo; no humillar la dignidad personal de los obreros; en las negociaciones con los mismos tener siempre a mano los "medios de salvación" —ante todo, una broma— y recurrir a ellos en cuanto la situación se hace tensa; no recordar a los obreros las situaciones desagradables que tenían lugar en el pasado; dar a los obreros la posibilidad de exponer sus pretensiones[17].

Mencionemos ejemplos de otra esfera. Una serie de asesinatos de eminentes personalidades públicas y políticas de los EE.UU. (el Presidente J. Kennedy, el líder del movimiento de negros M. L. King, el senador R. Kennedy) ha puesto al descubierto el evidente carácter político de estos crímenes. La opinión mundial y de los EE.UU. considera estos asesinatos como actos políticos. Se sabe bien que la justicia de los Estados Unidos recurre a todos los medios para "despolitizar" estos crímenes. Los asesinatos de las personalidades políticas se hacen pasar por acciones irresponsables de fanáticos solitarios. Para respaldar esta versión se silencian y hasta se pasan por alto muchos testimonios y hechos importantes (y esto también se sabe bien). Todo esto conduce a que la "despolitización" significa en este y otros casos una deformación subjetivista del quid de la cuestión y oculta los importantísimos problemas políticos e ideológicos pendientes y las contradicciones del mundo capitalista cuyo resultado son estos asesinatos. El subjetivismo es aquí tan evidente que se ha convertido en objeto de discusión en muchos órganos de prensa occidentales. Por ejemplo, el semanario francés *La tribune des nations,* al referirse a la posición adoptada por E. Hoover, director del Buró Federal de Investigaciones de los EE.UU., respecto al atentado contra M. L. King, escribía: "...Hoover se atenía a su versión, para "despolitizar" el asunto, como él subrayaba en sus partes a la Casa Blanca, y cabe remarcar que ésta no le desaprobó". Hoover "quiere evitar que entre la opinión norteamericana y europea se refuerce la idea —sugerida ya por numerosos representantes de la prensa— de que esto es de ver-

[17] J. Knox. *The Sociology of Industrial Relations,* N. Y., 1955.

dad un asunto político con que están vinculados estrechamente los movimientos americanos de extrema derecha"[18].

La tercera tendencia de la función movilizadora de la teoría de la "desideologización" consiste en ganar al lado del capital monopolista a ciertas fuerzas sociales y políticas de la moderna sociedad burguesa. Estas fuerzas utilizan la consigna de "desideologización" como justificación ideológica de las tendencias promonopolistas y de la no ingerencia en los problemas cardinales de la sociedad burguesa contemporánea. Esta consigna se transforma en la siguiente demanda: las fuerzas políticas conservadoras de Occidente deben consolidarse y unirse ante el movimiento comunista mundial que acrece y se fortalece.

Es muy característica en este sentido la actividad de los líderes de derecha del laborismo inglés. Estos consideran desde hace mucho ya tanto las relaciones sociales en conjunto como el propio Partido Laborista en particular, desde las posiciones supraclasistas, es decir, en esencia, desde el punto de vista de la "desideologización". En este sentido, sus principios ideológicos tienen por base las siguientes concepciones. En primer lugar, la negación de la estructura de clase de la sociedad que conduce a la negación, en la teoría y la práctica, de la lucha de clase contra el capital monopolista. Ya R. MacDonald escribía que "el socialismo no es un movimiento de clase". Actualmente, los laboristas de derecha usan cada vez menos los propios términos "la clase obrera" y "el socialismo". Los sustituyen por la voz "neutral" de la "nación" o la expresión "neutral" de "una de las dos partes de la sociedad industrial". En segundo lugar, los laboristas tratan de aplicar en la política exterior el mismo enfoque "no clasista" (en realidad, burgués). Afirman que la política exterior no constituye un problema de clase, sino que atañe a toda la nación. Como resultado, los laboristas, cuando estaban en el poder, realizaban, so pretexto de la "continuidad de la política exterior", una política típicamente imperialista. Apoyaban al bloque agresivo de la OTAN, procuraban unas "relaciones especiales" con los EE.UU., aprobando la agresión de los mismos en Vietnam, adulaban a los revanchistas

[18] *La tribune des nations,* 7 juin 1968, p. 3.

germanooccidentales, aumentaban la tensión internacional y recibían de uñas las proposiciones de la Unión Soviética y otros países socialistas, orientadas a mejorar el clima internacional. En tercer lugar, los laboristas tratan de defender la teoría de la "neutralidad" del Estado, opinando que éste se encuentra al margen de los partidos políticos y de las clases. El mismo MacDonald afirmaba que el Estado y el poder político eran instrumento de toda la nación. Todos los gobiernos laboristas dejaban completamente intacta la máquina estatal que recibían de los conservadores. Los funcionarios y consejeros estatales, que formulan, en medida considerable, la política gubernamental para los conservadores, se quedan en sus lugares con la llegada al poder de los laboristas y obligan, como es lógico, a estos últimos (según el principio de la "continuidad") a seguir aplicando casi sin modificaciones el anterior rumbo político. En cuarto lugar, los cambios sociales se consideran (y, correspondientemente, se aplican) sólo en el plano de reformas paulatinas y parciales en el marco de la sociedad capitalista y el Estado burgués existentes. Su objetivo es una evolución y no una revolución. Por último, en quinto lugar, las concepciones ideológicas del laborismo son antimarxistas, y su actividad práctica lleva más o menos la impronta del anticomunismo[19].

Los líderes de derecha del Partido Laborista aplican en esencia una política burguesa tanto en su propio país como en el ámbito internacional. Las consignas de "desideologización", "despolitización" y "carácter supraclasista" camuflan su olvido de los intereses básicos de la clase obrera y permiten incorporarse a la máquina monopolista de Estado burocratizada de dominación sobre las masas trabajadoras.

Por último, *la cuarta tendencia,* quizá la más importante, porque integra, en cierto grado, las demás tendencias. La consigna de "desideologización" constituye una táctica del anticomunismo en aplicación a la situación formada en la palestra internacional a finales de la década del 50 y principios del 60 de nuestro siglo. Hemos hablado ya de eso en el plano teórico general. En este caso pormenorizaremos en cierto grado el cómo se trataba de aplicar estas tesis.

---

[19] *Morning Star,* September 13, 1968.

Se han pertrechado con la doctrina de la "desideologización" algunas organizaciones burguesas nacionales e internacionales que han visto en ella un medio de lucha contra la ideología comunista, los países socialistas y los movimientos obrero internacional y de liberación nacional. Veamos la actividad de una de estas organizaciones: el llamado "Congreso por la libertad de la cultura", asociación internacional de intelectuales procedentes principalmente de los países de la OTAN. Esto ayudará a comprender muchos aspectos de la teoría de la "declinación de la ideología", ya que ella ha surgido precisamente en el seno del "Congreso", y sus autores son miembros de esta organización, mientras que algunos incluso han ocupado los puestos dirigentes en ella. Los órganos oficiales del "Congreso", en particular la revista *Encounter*, no escatimaban papel para hacer propaganda de las ideas del "fin del siglo ideológico".

En los prontuarios publicados por las editoriales de Occidente se hace publicidad del "Congreso" como de una organización puramente cultural, que no se plantea ninguna tarea política, menos la lucha por un desarrollo libre y amplio de la cultura en nuestro planeta. En uno de esos prontuarios se subraya que el "Congreso" "defiende las libertades intelectuales frente a cualesquiera atentados contra el espíritu creador y crítico del hombre"[20].

Pero, en realidad, esto no es así, ni mucho menos. Veamos la historia del "Congreso" con ayuda del análisis de las publicaciones de la prensa y las obras de los investigadores occidentales. Cabe señalar, en primer lugar, el espacioso artículo *La guerra fría cultural*, de Christopher Lasch, profesor de la Universidad Noroccidental de los EE.UU[21].

No se puede compartir muchas conclusiones y apreciaciones de Lasch, porque su posición es la de un intelectual liberal burgués. No obstante, los hechos minuciosamente seleccionados que aduce representan, en muchos aspectos, un valor indudable. La idea principal, que prueba argumentadamente Lasch, consiste en que el "Congreso por la libertad de la cultura", sus asociaciones y órganos de prensa son

[20] *Yearbook of International Organizations*, Brussel, 1966, p. 387.

[21] Christopher Lasch. *The Cultural Cold War.—The Nation*, September 11, 1967, vol. 205, N° 7, p.p. 198-212.

instrumento de un anticomunismo descarado. Es más, han sido creados con una participación inmediata de la CIA, cuyo dinero y agentes determinaban la línea fundamental y la actividad práctica del "Congreso". "Los servidores de la libertad y la razón —escribe Lasch— cumplían en realidad el trabajo de la policía secreta". Y esto se ha hecho posible porque la idea fija de los intelectuales agrupados en torno al "Congreso" ha sido el anticomunismo que aunó a los liberales con los extremistas de derecha.

La asamblea constituyente del "Congreso por la libertad de la cultura" se celebró en 1950 en Berlín Occidental. El lugar de la asamblea no fue elegido al azar, ya que esta ciudad era símbolo de la "guerra fría" y su puesto de vanguardia. La agencia telegráfica de los EE.UU. anunció de antemano que los cinco días de la asamblea significarían "un reto a las libertades consolidadas en la Unión Soviética y los países europeoorientales". Para comunicar una respetabilidad necesaria a la nueva organización fueron incorporadas, en calidad de fundadores, conocidas personalidades públicas y gente influyente. Adelantándonos un poco, señalemos que muchas de ellas, al conocer el carácter provocador de esta organización , se apresuraron a salir de ella a escondidas. Pero los teóricos de la "desideologización" no figuraban entre ellas. D. Bell, S. Lipset, R. Aron, E. Shils, A. Schlesinger, J. Galbraith y sus semejantes eran participantes activos del "Congreso".

A la asamblea constituyente asistieron delegados de 21 países, pero daban tono los anticomunistas militantes europeos y estadounidenses, A. Koestler, F. Borkenau, M. Lasky, S. Hook y J. Burnham. Una cantidad determinada de temas propuestos por los oradores se han convertido en principales en la actividad del "Congreso" durante los años posteriores y se discutían reiteradas veces en lo sucesivo. Entre ellos figura el tema del "fin de la ideología". En la asamblea constituyente de 1950, Koestler y Hook afirmaban que las tradicionales diferencias políticas en la sociedad occidental eran inoportunas en vista de la necesidad de formar un frente unido contra el comunismo mundial. F. Borkenau pormenorizó esta idea: "Hemos entrado en la última fase de la época revolucionaria que se extingue", cuando "lo absur-

do que es la fe en un orden social perfecto y lógico está claro para todos quienes quieren ver". Durante más de un siglo —continuaba él— los "extremismos" utópicos iban sumiendo, en creciente medida, el Occidente en un jaleo trágico. Sin embargo, la gente sensata comprendió, por fin, la necesidad de tomar "una actitud más moderna y pragmática ante la política".

Estos pragmatistas reunidos en Berlín Occidental aseveraban que en el presente el "hombre moral" no podía estar al margen de la lucha de las ideologías competidoras. "Ni un artista que tiene el derecho de ostentar este título —abogaba el actor de cine norteamericano Robert Montgomery— puede ser neutral en las batallas de nuestros tiempos".

Para la nueva táctica del anticomunismo no fue inventado a la sazón un nombre (éste apareció cinco años más tarde, en el simposio milanés del "Congreso por la libertad de la cultura"), pero ya en la asamblea constituyente se determinaron con suficiente nitidez las principales ideas políticas de la doctrina de la "desideologización". Bajo la bandera de lucha por la "libertad cultural", el "Congreso" se incorporó enérgicamente al atizamiento de la "guerra fría" y al acosamiento de los comunistas y verdaderos demócratas, atrayendo a esta campaña a todos los que podía.

En 1953 se fundó el órgano oficial del "Congreso", la revista *Encounter*, con la sede permanente del consejo de redacción en Londres. Sus objetivos y tareas rebasaban mucho el "temario cultural". Se dedicaba siempre primordial importancia a la vida política. El objetivo de la revista era destruir los estados de ánimo antinorteamericanos en Europa, y en particular, en Inglaterra, pintar a los EE.UU. y su política exterior de manera atrayente y denigrar, al mismo tiempo, todas las acciones de política exterior de la Unión Soviética y otros países socialistas.

La *Encounter* desenvolvió una amplia campaña política propagandística contra la Unión Soviética en el período en que se hizo fracasar la intentona de los elementos contrarrevolucionarios de Hungría, apoyados por las potencias imperialistas, de derrocar el poder popular en este país. No menos ruido armó la revista en el período en que se realizaba la primera revolución socialista en el continente americano:

la Revolución Cubana. En los artículos publicados a principios de la década del 60 se intentaba argumentar teóricamente la futura intervención armada de los EE.UU. contra la Isla de la Libertad. Al mismo tiempo, la revista no condenó ni con una sola palabra la intervención estadounidense en los asuntos interiores de Guatemala, el golpe organizado por la CIA en Irán y el apoyo que prestaban los EE.UU. al régimen despótico y antipopular de Trujillo. Los autores de la *Encounter* inventaron un mito sobre la existencia de no se sabe qué racismo en la URSS, pero guardaban un silencio de muerto sobre el verdadero racismo en la República Sudafricana y en los Estados Unidos. Y sólo en 1963, cuando la "revolución negra" en los EE.UU. se hizo evidente para todos y no se podía más hacer caso omiso de este problema, la revista insertó el ensayo *La crisis negra,* cuyo tono general correspondía por completo a la línea oficial aplicada a la sazón por la Administración del Presidente Kennedy. El nuevo estilo del joven Presidente de los EE.UU. se reflejó inmediatamente, en conjunto, en el modo de acción del "Congreso por la libertad de la cultura".

Desde la organización misma del "Congreso por la libertad de la cultura" se suponía que se fundarían en todas partes sus comités nacionales. Pero, en realidad, semejante comité fue creado sólo en los Estados Unidos, en 1951.

El "Comité americano por la libertad de la cultura", igual que el propio "Congreso", se formó en el período de la "guerra fría" en que el anticomunismo oficial no se diferenciaba, en esencia, del de los extremistas reaccionarios de derecha. La Administración de J. Kennedy introdujo modificaciones necesarias en el estilo de actividad del gobierno, defendía la "Alianza para el progreso", subrayaba que la ayuda militar se concedía a la sazón en aras del "desarrollo", se abstenía de ataques directos a la política de la neutralidad y se presentaba como luchadora por una "revolución democrática" en los países subdesarrollados. El resultado práctico de estas modificaciones ha sido cierto afán de dialogar con los países socialistas, por una parte, y una política mucho más agresiva en el resto del mundo, lo que testimoniaban la invasión a Cuba, la intervención en la República Dominicana y la agresión militar en Vietnam. El anticomunismo

de la década del 60 se vio obligado a cambiar su táctica, medios y métodos y adaptarse a la nueva correlación de fuerzas formada en la palestra mundial.

Los defensores de la "libertad de la cultura", que hacían publicidad de su independencia de cualesquiera órganos gubernamentales y otras instituciones "burocráticas", seguían ciegamente, de hecho, todos los zigzags de la política estadounidense. "...Los intelectuales del "Comité americano por la libertad de la cultura" definían la misma como todo lo que servía del mejor modo a los intereses del gobierno de los Estados Unidos"[22]. Sus valoraciones de los acontecimientos políticos cambiaban en dependencia directa de las modificaciones que se operaban en las oficinas gubernamentales. Esto era confirmado por toda la actividad práctica del "Comité". Ch. Lasch señala en su artículo un ejemplo característico al respecto.

En 1954, eminentes científicos, periodistas y otras personalidades de la cultura, comprendidos A. Einstein, C. Lamont, I. Stone, llamaron a los intelectuales estadounidenses a no colaborar con las organizaciones creadas por McCarthy, que se dedicaban a la "caza de brujas". El director ejecutivo del "Comité americano por la libertad de la cultura", S. Stein, que, a propósito, era antes comentarista político de la *Voz de América,* se pronunció en el acto contra este llamamiento. Declaró que el "Comité americano por la libertad de la cultura" se oponía a toda "explotación" de la libertad académica y las libertades civiles por "las personas que simpatizaban hace poco con la Unión Soviética". Siguiendo su práctica habitual, los dirigentes del "Comité" fijaron un patrón a que debía corresponder cualquier crítica "franca" de la vida estadounidense, incluso la crítica al macartismo, y que consistía, ante todo, en pronunciarse contra las amenazas a la libertad surjan donde surgiesen. Desde el punto de vista de los dirigentes del "Comité americano por la libertad de la cultura", la declaración de las destacadas personalidades de la ciencia y la cultura "no satisfacía este criterio".

Así pues, la política de este "Comité" tendía a organi-

[22] Ibid., p. 205.

zar ruidosas campañas propagandísticas contra los países socialistas y a entorpecer las acciones críticas que se referían a los Estados Unidos. Varios años más tarde, siguiendo precisamente estas consideraciones, el "Comité americano por la libertad de la cultura" condenó al destacado maestro de la cinematografía de nuestra época Ch. Chaplin, porque sus posiciones políticas revestían un carácter "prosoviético y antiamericano". Semejantes acciones caracterizaban toda la labor de los "defensores" de la libertad de la cultura. "Ellos basaban sus posiciones... en un fundamento que no tenía nada que ver con la libertad de la cultura. Los intelectuales de la "guerra fría" aparecían en todo como servidores del poder burocrático; y no fue ninguna sorpresa descubrir unos años más tarde que las relaciones de intelectuales con el poder eran mucho más estrechas de lo que parecía a la sazón"[23].

El "Congreso por la libertad de la cultura", su filial estadounidense, la revista *Encounter* y otras organizaciones y órganos del "Congreso" no eran tan "inocentes", ni mucho menos, como trataban de presentarse a la opinión mundial. Bajo los títulos especiosos se ocultaban las fuerzas organizadas del frente anticomunista. Es más, en 1966, pasados dieciséis años después de la fundación del "Congreso", se puso de manifiesto su ligazón secreta con la CIA. Toda la atmósfera del anticomunismo, reinante en el "Congreso", y la lógica de su actividad lo empujaban inevitablemente a convertirse en un instrumento del servicio secreto de los EE.UU. En 1966 se descubrieron las relaciones secretas de la CIA con los sindicatos y otras organizaciones de los EE.UU. Se reveló, al mismo tiempo, que la CIA tenía sus agentes en el "Congreso" y lo subvencionaba.

Un tal Th. Braden, oficial de inteligencia en el período de la segunda guerra mundial y dirigente de la sección de las organizaciones internacionales de la CIA en el período de 1951 a 1957, comunicó que con ayuda del jefe del servicio de inteligencia A. Dulles fue elaborado y aplicado el plan de infiltración en distintas organizaciones internacionales culturales, femeninas, estudiantiles y otras. La CIA introduce agentes en el "Congreso por la libertad de la cultura".

[23] Ibid., p. 206.

Uno de ellos se hizo director ejecutivo del "Congreso", mientras que otro, redactor de la revista *Encounter*. Según las palabras de Braden, la presencia de los agentes de la CIA en distintas organizaciones "reportaba un gran provecho". Ellos podían proponer no sólo un programa anticomunista a los dirigentes oficiales de las organizaciones, sino también los procedimientos y medios de solución de inevitables problemas presupuestarios.

No se puede menos de citar las palabras de conclusión del profesor Ch. Lasch: "Durante veinte años a los americanos se les hablaba que su país era una sociedad abierta y que los pueblos comunistas vivían reducidos a la esclavitud. Ahora resulta que los mismos hombres, que mostraban el mayor celo en la propagación de este evangelio, eran agentes de la policía secreta... Los hombres, que no eran capaces jamás de considerar las ideas de otro modo que como instrumento del poder nacional, eran tutores de la "libertad cultural"..."[24]

Esta es la breve historia del "Congreso por la libertad de la cultura" que tomó la tesis sobre la "declinación de la ideología" como uno de los principios dirigentes de su actividad. Los medios gobernantes del capitalismo monopolista de Estado admitieron esta actividad e incluso la subvencionaban, ya que ella correspondía a ciertas tareas políticas e ideológicas: reunía en un campo organizado a reaccionarios descarados y seudoliberales y atizaba la histeria anticomunista, valiéndose de los métodos y medios de la "guerra fría".

Así pues, se hace claro que la teoría de la "desideologización" actúa, en todas sus funciones, como defensora del capitalismo monopolista de Estado.

La teoría de la "desideologización" y la "ingeniería social" burguesa

La tesis sobre el "fin de la ideología" simboliza, a los ojos de sus creadores, la imposibilidad de lograr positivos cambios sociales, valiéndose de los métodos de la revolución

[24] Ibid., p. 211.

social, y la comprensión de este "hecho" por los sectores radicales de los trabajadores. Como dice R. Aron, el "fin de la era ideológica" significa el "apaciguamiento de las pasiones revolucionarias". Los cambios sociales en una "sociedad industrial" desarrollada no se realizan supuestamente según los principios de la lucha revolucionaria de clase, sino según los de la "ingeniería social parcial", es decir, en el marco de los programas sociales y económicos concretos que aplica la administración gubernamental burguesa con participación de peritos científicos. Los teóricos de la "desideologización" dan orientaciones básicas, para la argumentación teórica de la "ingeniería social" burguesa mediante la negación de la existencia de los "problemas fundamentales" en la sociedad capitalista contemporánea, la acentuación unilateral de la problemática parcial, "técnica" y local y los llamamientos a los científicos sociales —economistas, sociólogos, sicólogos, etc.— a una colaboración con la burocracia estatal y corporativa. Pero con ello no se agota la ligazón entre la teoría de la "desideologización" y la "ingeniería social". La teoría de la "declinación de la ideología" es una parte integrante no sólo de la orientación ideológica general de la burguesía monopolista, sino también de la "ingeniería social". Los teóricos de la "desideologización" defienden y propagan no simplemente el punto de vista que aboga por la conservación del statu quo capitalista. Al considerar la ideología, los movimientos de masas de los trabajadores y los conflictos ideológicos como una amenaza a los órdenes existentes, buscan enérgicamente los medios necesarios para oponerse a todo ello y neutralizarlo. Los sociólogos burgueses presentan recomendaciones políticas prácticas, orientadas al fortalecimiento de este statu quo.

Los autores de la teoría de la "desideologización" afirman que "los agudos conflictos ideológicos se atenúan" en la medida en que los países vienen acumulando su renta nacional y ampliando la fabricación de los artículos de consumo. ¿Cuál es el verdadero sentido de esta tesis? Como hemos señalado ya, su significado científico es igual a cero, ya que la vida ideológica de la sociedad no es algo derivado inmediatamente de los factores productivos económicos. Pero no se trata sólo de los procedimientos sofísticos, utilizados por los

sociólogos burgueses para persuadir al lector de que los países capitalistas son "Estados de prosperidad general". Como nos parece, lo principal estriba en que las tesis formuladas por los teóricos de la "desideologización" no revisten un carácter descriptivo, sino prescriptivo, normativo. En este caso, la prescripción-recomendación significa que, recurriendo a ciertas medidas de carácter económico, legislativo y propagandístico, referentes a algunas concesiones a los trabajadores en cuanto a su nivel de vida, se puede impedir, en cierto grado, el crecimiento de las batallas de clase, retener a las masas populares en el marco de las "reglas de juego" admisibles para la clase dominante y confundirlas con ayuda de las consignas pancistas de prosperidad personal, etc. En esta tesis se contiene todo un programa para la burocracia estatal y corporativa y para la máquina propagandística, programa que indica cómo se debe tratar de neutralizar, en las condiciones actuales, las acciones de las masas trabajadoras de los países capitalistas en defensa de sus intereses, cómo se puede impedir la transformación de estas acciones en un movimiento verdaderamente revolucionario.

Este carácter estrictamente práctico de la teoría de la "desideologización" se manifiesta con mayor relieve aún en sus "pruebas" de que en los países capitalistas "se ha establecido un acuerdo" entre los distintos partidos políticos en cuanto a los problemas fundamentales de la contemporaneidad (como hemos señalado ya, aquí no se trata de los partidos comunistas y obreros que mantienen las posiciones marxistas-leninistas). Y este "acuerdo" significa supuestamente también el "fin de la ideología". Haciendo semejantes aseveraciones, los sociólogos burgueses tratan de encontrar medios para neutralizar la actividad política e ideológica de las grandes masas trabajadoras. S. Lipset, por ejemplo, desarrollando su interpretación de los objetivos y tareas de la llamada sociología política[25], habla de ello en la forma inequívoca. Lamenta que hasta el presente la sociología occidental prestaba una atención considerable a las fuentes y condiciones de los conflictos en el sistema social, mientras

[25] Véase S. Lipset. *Political Sociology.* — *Sociology Today. Problems and Prospects,* New York, 1959, p.p. 81-114.

que las fuentes y condiciones del "acuerdo social" se quedaban, por lo común, a la sombra. En su opinión, el problema principal de la sociología política era el de la "estabilidad de la específica estructura institucional o del régimen político". Lipset trata de descubrir también las "condiciones sociales de la democracia" (debe leerse: de la democracia burguesa moderna). Considera que una de las premisas sustanciales de esta estabilidad consiste en la conservación de una estructura determinada de los partidos políticos y sus interrelaciones durante todos los virajes inesperados en las elecciones a distintos organismos de poder. "Una democracia estable —escribe Lipset— puede descansar sobre la convicción general de que el resultado de unas elecciones no introducirá grandes cambios en la sociedad".

Lipset asevera que este problema puede resolverse mediante unas maniobras hábiles de los dirigentes de un partido respecto a las masas de electores. En el pasado, fenómenos como un obrero que apoyaba a un partido conservador, o un socialista que basaba su actividad en la "clase media", se consideraban sólo como ejemplos de "desviación de las normas", de "apartamento de las formas clasistas de conducta" Es preciso —afirma Lipset— cambiar de raíz este enfoque. Los investigadores deben dirigir su atención al estudio de las condiciones que contribuyen a conservar estas "desviaciones", ya que esto es funcionalmente importante para el mantenimiento del sistema social existente.

Lipset considera que el deslinde de las fuerzas de clase y la agravación de las contradicciones de clase en la sociedad capitalista contemporánea son una tendencia indeseable y peligrosa en extremo y califica esta última como índice de un "acuerdo bajo". "Una democracia estable requiere una situación en que todos los partidos políticos más importantes tengan sus partidarios entre distintos sectores de la población". Los esfuerzos de la sociología política burguesa, cuyo representante es, en particular, el propio Lipset, tienden a valerse de algunas medidas proyectadas de antemano para tratar de "diluir" la composición de clase de los partidos políticos de Occidente y crear, de este modo, la impresión de que estos partidos no son clasistas, sino que representan "a todo el pueblo". Lipset recomienda: "Si las con-

diciones facilitan el crecimiento de las opiniones izquierdistas, los socialistas deben ganar los votos tanto entre los ciudadanos acomodados como entre los obreros, aunque los socialistas sigan quedando relativamente más débiles en los sectores superiores de la sociedad. A su vez, la influencia de los conservadores debe crecer entre los grupos más pobres durante el período de ascenso del ala derecha". En estas condiciones —opina Lipset— se alcanzará el máximo grado de "acuerdo social", lo que asegurará la "estabilidad" de todo el sistema.

Crítica de la teoría de la "declinación de la ideología" desde "derecha" e "izquierda"

No es de extrañar que, debido a muchas causas, de las que se ha hablado más arriba, la teoría de la "declinación de la ideología" se promueva a primer plano en la actual lucha ideológica. No hay necesidad de decir que los marxistas son los críticos más resueltos y consecuentes de esta teoría. Al propio tiempo, en torno a la teoría de la "declinación de la ideología" también se han desenvuelto acaloradas discusiones en medio de la intelectualidad que no pertenece al campo marxista. En total, se puede decir que la defienden los sociólogos, economistas, filósofos y literatos, que consideran y tratan de probar que el actual capitalismo monopolista de Estado es una "buena sociedad", capaz de autodesarrollarse y autoperfeccionarse. Pero esta teoría también se somete a una crítica acerba. Es preciso tener en cuenta que esta crítica parte de dos lados: "desde derecha" y "desde izquierda". No pocos autores, que mantienen las posiciones afines al doctrinarismo ideológico de derecha, estiman que la teoría de Bell, Lipset y otros no es más que una irresponsable habladuría de intelectuales que conduce a un desarme ideológico de Occidente ante el "comunismo mundial". Desde estas posiciones evalúa esta teoría, por ejemplo, el profesor de la Universidad de Harvard, H. D. Aiken.

Señalando el peligro que revisten para el "mundo libre" de Occidente los razonamientos sobre la "desideologización" y la "despolitización", Aiken escribe que éstos son, al mismo

tiempo, simplemente erróneos. Se puede observar más bien un cuadro opuesto: una amplia penetración de la política y la ideología en todas las esferas de la vida social. "¿Acaso existe ahora para hombres serios una forma significativa de actividad que sea políticamente indiferente?" —pregunta él. Pues "la política constituye el principal tema de nuestra literatura... Nuestras confusiones morales más exigentes son, en la mayoría de los casos, confusiones políticas..."[26] La ideología política —estima Aiken— comprende los principios dirigentes y las posiciones y orientaciones fundamentales, según los cuales deben administrarse las "sociedades políticamente organizadas".

El autor ve el peligro principal de la teoría de la "desideologización" en que puede conducir, en ciertas condiciones, a un desarme político e ideológico de Occidente ante el "comunismo mundial". "Bell y sus correligionarios, al seguir a Popper, son admiradores de una "sociedad abierta". Pero es indudable que una sociedad absolutamente abierta, si es que existiese algún tiempo, no sería una sociedad, sino un caos... Si sus posiciones políticas y sociales hubieran predominado en Occidente... el resultado sería una filosofía pesimista de *carpe diem* que nos dejaría impotentes en la batalla mundial contra la ideología del comunismo"[27].

Sin embargo, una crítica más resuelta y consecuente de la teoría de la "declinación de la ideología" se debe a los representantes progresistas y democráticos del pensamiento social de Occidente, que ven (o sienten) los defectos del capitalismo y se pronuncian por los cambios radicales en sus países. Claro que muchas de sus tesis revisten un carácter ilusorio, ingenuo y, a veces, incluso preconcebido. No se puede estar de acuerdo con ellos en todo, ni mucho menos. Pero lo principal en este caso consiste en que comprenden bien que el "fin de la ideología" representa una amenaza tanto para los movimientos democráticos de masas en los países capitalistas como para una investigación científica crítica de la sociedad burguesa.

El conocido sociólogo estadounidense W. Mills ha sido

[26] H. Aiken. *The Revolt against Ideology.* — *Commentary,* April, 1964, vol. 37, N°4, p. 29.

[27] Ibid., p. 39.

uno de los primeros en pronunciarse con decisión contra dicha teoría. Comprendía su esencia política. Mills afirma que, en opinión de Bell, Lipset y otros, la ideología socialista es la única que se ha acabado en efecto. Estos, considerándose libres de los "defectos ideológicos", hablan precisamente de la ideología socialista. En todas sus deliberaciones "figura la suposición de que en Occidente realmente no existen más problemas de cierta importancia. Una economía mixta más el Estado de prosperidad más el bienestar —ésta es su fórmula"[28]. De ahí emana, en opinión de ellos, el que "el capitalismo estadounidense sigue siendo vital; el Estado de prosperidad seguirá continuando el camino de una justicia cada vez mayor" —ironiza Mills.

W. Mills prueba que la fórmula de ellos es una fórmula de la conciencia falsa. En primer lugar, ella descansa "en un simple provincialismo". "Si la frase "el fin de la ideología" significa algo en general, concierne a los círculos autoseleccionados de intelectuales de los países ricos... La población total de estos países es una fracción de la humanidad... Hablar en tales términos sobre América Latina, Africa, Asia, el bloque soviético es simplemente un absurdo... El fin de la ideología es una consigna de complacencia que circula entre los envejecidos prematuramente... En fin de cuentas, esta consigna se basa sobre la falta de fe en la capacidad de los hombres para formar su propio futuro como historia y como biografía".

En segundo lugar, Mills muestra que la propia teoría del "fin de la ideología" es una ideología. "El fin de la ideología" es en realidad la ideología del fin; del fin de la reflexión política como un hecho público. Es... una justificación del fracaso cultural y político de los intelectuales de la OTAN y una prueba de su indiferencia a sus deberes públicos"[29].

W. Mills no critica la concepción de la "desideologización" desde posiciones teóricas abstractas. La necesidad de hacer un análisis crítico de esta teoría ha sido dictada por las consideraciones políticas prácticas. Se trata de que su artículo se ha destinado a la *Revista de nuevas izquierdas,*

[28] C. W. Mills. *On the Left.* — P. Jacobs and S. Landau (eds.). *The New Radicals: a Report with Documents,* New York, 1966, p. 103.

[29] Ibid., p.p. 103-104.

órgano de las "nuevas izquierdas" de Inglaterra, en que ha sido publicado por primera vez.

El artículo de Mills ha sido un intento de explicar a la juventud participante en el "movimiento de nuevas izquierdas" la necesidad de elaborar "una clara filosofía política". Mills muestra que este movimiento debe formular su plataforma política. "Tener una efectiva filosofía política significa tener una filosofía que os incita a actuar". Partiendo de estos razonamientos, Mills somete la teoría de la "desideologización" a una crítica desde cuatro puntos de vista.

En primer lugar —dice él—, es completamente evidente que toda reflexión política, que tiene una significación pública, es una reflexión *ideológica.* "A este respecto, la teoría del "fin de la ideología" está negativamente por la no adherencia a la política; positivamente es una ideología de complacencia política que ve sólo un camino abierto para muchos autores: aceptar o justificar sumisamente el statu quo"[30].

Si se la considera desde las posiciones de las *teorías* sociales e históricas, es una "fetichización del empirismo", cuando "la prevención política se disfraza de una excelencia epistemológica"[31].

Debido a que la teoría del "fin de la ideología" afecta los *factores del cambio histórico,* "se basa en la identificación de estos factores con las instituciones sociales, pero no investiga jamás los factores que podrían usarse para... el cambio estructural de la sociedad"[32]. Es más, tal problema no se plantea siquiera. En vez de ello encontramos en esta teoría "deliberaciones interminables de que es preciso ser pragmáticos, flexibles y abiertos". Por último, en cuanto a los *ideales* políticos y humanos, la teoría de la "desideologización" está por la negación de su significado. "Apoyar en serio a estos ideales es, desde su punto de vista, una mera utopía"[33].

W. Mills supone que el movimiento de "nuevas izquierdas" debe elaborar su propia ideología, ante todo, partiendo de las cuatro direcciones señaladas. La teoría del "fin de

[30] Ibid., p. 106.
[31] Ibídem.
[32] Ibid., p.p. 106-107.
[33] Ibid., p. 107.

la ideología" no puede ofrecer nada a este respecto. No puede servir de ideología del radicalismo contemporáneo que exige serios cambios de la estructura social.

En 1964, la Editorial de la Universidad de Oxford publicó en Nueva York la recopilación *La nueva sociología,* dedicada a W. Mills. Su redactor compilador I. L. Horowitz y autores de muchos artículos son conocidos sociólogos estadounidenses. Los autores de estos ensayos —escribía H. Aptheker— "han renunciado a un enfoque no normativo; ellos han afirmado el interés básico por el cambio social como elemento central de la sociología clásica y como algo vital para su actual funcionamiento útil. Han subrayado la necesidad de estudiar los procesos esenciales y renunciar al temor a las generalizaciones. Estiman que el ennoblecimiento de la vida humana es el objetivo fundamental de la ciencia, y la asistencia a ello es el deber central de un científico"[34].

En *La nueva sociología* se somete a un análisis crítico la teoría de la "declinación de la ideología". Aludíamos ya a esta recopilación. Ahora citaremos unos fragmentos más del artículo de S. Rousseas y J. Farganis *La política americana y el fin de la ideología.* Los autores del artículo muestran que la principal posición de los teóricos de la "desideologización" es el socialreformismo. Estos últimos niegan la necesidad de toda reorganización estructural de la sociedad. Empero, los problemas con que tropezamos —escriben Rousseas y Farganis— no son ni pueden ser puramente técnicos. Hay que investigarlos. Si resulta que los medios con cuya ayuda perfeccionamos la sociedad son insuficientes, lo único que "se necesitará es una revaloración drástica de nuestro sistema institucional y las premisas de valor en que se basa éste"[35]. Sin reconocerlo, los teóricos de la "desideologización" se convierten en defensores fervientes del llamado *establishment,* es decir, del régimen social existente. Rousseas y Farganis estiman que esta teoría es la ideología del statu quo, pues resulta que ya está alcanzada una "buena sociedad" y no se necesita más criticar la estructura social. "Si es ver-

[34] H. A. Aptheker. *Recent Ideological Developments in the United States.* — *World Marxist Review,* October, 1966, vol. 9, N° 10, p. 16.

[35] I. L. Horowitz (ed.). *The New Sociology,* p. 280.

dad, como lo afirma Bell, que las "nuevas izquierdas" en Bretaña "poseen más emociones que una definición precisa del futuro", es también verdad que del liberalismo estadounidense se han evaporado incluso las emociones. El liberalismo en los EE.UU. ha muerto, y el fin de la ideología es la legalización de su fin"[36].

He aquí cómo evalúa la teoría del "fin de la ideología" J. La Palombara, profesor de sociología de la Universidad de Yale. Ante todo, llama la atención a la inconsistencia de la tesis de los teóricos de la "desideologización" afirmando que la ideología tiende a un decaimiento, cuando las sociedades alcanzan el nivel de modernización social y económica. La Palombara estima que las generalizaciones del tipo de "más modernización, menos ideologías" pueden hacerse sólo partiendo de las tendencias seculares. "Mi propia impresión acerca de estas tendencias prolongadas consiste en que, a pesar de interesantes cambios en la simbólica ideológica, estamos lejos de ver el fin de la ideología"[37].

Los autores de la teoría del "fin de la ideología" —prosigue La Palombara— adoptan un punto de vista vulgar cuando correlacionan directamente "el crecimiento de la productividad económica y la declinación de la ideología". Estos autores quieren persuadirnos de que las divergencias ideológicas "deben extinguirse necesariamente ante un crecimiento impetuoso de la instrucción pública, de los medios de comunicaciones masivas y de la fabricación de lavadoras, automóviles y televisores. ¿Cómo se puede juzgar de otra manera de la afirmación de que la ideología está en declinación, puesto que se han resuelto los problemas fundamentales de la revolución industrial? Se puede decir con seguridad que se encontrarán miles de intelectuales europeos, igual que decenas de millones de otros europeos, que reaccionarán a esta declaración sardónicamente o con una completa desconfianza"[38].

La forma del determinismo que ofrece la concepción de

---

[36] Ibid., p. 287.

[37] J. La Palombara, *Decline of Ideology: a Dissent and Interpretation. —The American Political Science Review,* March, 1966, vol. LX, N° 1, p. 14.

[38] Ibid., p. 8.

la "desideologización" —dice La Palombara— se parece poco a una ciencia; sirve únicamente de justificación de la idea del americanocentrismo. "Esta formulación descansa en la suposición (o esperanza) de que el desarrollo social, económico y político determina unívocamente la específica dirección cultural, debido a lo cual el futuro consistirá de historias nacionales que serán repeticiones monótonas de la historia "anglo-americana". En resumen, los autores de la teoría de la declinación de la ideología creen que "ellos" son cada vez más parecidos a "nosotros" "[39].

Semejantes razonamientos de los creadores de la teoría del "fin de la ideología" sugieren la idea de que una parte considerable de la literatura sobre la "desideologización" no representa, ni mucho menos, una ciencia social, sino una "simple ideología". "En todo caso, es difícil imaginarse ahora cómo el científico social de los Estados Unidos se ocupará de la refutación de las reiteradas afirmaciones rusas de que la ciencia social occidental no es más que una ideología burguesa velada"[40].

[39] Ibid., p. 14.
[40] Ibid., p.p. 14-15.

CONCLUSION

En la teoría de la "desideologización" se han reflejado, como en una gota de agua, las particularidades más importantes de la lucha ideológica contemporánea entre el mundo del socialismo y el mundo del capitalismo. Sus autores buscan con energía los métodos y medios teóricos y prácticos, necesarios para neutralizar las grandes ideas revolucionarias del marxismo-leninismo, para mantener y consolidar la ideología burguesa. El antimarxismo y el anticomunismo constituyen el contenido fundamental de la mayoría absoluta de los enunciados pertenecientes a los autores de la teoría de la "declinación de la ideología". Dicha teoría tiene una propagación bastante amplia y es muy solicitada en el mercado de ideas de los países capitalistas adelantados, ya que corresponde en medida considerable a los intereses egoístas de la clase gobernante y de los grupos sociales y partidos políticos, que quieren incorporarse al sistema burocratizado de la "élite gobernante".

Pero los métodos y procedimientos de lucha que emplean los sociólogos burgueses contra el comunismo científico refutan sus propias ilusiones sobre la "extinción de los conflictos ideológicos" y el "fin de la ideología" y confirman una vez más la justeza de la tesis marxista de que la lucha ideológica es una ley de la vida espiritual de una sociedad antagónica. Nosotros presenciamos la agravación de la lucha ideológica.

Toda lucha ideológica es una unidad de los elementos objetivo y subjetivo. El aspecto objetivo consiste en que la ideología es una visión del mundo a través del prisma de los intereses de clase. Y mientras existan las clases antagónicas y la lucha entre ellas, la ideología de una clase no puede ser "indiferente" a la ideología de la clase antagónica.

Como se sabe, la dominación económica de una u otra clase va acompañada y complementada siempre con su dominación política e ideológica. Todas las ventajas que ofrecen el poder y la tradición están de lado de las clases gobernantes. Su ideología se ha formado ya y actúa como la de todo el Estado. Por eso, las fuerzas revolucionarias se ven obligadas a sostener una lucha encarnizada contra la prepotencia ideológica hostil. Lenin decía: "El problema se plantea *solamente así:* ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio... Por eso, *todo lo que sea rebajar* la ideología socialista, *todo lo que sea alejarse* de ella equivale a fortalecer la ideología burguesa"[1].

Los marxistas interpretan la lucha ideológica conociendo la superioridad objetiva de su posición, ya que esta última es una posición científica. Es por eso precisamente porque los marxistas, a diferencia de los ideólogos burgueses, no consideran la lucha ideológica como una cruzada contra los incrédulos. Es más, los marxistas rechazan toda identificación de los principios y objetivos de la lucha ideológica con la atmósfera de la "guerra fría". Los sociólogos burgueses atribuyen con frecuencia esta identificación a los marxistas. Y sea cual sea la causa de ello, semejante atribución es una incomprensión completa o una calumnia. "La lucha ideológica —escriben los científicos soviéticos A. Rumiántsev y E. Arab-Ogly— está enfilada, en primer lugar , contra las concepciones reaccionarias, los extravíos y los prejuicios y no contra sus portadores como tales; no se propone perseguir y exterminar a los heterodoxos, sino reeducarlos en el sentido ideológico; impone a la gente las opiniones correctas no con

[1] V. I. Lenin. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, Moscú, 1971, t. 1, pág. 150.

una violencia física, sino con la fuerza de la razón..."[2] Los marxistas están convencidos profundamente de que su triunfo definitivo en la lucha ideológica se determina objetivamente. Por eso, el método principal y decisivo, que utiliza el marxismo en la lucha ideológica, es el método de una contraposición abierta de sus opiniones y finalidades a las del adversario.

El aspecto subjetivo de la lucha ideológica comprende los métodos concretos de lucha y la capacidad de convencer y de hacer cambiar de opinión. No cabe duda de que el elemento subjetivo desempeña un papel de suma importancia en la lucha ideológica. Empero, la lucha ideológica de las clases antagónicas, en conjunto, viene determinada objetivamente por las condiciones del ser social. La lucha de las ideologías desde el surgimiento de las clases antagónicas es una ley objetiva de la vida espiritual de la sociedad humana.

Es en la lucha ideológica en que se afilaba precisamente el arma ideológica de las clases ascendentes, revolucionarias, se perfeccionaba la argumentación de la mundividencia de clase, se formulaban las consignas que inspiraban a las grandes masas populares. El progreso en el conocimiento por el hombre de las relaciones y regularidades sociales se debe, en gran medida, a la lucha ideológica.

Las clases reaccionarias caducas se valen del arma ideológica para tratar de frenar la elevación de la conciencia de clase de los trabajadores, retenerlos en la esfera de su influencia no sólo espiritual, sino también política, impedir así el desarrollo de las tendencias progresistas y revolucionarias e intentar volver atrás la rueda de la historia. Para alcanzar estos objetivos se emplean los medios correspondientes: manipulación con la conciencia de los trabajadores, demagogia encubierta y franca y, con frecuencia, simplemente engaño, atizamiento de los prejuicios nacionalistas y raciales. Las particularidades de la lucha ideológica en la etapa actual no

[2] A. Rumiántsev, E. Arab-Ogly. *El progreso social y el futuro de la humanidad. — ¿Qué futuro espera a la humanidad?* Materiales del intercambio internacional de opiniones, organizado por el consejo de redacción de la *Revista Internacional* y el Centro de Investigaciones Marxistas en mayo de 1961 en Royaumont, Praga, 1964, pág. 24.

se las debe vincular sólo con la revolución científico-técnica. No cabe duda de que esta ligazón existe y es muy esencial para comprender los procesos ideológicos de nuestros días. Pero, estas particularidades deben examinarse en un plano sociopolítico más amplio.

El rasgo más importante de la lucha ideológica contemporánea consiste en que su "frente" principal pasa entre los sistemas sociales socialista y capitalista. Han sido incorporados a su órbita Estados enteros y grupos de Estados. Este hecho determina precisamente muchos rasgos específicos de la lucha ideológica, que adquiere una envergadura y profundidad gigantescas y en que participan muchos millones de gentes de la mayoría de los países. La propia fabricación y difusión de la producción ideológica se convierte, en los países capitalistas, en un sector especial de actividad en que está ocupada una cantidad considerable y creciente de distintos peritos.

El servicio ideológico de los países capitalistas se entrelaza estrechamente con el aparato propagandístico, y todo el conjunto se emplaza diríase en varios "pisos". Cada uno de ellos tiene funciones especiales y se destina para un "auditorio" determinado.

Sin embargo, el rápido abultamiento del mecanismo ideológico burgués significa, al mismo tiempo, ciertos cambios cualitativos. En la actualidad se hace cada vez más patente una ligazón estrechísima existente entre las formas ideológica y política de la lucha de clases. Se pone cada vez más claro que, en la mayoría absoluta de los casos, los problemas ideológicos de la élite gobernante monopolista de Estado son, al mismo tiempo, sus problemas políticos. Hoy como nunca, los problemas de la ideología son inseparables de los problemas políticos, mientras que estos últimos se convierten, en una u otra forma, en problemas ideológicos. La fabricación de la producción ideológica —teorías, orientaciones, principios, consignas— pasa cada vez más de las manos de individuos sueltos ("particulares"), hombres de "profesiones liberales", a manos de grupos y colectividades, cuya actividad se controla y se orienta, en forma oficial o extraoficial, por los órganos estatales. El control sobre la vida espiritual, ideológica, se convierte en tarea importantísima del

actual Estado burgués, mientras que la lucha contra la ideología comunista, en su inalienable función diaria.

A nuestro parecer, una de las tendencias peligrosas consiste en que en el principal país del mundo capitalista se observa una militarización de las funciones ideológicas del Estado; en la elaboración de la estrategia y la táctica ideológicas desempeña un papel cada vez mayor la casta militar, mientras que muchos ideólogos examinan con frecuencia los problemas ideológicos a través del prisma de los intereses militares de los EE.UU. El académico Y. Frántsev subrayaba con justa razón a este respecto que "el concepto de la lucha ideológica, en la acepción anterior, es cada vez menos aplicable a semejante actividad"[3]. Por eso no es casual que algunos ideólogos occidentales prefieran al término "lucha ideológica" otro término: "guerra sicológica". El anticomunismo, como contenido principal de la ideología burguesa contemporánea, se utiliza ampliamente en la actividad subversiva y abiertamente hostil contra los países socialistas y los partidos comunistas.

Es importante subrayar una circunstancia más. En los últimos años, merced a la enérgica política de páz de la Unión Soviética se opera una distención internacional general, marcándose evidentemente la tendencia a la ampliación de la colaboración económica, científico-técnica y cultural entre los países de diferente régimen sociopolítico. El anticomunismo, sean cual fueren sus formas, obstaculiza el desarrollo de esta tendencia en aras de la conservación de la "guerra fría".

No se puede dejar de ver también que la mitología política e ideológica de los teóricos de la "desideologización" y de las sociedades "industrial" y "posindustrial" se completa con la de la orientación socialista de derecha, revisionista o izquierdista y forma una atmósfera espiritual general de ilusiones, imágenes falsas y desinformación que obstaculiza en extremo la percepción por las masas de las ideas de la teoría social científica: el marxismo-leninismo.

La lucha de los teóricos burgueses contra la ideología del comunismo científico testimonia que sus posiciones son débi-

[3] *Pravda*, 22 de septiembre de 1968.

les y que la ideología burguesa está condenada por la historia. El capitalismo ha perdido para siempre la antigua iniciativa histórica en la esfera de la ideología. Es incapaz ya de promover ideas que correspondan a los intereses de las masas populares y a las demandas sociales. La iniciativa ha pasado por entero a la doctrina de Marx, Engels y Lenin.

La gran fuerza vital de la ideología comunista estriba en su carácter científico, objetivo y partidista. Su veracidad ha sido confirmada por completo por el desarrollo histórico contemporáneo. En la lucha contra las ideas y concepciones burguesas, la ideología comunista se desarrolla y se perfecciona en cuanto a su contenido, penetra cada vez más profunda y firmemente en la conciencia de millones de hombres y se convierte en su bandera en la lucha por el nuevo mundo.

INDICE

Prefacio 3

EN BUSCA DE UNA ALTERNATIVA IDEOLOGICA AL MARXISMO 7
Surgimiento de la teoría de la "desideologización". 8
La teoría de la "desideologización" entre las novísimas doctrinas sociológicas burguesas 14
La actualidad en un "espejo cóncavo" 23
Los "desideologizadores" nuevos y viejos 31

LA IDEOLOGIA COMO FENOMENO SOCIAL 38

La doctrina de K. Mannheim sobre la ideología 39
Interpretación de la ideología en la literatura sociológica burguesa de la actualidad 51
Cómo interpretan los teóricos de la "desideologización" el concepto de la ideología 60
Concepción marxista-leninista de la ideología 67

LA OBJETIVIDAD Y EL SUBJETIVISMO EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL (Crítica de los intentos de "desideologizar" la ciencia social) 80
Planteamiento del problema por M. Weber 82
Algunos aspectos de la metodología ciencitista 89
El conocimiento sociológico y la ideología 99
La "determinación social" del pensamiento y la ideología . . 106
El problema del partidismo y de la objetividad del conocimiento social 113

¿LA "DECLINACION DE LA IDEOLOGICA" O LA AGRAVACION DE LA LUCHA IDEOLOGICA? 120

El enfoque "técnico" y la ideología de clase 122
El "acuerdo ideológico" y los conflictos ideológicos. 143
El anticomunismo bajo el pabellón de la "antiideología" . . . 160

LOS ASPECTOS IDEOLOGICOS DE LA TEORIA DE LA "DESIDEOLOGIZACION" 173
Sobre la crisis de la ideología burguesa 174
Algunos mecanismos sociosicológicos del surgimiento de las concepciones sobre el "fin de la ideología" 183
Sobre las funciones ideológicas de la teoría de la "desideologización" 189
La teoría de la "desideologización" y la "ingeniería social" burguesa 203
Crítica de la teoría de la "declinación de la ideología" desde "derecha" e "izquierda" 207
CONCLUSION 214

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación e impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 21
Moscú URSS